FRANCESCA GIACCO
Seis días en Roma
UN VIAJE A LA CIUDAD ETERNA, UNA OPORTUNIDAD ÚNICA PARA ENAMORARSE DE ELLA MISMA OTRA VEZ
ESPASA

Francesca Giacco

Seis días en Roma

Índice

Prólogo
Vía Giulia
Jueves
Viernes
Sábado
Domingo
Lunes
Martes
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Para mis padres, quienes me enseñaron
que la imaginación es algo preciado.

Uno no ama para dominar o conquistar la vida, la cual no es más que una secuencia silente de infortunios que se ven interrumpidos, mas no disminuidos, por chispazos efímeros de inquietante exaltación.

Los milagros eran excepcionales, pero sí sucedieron, y los pasos cercanos de su amado parecían ser uno de ellos.

ANNA BANTI, *La Signorina*

¿Cómo puedo empezar cualquier cosa nueva, con todo este ayer dentro de mí?

LEONARD COHEN, *Beautiful Losers*

Prólogo

Vía Giulia

Aquí, mi nombre está en todos lados.

Se les dio a las calles estrechas y sin salida, a *piazzas* poco conocidas, a iglesias que necesitan restauración. Veo que lo usan para promocionar un perfume en el costado de un autobús, y que está pintarrajeado con color rosa eléctrico en un lado de un edificio antiguo, como una declaración de odio o de amor.

Nunca he sido Em, Emma, Emily ni nada más que Emilia.

Sin apodos, abreviaciones ni atajos. Incluso en ocasiones cuando pudo haber sido sencillo aceptar alguna de esas alternativas, insistí, corregí la pronunciación de la gente, escribí la ortografía correcta en las listas de mis clases e imprimía con antelación la etiqueta con mi nombre. Siempre me ha importado y no estoy dispuesta a ceder.

Sigo una de mis calles homónimas, ensombrecida por la ropa lavada que cuelga de los balcones. La campana de una iglesia suena en algún lugar.

El sol es implacable, el calor ineludible. Estamos a la mitad del verano, a media tarde. La buganvilia continuará tejiendo su camino alrededor de los marcos de las puertas y las ventanas, y escalará los muros durante meses, que desde siempre debieron ser de ese tono anaranjado romano, un color que no he visto en ningún otro lado.

Estoy aquí por unos días, sola. El viaje se planeó hace meses, para compartirlo con alguien más. Pero él ya no está, de una manera que por fin empiezo a sentir cómoda y natural, o al menos ya no es una fuente constante de dolor. Él se marchó y yo para nada me he ido.

Me muevo a mi aire. Mi rostro está inmóvil y mis labios, relajados, casi sonríen. Las suelas de mis sandalias golpetean el empedrado bajo mis pies y hacen un sonido muy fuerte, aunque trato de pisar con más suavidad. Escucho que lavan los platos de la comida detrás de las ventanas cerradas y de las puertas apenas entreabiertas.

En esta parte de la ciudad no hay atracciones turísticas, no hay fuentes famosas ni reliquias reconocibles. Ningún lugar ofrece vistas extraordinarias. Es el

momento de la tarde cuando todo el mundo duerme. Yo camino solo por caminar, y la inclinada pendiente hace que se estire la parte posterior de mis piernas. El sol cae en mis brazos desnudos y en la base de mi cuello de un modo que sé que me bronceará y no me quemará.

Un grupo de monjes pasa a mi izquierda hablando en voz queda y dando intensas caladas a sus cigarros. Dos de los cinco levantan la mirada y me sonríen. Yo aprieto los labios para responder con castidad, y me pregunto qué tanto estarán sudando bajo sus sotanas hechas con ese poliéster negro y rígido. Sus lentes de diseñador y sus costosos relojes atrapan la luz.

Mi amor en tiempo pretérito, el hombre ausente que debería estar aquí, fue criado como católico. Una vez fue monaguillo. Aún usa y tal vez hasta cree en el santo dorado que lleva en la cadena que le rodea el cuello. Afirmaba que, por un tiempo breve, hace décadas, consideró el seminario. Hace unos meses me miraba con ansias mientras compraba los boletos de avión, y dijo en voz alta:

—Me encanta ver a los sacerdotes y a las monjas en Roma. Siempre se ven tan felices, como si se hubieran ganado la lotería. —Su mano rodeó mi hombro—. Debe ser reconfortante, ¿no crees? Ese tipo de certeza. —Después de darle un trago al vino, añadió—: No, es mejor que la lotería, es como ser académico titular y tener ese puesto por los siglos de los siglos, amén.

Me imagino qué dirían los monjes si les contara sobre él, si cualquiera de ellos escuchara mi confesión prescrita.

Una corriente de agua, que quizá viene de alguna de las llaves o las fuentes que hay en todos lados, serpentea entre las piedras a mis pies. Va cuesta abajo, sin esfuerzo alguno. Le envidio que la única ley que debe seguir sea la de la gravedad.

O es la hora del día o que di una vuelta equivocada, porque de pronto estoy rodeada de gente. Esperaba la sombra y el silencio de Vía Giulia, pero no la encuentro por ningún lado. Los guías turísticos sostienen banderas de color neón y gritan en sus micrófonos de broche. Los hombres que hablan italiano como su tercer o cuarto idioma apuntan a unos mapas laminados. Encaramada en una barda y con el río a sus espaldas, una mujer con una falda larga y sucia toca *Hotel California* en una guitarra eléctrica para los turistas; sus pies desnudos quedan colgando.

Una pareja de italianos mayores hace contacto visual conmigo y no me deja escapar. El hombre se me acerca con lentitud, cautela y decisión. Como si yo fuera su mejor peor opción.

—*Quale strada per la Fontana di Trevi?* —me preguntan al unísono, con sus caras tan expectantes y esperanzadas como ventanas abiertas de par en par.

Piensan que soy una de ellos, que conozco esta ciudad, o al menos que hablo su lengua. Como cualquier estadounidense que busca encajar fuera de su país, sentí una punzada de orgullo.

Esto ha estado pasando con mucha frecuencia, tanto que busqué cómo responder en italiano y practiqué mi pronunciación en el espejo de mi departamento rentado: *Mi dispiace, non parlo italiano*. O si me siento segura de mí misma: *Non parlo molto bene l'italiano*.

Pero ahora, cuando debo decirlo, me quedo paralizada. Me encojo de hombros y los decepciono. Mi cara se sonroja, me volteo y los dejo para que le pregunten a alguien más.

Al cruzar el Tíber no hay manera de refugiarse del sol. Aprieto el paso hacia la sombra espesa de los árboles de Trastevere que acorralan grupos de personas inmóviles frente a todo lo que las rodea.

Durante apenas unos segundos, escucho con familiaridad a Tom Waits desde la ventana de un auto antes de que se vaya cuando la luz del semáforo cambie. Su gruñido grave, que he escuchado tantas veces: lento y triste en esta grabación, y ligero y risueño con una de las bromas de papá, a medio cigarro en la terraza de la casa de mis padres. Canta *The night does funny things inside a man*.

Cierro los ojos un momento. Veo un bar a oscuras, compasivamente fresco en plena ola de calor, con tarros de pinta resbaladizos por la condensación. Estoy sentada al lado de un hombre que se sabe cada palabra de esta canción. Un cuerpo que empieza a resultar familiar, cuya mala voz para cantar y ceño fruncido estoy comenzando a amar.

Tom Waits, esa canción, ese hombre, ese bar: partes del sutil coro de la memoria. Una red de canciones, poemas, noches en vela, madrugadas, esos giros y cambios que nunca terminan de desaparecer. Son fósiles, símbolos, medallas de honor… o no.

Más allá de pedir algo de beber, solicitar más aceite de oliva o balbucear «*scusi*» cada vez que mi codo roza una persona que pasa junto a mí, ¿cuándo será la próxima vez que en verdad hable con alguien más?

Jueves

Tal vez todas las novias romanas son serenas. Esta lo es.

La veo desde el café, en una de las mesas al aire libre que aún atrapa los últimos rayos del sol de la tarde, en medio de la isla que está en el centro del río. Puedo ver detalles que un transeúnte podría perderse; es como tener buenos asientos en una obra de teatro. Su vestido destella con lentejuelas o cristales baratos desparramados por su pecho y falda como si a alguien se le hubiera ocurrido ponerlas de último momento. La tela se acumula entre sus omóplatos y se tensa. Las luces le dan directamente en la cara, pero ella ni siquiera parpadea. Su mirada es distante, está concentrada en algo invisible para mí.

De un lado, el empedrado de la *piazza* está inclinado de manera desafiante e imperfecta hacia el río. El café parece haber sido construido para formar parte de la cuesta, y para compensar, unos libros viejos calzan las patas de la mesa. La iglesia está en el centro de la plaza, horizontal sobre cimientos sólidos, como algo no negociable.

Un niño, tal vez de ella, va detrás de uno de los padrinos de boda por la *piazza* en un juego de persecución improvisado. La madre de ella, o su próxima suegra, habla en voz muy alta por el celular, muy rápido y demasiado lejos de mí para que intente entender.

No hay nada del drama contenido que implican las bodas estadounidenses, nada de espectáculo ni nerviosismo. El ánimo es tranquilo y silencioso, en deferencia al poder superior que opera aquí; si no es Dios, quizá solo es la familiaridad, la inevitabilidad de que dos personas compatibles o parecidas estén juntas. Hacer promesas con los ojos resplandecientes frente a un grupo selecto.

El novio está de pie por la puerta, y no tiene la actitud reverente que, según lo que nos han enseñado, merecen las novias. No da señales de estar abrumado ni al borde de las lágrimas al verla vestida de blanco. Al mirarlos, la sola idea de algo tan coreografiado y artificial se siente risible. Él la ha visto antes y la verá después. El vestido blanco y su aparente significado palidece frente a lo que sostienen estos muros antiguos, lo que han dejado entrar y lo que no. Ni siquiera parece haber un fotógrafo.

El rostro de ella tiene una apariencia intocable, como si flotara un centímetro por encima del resto: me resulta familiar. Su mirada es como la de aquellos santos que empecé a ver inmortalizados en los frescos y los mosaicos que están por toda

esta ciudad. Sus ojos miran a la lejanía, con la certeza de un delicioso secreto.

He estado en Roma una ocasión anterior, pero fue hace años y nunca estuve sola. Mis padres nos trajeron a mi hermano y a mí cuando él tenía ocho y yo doce años. Nos hospedamos en un departamento cercano a la Piazza di Spagna. Estaba decorado con tapices colgantes, alfombras gruesas y muebles delicados y antiguos. Las vigas de madera que enmarcaban las puertas y sostenían el techo pertenecían a la casa del dueño en Puglia. Recuerdo la fascinación que me provocó el hecho de que las partes de un hogar pudieran usarse para levantar otro.

Un día hubo un recorrido guiado por el Vaticano: nos reímos con nerviosismo de los guardias suizos, corrimos por los jardines, estuvimos unos minutos en la Capilla Sixtina y estiramos el cuello antes de que nos llevaran a la salida. Me apresuré por el museo, revisé con rapidez cada sala y elegí mi pieza favorita antes de continuar, mientras mi hermano escuchaba con atención las descripciones sobre las pinceladas, las canteras de mármol, los mecenazgos, los estados pontificios, la conexión del artista con la iglesia y todo lo que eso significaba. Se acercó tanto como le fue posible, y a veces su cara estaba a tan solo unos centímetros de un cuadro o escultura.

Una brisa se abre paso por mi piel, aún húmeda por mi sudor y por el agua de la fuente por la que pasé cuando venía hacia acá, una cabeza de lobo tallada en piedra. Dejé que el agua llenara mis manos, me mojé los brazos y la cara, y el resto me lo puse en la nuca para que escurriera entre mis omóplatos y bajara por mi columna vertebral. Era algo que solo había visto hacer en películas a italianos ancianos.

Ahora hay mesas vacías frente y detrás de mí, todos guardamos cierta distancia. Incluso con el aire ligero, esa hora del día es lo que es. Nadie habla en inglés. Los vasos en las manos de la gente resplandecen con el rojo y el anaranjado del Cappelleti, Aperol y Campari. Una madre le da a su bebé una rodaja de naranja que adornaba una bebida para que la mastique.

Bebo a sorbos un Averna en las rocas con una cáscara de limón, es el tercero del día. Estos cocteles, sus variaciones y lo que significan fueron una parte fundamental de mi educación prerromana. Él hacía pruebas y jugaba a ser barman en mi cocina. Calculaba el vermú y añadía refresco como un químico aficionado. Fui educada para conocer las diferencias entre un *spritz* y un americano, entre un *negroni* clásico y un *sbagliato*. La manera delicada en que su lengua chocaba con la parte trasera de sus dientes al terminar de pronunciar esa palabra placentera y extranjera.

Sus manos se movían. El tono de su voz bajaba y subía, sus ojos estudiaban mi rostro y quizás imaginaban cómo se vería en Italia. La manera en que todo cambiaría.

No es sorprendente que lo extrañe un poco más cada vez que llega una bebida nueva. Es difícil ver una silla vacía y no imaginarlo sentado en ella, estirando sus largas piernas, con la cabeza echada ligeramente hacia atrás para sentir los últimos rayos de sol en la cara, sus dedos planos hojeando el menú.

Él estuvo presente en cada decisión que tomé para hacer este viaje: el

departamento, los restaurantes, el viaje de un día a Pompeya, que él jamás verá. Escogimos las fechas para que coincidieran con su cumpleaños. A finales de julio, aunque, como él dijo, era la peor época para estar en Roma. Pensé en lo que él ordenaría para merendar, en su conato de sonrisa al leer un libro bajo la sombra de un árbol en Borghese, en que tal vez su mano tomaría la mía después de hacer una pausa para beber y ver el día transformarse en noche, y en otras cosas que ni siquiera supe anticipar, que habrían sido sorpresas.

También está el potencial secreto de lo que yo podría decir, hacer o motivar, qué posibilidades podrían presentarse para hacerlo más leal, convencerlo de que vino a la ciudad correcta con la persona adecuada. He escuchado que las vacaciones cambian las relaciones, las hacen duraderas o tal vez sirven como un salvavidas. La libertad que da un lugar extraño, ser alguien más, probar lo que sea que sientas que pueda caerte bien.

Las postales que compré hace un rato están sobre la mesa, colocadas en forma de abanico. Es un ritual que llevo a cabo casi cada vez que voy a algún lado en donde vale la pena hacer una crónica: les escribo a algunas personas, trato de capturar lo que veo y cómo me hace sentir estar en un lugar específico.

Solo compro un tipo de postal. Nada de «*Ciao* desde Roma» en letras rojas, verdes y blancas. De hecho, no tienen letras de ningún tipo. No son del Coliseo, del Foro Romano ni de ningún otro monumento obvio. Ni de gladiadores. Eso elimina muchas opciones. Las que cumplen con mis requisitos suelen ser más caras, de 3 euros en vez de 1.50. Elijo cada una con el destinatario en mente, con la esperanza de que vivan pegadas a sus refrigeradores con un imán, entre las páginas de un libro o entre recibos gastados, fotos polvorientas y otras cosas que vale la pena guardar.

Una muestra la Piazza Navona de noche, con las fuentes a toda potencia, iluminadas con dramatismo: los dioses, los caballos y las olas en medio de la colisión, alumbrados desde abajo. La *piazza*, por lo común atestada, está vacía, y eso parece imposible. No hay grupos de turistas, *hosts* en busca de clientes ni hombres que venden juguetes baratos y bolsos falsificados, que ponen todo sobre unas sábanas viejas, para que en cualquier momento las puedan levantar y salir corriendo.

Otra: un jazmín que envuelve la antigua columna de una ruina, encendida por la luz de la tarde. Y para crear un impacto mayor, una anciana mira por la ventaba de un edificio contiguo e igualmente derruido. Mira directamente a quien esté tomando la foto, como si dijera «¿Y qué?».

La que tengo en mis manos ahora: la Bocca della Verità, que ve hacia delante con la mirada perdida e inexpresiva y la boca abierta para tragarse la mano de cualquier mentiroso. ¿De dónde salió esa historia?

Tomo lo que queda del Averna, volteo bocabajo la estatua de los enormes ojos y les escribo a mis padres:

Estoy aquí, de regreso en Roma. El caos más hermoso, como diría mamá. Solía pensar que nos llevaron a la Bocca della Verità por diversión, para recrear La princesa que

quería vivir. *Tal vez así fue. ¿Recuerdan lo aliviado que estaba Jack cuando salió ileso? Quedé encantada con la expresión de su cara, fue como si hubiera ganado una carrera.*

La foto que ustedes tomaron, de nosotros dos juntos, se convirtió en la tarjeta navideña de ese año, cuando cumplí trece años. Durante mucho tiempo esa fue la única fotografía en que salía yo que me gustaba. Y tal vez aún es mi favorita.

Quizás en realidad no entiendan por qué estoy aquí. Probablemente tengo que regresar cada quince años, más o menos, para asegurarme de que este lugar no se ha venido abajo, para beber buen vino y ver al papa. Suena como la letra de una de las canciones de papá.

Los amo. Estoy muy agradecida de que ustedes me hayan mostrado esta ciudad primero.

Las palabras apenas caben. Hago mi manuscrita más pequeña cuando advierto lo mucho que me estoy acercando al final. Las oraciones están apretujadas y un poco inclinadas. Las últimas se amontonan donde escribí la dirección de mis padres, en Hudson. No es el mensaje conciso y distribuido con gracia que había visto en mi mente antes de empezar.

Todo lo relacionado con esto parece estar algo equivocado, o al menos es raro. Han pasado meses desde la última vez que los vi: una cena en su casa con platillos que no correspondían con la temporada, una noche que aún me hace estremecer cuando pienso en los detalles. Han pasado semanas desde que hablé con ellos por última vez: conversaciones entrecortadas con mi madre, ni una palabra por parte de mi padre. No estoy segura de qué estoy tratando de demostrar al mandar algo como esto. Tal vez el hecho de que puedo reescribir la historia, elegir mis recuerdos y descartar otros, si decido que eso es lo que quiero.

Puede resultar agotadora la dedicación con la que siempre escribo, dibujo o hago prácticamente cualquier cosa. Es posible llamarlo perfeccionismo o compromiso, sugiere eficiencia. Hasta lo que acabo de escribir se ve sentimental y casi sin sentido. Equilibrado con cuidado, sin revelar nada de la manera como me siento ahora, sentada aquí.

Saco los pies de mis sandalias y los apoyo en el empedrado, algo que ni en sueños podría hacer en casa. Pero aquí todo es de un suave adoquín o de un asfalto opaco desgastado por un deterioro lento, poético y vago, mientras que las aceras de Nueva York que alguna vez fueron blancas han quedado grisáceas después de miles de pasos, décadas de mierda de perro y un sinfín de bolsas de basura marchitas.

La Bocca della Verità, si de veras hubiera algo de magia, habría sabido cómo atraparme, incluso hace veinte años. Habría visto el tipo de mentirosa que soy: no patológica, más creativa que engañosa. ¿Por qué decir que leí dos libros la semana pasada cuando puedo decir que fueron tres? Sí, vi esa película, conocí a esa persona, comí en ese restaurante y compartí aquella opinión. Unos cuantos adornos, una línea de diálogo ingeniosa inventada en el momento. Algo que haga la historia

memorable. En el peor de los casos, las mentiras que digo son una vergonzosa combinación de flojera e impaciencia. Pero también hay destellos esporádicos de imaginación. Me siento cómoda al saber que de forma consistente puedo ser más de lo que soy.

Llega otra bebida, aunque no la ordené. Es de un rojo intenso, vivo y efervescente, con una zarzamora descansando sobre unos cubos de hielo. Un anciano a mi izquierda señala el trago, la punta de su dedo se acerca hasta casi tocar el borde del vaso. Está solo en la mesa junto a la mía, pero está sentado a unos centímetros de distancia, lo suficientemente cerca para rodearme con el brazo si quisiera.

—La zarzamora —dice lentamente en italiano—, eso te dan cuando les gustas.

Ahora sé cómo se dice zarzamora, por proceso de eliminación: «*la mora*». La pongo en mi boca y sonrío hacia donde está el hombre sin decir nada.

Las puertas de la iglesia se abren y los vítores se extienden desde dentro. La novia y el novio caminan con rapidez hacia un auto que los espera. La mano de él rodea la cintura de ella, y la jala un poco. Por fin hay un poco de vida en su mirada, la huella de que tiene algo qué perder.

Imagino una merienda grupal en algún lado, quizá seguida de una fiesta para los adultos. Vino tinto frío transpirando en vasos de agua, niños durmiendo en regazos. Una pequeña banda musical, el hermano de alguien tocando la guitarra.

La pantalla de mi teléfono se ilumina con un tono específico de azul, lo cual solo hace por un motivo. Por una persona.

E:

Qué extraño es escribirte en mi cumpleaños para pedirte un regalo.
Me pregunto si estás en Roma. Espero que así sea.
Pero lo que te pido sin merecerlo es que me digas si estás bien.

M.

Debí haberlo sabido. Este día no podía haber pasado sin alguna palabra de él, sin alguna incomodidad, algún desafío. Miro sus palabras hasta que la pantalla se oscurece, y después me recuerdo en dónde estoy. Un árbol inestable se inclina hacia el río. La luz nocturna se ondula a través de sus hojas finas, haciéndolas casi translúcidas.

El sol se pone en el cumpleaños de Michael, aunque a él le quedan seis horas más que a mí. Planeamos todo de esta forma, que su cumpleaños fuera nuestro primer día y despertáramos en Roma para empezar todo un nuevo año. Mis manos tiemblan un poco hasta que las aprisiono entre mis rodillas. Respiro con fuerza y veo la luz hasta que siento un poco de dolor.

¿Qué podría responderle? ¿Que estoy desvariando por la falta de sueño, con la belleza y energía de este lugar, y que deseo que estuviera a mi lado, con tanta fuerza

que me duele? ¿Que no sé exactamente en dónde estoy ni por qué? ¿Por qué este café, esta mesa desde donde miro esta boda justo ahora?

Siempre fui muy cuidadosa con lo que le decía y cómo se lo decía. Es difícil escribirle a un escritor, aunque él me diría que no debería ser así, que estoy pensando de más, que todo lo que diga está bien porque lo digo yo.

No dormí en el avión. Nunca lo hago. Si me tomo una pastilla o dejo que se disuelva bajo mi lengua, alucino en vez de quedarme dormida, como se supone que debo hacerlo. Si tomo una cantidad suficiente de vino tinto para sedarme, todo lo que obtengo es una resaca agotadora. Mi cuerpo lucha con todo, como si pudiera resistirse a la anestesia o a una venda sobre los ojos.

El hombre a mi lado durmió desde el despegue hasta el aterrizaje, durante ocho horas y veinte minutos. Era el tipo de persona que se desvanece tan pronto como el tren de aterrizaje se retrae. Un sonido y una sensación que siempre me ha parecido reconfortante, aunque nunca al grado de hacerme dormir. Su boca se quedó abierta durante todo el vuelo en mi dirección, sin que el aire pareciera entrar o salir. Su expresión era tan franca y vacía que quería despertarlo con una bofetada.

Cuando por fin me quedé dormida estaba en el taxi de Termini al departamento que renté por seis días en Monti. Bueno, técnicamente Michael escogió el lugar y pagó el depósito después de una meticulosa búsqueda en línea. Necesitábamos una calle silenciosa, techos altos, una cocina decente y una cama grande. En este barrio no había de eso. Lo más importante era el balcón. Nunca me pidió que le reembolsara su dinero. Jamás se lo ofrecí.

—*Signorina! Signorina?*

El chofer me despertó a tiempo para ver el Coliseo durante unos segundos. Levanté la cabeza, me incliné hacia donde dio la vuelta el auto, y luego lo miré debilmente a los ojos para agradecerle. Un gesto extraño, pero encantador. Algo que casi con certeza hace que le den propinas más generosas. Uno de los *carabinieri* que vigilaba el muro, con miles de años de historia a sus espaldas, bostezó y se tapó la boca con la mano que no sujetaba la metralleta.

Se suponía que este viaje debía ser importante, quizás incluso hasta fundamental. Había ciertas barreras que planeaba superar y dejar atrás en mi mente, como los marcadores en una carrera de larga distancia. Que aun cuando él me viera paralizada por el desfase horario, necesitada de un baño, batallando con el insomnio, con un idioma extranjero y quizás con una maleta perdida, siguiera amándome y estuviera feliz de haber venido. Los dos en plena discusión sobre dónde ir y cuándo, si recorrer los aparadores de Vía Condotti o caminar veinte minutos hacia el museo de arte moderno.

Un tic verbal, una preocupación sin sentido o un ritmo lento en mi paso que le encantarían, lo irritarían y luego volverían a fascinarlo. Las cosas que, según me habían dicho, eran señales de intimidad, una palabra que aparento que me da

escalofríos, pero que en secreto adoro como a una deidad poderosa y desconocida.

Estar en Roma, se suponía que esto iba a ser distinto.

He caminado a lo largo del Puente de Londres en el intenso frío de una noche decembrina, y el viento ha hecho que mi mente quede en blanco. He estirado mis piernas en el pasto por Canal Saint-Martin mientras bebía un vino rosado tibio en un vaso de plástico, aferrándome al final del verano. He visto más allá de los naranjos en flor, con la Alhambra en la cima, mientras exhalaba el humo del narguile que flotaba por ahí.

Todo eso sola. Todo eso como práctica, había pensado, para este momento. Aunque si soy amable, optimista o simplemente abierta, esta vez se trata de un tipo distinto de práctica. Un experimento de autonomía, en vez de esperar que algo sucediera o de que alguien o alguna circunstancia me indicara qué hacer. Tal vez podría llenar toda esta ausencia con algo que importara.

Estoy rodeada de devoción, por todos lados hay pequeños altares. Desde santuarios esculpidos que albergan estatuas hasta oraciones pintadas con *spray* en las paradas de autobús. Muchas vírgenes detrás de acrílico, en huecos entre tiendas de ropa y mercados de comida de especialidad. Su mirada siempre lastimera hacia el cielo, inmortalizada en mosaicos a los costados de los edificios. Monedas regadas a sus pies, arreglos que se dejaron deprisa en botellas de agua. Las flores están muertas o son falsas, teñidas en colores artificiales como el magenta o el cerúleo de una caja de crayolas. Camino en círculos decadentes, y doy vuelta cuando tengo ánimo, cuando una calle parece más invitante, y me detengo cuando me da mucho calor, me canso o me da la gana. Una y otra vez, cuando tengo la posibilidad de elegir, opto por el camino más tranquilo. Tomar a alguien de la mano se sentiría opresivo.

Enfrenté el desfase horario entrando a cada iglesia que vi durante toda la tarde. Sin importarme lo monumental o abandonada que se viera, ni si estuviera abierta o cerrada. El calor y el frío, la luz y luego la oscuridad me ayudaron a mantenerme despierta. La última que encontré, a veinte pasos lentos del departamento que renté, absorbió toda la calidez de mi cuerpo. El calor, que unos momentos antes me había hecho atontada y desesperada, de pronto se convirtió en un recuerdo absurdo.

Hay más de novecientas iglesias en Roma.

Todos los frescos, murales y ventanas son rompecabezas. Por lo general es claro quién es más importante: Jesús, María, varios apóstoles. Pintados en sus momentos más significativos y devotos, colocados detrás de un cristal en poses que buscan inspirar piedad y sobrecogimiento. Las mujeres en estas escenas suelen estar a un lado, como testigos del milagro que sucede en el centro. Las mártires jóvenes sobresalen entre ellas, porque se les pintó para resplandecer desde dentro. Son mucho más sagradas en el grupo de elegidas.

Hasta los nombres tienen un aire de permanencia, que exige respeto, Agnes,

Cecilia, Perpetua, Catherine. Fueron vendidas como esclavas, golpeadas con pesadas cadenas de metal, quemadas con grasa animal hirviente, arrastradas desnudas por las calles de la ciudad. Ellas hicieron ayuno voluntario, cortaron sus gargantas. Pese a todo eso, siguieron creyendo plácidamente.

Enciendo una vela para alguien en cada parada y empiezo con lo obvio: mis padres, sus padres, mi hermano Jack, mis amistades cercanas, luego las lejanas y, cuando se agotaron, para las personas a quienes les he perdido la pista. Mis reflexiones se hicieron cada vez más arbitrarias, le deseaba felicidad o tan solo paz a gente con la que me crucé en algún momento de la vida, que quizá no me reconocería entre la multitud. Algunas veces ni siquiera podía recordar sus nombres, solo algún detalle de su rostro, algo que dijeron o si me pusieron nerviosa o me hicieron sentir esperanzada o segura.

En la Basilica di Sant'Agostino, que se veía tapiada y abandonada hasta que encontré una puerta lateral, encendí una vela pequeña y común y corriente para el exnovio de una amiga de la preparatoria, que fue más amable de lo necesario. Cuando los acompañaba en sus citas, a él le daba curiosidad saber lo que yo pensaba de la película que acabábamos de ver o de la música que estábamos escuchando. Siempre me miraba a los ojos cuando le respondía. En las fiestas, cuando mi vaso de plástico rojo se vaciaba, él lo rellenaba.

Usaba lentes de aviador con cristales amarillos, lo cual haría ver enferma a la mayoría de la gente, pero a él le daban un aire raro y accesible. Recuerdo estar en la parte trasera de su auto al salir de la escuela, cuando manejaba por los caminos rurales y sinuosos de Hudson, y que aceleraba antes de las colinas para que su pequeño Honda Civic volara por los aires por unos aterradores segundos. Mi amiga gritaba riéndose en el asiento del copiloto, porque por naturaleza buscaba las emociones fuertes. Yo estaba callada atrás, agarrada del asiento con las uñas, en busca de una estabilidad que no encontraba ahí. Fue una de las primeras veces que sentí miedo de verdad. No de monstruos bajo mi cama ni de los bultos de ropa en la noche, sino un temor real. Como si pudiera morir porque alguien creía tener el control, pero no lo tenía.

En Santa María en Cosmedin, rodeada de arcos simétricos y ventanas perfectamente alineadas, encendí una vela fina para una chica que vivía en la casa de al lado cuando yo era niña e iba a mi casa al salir de la escuela y casi cada fin de semana. Le encantaba ver cocinar a mi madre, se quedaba hipnotizada con su imagen cuando batía un huevo para el desayuno o machacaba el ajo con mortero. Jugábamos en el jardín inventando historias, transformando la rama torcida de un árbol en un trono y tomábamos turnos para ser las reinas. Para divertirnos, mi papá nos levantaba y nos sentaba arriba del refrigerador, y nuestras piernas quedaban colgando desde lo que parecía una altura peligrosa.

La vi varios años después en Nueva York y me invitó a su boda, aunque no nos habíamos hablado en unos diez años. Nos reunimos en un deslucido restaurante de Midtown al lado de un teatro, compartimos una botella de la champaña más barata del menú mientras veíamos a los turistas esperar en la fila para entrar al

espectáculo de las 8 p. m. Todo lo que recuerdo de su prometido fue mi clara impresión de que era mayor y adinerado, y que ambas cosas eran importantes. Me dijo que iba a ser una boda armenia, lo que significaba que iba a usar una corona dorada durante la ceremonia.

Se canceló tan solo unas semanas después, antes de que yo tuviera la oportunidad de comprar un vestido. Hice el esfuerzo por elegir una nueva vela para ella, que tuviera el pabilo encerado e intacto. Mi moneda de un euro hizo ruido cuando la deposité en la caja de la alcancía.

No es que esté rezando por esas personas, no exactamente. Es solo que no es suficiente para mí solo entrar y salir de estas iglesias, mirar los techos y paredes ornamentadas, maravillarme con la silueta de las esculturas. Tal vez me sirve como un recordatorio de que la vida es amplia y variada, de que continuará cambiando y evolucionando, de que nunca dejaré de conocer personas ni de de acumular detalles sobre ellas, tantos que me puedo dar el lujo de olvidarlos.

Al salir, paso frente a la Bocca della Verità, que se ve mucho más pequeña de lo que recordaba. Una larga fila de turistas espera para tomar fotos. Quizás unos años antes llegamos temprano por la mañana o a la hora de la comida, porque en mis recuerdos tuvimos todo el patio para nosotros. Jack estudiaba la estatua mientras yo adoptaba la pose adecuada. Para tomar la foto, mis padres decían lo que sabían que nos haría reír.

—¿Flores *y* vino? ¡Estás perdonada!

Así fue como Michael y yo nos conocimos, hace un poco más de dos años. Con esta frase rápida y mi sonrisa como respuesta. En el tren local que abandonaba la ciudad, en algún punto entre Grand Central y Mamaroneck, él me preguntó si el asiento a mi lado estaba libre, porque en ese momento estaba ocupado por un manojo de tulipanes de ocho dólares y dos botellas de un vino tinto italiano y barato, separados con tira de cartón para evitar que chocaran entre sí.

Estaba de camino a ver a unos amigos casados que vivían en los suburbios, para agasajarlos con mis historias exageradas sobre la vida en soltería, emborracharme frente a su chimenea y medio dormir en la habitación desocupada de su primera casa.

Vio mis cosas, luego me miró a mí, pensando en qué decir, y luego lo dijo con una especie de confianza natural que era como su segunda piel.

Dudo haber respondido de la forma que él esperaba. No me sonrojé, no me reí nerviosamente y no protesté como jugando diciéndole que no tenía nada de qué disculparme y que cómo se atrevía a sugerir lo contrario. Levanté la vista y enfrenté su afirmación con calma.

—Espero que así sea —dije mientras movía las cosas para que se pudiera sentar.

Me resultó difícil quitarle los ojos de encima. Canas en las sienes, de forma

descuidada. Una boca siempre a punto de sonreír. Ojos grandes, amables, verdes y penetrantes. Ese tipo de contestación no habría funcionado de no haber tenido la apariencia que tenía. Preguntó, y mi mente y cuerpo respondieron por instinto. Tenía muy poco margen de elección.

Me dijo que era escritor. Le comenté que yo era artista, lo cual en aquel entonces era una verdad a medias.

—Me encantaría ver tu obra —dijo.

—¿En verdad?

Me esforcé todo lo posible para parecer algo divertida, en vez de impaciente y ávida por saber más de él, como en realidad lo estaba. Nunca he sido muy coqueta que digamos.

Pero funcionó. Para cuando me bajé del tren en Cos Cob, él ya tenía mi número e insistió en que saliéramos juntos.

Pronto me enteré de que era solo Michael, no tenía apodos y no aceptaba sustitutos, al igual que yo. Siempre deja la cuenta abierta cuando pide una bebida. Acaricia a los perros en la calle, pero ignora a los niños. Duerme con las rodillas hacia el pecho, nunca ronca. Para vestirse es riguroso y banal. Es dueño de opiniones sólidas y bien fundamentadas.

Alguien profundamente reservado y divertido hasta desarmarme. Una persona a la que quería impresionar con desesperación.

El departamento que rento en Vía Clementina por estos seis días es propiedad de una mujer de más de cuarenta años. Su cabello parece estopa, lo lleva peinado hacia atrás con descuido y su mirada se ve cansada. Suspiró con fuerza después de abrir la puerta principal y jaló más aire para explicarme la diferencia entre la basura y el material reciclable, y para disculparse por el elevador temperamental. Sin embargo, los pantalones que lleva tienen un diseño delicado, con el dobladillo en el lugar preciso para que la atención se concentre en sus zapatos de tacón bajo, y finos tobillos. Sus pómulos eran afilados y pronunciados.

Por orgullo le digo que está bien si habla en italiano, que lo entiendo sin problemas. Ella trata de hablarme con lentitud, pero a medio camino lo olvida y aumenta la velocidad.

Ha vivido en Roma desde la universidad y es dueña del lugar, el cual renta a viajeros y turistas, y de otro departamento, dos pisos abajo, que comparte con su esposo y dos hijos. Le pregunto qué edades tienen en un intento por ser cortés pese a la torpeza de mi italiano, y de pronto me dice tanto en italiano como en un inglés con mucho acento que sus hijos son gemelos. Uno es amoroso y dulce y nunca causa problemas. El otro es horrible. Se queda despierto hasta altas horas de la noche, haciendo otras cosas que tienen que ver con un auto. Ella hace el gesto de poner las manos sobre un volante que da una vuelta pronunciada. O tal vez los dos son insoportables y ella solo desea tener un hijo perfecto. Es difícil saberlo al no haber

entendido el resto de las palabras. Las sílabas y las frases suenan casi comprensibles, como si pudieran embonar y significar algo que luego desaparece en mi mente.

Dice algo sobre la imposibilidad de casar a sus hijos, enganchando sus dedos índices para indicar un matrimonio exitoso, mientras me enseña cómo cerrar la puerta principal. Me ve girar la llave tres veces antes de quedar satisfecha.

—Ha habido problemas —dice de una manera ominosa y con un inglés claro.

Hago todo lo posible por asegurarle que puedo girar y empujar cuando sienta que la puerta está mal cerrada. Al leer la fatiga en mi rostro, por fin se marcha. La llave se siente pesada y grande en mi mano, con sus dientes y hendiduras. Cuelga de un llavero en forma de Coliseo que alguna vez estuvo cubierto de brillantina azul, pero ahora solo le queda un poco de brillo.

Traté de aprender italiano antes de este viaje, lo suficiente para ser competente de formas que imaginé importantes. Tuve fantasías en las que pedía a la perfección una pasta o una mesa para dos, y era capaz de conversar en cafés muy relajada y con autosuficiencia.

Gasté mucho dinero en el método Pimsleur. Me senté frente a mi computadora repitiendo frases, traduciendo de ida y vuelta, hablando sola. Siempre he sido una buena estudiante.

El italiano me atrae: es un idioma más agreste y libre, con todas sus zetas, su estructura gramatical maleable y el deleite de no pronunciar cada sílaba, sino de hilvanar tantas como sea posible. Tiene un gran potencial, en especial cuando se compara con las reglas y la precisión del francés, que aprendí de niña. Mi madre solo respondía mis preguntas si se las planteaba en su fluida lengua materna.

Para ella era importante que tanto Jack como yo no solo aprendiéramos francés, sino que nunca lo olvidáramos. Incluso ahora, cuando contesta el teléfono, me reúno con ella o entro en su cocina por la mañana, no sabemos en qué lengua vamos a hablar. Pero ha funcionado, la soltura con la que me expreso nunca ha disminuido. Mi papá ha aprendido una que otra cosa con el paso de los años, pero si los tres hablamos con el ritmo y la complejidad que para nosotros es natural, no se entera de nada.

Sé el suficiente vocabulario y la gramática para reconocer partes de lo que escucho en italiano, pero eso es muy poco para entender por completo o para reproducir lo mínimo. Es como si viera agua fría correr frente a mí, con una rapidez atemorizante, mientras deseo zambullirme en ella desesperadamente.

Mi maleta cae tan pronto como suelto la manija. La cama es amplia y está recién tendida con sábanas blancas y una pequeña almohada con motivos en turquesa. Cuando nos decidimos por este departamento miramos fotografías de la recámara, donde la luz entraba oblicua por la ventana, sobre la cabecera tenía enmarcada la imagen discreta de un santo anónimo. Ambos sonreímos.

Sería tan fácil dormir. Incluso la sola idea es deliciosa.

Mi papá diría «La siesta es un error de novatos». Él aprendió a no rendirse de la manera difícil, con todos esos vuelos nocturnos que cruzan tantos husos horarios.

Lo escucho con tal claridad que parece estar sentado a mi lado, lo que siempre

hace en las cenas familiares. Mi padre junto a mí, mi madre enfrente y Jack a su lado. Nunca se ha puesto a discusión ni se ha decidido formalmente, es solo el orden natural de las cosas y todos tomamos nuestro lugar.

Mejor decido bañarme. Hay envase de jabón de aceite de oliva a medias en la repisa de la tina de baño, es negro y espeso. Su etiqueta se está desprendiendo de manera irregular, pegada del ángulo que la sujeta. Tal vez la dejó quien reservó este lugar por última vez o está aquí como una especie de regalo de bienvenida. Meto tres dedos en el recipiente y el tacto primero es ceroso y duro, después se mezcla con mi piel húmeda y por último desaparece. Un toque de salmuera, luego de limón y al final nada.

El vapor del baño se escapa a través de una ventana abierta, de manera que el espejo es claro y honesto cuando me paro frente a él.

Le pregunto a mi reflejo en voz alta:

—¿Quién eres hoy?

Una interrogante que mi padre ha estado respondiendo y planteándome siempre.

Cuando era niña y él me levantaba para ir a la escuela, se lo preguntaba frente al espejo, inventaba historias y hacía gestos que me hacían reír.

Una mañana, él era el capitán de un barco en el Ártico, en busca de pingüinos, y cortaba todo el hielo con un ejército de secadoras de pelo, como la que está debajo del lavabo de mi madre. Una semana después, era un bailarín de ballet que se flexionaba y ponía sus pies desnudos en punta mientras mis ojos se ajustaban a la luz del día.

Algunos días le decía que yo era una veterinaria. Otros, exploradora o diosa griega; todo dependía del libro que estuviera leyendo o lo que estuviera aprendiendo en la escuela. Él se tomaba cada idea seriamente y hacía preguntas aclaratorias en un tono sobrio. Siempre quería detalles: qué animales salvaría y por qué, cuál sería mi siguiente expedición o a quién había convertido en árbol porque no me adoraba lo suficiente. Esa sensación de posibilidad era contagiosa y no había repuestas equivocadas.

Entre más crecía yo, él era más honesto.

«Hoy soy mi propio gurú. Medité por dos horas afuera, sin nada más que el hielo y yo. No creo que me esté ayudando».

«¿Cómo estás hoy, cariño? Tienes que venir a vernos pronto. A tu mamá le gustaría. Parece que ahora pinta como veinte horas al día».

Desde el estudio, una semana antes de terminar su nuevo álbum:

«Hoy estoy acabado, soy un anciano patético que nunca pensará ni escribirá algo auténtico. ¿Qué más me queda por decir?».

Una vez, bañado en lágrimas, desde el baño de un hotel que hacía eco:

«Soy el maldito estúpido más solo del mundo. Ella jamás me lo perdonará esta vez».

Me llamaba cuando yo estaba en la universidad, ya muy entrada la noche o en la madrugada, y sonaba lejano, pero no por eso menos dispuesto a escuchar mi

respuesta.

A veces lo tranquilizaba, pero nunca lo adulaba ni le mentía. Tal vez por eso sigue preguntando, escuchando y respondiendo.

El agua escurre de las puntas de mi cabello hasta el suelo de mosaico. Es perfectamente blanco con pinceladas de un azul profundo, un patrón de puntos y curvas que tal vez se ha repetido durante cientos de años. Las juntas entre el azulejo fueron restregadas hasta quedar limpias.

Hoy estoy sola, en un lugar hermoso. Soy honesta, no tengo nada que ocultar. Así estoy mejor.

La cena es a las ocho.

Monti está atestado, completamente despierto después de una siesta al final de la tarde, con un trago en la mano. Las puertas de todos los bares están abiertas y la gente mueve sus bancos a la calle para ver pasar a los demás. El restaurante está a veinte minutos de distancia si camino con intención, como si tuviera prisa. Reviso mi teléfono para confirmar que a grandes rasgos voy en la dirección correcta, después lo guardo.

El sol se pone y transforma el anaranjado intenso de un edificio de gobierno en colores sorbete, pastel y dulce. En un balcón sobre mi cabeza, un hombre agita una escoba para quitar una telaraña.

No puedo ver la ambulancia pero puedo escucharla. Dos tonos, agudo y grave que se repiten una y otra vez. Simple y directo, distinto a como es en casa. Jack siempre dice que lo relaja el sonido de una ambulancia, tal vez porque no está en la que pasa cerca de nosotros.

Es probable que deba hacer más lento el paso en una de las calles más amplias y pavimentadas que va de Tíber hacia Termini y Piazza della Reppublica, y corte por los comercios y las ruinas antiguas por igual y sin discriminar.

Me salgo de la placita y bajo por una calle que parece estrecharse y vaciarse a medida que avanzo. Una anciana fuma en silencio en una puerta abierta, y además de ella no hay nadie más. Mira el edificio de enfrente, que parece haber sido abandonado desde hace un buen rato. Partes de la fachada y casi toda la escalera interior desaparecieron, lo que sugiere que empezaron el trabajo con fervor, solo para abandonarlo a medio camino. En las sombras, dos bolsas de concreto se apoyan entre sí. Una brisa ligera mueve un letrero de cartón, que tal vez explica lo que pasó o lo que está por suceder. Faltan tantas partes del techo que puedo ver cómo el cielo pierde su tono azul.

Como era de esperarse, esta calle se encoge hasta convertirse en un callejón sin salida. Es tan estrecha que un pequeño Fiat lo advirtió cuando era demasiado tarde y se quedó atascado. Una reducida multitud comienza a reunirse a cada lado, gritando consejos no pedidos, y termina interesada en el asunto: que si el conductor saldrá por la derecha o por la izquierda, que si es necesario llamar a la policía. La

gente de los cafés cercanos está sentada en mesas diminutas y desniveladas por el antiguo empedrado de la calle y miran mientras beben, fuman y hablan.

Piazza Navona queda de camino al restaurante. No sé exactamente dónde, pero puedo sentir su cercanía. El gentío se hace más denso y frenético. La gente camina con más urgencia en la misma dirección, a sabiendas de que están por ver algo que tienen pendiente en su lista.

Y un poco a la izquierda ahí está. Todo ese espacio es un respiro repentino. Edificios color amarillo mantequilla, con sus ventanas de un azul desvanecido. Algunos departamentos tienen macetas de flores: otros, nada. Si estuviera un poco más oscuro, podría ver el interior.

Lo espectacular sucede en Roma así, sin previo aviso. En una esquina anodina recibes un hermoso bofetón en la cara. Aunque recuerdo haber posado para una foto familiar en este preciso lugar, perfectamente centrada para capturar el obelisco, aún me maravilla la curvatura del domo Sant'Agnese y la luz de las tres fuentes, como Michael dijo que me sucedería.

A propósito me atravieso en los videos que la gente toma por celular, pero trato de quedar fuera de sus fotos. Las luces de las fuentes se encienden y le dan al agua un tono azul alberca. Algún dios o guerrero asfixia un pez con la mano, los músculos de sus antebrazos se tensan como debe ser. Un pulpo se enreda en el pie de otro personaje. Un caballo levanta sus patas delanteras, con una mirada feroz o aterrorizada. Los cuatro ríos de la montaña convergen y estoy lo suficientemente cerca para sentir el rocío en mi cabello.

Busco mi teléfono para corroborar que sigo caminando en la dirección correcta, y está vibrando con una llamada de Jack.

—*Ciao, Emilia* —me saluda con un acento italiano caricaturesco—. *Come stai?*

Son las primeras horas de la tarde en Nueva York. Debe de estar sentado en el piso sesenta y dos de una torre de cristal, en su oficina helada, bebiendo el té verde que su asistente compra a granel, haciendo cualquier cantidad de decisiones millonarias con un lado de su cerebro, mientras que con el otro se pregunta cómo me va.

—Ni siquiera voy a intentar igualarte. —Me río de él—. Estoy bien, un poco descompensada con el horario, pero logré llegar viva.

—¿En dónde estás? Hay mucho ruido.

—En Piazza Navona. ¿Te acuerdas de cuando vinimos aquí, hace años? Hay mucha gente, pero la noche es bellísima.

Hacer un viaje como este es algo que él jamás haría en la vida, pero al menos no cuestiona que yo lo haga.

—Alejarte será bueno para ti. —Lo dice con certeza, como si lo pudiera demostrar—. Comerás y beberás bien en un lugar hermoso. Te sentirás mejor.

Me gustaría que pudiera escucharme si le dijera que no es tan sencillo. Sin embargo, para él podría ser el caso. Tal vez viene de esa parte de él a la que se le facilita tomar riesgos con el dinero de otras personas, ir a bucear por primera vez sin dudarlo o evitar noticias malas o desagradables al grado de que parece que jamás

existieron. En vez de eso, le digo:

—Espero que tengas razón.

A unos minutos de la *piazza*, veo una tienda de libros en inglés, su nombre está iluminado en un color morado neón que puedo ver desde la calle. Tiene un pequeño escaparate que aprovecha su profundidad, como si fuera un túnel. Se extiende más y más allá, como un corredor tapizado de libros. Unas pocas personas miran y la mayoría escucha una lectura que está por terminar en el salón de atrás.

Me sobresalta un espejo apoyado entre unos libreros a mi izquierda, está astillado y cubierto de huellas. Volteo y veo mi reflejo nítido, una cara que no revela nada. Me veo como una extraña.

Ese primer día, cuando me separé de Michael y me bajé del tren en Connecticut, no les comenté a mis amigos sobre él, aunque me había dado una anécdota que les habría encantado. La novedad de conocer a alguien en el tren local un viernes por la tarde, además de la tranquilidad de saber que jamás tendrían que volver a depender del azar para conocer a alguien.

Cuando me preguntaron si estaba saliendo con alguien, les di mi típica respuesta autocrítica de toda la vida y compré su primer libro en la tienda de Grand Central tan pronto como me bajé del tren. Está ambientada en Beirut, una ciudad que siempre quise visitar antes de la guerra entre Líbano e Israel en los ochenta. Un hombre, apartado de su familia libanesa, desesperanzado y sin convicciones políticas, conoce a una francesa que estudia en la universidad. Por un tiempo parece que ella podría ofrecerle la felicidad y la seguridad que él ha estado buscado, y quizás hasta podría salvarlo de una vida en la que él apenas está presente. Hacen suyos ciertos rincones de la ciudad, tienen relaciones sexuales memorables en el estrecho departamento de ella junto al mar.

Ese primer libro cambió quién era él para mí, y en lo que podía convertirse. Todo aquello antes de que hubiéramos hablado más de diez minutos.

Leí el resto en un estado febril: sus siguientes dos libros, y después cada cuento, ensayo o reseña publicados que pudiera encontrar. Devoré uno tras otro, preocupada de que el sentimiento despareciera. Ese verano, ya estuviera en el parque, en la playa o pasando un fin de semana largo en algún lugar, uno de sus libros me acompañaba. Me tendía en una sábana sobre el pasto o en el cálido adoquín de la alberca, pasaba las páginas con impaciencia y escuchaba a medias las conversaciones de mis amigos o lo que pasara a mi alrededor.

Qué felicidad y hambre me provocaron esos libros en aquel entonces. La sensación de expectativa, de estar con este hombre tan brillante o cerca de él, quien podía escribir una frase conmovedora y perfecta con la facilidad con que me murmuraba algo delicioso y sucio al oído, o tocaba mi muñeca de una forma que me hacía sentirme comprendida. Eso me hace sentir un poco triste ahora, saber que nunca leeré otro más.

Después, cuando me recomendó otros libros, películas y poemas, los conseguí y consumí de la misma forma: cautivada e incluso hechizada. Leer y ver lo que él consideraba bueno era todo lo que quería hacer.

Nunca me engañé pensando que era normal esa manera que él tenía de percibir una profunda parte de mí. Era emocionante, pero era personal, como calculado para dar en el blanco.

Sus libros están llenos de pequeños detalles que pensé que solo las mujeres podrían reconocer o recordar. Uno de sus personajes, después de una pelea con su amante, estudia su cara en el espejo del baño. Ella se apoya en el lavabo, con el rostro a unos centímetros de su reflejo. Sus dedos trazan las arrugas de su frente, alisan sus cejas y tocan el hueco sobre el arco de cupido de sus labios. Mientras camina de vuelta con él en la recámara, él nota que el ritual le ha dejado marcas rojas en las puntas de los codos: huecos que recalcan la presión de su concentración. Al pensar en las que he visto en mis propios brazos, la punzada del hueso sobre el mármol, escribí al margen: «Es claro que él pone atención».

Una vez me dijo que el motivo por el que amamos a alguien se debe a que compartimos sus adjetivos.

Busco sus libros en estos estantes, como lo hago en cada librería. Reviso los nombres de los lomos hasta que llego a la «S», entre Salter y Saroyan, y después llego a la combinación de letras que siempre me hace un nudo en la garganta, incluso ahora. Esta tienda tiene los cuatro, y hasta dos copias de su segunda novela, que por mucho fue la más exitosa. Sin embargo, estoy en busca de la última, que publicó hace unos meses.

Mi cuerpo entero tiembla con un dolor anticipado y tal vez de furia cuando abro la página de la dedicatoria. Sé lo que voy a encontrar, pero de todas formas miro. El libro, que terminó un mes antes de que yo lo conociera, lo escribió para ella: una mujer que supuse que era parte de su pasado, pero que de hecho pertenecía a su presente. La mujer que no mencionó cuando le pregunté por única vez si estaba involucrado con alguien.

No sé a ciencia cierta por qué hago esto. Tal vez es para crear tolerancia, demostrar que puedo manejar y hasta aceptar esta nueva realidad. Probablemente para asegurarme de que puedo llegar a odiarlo por completo.

Esto podría ser Nueva York, una selección cuidada, personas de habla inglesa bien leídas, prendadas de cada palabra de un autor. Pero el crepúsculo, el susurro de las voces de otras personas, mis dedos en la fría pared de piedra, el olor de un sudor extranjero en el aire: todo es lo suficientemente diferente para recordarme que estoy en otro lugar.

La reservación que no cancelé es para dentro de diez minutos, es la cena de cumpleaños de Michael.

Lo que hago es perverso. La mayoría de la gente opinaría eso. Tal vez hasta yo pienso así. Una persona sensata soltaría cualquier sentimiento de responsabilidad, quizá llamaría al restaurante para cancelar, y lo más probable es que no se presentara. Dejar la mesa para que una pareja feliz e íntegra la disfrutara. Tengo la esperanza de que al sentarme, al comer y beber ahí, de alguna manera estaré cerca de él, y de que al mismo tiempo me quedaré con algo suyo.

Michael escogió un restaurante del que había escuchado mucho y al que siempre había querido ir. Hice la reservación hace exactamente tres meses, tan pronto como la fecha estuvo disponible. Es extraño estar por fin frente a una puerta que vi en tantas fotos, un lugar aclamado por ser una visita obligatoria, planteado así y posteado por tantas personas. El hombre que vigila la entrada sostiene una tabla sujetapapeles, se ve impaciente y aburrido al mismo tiempo.

Le digo el apellido de Michael, que resulta ser italiano, pero me concentro tanto en decirlo a la perfección que balbuceo las vocales del final. De todas formas, lo encuentra en su lista con rapidez. Trato de decirle que en algún momento la mesa fue para dos, pero que ahora estoy aquí sola, navegando entre los verbos en pasado y presente. Me sonríe de una manera que confirma que no me está escuchando.

El restaurante está lleno, es ruidoso y cálido. Tiene vigas de madera vieja, muros y pisos hechos de la misma piedra, luces muy blancas, una barra niquelada. Un camino que se hace aún más estrecho con algunas mesas para dos a lo largo de la pared, conduce a un pequeño comedor. Este lugar también tiene una *salumeria* y una tienda de especialidades, para animar a la gente a que compre algo de lo que acaba de comer y se lo lleve a casa.

La pata trasera y el hombro de un puerco madurado cuelgan del techo, y el resto descansa sobre resplandecientes rebanadoras de carne hechas de acero, curvadas donde han sido utilizadas una y otra vez. Quesos de diferentes tamaños y colores están alineados junto a unos frascos de alcaparras, sal de trufa y limones en conserva, todos a la venta y a un precio exorbitante, en estantes que llegan hasta el techo. Hay un taburete solo a la izquierda y lo pido para mí.

Nunca he entendido a la gente que se pone nerviosa por comer sola o que no sabe cómo pasar el tiempo cuando un amigo llega tarde al encuentro para tomar algo, cómo es que esos escasos minutos solitarios que pasan esperando en un bar pueden sentirlos aterradores e interminables. Para mí tienen potencial; suelen sucederme cosas cuando me siento en un bar. Por lo común solo se trata de intentos torpes por conversar o frases seductoras disfrazadas de halagos. Sin embargo, hay veces que la gente me sorprende y me cuenta algo interesante, algo que en verdad importa. Me pasa con la suficiente frecuencia para sentir la emoción de la expectativa siempre que me siento a solas con un libro o empiezo a bocetar algo en una servilleta.

El restaurante a la vuelta de la esquina del departamento donde vivía era italiano cuando lo encontré. Luego se convirtió en francés por unos meses y después volvió a ser lo que era. En cada cambio se quedó en el menú una guarnición de setas preparada de la misma forma: sofritas en una sartén hasta que se deshidrataban, se encogían hasta quedar en su versión más concentrada y con el sabor más intenso, y después las bañaban en una salsa que inspiraba obsesión: anchoas disueltas en un buen aceite de oliva, un toque de vino blanco y algún otro ingrediente que nunca pude identificar. Cuando se me antojaba trataba de recrearlo en mi cocina, pero siempre le faltaba algo. Algunos meses me olvidaba de su existencia. Otros, iba a comerla dos veces por semana. Remojaba pedazos de *focaccia* en lo que sobraba,

todo aquello acompañado por unos tragos de vino tinto barato.

Una noche, las setas llegaron con un plato adicional, aunque estaba sola. El hombre sentado junto a mí en el bar levantó la vista desde la pantalla de su teléfono y sacó uno de sus auriculares. Esperé. Podía haber seguido seguir mirando al frente o voltear y decir algo.

En verdad pensé que lo haría o que al menos sonreiría por la confusión, por la suposición de que estábamos juntos. Pero no pasó nada. Pusieron un plato de pasta frente él poco después. Comió con rapidez, pagó y se marchó. De pronto me di cuenta de que estaba comiendo a unos centímetros de distancia de otra persona que fingía que yo no estaba allí, y con cada bocado me fui sintiendo más extraña, de un modo que no había expermentado antes.

Los ventanales del restaurante daban al norte de la Segunda Avenida y al este de la Calle Siete. El cristal estaba tan empañado que todo lo que podía imaginar era el silencio del color blanco y el anaranjado de las señales de tránsito «Camine» y «No camine». Fue la segunda noche realmente fría del año.

Otra noche glacial fue en un bar oscuro de París, donde siempre ponen discos de Charlie Parker. Está oculto en una calle secundaria detrás de un restaurante famoso, su puerta marcada con una discreta señal, una estampa con el contorno de una flor. Todos los camareros usan la misma chamarra blanca y han trabajado ahí durante al menos veinte años. Escuché que uno de ellos se burlaba un poco de mí mientras yo revisaba que el vaso no tuviera manchas de agua mientras lo levantaba hacia la luz tenue.

—Aquí estoy en Rosebud —me dijo con un inglés agudo y con acento—, bebiendo mi martini y dibujando en la oscuridad.

Le repliqué algo en francés resaltando mi acento: estaba lejos de ser parisino, pero gracias a mi madre era mucho más preciso de lo que él esperaba. Ambos nos reímos. Me quedé más de lo planeado y dejé esperando a alguien.

Una vez estaba matando el tiempo en Londres, mientras esperaba que una amiga saliera de la oficina y se reuniera conmigo en un bar. Apenas comenzaba el verano y la pesada puerta estaba abierta hacia la calle y su escándalo. Había estado en el Tate Modern toda la tarde y escribía unas notas sobre Lucian Freud y Celia Pail, Rodin y Camille Claudel. Los artistas y sus mujeres reducidas a musas que se marchitaban en los pedestales. Me quedé parada frente a unas fotografías enormes y nítidas de glaciares en distintas fases de desaparición, sin saber qué hacer con mi impotencia. Soporté los ensordecedores gritos de los niños que corrían en círculos por la exhibición que proyectaba sus sombras en las paredes blancas con los colores del arcoíris.

Sentada en el *pub*, me permití escribir cualquier cosa que me viniera a la mente, sin permitir que mi pluma se despegara del papel hasta que llenara una página. Una manera que suele ser confiable para descubrir lo que en verdad pienso de algo. Mi otra mano se posaba en una copa llena hasta el borde de un espeso vino tinto.

El hombre, o más bien el muchacho, sentado junto a mí había fijado su

atención a tal grado que podía sentir cómo sus ojos seguían mi manuscrita mientras se movía hacia la base del cuaderno. Me distraía tanto que al final levanté la vista y quise rechazarlo con la mirada, pero no pude. Se veía más joven que mi hermano, la línea de su mandíbula era suave como su frente.

Dijo que su amigo y la novia de él lo habían obligado a salir a tomar algo. Apuntó a una persona rubia que estaba de espaldas y cuya mano se aferraba al brazo de alguien alto y grande. Su cabeza estaba inclinada sobre él como una flor hacia el sol.

—¿Cómo puedes escribir en un lugar así? —preguntó con incredulidad y admiración.

—No estoy *escribiendo* en realidad. Solo estoy anotando algunas ideas antes de que se me olviden.

—De todas formas. Ese tipo de concentración. —Su mirada estaba en mi cuaderno abierto—. Lo siento, espero no estarte molestando.

Lo expresó con cautela para ser educado, lo que me hizo más difícil rechazarlo.

—No me molestas.

Y para mi sorpresa eso era en gran medida verdad. Sentí que él necesitaba amabilidad, más cortesía de la que daría a otra persona en una situación parecida. Hablaba rápido y se dirigía hacia mí con un entusiasmo que hasta ahora nadie había desanimado. A cada tanto, la pareja con la que había venido volteaba y lo miraba con exasperación.

Asistió a Saint Andrews y coincidió un año con Jack. Cuando le mencioné a mi hermano (alto, de cabello oscuro, estudiante de Economía, estadounidense, obviamente) me dijo que el nombre le sonaba familiar, pero que no creía haberlo conocido.

—Ese año no me dediqué a socializar —dijo—, tenía demasiados problemas.

No quise saber más ni morder el anzuelo, pero él estaba decidido. A pesar de la rapidez con la que bebía, su acento elegante permaneció intacto. Ordenó otra cerveza.

—Me involucré en un asunto muy delicado, actué mal, y algunos dirían que lo que hice es imperdonable.

El bar se llenó todavía más con la gente que salía de la oficina para empezar el fin de semana, y sus brazos pasaban por encima de mis hombros para tomar sus bebidas o llamar la atención del cantinero. No me sentí atrapada, más bien contenida.

—Estoy segura de que lo que hiciste no es imperdonable. —Trataba de ser amable, nada más, pero eso fue todo lo que necesitó para continuar.

—Una chica que conocía, la hermana de un amigo, era demasiado joven para estar ahí. Tenía solo dieciséis años. Era una prodigio de las matemáticas.

Me olvidé del vino y de mi cuaderno y estudié su cara. Una sonrisa nerviosa que a medias revelaba culpa, vergüenza o algo más, y que se combinaba con el placer obvio que le provocaba tener a quien contarle. Su dedo índice bordeaba la boca del vaso una y otra vez. Se negaba a perder el contacto visual con quien lo

estaba escuchando, un público nuevo y comprometido. Yo quería dejar atrás a él y a su historia, pero al mismo tiempo deseaba saber lo que estaba a punto de decirme.

—Descubrí que uno de los profesores se acostaba con ella. Bueno, de hecho, ella me lo dijo. Sintió que podía confiar en mí, pedirme ayuda. —Su tono de voz, la manera como eligió y dijo esas palabras en especial me lo dijo todo—. Estaba confundida, pensaba que estaba enamorada de él y al mismo tiempo sabía que estaba mal. —Negó con la cabeza ante tal ingenuidad, con la convicción de que él jamás podría estar tan equivocado y ser tan vulnerable.

Pude verlo en el momento en que recibió esa noticia. La consideró como un llamado a la acción. Con su ceño fruncido, barriga abultada y cabello con entradas. ¿Cuántas oportunidades tiene un hombre como este de sentirse un héroe?

—No era un viejo barbón. Era joven para ser profesor, no mucho mayor que nosotros.

—Entonces, el límite no era claro. Parece una situación compleja. —Disfruto sentirme una autoridad en cualquier cosa, hasta en el sentido común—. Debió de haber sido difícil no saber qué hacer.

Como mi copa estaba demasiado llena para levantarla, me incliné para darle un trago: dulce y barato.

—Así es, en verdad yo no sabía qué hacer. Así que se lo comenté a mi tutor, en quien confiaba como un amigo. Y la noticia se esparció de inmediato y todo el mundo se enteró. —Hizo una pausa efectista—. Y eso no era lo que yo quería.

—¿Perdió su trabajo?

—El asunto nunca llegó tan lejos.

—¿Qué quieres decir?

—El día después de que se supo, él se suicidó. Saltó de un puente.

Intenté que mi cara no revelara lo que estaba sintiendo: sorpresa, vergüenza y tristeza por él.

—Solo tratabas de cuidar de alguien. Espero que no sientas que fue tu culpa porque no lo es.

Mi amiga llamó y me sugirió que cenáramos en otro lugar. Me disculpé con él porque tenía que irme y le pregunté si estaba bien hasta que me contestó que sí. Lo dejé ahí, lastimado y con la mirada en otra bebida.

Al observar ahora este bar, lleno de parejas de turistas emocionados y romanos hastiados, me preguntó qué habrá sido de él, espero que se sienta perdonado y quizá menos solo.

Aquí, la conversación que me rodea va bien con el volumen de la música, en vez de que una ahogue a la otra. Las voces son alegres y se animan con la noche que esta gente está por comenzar o ya está disfrutando. La multitud es un alivio y sé que tomé una buena decisión, o al menos una interesante.

La barra está salpicada de copas de vino, rodeadas de manchas circulares y de sedimentos, que las asemejan a los troncos de árboles. Hay cuencos llenos de pasta con diferentes tonos de rojo tomate y amarillo yema de huevo, vasos pequeñitos con agua mineral y, a cada tanto, una burbuja se apresura para estallar en la superficie.

Una pequeña imagen enmarcada de Jesús cuelga sobre la cafetera de *espresso*, con su corona de espinas, chorros de sangre que caen como sudor y expresión suplicante hacia el cielo.

El menú está hecho de varias hojas laminadas a doble cara unidas por tres arillos, lo cual me recuerda a la escuela. Demasiadas opciones, algunas marcadas con estrellas, como para sugerir que puedes tomar buenas o malas decisiones. No solo hay *salsiccia* o *prosciutto*, sino bastantes variaciones de cada uno que se pueden servir solos o con quesos distintos. Las variantes pueden ser infinitas. Veo platillos por toda la barra que no encuentro en las palabras del menú. Una pareja se sirve vino de una botella sin etiqueta, sin más que el color verde oscuro anónimo del vidrio. La luz la atraviesa y está medio vacía.

Un mesero pasa balanceando su brazo a unos pocos centímetros de mí. Cada músculo de su cara está definido hasta la exageración, en sus hoyuelos, contornos y bordes. Es casi guapo, perfecto para hacer un boceto. Rápidamente capturo de una manera estratégica un rostro, un objeto o un sentimiento y la pluma no se separa del papel hasta terminar. Siempre me recuerdo que debo hacer ese tipo de ejercicio, algo que está entre la práctica y el desafío personal. Hace un año hice uno de mis favoritos: Jack en una de esas pocas mañanas cuando se levanta en la casa de nuestros padres, bebe café, aún trae los lentes puestos y le da una mordida distraída a su pan tostado. Una vez que se dio cuenta de lo que estaba haciendo, me hizo destruirlo.

Pido agua mineral pronunciando *frizzante* con dificultad y una copa de *prosecco*. Me gusta escuchar el sonido de mi voz.

En la copa, el vino se ve de color rosa caramelo, y las burbujas se mueven en una espiral constante. El mesero apunta una botella con la mano y me sirve con la otra.

—*Franciacorta.* —Me estudia para continuar hablando en inglés—. Es mejor que el *prosecco*. Es como la champaña, pero hecha en Italia.

Esta es la segunda vez que pido una bebida y que un barman me da otra que me gusta más.

Me sabe a sal y a limón, mezclándose entre sí. La efervescencia enciende el fondo de mi garganta y sofoco un conato de tos, como lo haría cuando alguien me pasa un cigarro de marihuana. La botella desaparece detrás de la barra.

La primera vez que me quedé de ver con Michael para tomar algo pedí un *prosecco*, y me bebí tres copas con rapidez porque estaba muy nerviosa. Era principios de junio. Se me hizo tarde, corrí desde el metro y disminuí la velocidad una cuadra antes del bar para no quedarme sin aire ni demostrar señales de esfuerzo. Se sorprendió al verme, aunque ya nos habíamos visto antes, aquella noche en el metro. Durante el tiempo de nuestra relación, siempre tuvo alguna versión de esa mirada que tuve cuando me reuní con él, o cuando me volteaba hacia su lado de la cama por la mañana, o cuando me quedaba esperando al otro lado de la puerta cuando la abría. Una combinación de reconocimiento e incredulidad.

Esa primera noche fue el principio de una avalancha, o así es como lo veo

ahora. Imparable y de alguna manera hermosa, si no tienes inconveniente con la destrucción. Después de salir del bar, le dimos un paseo a su perro, un husky llamado Beau, por Greenwich Street, y pasamos por los mismos restaurantes y boutiques tres o cuatro veces. Dimos la vuelta en North Moore para regresar a Hudson.

—No te imaginaba con un perro —le dije—, tal vez un pez o un par de plantas.

—No fue mi elección —dijo alejando a Beau de la orilla de una pizza tirada en la banqueta—, es un vestigio de otra vida. Pero está bonito, ¿no?

Cada detalle, broma o historia que decíamos tenía mucho sentido. A cada paso que daba, él me seguía. Sentía que estudiaba mi cara, mi forma de caminar. Qué decirme y cómo respondería yo. Aunque es mayor y sabe más de la vida de muchas maneras, su emoción y entusiasmo aquella noche eran iguales a los míos. Por lo que yo tenía qué decir, por todas las opiniones que para mi sorpresa compartíamos, por los lugares adonde habíamos estado y a los que queríamos ir, me sorprendió la profunda sospecha de que ya había estado con él antes en esa habitación.

Sacaba libros de sus estantes para dármelos, y los hojeaba hasta llegar a ciertos cuentos que había leído con tal frecuencia que las páginas se abrían exactamente donde él quería. Me senté en el piso con la espalda apoyada en la pared, estiré mis piernas bellamente largas mientras le aventaba una pelota de tenis a Beau. Él me la traía cada vez, y con su nariz fría le daba un empujoncito a mi mano.

Michael me miró desde donde estaba parado, cerca del librero. Aunque las luces eran tenues, fue sencillo leer el hambre en su rostro. También la gratitud.

Sí, quería complacerlo, pero también quería complacerme a mí misma.

Una pareja a mi izquierda comparte un plato de mortadela moteada como un leopardo, sus opulentas rebanadas en capas se doblaban sobre sí mismas.

Un renglón del menú sobresale: anchoas con pan y dos tipos de mantequilla, mi italiano no es tan bueno para determinar de qué son. Veo una orden pasar cerca, de camino a una mesa. Es el tipo de platillo que a Michael le encanta pedir en un restaurante, cualquier cosa que pueda hacer que se detenga en él un comensal poco aventurero. Él las llamaría joyas ocultas. En una de nuestras primeras cenas juntos, ordenó una terrina de conejo para compartir. Lo imité al untarlo sobre un pan con mantequilla que mordí sin dudar, ignorando los huesitos.

Si él estuviera aquí, me convencería de pedir las anchoas, así que las ordeno y me arrepiento un poco cuando el mesero se da la media vuelta y se va.

La música del restaurante es un *cover* horrible tras otro, todos interpretados en estilos distintos y hasta contradictorios: *Dancing Queen* como bossa nova, *Man in the Mirror* con una suave guitarra acústica, *Don't Stop Believin'* convertida en reggae; nada combinaba ni tenía sentido. Las interrumpe una canción original, el sencillo más reciente de una cantante estadounidense que alguna vez fue popular. No ha sacado nada nuevo en años y se supone que esto es el principio de su regreso. Mi papá siempre ponía los ojos en blanco al escuchar su voz.

—Siempre suena como si estuviera a punto de llorar —me decía—, ¿cómo es posible?

A lo que yo contestaba:

—Tu voz no es para todos, ¿sabes? —Y es verdad, la voz de mi papá es pausada, monótona y muy grave. En algunos casos, gruñe más que cantar. Las letras de sus canciones tienen mucha más aceptación. Miles y quizás hasta millones de personas las han amado, analizado, se las han tatuado en el antebrazo y las han citado con melancolía. Ante eso, se encogía de hombros y decía:

—Nunca he afirmado ser populista.

Busco mi pluma en mi bolsa y saco una postal al azar. Trae una fotografía de la Vía Appia de noche, los arcos de una puerta en ruinas, las viejas piedras en el camino están iluminadas para que se vean resplandecientes.

Planeé esperar para escribir en esta y darme tiempo para formular algo perfecto y aniquilador. Pero esta fue la que escogí, así que deprisa la pongo sobre la mesa y cuando termino me recompenso con un largo trago de vino; las burbujas estallan entre mi lengua y paladar.

Michael:

Todos los caminos llevan a Roma, ¿verdad? Cuando estaba esperando abordar el vuelo para venir, me puse a investigar lo que esa frase significaba. Cómo, en cada pueblo que conquistaron los romanos, ellos construían un camino que apuntaba en dirección a la capital. Cómo, incluso ahora, después de que el imperio ha sido victorioso y derrotado tantas veces, todos esos recordatorios siguen ahí.

Es curioso cómo algunas cosas permanecen con obstinación. Sin importar lo que suceda.

No quiero saber de ti. No te quiero para nada.

Mi pluma queda suspendida en el aire un momento, queriendo terminar con la frase «Eres un maldito cobarde». En vez de eso, firmo con mi primera inicial. Un bucle sencillo que cae en cascada sobre otro, como si lo escrito arriba no tuviera importancia ni me causara dolor.

Desprendo uno de los sellos postales que compré, con el rostro del nuevo papa impreso, quien sonríe como si en verdad estuviera contento. Teniendo en cuenta las otras opciones, la bandera italiana y el perfil de un político muerto, no hubo duda en mi elección. Siempre quedo encantada cuando lo supuestamente puro se mezcla con la vida real, los instintos y los vicios. Como los calendarios que he visto en cada puesto de periódicos por los que he pasado: un sacerdote bien parecido por cada mes del año, como si fueran bomberos de Nueva York. Está en el aire de aquí, esa ferviente fe en la belleza, la adoración del sexo, la confianza en lo divino.

Dejo que el sello se quede en mi lengua y luego pego la cara del papa en la esquina superior derecha de la postal. Disfruto ver su calma al lado de lo que acabo de escribir, con una letra perfecta, escrita a conciencia. A Michael le encantaba mi manuscrita. Eso siempre me dio cierto grado de satisfacción, similar a saber que

podía provocarle una erección con el solo sonido de mi voz.

Las anchoas llegan, sus filetes brillan dispuestos como un medio abanico que delinea la curva del plato. Hay un par de porciones de mantequilla en medio, una de un color amarillo *yuzu* y la otra de un intenso tono vainilla. El pan lo rodea todo: una *focaccia* horneada con aceitunas enteras y unos generosos higos partidos por la mitad, tanto desenfreno es casi obsceno.

Deshago el plato y lo recompongo: tomo pedazos de pan con diferentes sabores, les pongo una de las dos mantequillas y una generosa porción de anchoa. En el proceso, mancho la postal de Michael. Todo se alinea, mi concentración es como una línea de ensamblaje, decidida y voraz a la vez. Los sabores no deberían tener sentido, pero lo tienen: salado intenso, dulce cremoso, aceitoso perfecto y cítrico brillante. Me como una pieza inmediatamente después de la otra, como un animal.

La pareja sentada junto a mí, en la esquina de la barra, bebe Gaja, un Barbaresco. No sé mucho de vino, pero reconocería esa etiqueta en cualquier lugar. Y como sucede con tantas cosas discretamente costosas, la botella es engañosa en su simplicidad. No hay un trabajo de mercadotecnia detrás ni una ilustración que busque llamar la atención. Solo unas letras pesadas y azules, una fuente básica sobre una etiqueta blanca. Una gota se abre camino hacia abajo, dejando un pálido camino tras de sí.

Quiero hacerles preguntas o demostrarles de alguna manera que entiendo lo que significa conocer y beber algo como eso. Ensayo el italiano en mi mente antes de hablarlo y decirles algo trillado e inofensivo como «Me encanta ese vino» o «Qué maravillosa elección». Si tan solo pudiera recordar cómo se dice elección, pero la mujer me mira a los ojos antes de que esté segura. En vez de lo pensando, solo sale:

—*Molto bene*.

Y señalo la botella, como una tonta. El hombre alcanza mi mano que los apunta y la estrecha. Él es Giuseppe. Su esposa, sentada en el banco de al lado, es Elena. Su inglés no es malo y están deseosos de una oportunidad para usarlo. Él le hace un gesto al mesero y me parece que está pidiendo otra copa.

—No, no.

Insisto agitando la cabeza y sonriéndole. Pero me ignora al igual que el mesero, que ya me está sirviendo. Así que decido contarles la historia de mis padres y el Gaja, que entre ellos se ha convertido en una anécdota apócrifa, así como lo es gran parte de su relación. Para mí es más que nada un truco.

Esto sucedió antes de que yo naciera, poco después de que se casaron. Hablo con lentitud, para asegurarme de que Giuseppe y Elena entiendan.

Mi papá acababa de probar por casualidad una copa de Gaja en algún lado, o se acababa de enterar de que lo apreciaba la gente que sabía de vino. Compró una botella para celebrar su aniversario o el cumpleaños de mamá u otra ocasión que precisara cierta dosis de atención. La escondió en el fondo del clóset, tal vez la envolvió en un suéter o la metió en una vieja bota, todo depende de cuál de mis padres esté contando la historia.

Entonces él se fue de gira a Europa por primera vez, pero eso no se lo digo a esta pareja. Nada que los anime a hacer preguntas (como por qué mi madre no fue con él) o me obligue a decir toda la verdad. Algunas veces estoy de humor para compartir todo eso con extraños, ver su sorpresa y emoción, cómo cambian sus caras y me aprecian desde otra perspectiva. No esta noche. En vez de eso, digo que se fue a un viaje de negocios, lo que en el fondo es verdad.

Mientras él estaba afuera, mi mamá invitó a unas amigas. Pidieron pizza. Mis padres se acababan de mudar a su primera casa en Hudson y casi no tenían muebles. Tal vez un sofá usado, algunas sillas plegables y almohadas en el piso.

Recuerdo esa casa de una manera vaga y distante. El primer lugar donde viví, que no dejaba de investigar y de esconderme en él.

Nos mudamos, de regreso a la ciudad por mis padres, cuanto tenía seis años, poco después del nacimiento de Jack.

Cuando les preguntan, dicen que en ese entonces mi papá viajaba más y que era más sencillo vivir en un lugar céntrico. Tal vez mencionaban algo de que sus hijos serían más cultos o alguna broma sobre la cercanía a mejores restaurantes. Y por un tiempo tuvieron razón, hasta que todo salió mal. Demasiadas cosas habían cambiado. La ciudad era demasiado ruidosa para mamá y tenía un exceso de distractores para papá. Tengo recuerdos de gritos y portazos, pero casi siempre de silencios. Luego, cuando volvieron a mudarse a Hudson, la casa era más grande, su propio pedazo de tierra, con una buena vista. Mis padres tenían más información, experiencia y dinero. Y todo eso ayuda a construir una vida o a mejorar la que ya se tiene.

Para el momento cuando la pizza llegó esa noche, mi madre y sus amigas ya se habían terminado el vino que habían traído, y el todo el resto del alcohol que había en la casa ya había desaparecido. Cualquier reserva estaba a un tortuoso camino de varios kilómetros de distancia y no tenían esposos ni novios que mandar por cerveza.

Giuseppe y Elena empezaron a comprender a dónde iba todo esto. El vino está frente a mí y uso esta pausa en la historia para por fin tomar la copa. Mi nariz se acerca al borde, pero no tanto, y percibo un aroma a cigarrillo de clavo de olor y un toque de vinagre balsámico, del costoso, del que se guarda en el fondo de la alhacena solo para rociar. Agito el vino de un modo contrario a las agujas del reloj, como me enseñaron. Le doy un pequeño sorbo. Permanece en mi lengua y lo dejo ahí. No sabe a nada y de pronto florece.

No puedo imaginar a mi madre buscando algo de beber, revisando cada lugar probable o improbable antes de encontrar el vino en el clóset por azar. La mujer que yo conozco, si el vino se hubiera agotado, se habría encogido de hombros, habría revisado superficialmente la despensa o el refrigerador, se habría puesto a hacer café o lo habría usado como una excusa para acabar la reunión temprano. Quién sabe cómo era ella antes, y todas las maneras específicas en las que ha cambiado.

Pero ambos insisten en que sucedió de esa forma. Ella no sabía nada de vino, no tenía idea del valor de la botella ni por qué estaba escondida. Lo acomodé todo,

cada detalle en donde debe ir.

Siempre que escucho esta anécdota, o que la cuento, me pregunto de qué habrán hablaron mi madre y sus amigas esa noche, y cualquier otra de aquella época. ¿Interpretaba su versión habitual de mujer tranquila, más allá de las bromas, historias y estados de ánimo de los demás? ¿Reunía el grupo adecuado de gente, se relajaba y los veía interactuar? ¿O en ese entonces tendría momentos más audaces en los que favorecía a una amiga en vez de otra y estudiaba las ondas de su atención mientras se expandían? Sin duda, ella usaba los secretos de todos, por haber sido y ser una buena confidente.

Ahora, cuando estoy cerca de ella y sus amigas en casa o en unas vacaciones, hay una complicidad y un código en todo lo que dicen. Se ríen del hecho de que se preocupan por todo, miran a sus esposos con exasperación, hablan de su insomnio persistente, mencionan por casualidad casas de veraneo o viajes navideños para esquiar. Aunque sus circunstancias son distintas ahora, no creo que ninguna haya cambiado gran cosa. Les gusta poner sal en viejas heridas y agravar las cosas, siempre llevan su tarot y hablan con reverencia sobre la luna, se quedan en la cocina lavando los platos mientras todos los demás comen postre… Son iguales en lo fundamental. Los destellos de calidez, cautela y practicidad de mi madre son más brillantes cuando está con ellas: todas las pistas, las sugerencias de lo que resta, lo que siempre ha estado ahí.

Así que mi madre y sus amigas se tomaron un vino de cuatrocientos dólares con pizza de pepperoni y una bolsa de papas fritas. Pudo haber helado. A veces agrego algunos pequeños detalles para causar un impacto mayor. Los ojos de Giuseppe y Elena se agrandaron y sus manos se movieron para ocultar parcialmente su risa.

Cuando regresó mi padre, le preguntó:

—¿Y qué tal estuvo?

Estaba incrédulo y hasta impresionado. ¿Y cómo no iba a estarlo?

—Delicioso —contestó ella sin disculpa ni arrepentimiento.

Cuento el final como si fuera el clímax de una broma, como he visto a mis padres hacerlo innumerables veces. Hace que mi madre suene distinta de como es, más irreverente y hasta descuidada o insensible. Sin embargo, hay elementos que reconozco, de un intercambio que he visto ir y venir de un extremo a otro toda mi vida: cómo mi padre paga y cómo mi madre cobra.

Y ahora comparten una botella de Gaja en cada aniversario. Ese es un detalle fidedigno que he visto cada año. Dependiendo del lugar donde mi padre esté tocando o grabando, puede ser que no suceda el día exacto, pero siempre reconocen el sentimiento.

Es todo un espectáculo cuando compra la botella, la pone en un lugar destacado, en la isla de la cocina o en el banco frente a la puerta principal. La sutileza nunca ha sido su fuerte, y no importaba si planeaba una sincera demostración de afecto por mi madre o si era un intento por encubrir las cartas, las fotos y las llamadas de otras mujeres. Un año puso la botella en medio de la

escalera, para asegurarse de que mi madre la viera, y ella casi la patea.

A Elena y a Giuseppe les encanta esta idea de tradición, y me pregunto si esta botella que pidieron significa algo importante o si esta es una noche de jueves común y corriente. Me sentí un poco culpable y afortunada por haberme entrometido. Giuseppe sirve más vino, del color de una cereza madura, para cada quien, y dice:

—A la salud de tus padres.

Por la manera en que él toca la copa de ella, me resulta obvio que han estado juntos durante años, tienen hijos, comparten un hogar y luchan para hacer que funcione su vida en común.

Llega mi pasta *rigatoni alla gricia*: salada, cremosa, espolvoreada con pimienta y *pecorino* de la acidez exacta. El cachete de cerdo cruje un poco, asado en el sartén hasta que su sabor es casi dulce. Elena pidió lo mismo, me dijo que eso es lo que recibiría y ahora me mira probar el primer bocado. Una sonrisa beatífica se forma en su cara cuando cierro los ojos para saborear.

—Tengo una opinión que no es popular. —Un hombre sentado a mi derecha me da una palmadita en el hombro y me habla al oído en voz muy alta—. *Gricia* es la mejor pasta romana. ¿De acuerdo? ¿En desacuerdo?

Elena y Giuseppe me están viendo, por lo cual no quiero ser grosera e ignorarlo, que es lo que habría hecho en Nueva York. Una risa corta y distante, una sonrisa que es más una mueca, y por supuesto que le hubiera dado la espalda. Sin embargo, eso no es una opción aquí.

—Estoy de acuerdo, es deliciosa.

Lo miro con la mirada totalmente inexpresiva, sin un ápice de calidez en la voz, con la esperanza de que entienda el mensaje. No lo hace.

En el tiempo que me toma responder su pregunta, Giuseppe y Elena pagan su cuenta, se ponen de pie y se despiden. Siento una punzada de dolor inmediata que me sorprende. Pensé que aún tendría la oportunidad de saber más de ellos, o al menos de ir más allá de una historia tonta sobre mis padres y una botella de vino; albergaba la esperanza de tener ese tipo de conversación de la que no aprendes nada, pero de todas formas te hace sentir menos sola. Ahora la marea ha cambiado, se los ha llevado, y es demasiado tarde para nadar contra ella. Elena me abraza cuando se marchan. Tal vez piensan que estoy agradecida por la atención de este hombre, liberada de lo que piensan que es una conversación aburrida con una pareja casada y mayor. Me gustaría hacerlos cambiar de opinión.

—Déjame adivinar. Vives en Nueva York o Los Ángeles. O tal vez en Londres. ¿También eres migrante?

Le digo que vivo cerca de Madison Square Park, que he vivido en la ciudad de Nueva York, o cerca de ella, toda mi vida.

Él quiere contarme todo sobre quién era cuando vivía en Nueva York, lo rico que era, el número de pisos de su mansión, quiénes eran sus amigos famosos, el fin de su fondo de protección para salvar la reputación de una empleada, pero que a mí me suena a acoso sexual. Se presenta como Craig.

Ahora vive en Roma, donde al parecer asesora empresas emergentes para que se mantengan a flote. Se burla de la ética laboral italiana, o de su falta de ella. Me cuenta cómo intenta inculcarle nociones básicas de responsabilidad y productividad a gente que, según él, no tiene interés en ninguna de las dos cosas. Presume los trajes que se ha comprado, los mejores del mundo.

Como él está aquí, y Giuseppe y Elena ya se fueron, trato de ver el vaso medio lleno e intento avergonzarlo. Sin ninguna otra razón más que estar sentado ahí, existir, girar su tenedor, lo cual me sirve como un recordatorio no tan sutil de que gran parte de los hombres que conozco son aburridos y un poco desesperados. No quiero enfrentarme a lo que perdí, y a lo difícil que será volver a encontrarlo. Le pregunto a Craig qué edad tiene. Dice que tiene cuarenta y dos, lo cual debe ser una mentira.

—No voy a preguntarte cuántos años tienes. Sé que eso es grosero, pero es obvio que eres joven y hermosa.

Me lo dice con cierto apremio, como si para él fuera importante que yo supiera que estaba mucho más cerca de la muerte que yo. No tengo la energía para decirle que solo soy diez años más joven, y que mucha gente no me consideraría joven.

—Debes lidiar con hombres como yo a todas horas, que te hablan de todo en los bares y te hacen perder el tiempo.

Solo para fastidiarlo le digo:

—Y la mayoría también son pésimos en la cama.

En vez de tomar esta oportunidad para esforzarse y emocionarse porque saqué a relucir el tema del sexo a la menor provocación, como lo predecía, él insiste en el valor de entregarme y ofrecerle mi cuerpo a otra persona, en lo cuidadosa que debo ser, en que se trata de algo grandioso y precioso. Un enfoque extraño.

Michael y yo no tuvimos relaciones sexuales esa primera noche. Nos aproximamos el uno al otro durante horas, sin acercarnos lo suficiente. Él se despidió de mí con discreción, dejó su mano en mi espalda baja, me habló al oído. Su aroma fue definido por un minuto precioso, después se desvaneció.

Cuando me fui de su departamento estaba inquieta y nerviosa de una manera que solo puedo describir como frustrada. Le envié un mensaje.

«En verdad quería besarte».

Me escandalicé por mi honestidad, por lo poco que me preocupaba.

Él contestó de inmediato.

«Y aun así no lo hiciste».

Cuando nos acostamos fue inesperado, no hubo tiempo para planearlo ni para preparar nada. Unos días después de que salimos a tomar algo y caminamos, me llamó y me dijo que estaban pintando su departamento. Se había ido a refugiar a un hotel anónimo a la vuelta de la esquina para escapar del olor.

—Está muy solo aquí —dijo.

Apenas si tuvo que tocarme. Y cuando lo hizo, supo cómo hacerlo. Es peligroso que un hombre sepa tanto, que tenga ese tipo de poder. Un dedo dentro de mí, luego dos y después tres, con una certeza que resultaba contagiosa.

A primera hora de la mañana siguiente le conté los detalles a una amiga: su mano en mi cabello, la manera experta en que me hizo sexo oral, la forma de su pene, el beso delicado que me dio en la mejilla. Fue en el asiento de un taxi, sin que me importara lo que el chofer escuchara o pensara. Fue la primera de muchas cosas que diría, compartiría y trataría de entender, evidencia de lo desafiante y demandante que era él. Pero quiero contar muchas historias, no solo esta.

Craig parece estarla pasado de maravilla, e incluso parece que esto es significativo para él. Primero su mano roza mi brazo, y después, una vez armado de valor, la pone sobre mi codo. Por un momento toma mi hombro para no perder el equilibrio y decir algo importante. Estudia mi cara de cerca, con algo cercano a la sinceridad.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Antes de que pueda contestar, continúa—: Si en algún momento quieres que desaparezca y te deje en paz, solo di: «Vete al carajo, Craig. Quiero estar sola». ¿Me prometes que lo harás?

No puedo creerlo, pero lo aliento.

—No, está bien. Hazme preguntas, Craig.

Esto se parece a la caridad. ¿Lo verá de esa manera? Tiene tan poco sentido el modo en que algunos hombres desestiman el tono o la trayectoria de una noche o de un momento mientras exista la posibilidad de acostarse con alguien.

—¿Así que eres artista? —me pregunta sin darme tiempo para responder—. Eso es increíble. No creía que la gente pudiera ser artista hoy en día.

—¿A qué te refieres? No necesitas que te den permiso. Haces arte si eso es lo que quieres hacer.

Lo veo formular una respuesta cautelosa, las profundas arrugas de su frente, las mangas de una costosa camisa blanca arremangadas hasta los codos, el nerviosismo con que se toca la oreja y un diente torcido.

—¿La gente real paga por comprar arte todavía? ¿Qué hay de las galerías? ¿Puedes lograr que alguien te ponga atención si no eres Jeff Koons?

Como si yo fuera una autoridad en la materia. Una artista que no ha vendido un cuadro real en más de un año, que depende de un algoritmo para vender dibujos que supuestamente eran un proyecto secundario, quien hace poco renunció al contrato de arrendamiento de estudio porque tratar de hacer algo nuevo rodeada de su obra sin vender, por la que había sufrido tanto, se volvió muy deprimente. Pero pongo los ojos en blanco y lo desafío directamente, de una manera que les encanta a los hombres como él.

—¿Sabes qué es el internet?

—¡El internet! —Casi grita claramente emocionado al poder categorizarme como una persona inteligente y ágil—. Eso es bueno, muy bueno.

¿Qué busca Craig? ¿Cómo elige a alguien y decide intentarlo? ¿Se deberá solo a la proximidad, a cierto nivel de dificultad, o tendrá un estándar? Si lo tiene, ya decidió que lo cumplo, que vale la pena el esfuerzo. Valgo las maquinaciones de un hombre que no es nada fuera de lo común en ningún sentido, pero que se mueve por la vida con la certeza de que al final será recompensado con el tipo de

reconocimiento, de mujer y la cantidad de dinero que merece. Tal vez ha estado ahí toda su vida, como un redoble que lo impulsa hacia adelante. Es tan constante que ya ni siquiera lo distingue.

—¿Otra bebida? —Hace eso que no puedo soportar, levanta sus dos dedos en el aire. ¿Acaso es tan difícil llamar la atención de alguien sin hacer señas que son para los perros?

—Muy bien, otra pregunta. —Apunta a mi copa vacía que estaba llena del *chianti* que él ordenó y el mesero la llena—. Cuando piensas en tu trabajo, en el arte que haces, la gente que lo aprecia, ¿te sientes orgullosa?

Eso era especialmente enloquecedor de Michael: la manera lenta y gradual en que se hizo imprescindible. Cuando tenía algo que contar, de pronto él era la persona a quien quería decírselo.

—Soy una perfeccionista. Se necesita mucho para que esté satisfecha con algo. Pero sí, a veces. —Tomo un trago—. De vez en cuando.

Craig fuerza un brindis, inclina su cabeza y mete la barbilla un poco para que sus ojos se encuentren con los míos.

—Por la perfección.

Todo se reduce al poder. Siempre lo quise y casi nunca lo tuve. E incluso cuando sí lo tuve, cuando Michael me miraba como si le hubiera dado un regalo precioso e imposible, nunca lo conservé durante mucho tiempo.

Ya pasan de las 11, pero no estoy para nada cansada.

Rechacé la invitación de Craig de acompañarlo a una discoteca. Se trata de un lugar que está construido con unas ruinas alrededor, y está pasando la muralla aureliana más grande. Conoce al dueño, quien resulta ser un famoso director de cine italiano. Está lejos, pero no hay nada de qué preocuparse, pedirá un taxi. Cuando regreso del baño veo que se ha marchado, como lo esperaba. También solicitó que todas mis copas de vino de su cuenta me las pasaran a la mía.

Aún hay personas que hacen fila para entrar al restaurante cuando me voy. Estudian el menú y miran por la ventana. A mi derecha, una callecita está muy iluminada. La gente permanece frente a una *gelateria*. La música sacude el marco de la puerta de un *hookah bar*. En la dirección opuesta, una pareja joven deambula entre las farolas, esquivando la luz. Los sigo por inercia.

Caminan con lentitud, la mano de él traza la meseta en la base del cuello de ella, juega con el tirante de su vestido de seda y se detiene en su espalda baja. Los ojos de él miran lo que hace su mano. Ella le clava una cuchara rosada a un vaso de helado.

La adoración distraída de él ¿la apreciará ella? Yo no lo hice cuando la tuve.

Dan la vuelta en un callejón minúsculo, lo cual se les ocurre de imprevisto, cubierto por un arco que conecta dos edificios. Alguien encendió unas velitas en los huecos entre los adoquines y proyectan sombras en las paredes combadas. La

basura se derrama de los contenedores que se alinean en ambos lados del pasaje. Se ven como tanques a la luz de las velas. Un grafiti indescifrable delinea el ancho del arco.

¿Por qué tomarse el tiempo de hacer algo más bello, diferente o notable de lo que debe ser? Es una pregunta que le podría plantear a toda esta ciudad.

Siempre me siento atraída a detalles como estos, aunque es difícil saber si esta atención es natural o si me han enseñado a advertirlos. Cuando tenía seis o siete años, mi mamá me llevaba a sus visitas mensuales al MoMa, un itinerario que ha conservado religiosamente, entonces y ahora.

Se había inaugurado una exhibición llamada «Matisse en Marruecos». La fila para entrar a la galería era larga, pero entramos de inmediato. No me quedó claro cómo ni por qué, pero recuerdo haber estado emocionada.

En la sala hacía calor y olía a sudor rancio, porque el aire acondicionado del museo no era suficiente para el tamaño de la multitud y el calor que hacía en la ciudad en agosto. Para distraerme, empecé a saltar de un cuadro a otro en zigzag por la galería. Entre más pronto terminábamos, más pronto iríamos al parque, al zoológico o a donde mi madre me hubiera prometido ir. Pero ella insistió en que mirara con detenimiento.

—Con calma, Emilia —decía una y otra vez—. Tran-qui-lí-za-te.

Puso dos dedos alrededor de mi brazo y me obligó a mirar cada pintura durante al menos un minuto antes de pasar a la siguiente. Y con el tiempo, gracias a ella, empecé a ver. Al usar el color, la energía y la luz, Matisse creó algo personal. En ese entonces pensaba que se trataba de algo cercano al paraíso. Una ventana que se abría a un vasto paisaje, colinas onduladas y cimas de árboles pintadas de azul profundo, porque él quería que así fuera. El domo de una mezquita no solo despedía un resplandor blanco por el sol, sino también rosado y amarillo. Un pasadizo independiente está pintado de verde, para tener una apariencia de lo más tentadora. Le dio la misma atención al estampado brillante de los zapatos de su modelo, desparramados en el piso, que a los tres peces dorados, con sus escamas de diferentes tonos de anaranjado, en una pecera que les quedaba chica.

Matisse inventó su propio Tánger basándose solo en lo que vio y en la manera como lo hizo sentir. Lo que les daba tanta vida a aquellos cuadros le pertenecía a él, pero a mí también me encantaba y lo deseaba para mí.

Ahora estamos solos, la pareja y yo. Me quedo atrás para que no me noten, y doy un paso por cada cuatro que dan ellos. No estoy tan cerca para escuchar lo que dicen ni para saber qué idioma hablan por el eco que hacen las paredes. El tono en que platican es silencioso y cálido, lleno de la comodidad que surge de la confianza en la persona que está a tu lado.

Aún me preocupa estar caminando muy cerca, observar algo ajeno y que no tengo derecho a ver. Evito con desesperación hasta la posibilidad de que volteen y me miren con ojos acusatorios y desdeñosos. No creo poder soportarlo ahora. Solo quiero que me dejen observar.

Él mete un *supplì* mordisqueado en la punta del helado de ella, y se lo come

con entusiasmo. Ella grita con horror fingido y le da un suave empujón con el hombro.

Michael nunca fue bueno para ocultar su estado de ánimo. Lo contemplaba con cautela, segura de que podría predecir lo que iba a hacer o decir, corresponder a su emoción o petulancia o luchar contra ella si yo lo deseaba.

Así que después de un año y medio juntos, cuando finalmente me dijo que estaba casado y que lo había estado por nueve años, mi reacción fue distinta de la mentira que les conté a mis amigos. Para ellos, la historia fue como un latigazo, repentina y destructiva. Del tipo que te hace sentir protegido y superior cuando la escuchas, porque no te está sucediendo a ti. El hecho desconcertante de que cualquier cosa que conecte a dos personas puede transformarse de confianza a traición con unas cuantas palabras. Sin embargo, si soy honesta, no estaba tan sorprendida.

Los detalles fueron una sorpresa: cómo la conoció en Portugal, la vida que tenían en San Francisco, su trabajo como profesora de retórica (sea lo que eso fuera) en Berkeley, que habían vivido separados durante los dos últimos años mientras ella estuvo en Argentina haciendo investigación para escribir un libro de su autoría, y el hecho de que ella, me imagino, ya estaba regresando con la expectativa de retomar su vida juntos. Casi le di la bienvenida al sentimiento abrumador de que su vida real era un secreto, de que solo había visto un fragmento. Mi intuición, que había negado y asfixiado hasta convertirla en algo más suave que un susurro, había estado en lo cierto.

La voz de Michael tenía un tono nostálgico cuando habló de ella esa noche, incluso sonrió un poco, aunque tal vez intentó no hacerlo. No pudo evitarlo y eso me hizo desear arrancarle la garganta.

Pero eso fue la confirmación de algo que yo ya sabía con certeza, algo podrido que se arrastraba dentro de mí. No hacía mucho él me había abierto la puerta mientras terminaba de hablar por teléfono con su madre. Me sonrió contento y cómodo mientras platicaba con ella, quizás hasta puso los ojos en blanco con condescendencia por lo que ella estaba diciendo. Pero por instinto supe que su madre no tenía idea de quién era yo, que nunca la conocería.

Me dijo que se había dado cuenta de que necesitaba darle a su matrimonio otra oportunidad, una real. Tuvo el cuidado de señalar que nunca mencionó explícitamente que fuera soltero o divorciado. Siempre tan preciso, con un pie en la rectitud moral. Pero entendí lo que quería decir, que estar conmigo lo hizo darse cuenta de que quería algo más.

Sí, había tenido hambre de mí, y de todos mis estados de ánimo, experiencias y detalles. Sin embargo, él fue evasivo cuando traté de indagar sobre él. Y yo nunca le pedí claridad. Acepté su silencio, su atención, y los traduje para que significaran lo que yo quería. En su cocina, nos sentamos frente a frente en la mesa de madera restaurada, inclinados hacia delante, como si estuviéramos acordando una tregua o nuestros términos de cese al fuego, lo cual en realidad estábamos haciendo.

—Me importas, y mucho.

—¿Te importo? Qué lindo.

—Emilia, por favor. Esto no es sencillo para mí.

—¿En serio? ¿Y qué puedo hacer para facilitarte las cosas?

—Tal vez hablar conmigo de verdad. Háblame.

—Creo que no entiendo de qué hay que hablar. Pensé que estábamos en una relación de pareja, pero veo que para ti estaba en periodo de prueba.

—Sé que es difícil de entender.

—No lo es. Me quedó muy claro. Estoy harta de que equipares la inexperiencia con la ignorancia.

Tiendo a ser elocuente cuando enfurezco, y eso puede ser un arma de doble filo. Debí haberle explicado lo que quise decir, en vez de tratar de quedar como alguien inteligente. Algo así como: «Te amo. Haría cualquier cosa por ti. ¿Cómo pudiste hacer esto, mentirme, preferir a alguien más? ¿Por qué sí estas dispuesto a dar ese paso con ella?».

Sabía que los hombres podían ser engañosos e incluso fríos. Suelo buscar a los que parecen incapaces de serlo, a los que son muy distraídos, están absortos en sí mismos o tan concentrados en cualquier otra cosa que no se meten en mi vida ni me causan demasiado dolor. Los bármanes y los actores, los fotógrafos que nunca tienen trabajo, los estudiantes que venían a la escuela de negocios desde Francia y Argentina y tenían visas que tarde o temprano expirarían. El exmarine que se convirtió en gerente de fondos de cobertura, que usaba un Rolex de buceo en una muñeca, y en la otra un brazalete de la amistad, hecho con cuentas por su hija de seis años. E, inevitablemente, los músicos, quienes por lo común me aburrían o me desesperaban más rápido.

Pero nunca me habían roto el corazón de verdad. Aunque lo había presenciado de manera indirecta muchas veces, me hizo preguntarme sobre mi tolerancia al dolor cuando por fin me sucedió a mí.

Algunas de mis amigas han soportado una verdadera devastación con hombres que jamás estarían listos para casarse con ellas, relaciones que terminaban en violencia física después de ocho o nueve años, varios abortos o parejas que habían muerto por una enfermedad repentina. Sin embargo, fueron capaces de recuperar sus vidas y hasta de salir adelante con una velocidad sorprendente. Se enfrentaron al tipo de herida superficial que me aquejaba y no duró. Así que un hombre que amaba me mintió, eligió a alguien más. Qué estúpido problema.

Y sí, sabía que no había tenido a Michael del todo, sabía que en algún momento algo vendría a derrumbar las cosas, y que todo se aclararía. La confirmación de mi estupidez que esperé con paciencia.

Cuando la pareja se mete en un bar, les doy un minuto antes de seguirlos. Me recargo en la pared como si esperara a alguien o si estuviera decidiendo fumar o no.

Miro por la puerta, hacia la luz acogedora de adentro. Hay unas enormes

puertas de hierro abiertas de par en par, como las que se usaban para proteger un antiguo castillo o una prisión bien fortificada.

Cerca hay dos hombres que se acorralan mutuamente. Alzan la voz de buenas a primeras y de una manera que provoca que los músculos de mi cuello se tensen. Pasan varios segundos antes de que me dé cuenta de que están jugando a pelear. Son como niños, con periodos de atención muy cortos.

Estoy empezando a advertir que los italianos acostumbran mucho el contacto físico y siempre tocan a la persona con la que están hablando, juegan con un encendedor o se apoyan en el cristal de un carro estacionado con descuido en la calle. Todo el tiempo están usando sus cuerpos, comprometiéndolos. Hay una palabra para eso: confianza. Siempre que hay un momento vacío o de calma lo llenan con algún tipo de contacto.

Me gustaría saber cómo sacarle provecho a eso, a contener para luego liberar el impulso. Ese temblor que guardamos en las piernas, en el pecho, en los arcos de los pies, en esa parte de nosotros que siempre está lista para entrar en acción. Cada vez que lo intento no me sale bien, me siento impaciente, nerviosa o necesitada.

El bar está diseñado para parecerse a la sala de alguien cursi: muebles disparejos, pinturas mal hechas y mal colgadas en las paredes de piedra, un anuncio de Cynar iluminado con luz neón, con su alcachofa oscurecida y resplandeciente. Al cruzar el umbral, me da la impresión de haberme entrometido en una conversación a medias. O tal vez pudo ser el efecto colateral de entrar sola a un lugar como este.

Pegaron las mesas a la pared, sus tablas pintadas para verse como naranjas, limas y limones partidos; las sillas apiladas en torres tan altas que se inclinaban, todo para hacerle espacio a una pista de baile improvisada. Me siento en la barra, en el banco más cercano a la puerta. El barman me ve llegar, se pone detrás de la barra con el último impulso de unos pasos de danza. Pido un *amaro*, que sé que para mí no es tanto un digestivo, sino una excusa para seguir bebiendo. Levanta la botella más grande de Montenegro que haya visto en la vida, la cual tiene la forma de un misil, y me sirve en un vaso poco profundo. Espeso, dulce y con la consistencia de un jarabe. Se supone que debo probarlo, pero no lo hago. La pareja que seguí se sentó en una mesa al fondo. Desde ahí ven a la gente bailar, y él pone su mano sobre la de ella.

Hay algunos hombres de mi edad en el bar, con los bancos de cara al resto del salón y cigarros entre los dedos. Con frecuencia veo gente enrollándolos, manipulando bolsas de tabaco o separando con cuidado un papel del resto, algo para tener las manos ocupadas.

En el espejo del baño, mi cara es y no es mía, está cubierta con un fino velo de algo que está mal y no puedo definir. Hago lo que suele solucionarlo: me aliso el cabello y me limpio la sombra del rímel debajo de los ojos, pero nada funciona. Este tipo de desconexión me frustraría y me haría analizar lo sucedido con la agudeza de la inseguridad y la autocrítica. Pero estoy demasiado ebria y lejos de ser una persona a quien le importaría.

Sin decir más me uno al círculo que se formó en el centro del salón, que siempre se hace cuando un grupo de personas decide bailar, ya sea en el oscuro

gimnasio de una secundaria, bajo una carpa iluminada con extravagancia en una boda o en un bar atestado en Roma. Giramos, o al menos lo intentamos; mi cintura va para un lado, y mis caderas y piernas para otro, una y otra vez, como un molinillo de pimienta, fuerzas opuestas. Me concentro en estirar tanto las palmas de las manos que mis dedos se curvan y cortan el aire, me quito los zapatos para dejar en claro mi actitud.

En una esquina, dos chicas hacen piruetas juntas. Se ve que una de ellas tiene práctica, que ha tomado clases de danza, y su mirada se fija en cada paso que da. La otra le sonríe a la nada, absorta en sí misma.

De pronto termino en el suelo, con la rodilla torcida que me punza de dolor. Cuando sucede, hay algunos murmullos, pero después, casi de inmediato, todos retoman el baile.

Un hombre entra y separa a la multitud con autoridad, como si fuera el dueño del lugar. Pone su brazo alrededor de mi cintura, me levanta, me lleva a una silla y se asegura de que me siente.

No he visto ni he hablado con Michael en treinta y nueve días. Más de un mes separa nuestra última y visceral conversación. Me pregunto sobre sus tiempos, el que haya terminado conmigo antes de venir aquí. Un año y medio de engañarme estuvo bien, pero tal parece que hacer este viaje ya hubiera sido demasiado deshonesto.

Me pregunto en dónde estará pasando su cumpleaños. Tal vez en México, en algún lugar simple o predecible, que puede hacer suyo con facilidad. Pero nada de cocteles con sombrillas y cosas así, eso es demasiado común y hasta indigno. Es posible que su piel se esté secando al sol de alguna playa después de nadar con su mujer, con su maldita esposa.

Las puertas están abiertas de par en par y la música fluye hacia afuera. En la calle, la gente baila a su ritmo, se apoya en la mesa y comparte tragos, cigarros y porros. Un perro lame los últimos restos de salsa de tomate del tazón de pasta que su dueño le dejó en el piso. Podría ser medianoche o las cuatro de la mañana. No me sorprendería lo uno ni lo otro. El aire está a la misma temperatura que mi piel, más fresca no puede estar. El hombre pone un vaso de agua en mi mano y cierra mis dedos a su alrededor. Lo tomo lentamente mirando cómo todo se mueve.

—Debes tener cuidado —me dice.

—Lo sé, lo siento. —Froto mi rodilla desnuda y, cabe destacar, sin heridas. Definitivamente me saldrá un moretón. «*Mi dispiace*», me recuerdo a mí misma. Trae algo del hielo de la parte trasera del bar, lo envuelve en un pañuelo y lo sostiene contra mi pierna hasta que yo lo tomo. Mi mano toca la suya por un instante—. *Grazie*.

Le gusta mi acento, dice que es más que suficiente para una estadounidense. Por unos segundos considero cómo sería acostarme con él, si sería un novato o un experto, enfocado o juguetón, egoísta o no. ¿Sería una cura o al menos un anestésico efectivo? ¿Mitigar el recuerdo de una persona con la presencia de otra?

Pero cuando se voltea, me escabullo a la calle. Paso el grupo de gente reunido

afuera, hacia lo que espero que sea el río. Alguien rompe un vaso y maldice en un departamento arriba de mí. Todas las ventanas que veo están abiertas.

Meses atrás estaba en casa de mis padres acostada en el piso de la cocina con el perro. Mi papá llevaba dormido una hora o más. Jack estaba en Cotswolds con la familia de su prometida, como parte de un acuerdo entre ambos pasaba unas vacaciones con nuestra familia y las siguientes con la suya. De todas formas, él no solía estar presente.

Fue una de las noches tranquilas entre la Navidad y el Año Nuevo. Mi mamá leía correos electrónicos en su computadora portátil y aprovechaba las ofertas navideñas. Me preguntó si me gustaba un abrigo, unas botas. Yo levantaba la cabeza, le decía sí o no, mientras mi mano seguía rascándole las orejas al perro, a sabiendas de que se quejaría si me detenía.

Mi mamá se quedó en silencio por uno o dos minutos. Le dio clic a algo, tecleó algunas palabras y le dio un trago al té que hizo para ambas.

—Espero que defiendas tus intereses —dijo con suavidad, con la clara intención de ser cautelosa ante mi reacción, pero arriesgándose a una caída libre.

La miré sin saber cómo su mente había ido de reírse del perro y de evaluar la longitud de los dobladillos a eso.

—¿A qué te refieres?

—Siento que quizás aceptaste menos de lo que mereces.

Mi instinto fue discutir con ella, fingir ofenderme, enfadarme o al menos preguntarle de dónde vino ese sentimiento. En vez de eso, solo la miré con la mayor neutralidad posible, aunque quería echarme a llorar con desesperación. Retomó lo que estaba haciendo en la computadora tecleando con lentitud.

—Solo espero que estés buscando a alguien que sea una buena persona.

La amabilidad siempre fue algo primordial para ella, lo que me hizo preguntarme sobre las maneras en que mi padre no lo fue. Nunca conoció a Michael, pero se lo mencioné con tal frecuencia que estoy segura de que pensó que contaba con toda la información necesaria.

—Eso hago, mamá —le contesté con un tono que esperaba que pusiera punto final al asunto.

—Créeme, no hay nada sexy ni liberador en una persona difícil. La vida ya es demasiado complicada.

Su tipo de maternidad rara vez ha consistido en que yo imite la manera como ella ha vivido su vida, y casi siempre se ha concentrado en historias aleccionadoras para que yo aprenda de sus pasos en falso, sus oportunidades perdidas y las muchas concesiones que hizo. Ella me decía lo que yo ya sabía que era verdad, pero que de todas formas desdeñaba.

Durante algunos segundos pensé en llamar un taxi o buscar un sitio de taxis, pero la noche es tranquila y estoy tan ebria que el camino de regreso parece la mejor y más poética elección.

No quiero mentir por omisión. Ni engañarme para olvidar lo que en verdad fue, olvidar esa noche final de la que me avergüenzo, pero que también sabía que era inevitable.

Estuve en su vecindario durante horas, ordenando una bebida tras otra sin pausas para saborearlas o reconsiderar. El medio para un fin, estaba sentada junto a una chimenea vacía y limpia en el bar de la esquina de su edificio. Un lugar donde estuvimos más noches de las que podía recordar, acogedor en el invierno, fuera de lugar y deprimente en el verano, como era en ese momento. La mayoría de los lugares llenaban las chimeneas con plantas, velas o algo para camuflarlas, pero esta estaba tan vacía como yo.

Por experiencia sabía cuándo el portero nocturno estaría ausente, de manera que subí por el elevador como lo había hecho antes tantas veces. Golpeé su puerta con el puño una y otra vez, por lo que pareció ser mucho tiempo. Mis nudillos quedaron con moretones azules y violetas unos días después, un recordatorio constante.

Durante unos horrorosos y excitantes segundos consideré la posibilidad de que ella estuviera ahí. De pie, inocente y victoriosa al otro lado de la puerta, rondando a su alrededor, quitándose el sueño de los ojos y preguntándose quién podría estar tocando a la puerta con tal fuerza y a esa hora.

Pero no, solo estaba él.

—Si no estuvieras casado, si ella no existiera, ¿estarías conmigo? ¿Querrías estar a mi lado? —le pregunté llorando, mencionando todas esas cosas que en el fondo eran patéticas y que nunca debí haber dicho en voz alta, y que usé para poner sal en la herida.

Era fundamental, y de vida o muerte, que una parte de él, por pequeña que fuera, aún me deseara, que todo lo que sentí no hubiera sido una ilusión. Necesitaba escucharlo de su boca, porque ya no creía nada de lo que yo misma me decía. No me di cuenta, como lo hago ahora, de que si él lo hacía o no era irrelevante.

—No puedo responder eso con honestidad. —Tocó mi cara húmeda—. Ella existe. No puedo darte lo que quieres.

—Podrías, y fácilmente. —Sabía que estaba siendo irascible y que estaba renunciando a la poca dignidad que me quedaba. No me importó.

—Lo lamento. Sabes qué siento por ti. —No lo sabía para nada, pero tomé esa frase para darme ánimos. —Si mi vida fuera diferente… —Se quitó el cabello de la frente, exhausto—. No lo sé.

Fue un momento maravilloso, terrible. No era un sí ni un no. Aunque no lo tuviera en mi vida, obtuve una afirmación vaga y distante. Y eso era algo. Hasta podría decirse que fue una expresión de amabilidad.

No recuerdo cuándo ni cómo me fui. Desde entonces solo hubo silencio. Hasta hoy.

Ver el Tíber siempre es agradable. Por un momento me aferro a un farol para que me dé más estabilidad y miro hacia San Pedro, iluminado para resplandecer, para sugerir que nunca duerme, que los engranajes de la fe siempre están en movimiento. Siento que quizá poco a poco me estoy quitando un peso de encima, tan gradualmente que parece que no hay movimiento alguno.

Entre más tiempo estuve con él, más insegura me volví, y me fui transformando. Adopté de tal manera lo que él amaba, odiaba, rechazaba y valoraba, que me convertí en una versión de mí misma que solo existía en relación con él.

Pero era por una buena razón, o eso parecía en el momento. ¿Por qué me haría daño sentirme perdida si mi recompensa era su aceptación, respecto y hasta admiración?

Que él me dijera «Me encanta eso de ti», «No pude haberlo dicho mejor», o que tan solo me sostuviera la mirada para responderme algo: sentía que sin duda yo valía la pena.

Aunque en lo superficial podía haber cambiado, en esencia era la misma de siempre. Ahora no es necesario cuidar lo que digo, ni esperar la embriagadora aprobación de alguien más. Ya no me preguntaré qué pensará ni qué opinará.

Es curioso deambular así: con él en un rincón de mi mente, sin que pueda dominarla, sin que sepa dónde estoy y con la certeza de que nunca sabrá nada de mí si no se lo digo. De una manera innata, estoy segura de lo importante que es ignorarlo y no dejarlo entrar.

Añoro el tiempo en que podía pasarme horas, días y semanas sin pensar en él. Nunca olvidaré su existencia por completo, eso es imposible, pero tengo la esperanza de que se desvanezca como un error distante, uno que con el tiempo recordaré negando con la cabeza o con una carcajada. Alguien que quiso más teniendo tanto. Lo reduciré a un egoísta, y luego me olvidaré de él por un buen rato.

Una amiga predica que siempre hay algo que aprender de cada relación, sin importar que parezca un sinsentido. En este caso, eso es una mierda. ¿Qué debo aprender? ¿Que estuve ciega a voluntad?

Sigo caminando por calles amplias y bien iluminadas, paso por tiendas de falafel y puestos de pizza que atienden a turistas ebrios, levanto la vista brevemente hacia Piazza Venezia, de un color blanco brillante y casi vacía. Ver el foro de Trajano significa que estoy cerca de casa. Está iluminado como si fuera una instalación artística o incluso un parque de diversiones que anima a quien lo mire a considerar la belleza del deterioro. De alguna manera, las columnas siguen de pie, los gatos acechan las sombras entre los bloques de mármol y la yerba crece donde puede. El pañuelo que antes sostuvo el hielo contra mi rodilla se secó. Lo exprimo en el piso y lo tiro.

Sé, de hecho, que pensaré en él en una hora o dos, en la cama que se suponía que compartiríamos. Sus dedos, su lengua, su pene dentro de mí mientras me masturbo para dormir. Lo ansío pese a todo. La certeza es cómoda.

Los hombres que venden tubos de soporte para *selfies* y llaveros me dan su

discurso de venta desanimado, pero yo miro al frente. Ninguna cantidad de alcohol me quitará la habilidad de ignorar algo que me gustaría que no estuviera ahí. Es un don de los neoyorkinos o algo así.

Un enorme edificio de ladrillo corta el tránsito de la Vía Nazionale, y el silencioso albergue de Monti parece la proa de un barco. Según el mapa de mi teléfono, se trata de la Villa Aldobrandini que alguna vez fuera un palacio y ahora es un museo dedicado a la colección de arte de un cardenal. Digo el nombre en voz alta y al tanteo. Hay un jardín más allá de esta pared, que en un blog describieron como un «oasis arbolado», un lugar para tomar un descanso y sentarse después de un día de hacer turismo. Empieza a caer una lluvia ligera y cálida.

Al pasar, estiro mi brazo para tocar los pies de una estatua esculpida en la pared, las articulaciones de los dedos de sus pies están desgastadas por años de contacto con dedos supersticiosos. Lo hago solo porque puedo, la piedra es porosa y áspera al tacto.

Hay un santo para cada ocasión, enfermedad y catástrofe. Genevieve salvó París cuando con solo sus rezos desvió a los hunos de Atila de la ciudad. Supuestamente, la Virgen María ha protegido innumerables ciudades de guerras, invasiones y desastres naturales. Eso sin mencionar todo lo que hace por las mujeres: las defiende contra la infertilidad, les da fuerza durante el trabajo de parto y les da la habilidad de soportarlo todo. Cuando los discípulos de Santa Catalina trataron de llevarse de Roma su cabeza decapitada, ella hizo un milagro póstumo. Los soldados, al buscar en la bolsa que contenía sus restos, encontraron solo pétalos de rosa.

Nunca he entendido a ninguno de ellos: la abnegación y la certeza, la tolerancia al dolor, ceder toda su voluntad y de manera última sus vidas por una fe vaga y protectora. Pero tal vez debería considerarlo de otra forma, cómo buscaron el poder y lo mantuvieron, cómo sus nombres aún se susurran en oraciones, más de mil años después.

Una Vespa de color verde menta casi me atropella, no hizo ningún esfuerzo por virar ni por disminuir la velocidad, y aceleró al dar la vuelta en la parte baja de la colina. Alguien se aferra al conductor y sus dos cascos se inclinan al unísono. Mi corazón late tan fuerte y tan rápido que lo escucho en las orejas, en la coronilla de la cabeza.

Emilia fue una santa, pero no una mártir. Tuvo una vida larga y una muerte natural.

Viernes

Roma no sabe qué hacer con una mujer sola. Todas las italianas que veo caminan al lado de un hombre, van pegadas a sus familias o deambulan en grupos que se ven iguales entre sí. Su tono de voz es agudo, trémulo con lo que podría ser emoción, insistencia o exasperación. Hablan con tal rapidez que no entiendosus modismos y atajos.

Si estuviera aquí con alguien, dudo que fuera tan curiosa.

Tal vez el hecho de que estoy sola se nota más por la noche. La falta de un hombre o de alguien que hable por mí llama la atención, plantea una pregunta. Pero ahora, mientras doy la vuelta en una silenciosa esquina, lejos de la Piazza della Madonna dei Monti, en busca de un café, mi soledad no parece importar tanto. Son casi las nueve. Todo el mundo está distraído con el día por delante, hacen compras, visitas o lo que hagan los italianos antes de la comida. Me despierto con naturalidad, sin alarma, más temprano de lo esperado y, de alguna manera, libre del desfase horario. La falta de resaca, cualquier tipo de confusión o pesadez es un milagro. El espacio entre mis escápulas se siente ligero con la expectativa.

La Domus Aurea de Nerón se alcanza a ver entre los tejados. El fácil acceso a las ruinas, a las iglesias y al Monte Palatino fue la razón detrás de la decisión de rentar un departamento en Monti. De esta manera, estaríamos rodeados de historia y podríamos correr hacia ella, en vez de planear visitas a monumentos, hacer fila para el Foro y desenterrar fósiles con nuestras propias manos. Evito los cafés de las *piazzas*, con sus mesas fijas, manteles blancos y sombrillas abiertas. Michael me dijo que en Italia el café se toma de pie, rápido y en el mostrador. Sin complicaciones ni solicitudes especiales. Tomas lo que te dan.

La riqueza de su vida, de todo lo que sabía era infinita para mí, siempre con nuevas profundidades que explorar.

Había momentos dignos de mención que él olvidaba y recordaba de vez en cuando. Alguna mención casual de cuando conoció a Hunter S. Thompson en un bar minúsculo de San Sebastián, o cuando se desveló en una fiesta en el Upper East Side donde Cindy Sherman tocó el piano. Una vez me enseñó un ejemplar de *El arcoíris de gravedad* y el autógrafo que Thomas Pynchon escribió para él; qué extrañamente indefinida era la firma de aquel autor. Michael hojeaba unas pocas páginas y leía el primer renglón con reverencia: «Un grito atraviesa el cielo».

Para mí, ese era un saber particular que él tenía, su proximidad a lo que era

interesante y exclusivo. O a la fama, si esa es la palabra correcta. Pero de cualquier manera, su brillantez y competencia eran distintas de lo que vi y aprendí al crecer. Si bien había caos, egoísmo, adicción, y por supuesto que un mal comportamiento en general, también había un barniz de inteligencia, un destello.

Michael es partidario de la idea de que la verdadera genialidad a menudo es solitaria, rara vez agradable y casi nunca se le reconoce como se debe, ni es bien recibida. Hacía que se me apagara y se me encendiera la mirada, al mismo tiempo. Siempre me ha gustado la gente que conoce las reglas, sin importar cuáles sean.

Y la fascinación era recíproca. Él quería saberlo todo de mí. Las preguntas que hacía, los detalles que recordaba, el cuidado con el que escuchaba. Todo aquello me hacía sentir inteligente, interesante y merecedora de su atención y protección, al grado de que quería hacerlo sentir orgulloso, sin importar lo que tuviera que hacer.

Tener el padre que tengo quizás ayudó. No recuerdo con exactitud cómo le dije a Michael quién era, pero no llevábamos tanto de conocernos.

—Es broma, ¿no? —me dijo—. Qué infancia debiste haber tenido.

Era una frase que buscaba demostrar que esta nueva información no lo cimbró para nada, que la celebridad no lo seducía tan fácilmente. Pero después pude notar que buscaba señales en mí, la música que me gustaba tomó un nuevo significado, así como mis ojos color gris verdoso y la profundidad en la manera como hablaba.

Se conocieron una vez, si a eso se le puede llamar conocerse. Mi papá había venido a la ciudad a ver a un viejo amigo tocar el piano y cantar clásicos en Bemelmans. Reservó un cuarto de arriba porque planeaba quedarse toda la noche.

—Ven si quieres, cariño —dijo en su correo de voz—. Los martinis van por mi cuenta.

Pude haberle dicho que tal vez iría o «Lo voy a intentar, pero no te prometo nada». Pude haber rechazado su invitación por completo, y ni siquiera mencionárselo a Michael. Pero quería que se conocieran y ver qué pasaba si una parte de mi vida se encontraba cara a cara con la otra, cuando los dos hombres que me exigían tanto y tomaban lo que les daba a manos llenas, se miraran a los ojos.

Solía verme obligada a usar mi poder de convencimiento cuando quería que Michael fuera más allá de la Calle 14, pero esa noche pagó el taxi. El bar era acogedor y ruidoso, las paredes eran muy coloridas y emanaban un resplandor dorado. El hombre de la puerta estaba a punto de explicarnos cuánto costaba el *cover* cuando vio que mi padre nos saludó.

La espalda de Michael se enderezó, su paso se hizo decidido y pasó en medio de la multitud para cortar el camino. A menudo la gente no se da cuenta de lo alto que es mi papá hasta que lo ven en persona.

Los presenté con rapidez, en medio del zumbido del bajo y el repiqueteo de las bebidas que se agitaban a nuestras espaldas.

—Un placer —dijo Michael.

Trataba de verse relajado. Respetuoso sin ser adulador. Pero lo percibí como seguramente mi padre lo hizo, un típico caso de una persona que se esfuerza demasiado. No era nada nuevo ver a alguien que lo conocía por primera vez: el afán

obvio de actuar con naturalidad, la contención en cada sonrisa y sílaba.

Me imaginé que Michael sería inmune a ello, pero al parecer no lo era.

Si mi papá recordó qué significaba ese hombre para mí, lo disimuló muy bien; solo dejó ver el indicio de una sonrisa distante. Les aplaudió a su amigo y a la banda cuando correspondía, charlaron un poco entre canciones: «Ah, ¿eres escritor? Qué maravilla, ¿en qué estás trabajando?».

¿Habrá sido posible que mi papá levantara una ceja cuando Michael se volteó? Como diciendo: «¿Este es el tipo de hombre que elegiste?».

¿Pude haber visto eso?

Pero no, me dije a mí misma. Se estrecharon de manos, sonrieron. Tomamos algo, nos fuimos y eso fue todo.

El vestido de lino que traigo puesto es blanco, tiene tirantes finos y es lo más ligero y suelto posible, pero ya se siente pesado con el calor. Se pega a mis costillas y a la parte posterior de mis muslos. El moretón por mi caída de anoche es impresionante, el punto de impacto es una mancha en el interior de mi rodilla, desde la cual se diseminan unas franjas de un morado turbio.

El lugar que elijo está en una esquina oculta de Vía Panisperna, con las puertas abiertas en cada una de las dos calles que abarca. El aire entra y sale, agitando el borde de un viejo póster de campaña que dice *Forza Italia!* impreso en un rojo desvaído, debajo de la mueca artificial y demoniaca de Berlusconi, cuya frente es lisa, brillante y por completo libre de arrugas. Acaban de limpiar el piso de linóleo para quitarle la tierra de la calle y las envolturas vacías de azúcar, pero media cáscara de naranja permanece en un recogedor que nadie vació y se quedó en la esquina.

Hay algunos romanos ya mayores cerca del mostrador maltratado, el cristal que lo cubre ofrece la escena de algunos pasteles sencillos y unos *panini* a la espera del tostador. Un adolescente que mira su celular atiende la máquina de *espresso* y la registradora analógica, escribe un mensaje de texto y estudia la pantalla a través del cabello que le cae sobre la cara.

—*Buongiorno* —es lo primero que pronuncio este día, una nueva oportunidad —. *Un caffè, per favore*.

El chico asiente, me da la espalda y con unos cuantos movimientos aparece con un poco de agua mineral en un vaso que combina. Bebo un café, luego otro y otro. Creo que él es la primera persona que no me contesta en inglés desde que llegué. Si bien no me está contestando en ningún idioma, es un avance. En vez de intentar con «*un altro*» y quizá romper el hechizo, le sonrío a la taza vacía y él la llena otra vez, deslizando una taza nueva e intacta en el lugar exacto. Sacude la muñeca para moler los granos, mide el *espresso* con la mirada, con el peso. Sus dedos recuerdan con exactitud la presión necesaria para animar a la máquina envejecida. Todo los que entran lo conocen por su nombre, lo saludan con un apretón de manos o con un movimiento de cabeza.

Uno de los celulares de los hombres suena con frecuencia, y el tono imita las campanas de la iglesia después de una boda, un bautismo o alguna ceremonia

relacionada con la fe. En cada ocasión contesta con un «*Pronto?*» muy quedo y sus manos cubren un costado de su boca.

Bebo cada *espresso* casi de inmediato, como ellos lo hacen, y me quemo la punta de la lengua y el fondo de la garganta. Los hombres a mi lado actúan como si yo no estuviera ahí, tal vez continúan con la conversación en donde la dejaron ayer en la mañana.

Han formado su propia jerarquía, un drama cotidiano. El cabecilla, o al menos el que percibo como tal, le hace preguntas entusiastas y tal vez molestas al chico detrás de la barra, estrecha con autoridad la mano de alguien que pasa por ahí y reacciona con una notable frialdad a los arrebatos de su amigo. Viste una camisa de color amarillo pálido, e inclina la cabeza un poco antes de beber su café de un trago.

Los periódicos cuelgan como ropa limpia de los clips a la sombra debajo de la barra. Nadie siente la necesidad de comentar mi orden, de preguntarme de dónde vengo ni de decir nada. Si regreso cada mañana durante una semana o un mes, ¿qué más notaré y aprenderé?

A mi izquierda, un hombre de bigote espeso y bien cuidado ataca un crucigrama. Una de sus manos aplana el periódico sobre el mostrador y la otra guarda equilibrio, suspendida en el aire, con los dedos enroscados alrededor de una pluma, lista para dar en el blanco.

Cuando yo tenía seis o siete años, y Jack empezaba a caminar y a hablar, papá regresó con nosotros. O al menos se quedó el tiempo suficiente para que yo lo recordara revisando mi tarea y ayudándome a memorizar poemas. Yo empezaba a escuchar audiolibros en el auto de ida a la escuela y de regreso, o le subía el volumen al estéreo de la casa. Él me dejó sacar el CD del estuche y colocarlo delicadamente en la bandeja, así que con cuidado puse mi dedo en el centro para evitar cualquier rasguño. Lo vi asentir y cerrar los ojos en ciertas partes de *The Velveteen Rabbit* o *The Giving Tree*, mientras trataba de descifrar qué era tan especial y digno de sus silencios.

Ese año hice un proyecto de semillas para la clase de ciencia. Saqué unas con mis dedos, unos limones; extraje otras más de los restos de un jitomate maduro a punto de deshacerse, y saqué los huesos de aguacate con cucharas: sequé, separé y organicé cada tipo en una caja de huevo vacía.

La noche anterior a la fecha de entrega, me senté en las escaleras que estaban arriba de la cocina, fuera de la vista, y miré a mis papás beber con sus amigos. Mi papá había dado un concierto, así que tomaba whisky. En aquel entonces, su color y su olor significaban paz para mí. Mientras él hablaba, reía y escuchaba, desprendía las semillas de una fresa con el filo de un cuchillo para untar, una a la vez, como si fuera un cirujano, y las ponía cada una en la caja de huevos, en el lugar correcto.

El chico de la barra le grita a una mujer que pasa. Antes de que ella lo salude con la mano, él le alarga el brazo con todos los cuchillos del café en la mano, como si fueran un ramo de flores, y se los entrega para que los afile.

De pronto, mis dedos se crispan y busco un bloc de dibujo que no tengo. Aunque eso no importa, porque tampoco traigo mi pluma, la olvidé en la mesita al

lado de la cama de mi departamento cuando salí deprisa por la puerta.

En vez de eso, pongo mi huella digital en mi teléfono, hago algunas notas sobre el vello de sus antebrazos, la delgada línea entre sus cejas, y las formas y el largo de los cuchillos. Todo con la intención de recrear la escena más tarde, aunque sea poco probable que en verdad lo haga. De todas formas, mis palabras arbitrarias y frases incompletas son un mal sustituto. «Una artista sin pluma», digo entre dientes a nadie.

Incluso en la Escuela de Diseño de Rhode Island, cuando se hacía énfasis en que dibujar o pintar algo conceptual o basado en una fotografía era una habilidad necesaria, perdía el interés a menos que pudiera ver algo con claridad, ya fuera que estuviera frente a mis ojos o en mi mente.

Michael siempre llevaba consigo un cuaderno, ni en sueños la inspiración lo encontraría desprevenido. Respiro, y la idea se desvanece. Poco a poco mejoro en esto: expulsar imágenes indeseadas de mi mente al inhalar y exhalar.

Debí saberlo desde siempre. Capturar el mundo de esta manera es algo que ciertamente me ha hecho sentir feliz, segura, como si cumpliera con mi misión. Recuerdo el día exacto en que descubrí cómo hacer que una esfera se viera redonda en el papel; mis bocetos de manos que primero se veían como ramas, luego como de extraterrestres, y después más y más detalladas y reales, como si en verdad pudieran pertenecerle a alguien. Años después, en mi gélido estudio en Providence, trabajaba en dos cuadros a la vez, y esperaba que uno se secara mientras trabajaba en el otro.

Mi cercanía a la pluma y al papel es especialmente importante ahora, porque dibujo, coloreo y nombro mis obras por dinero. Dinero contante y sonante, y no un estudio que se llena de lienzos que la gente reconoce y alaba, pero rara vez compra. Aunque me sorprende que pueda ganarme la vida con eso, así es. Como con todo lo demás, no se ve ni se siente de la manera en que pensaba.

Todo empezó con unos amigos que me pidieron que les dibujara sus tatuajes, palabras significativas o estrofas de poemas escritas con una letra apretada y precisa. A veces se trataba de objetos pequeños o imágenes: una granada, el rostro de Jeanne Moreau copiado del póster de *Elevator to the Gallows*, el contorno del estado de Indiana.

He hecho ilustraciones para invitaciones de *baby shower* y tarjetas para indicar los asientos de las personas en bodas y cenas, letras A y M mayúsculas angulares, C decadentes y S lánguidas.

Después de ver lo mucho que le gustaba a la gente obtener exactamente lo pedía, dediqué menos tiempo a las pinturas abstractas que abarcaban toda la pared, y a los retratos demasiado vívidos y honestos que llenaban el espacio mal ventilado que rentaba en Queens, y empecé a ilustrar mi propia vida. O, para ser más precisa, la aíslo y satirizo de forma que les permita a las mujeres de mi edad reírse de sí mismas. Anuncio y vendo mis dibujos, aunque en este momento ya se venden solos.

Chicas con piernas largas, caras delgadas, cejas pobladas y labios generosos, pero también despeinadas, sin busto, con un poco de barriga que se asoma sobre la

pretina de unos pantalones de mezclilla muy ajustados. El tipo de cuerpos que sugieren una rutina de gimnasio habitual, pero que no evitan el postre, el vino o una rebanada de pizza por la noche. En pocas palabras, cercanas.

Al menos para cierto tipo de mujer menor de treinta y cinco años, que vive en una ciudad grande de cualquiera de las dos costas, que valora su autoestima y también lo que piensan los demás, quien lucha y pierde ante el impulso de compartir y hacer la crónica de cada cosa notable o fotogénica que hace.

Con el tiempo, empecé a tomar nota de las cosas que se quedaban en mi mente, que me hacían reír o me encantaban, les daba vida, y las cosas empezaron a cambiar.

Escribo títulos que pueden ser sucintos o inconexos. Algunas veces se trata de las dos partes de una conversación, y el guion se hace más extenso y desenfrenado cuando aumentan los malentendidos. O es una transcripción de lo que cualquier chica está tecleando en su teléfono o su computadora portátil, para una amiga, un hombre que le gusta o un colega del trabajo que pone su paciencia a prueba.

De alguna manera, el choque entre mi sentido del humor y mi curiosidad interminable por evaluar, juzgar y tratar de entender a la gente es lo que me ha hecho exitosa. Soy una especie de antropóloga incontrolable y accidental. Sin un orden en especial, lo que más vendo son:

Palabras que suenan empáticas, pero que son un mero camuflaje. El disfraz perfecto de alguien que nunca pierde la oportunidad de hablar de sí misma y repite estribillos predecibles del tipo «Sé muy bien a qué te refieres» o «Me pasó algo muy similar». Dibujo las palabras como si fueran armas que disparan flechas que se incrustan en la piel de una historia o confesión, y dañan lo que nuestra heroína trataba de plantear.

La paradoja inherente de ser invisible u ofensivamente tentadora para un hombre casado. Se le observa con binoculares en su hábitat natural: el bar de un hotel. La leyenda abarca todo un párrafo, está estirada para llenar la esquina de una página y debe leerse a media voz, como si lo estuviéramos viendo a una distancia segura en un safari: «Tan común en esta parte del mundo, el comportamiento del hombre casado confunde. Note su mano con anillo a plena vista como un mecanismo de defensa, su pelo erizado cuando te sientas junto a él, cómo no hará una sola pregunta ni mirara adonde estás por miedo a quién sabe qué».

Las torres encorvadas de mentiras que se apoyan en frases presuntuosas como «Estoy demasiado ocupado», «Si no es esta semana, la que viene» o «¡Ahorita las cosas están fuera de control!».

La crueldad de la voz interna de una mujer: la diatriba implacable y unilateral cuando se mira al espejo. Vemos su nuca, su cabello peinado en un chongo perfecto; los hombros caídos e inmóviles, de pie con un vestido negro sencillo y elegante, descalza en un piso de azulejo limpio. El vestido tiene un corte V y revela la agradable curva de su espalda. Sin embargo, su reflejo se distorsiona: entre la niebla del espejo está el odio a sí misma, una combinación de ambas imágenes. Su cabello es un desastre, su vestido está desgastado, arrugado y le aprieta mucho. Sus manos

se agarran a los bordes del lavabo, y uno de sus ojos es algo saltón.

La inutilidad de ir de aquí para allá, tratando de hacer planes con alguien que en realidad no quieres ver, hasta que ambos mueren con excusas grabadas en sus lápidas.

No es difícil tener ideas o darles vida. Trato de capturar algo divertido y que siempre sea lo bastante desagradable. La gente da le da clic, teclea, comparte y, a menudo, compra.

El internet impulsa todo esto. Tengo una cuenta de redes sociales que actualizo al menos una vez por semana con una idea o un dibujo nuevos, y eso lleva a las personas interesadas a una página web que uso para vender impresiones de todo lo que publico.

Eso sin tomar en cuenta las otras cosas al azar que agrego para que la gente sienta que me conoce. Subo unos videos de mí misma en cámara rápida donde estoy dibujando algo nuevo, para que los interesados puedan ver cómo unas líneas gruesas y negras, seguidas por un gris matizado y manchas de color premeditadas, se convierten en algo más grande que los hace sonreír, reír o sacar su tarjeta de crédito.

He aprendido que la personalidad es fundamental para lograr que la gente se interese por tu manera de ver el mundo. Eso es extraño para alguien que gravita hacia la privacidad y valora el espacio personal. La idea de que hacer algo forzado de inmediato se considere valioso, algún tipo de lección, de crecimiento en la dirección correcta. Siempre deberíamos estar buscando esto, las oportunidades para sentirnos incómodos.

De una manera consciente o no, las piezas más personales de mi vida empezaron a cobrar importancia.

Una fuga en mi departamento de entonces, en un lugar baratísimo sin ascensor en East Village, se convirtió en un personaje recurrente en casi todo lo que dibujaba. Permanecía en la periferia: una voz vacilante y lodosa desde las profundidades del edificio. Lo pinté de un amable color cobrizo. Sus bordes eran ondulados y no era amenazante.

Pensé que el lugar era un robo, cuando en realidad correspondía exactamente a la manera como lo anunciaron. Había corrientes heladas en invierno y basura podrida en el verano que llenaba el callejón y permanecía en el conducto de aire. Cuando los vecinos se desmayaban o se quedaban dormidos y dejaban las llaves de sus lavabos y tinas abiertas, el agua se acumulaba en mi techo, inflaba burbujas en las paredes blancuzcas y yo me quedaba con la mancha.

Una vez que dejé de intentar que desalojaran a mis vecinos de arriba y de rogarle al administrador que añadiera una capa adicional de pintura, decidí aceptarlo. Él (no sé cómo determiné que la mancha era masculina, pero lo era) se convirtió en una presencia constante y extrañamente reconfortante, que algún día se convertiría en una historia, en la prueba del hecho de que empecé desde abajo y fue cómico y difícil.

Así, se abrió camino en lo que dibujaba, en el fondo, mientras una mujer se

atiborraba con comida rápida o mentía sobre estar en camino a una fiesta mientras que en realidad estaba sentada en un sofá envuelta en una toalla, casi como un ángel guardián. La mayor parte del tiempo lo imaginaba tratando de compartir su sabiduría o asegurando que las cosas mejorarían. Simplemente tenían que hacerlo.

Siempre que me quejaba, mi papá no me hacía caso y me decía algo así como: «Lo barato sale caro». Me negué a recibir dinero de su parte después de graduarme, quería saber cuánto podría resistir, o «demostrar algo», como él decía. La derrota era una certeza, pero sentía que era importante retrasarla tanto como fuera posible.

Fue Michael quien me convenció de empezar a vender mi personalidad como parte del paquete, mostrar más de mí misma y de lo que me llamaba la atención.

Él sostuvo mi teléfono para grabar un dibujo rápido de un mesero en Lucien, garabateado en el papel que cubría la mesa e inspirado en una mancha de vino tino que se convirtió en su corbata de moño. Tomé videos temblorosos detrás de ventanillas de taxis, de perros paseados por dueños idénticos, y hacía acercamientos de cada uno, por cuestiones de énfasis. Videos de la manera en que yo narraba *Un tranvía llamado Deseo* desde el sofá. Apoyaba mi pie en su regazo, y él se reía de mi interpretación de Blanche DuBois. De manera implícita, sabía que jamás grabaría a Michael ni usaría su voz en mi cuenta por ningún motivo, lo cual ahora tiene más sentido.

—¿Por qué no muestras lo deliciosamente extraña que eres? —dijo con confianza, como si eso fuera el siguiente paso lógico—. La gente conectará contigo y con lo que haces. Lo verá con sus propios ojos. —Revisó la pantalla de su teléfono a media idea—. De todas formas, eso es lo que busca la gente.

Tenía razón, por supuesto. Para alguien que decía desdeñar las redes sociales y ser demasiado viejo para entenderlas, tenía un instinto innegable para detectar lo que la gente quería ver.

También, el momento fue el correcto. Las personas empezaban a poner atención en las partes menos atractivas de un personaje en línea, porque al parecer las hacía sentir mejor con sus vidas. Otros ilustradores se dibujaban comiendo un pastel que habían sacado de la basura, o intentando orinar en baños públicos vestidos con un overol. Debía buscar el equilibrio entre la actitud y la sinceridad, lo que tomó su tiempo.

Sí, vivo en Manhattan, me visto bien cuando quiero o debo hacerlo, veo las exhibiciones nuevas de los museos y me reúno con mis amigos en los restaurantes adecuados. Pero también destaco los enormes platos de pasta que me como en la cama, los momentos del día y la noche cuando no salgo del departamento ni me pongo ropa de verdad, mi devoción por Tony Soprano y las repeticiones del programa de cocina de Julia Child.

Al principio, a un grupo pequeño pero entusiasta le empezó a gustar mi contenido, y lo comentaba y compartía. No estoy segura de cómo me encontraron. Después de unas semanas, algunos compraron mis dibujos, los colgaron en sus recibidores o al lado de sus espejos de pared. Las fotos que me mandaban mostraban marcos sencillos, luz tenue y paredes de color blanco cremoso, rosa o gris

paloma. Los dedos de las manos que sostenían los cuadros estaban adornados con anillos que daban estatus, sus muñecas portaban relojes y brazaletes de alta joyería. Poco después, todo se descontroló.

Ahora, al menos cien personas compran mis dibujos cada mes, los clavan en sus muros, suben fotografías, las muestran al mundo y me etiquetan. Yo las comparto y continúa un ciclo interminable. Todos nos apreciamos y nos afirmamos mutuamente, ellos con mi obra, yo con su buen gusto. O tal vez, si soy más realista, se trata de un círculo de estupidez impresa en papel foliado, firmado y libre de ácido.

De vez en cuando subo ligas a una pintura abstracta más grande o a un retrato que hice y conservé y que tiene un costo más alto. Algunas veces se venden, otras se marchitan durante semanas hasta que los bajo.

Compro paquetes de sobres de cartón para hacer envíos, de los que no se doblan, y los guardo en la esquina del clóset. En la oficina de correos de la calle 23E, todos saben que deben despejar el mostrador cuando me ven llegar.

Tal vez este tipo de conexión debería hacerme sentir bien. Algunas veces así es. Otras, cuando pienso en lo que soy capaz, me siento pequeña.

Todo esto me ha llevado a otras cosas, como a ilustrar colecciones nuevas para las ediciones india y rusa de *Vogue*. A dibujar mujeres que visten abrigos gruesos y sombreros de piel para el catálogo navideño de Bergdorf: cinturas ceñidas y labios rojos, una visión embellecida y cubierta de nieve de los semáforos de la intersección de la Calle 57 y la Quinta Avenida.

Algunas veces solo me piden caprichos, dibujos de baguettes, pastelillos y lechugas crujientes con un toque de pastel, para un sitio web de cocina. O caricaturas muy serias de artistas y arquitectos para esas enormes revistas de diseño que casi nadie lee y se publican como proyectos independientes de personas que saltan de Miami a Venecia, Dubái o cualquier otro lugar. Se trata de invenciones desprovistas de cualquier tipo de autocrítica, pero que me dan para vivir.

El chico regresó a su lugar detrás de la barra y se ve un poco sonrojado. Sabe que lo he estado observando. Pido un pequeño sándwich para distraernos. Se toma unos segundos para elegir el mejor.

Hace mucho que boceto algo solo para capturarlo, dibujarlo antes de que desparezca. Porque la luz es buena y sé que puedo dibujar sus uñas cortas de la manera adecuada. O porque deseo preservar la conversación de los hombres, el flujo de gente que pasa de largo. La ilusión de mimetizarme. Hago algunas notas, tratando de evitar que note que aún estudio su cara.

¿Así es como transcurrirán estos seis días, girando alrededor de extraños, escuchando fragmentos de sus vidas, imaginando cómo será el resto, queriendo conocerlos sin poder hacerlo?

Pienso en los montones de ropa y zapatos que dejé en el piso del departamento, y en los fragmentos de mí misma que elegí traer aquí. El momento, a solo cuatro días, cuando lo guardaré todo y cerraré la maleta como si nada. Empacar una maleta siempre me da paz, ya sea que vaya a algún lugar o regrese a casa. La

tranquilidad de que todo está en su lugar. Itinerario, orden, seguridad. No estoy segura de dónde viene esta resistencia a vivir el momento. Es un hecho que no lo heredé.

Hago un esfuerzo por sentir la suavidad de la piel de mis sandalias en las plantas de mis pies, estudio el color rosa de mis uñas en contraste con el asa del tamaño de un dedo de la taza de *espresso*. Siento ligeras palpitaciones en la cabeza y eso no me ayuda a concluir si tomé demasiada cafeína o insuficiente.

En el bar, una mosca flota en el aire, suspendida y quieta, sobre un cuenco lleno de limones maduros. El chico desenrosca la tapa de una botella de refresco de naranja roja y después cambia el canal en la pequeña televisión. En una cancha de futbol en España, un jugador se persigna antes de un *penalty* y falla.

Paso por donde tres hombres reparan el timbre del recibidor de un edificio de departamentos. O hablan de la forma en que lo repararán mientras señalan cables expuestos y miran sus teléfonos.

Fácilmente, la entrada mide más de tres metros de altura, está pintada de un verde bosque oscuro y está adornada con un león de latón rugiendo. La puerta como tal fue recortada, es mucho más pequeña y es necesario sortearla. Puedo ver que conduce a un corredor estrecho al aire libre que al final tiene luz natural. Tal vez haya naranjos en el patio que se ve a la distancia y un jazmín que trepa por una pared.

Las entradas y las salidas están abiertas aquí, todo un lujo al calor del Mediterráneo, los pisos de mosaico refrescante, techos altos y un silencio de tono reverencial. Me imagino que los romanos en realidad nunca necesitan protegerse.

Sin embargo, las barreras son preciosas, un refugio del sol, del frío, del ruido de la calle, de las exigencias de las otras personas. Por lo común busco esa separación, pero dejé todas las ventanas abiertas en el departamento cuando me fui esta mañana. Las sábanas aún estaban revueltas y la almohada tenía el hueco que dejó mi cabeza.

Uno de los cables echa chispas en la mano del trabajador, lo que provoca que diga algunas obscenidades que interrumpen la quietud. Este edificio, y cada uno de esta pequeña *piazza,* debe ser costoso a un grado prohibitivo. La gente siempre pagará por el silencio, por la paz.

Las entradas en Roma, incluso en edificios como este, son sorprendentemente modestas. En Nueva York, un portero vigilaría aquel silencioso vestíbulo, a las orquídeas alimentadas con cubos de hielo y al diván con cojines colocados estratégicamente donde nadie se sienta jamás. Las de aquí se parecen a las entradas de los edificios anónimos, indistintos y elegantes por los que he pasado en París, todos al estilo Haussman con su hierro forjado y piedra color crema. Enormes puertas cerradas con códigos de seis dígitos, botones que emiten una fría luz azul en la noche.

Preguntarme qué ocultan esos vestíbulos sencillos y esas escaleras enroscadas me hipnotiza. Creo que podría entretenerme durante horas soñando las vidas que transcurren ahí adentro.

Esta puerta se mantiene abierta con una hielera que tal vez contiene su comida, y encima hay un radio cuya antena empieza a captar *Chain of Fools* en un volumen bajo y algo atenuada por la estática.

La reconozco durante los primeros segundos. Una serie de notas que he memorizado y anticipo. Es una de esas canciones de las que siempre sabré cada palabra, sin importar cuánto tiempo pase sin escucharla. El puenteo sexy y algo caótico del inicio. Ese «chain-chain-chain», profundo y constante del coro que acompaña a Aretha y suena como una amenaza no tan velada. Pero mi recuerdo de esta canción es feliz, sin complicaciones.

Cuando Jack era pequeño, le encantaba todo tipo de *soul* o Motown. Bailaba como podía, daba vueltas, soltaba patadas y manotazos al aire, y su rostro se transformaba de alegría. Por algún motivo, *Chain of Fools* era su favorita. La poníamos en el auto cada mañana cuando lo dejábamos primero en el preescolar y después a mí en la escuela más grande, que estaba más lejos. Se movía tanto como su silla infantil se lo permitía, sus piernas regordetas pateaban en el momento exacto. Siempre fue preciso, hasta en ese entonces.

La postal que le compré muestra el Tíber caudaloso y calmo, el puente abarca desde Castel Sant'Angelo, salpicado con las estatuas de los apóstoles que ensombrecen el agua. La foto debió haber sido tomada desde un barco, de abajo hacia arriba.

Hola, Jack:

Al ver flores de calabaza fritas en los menús pienso en ti.

Cuando vinimos a Roma en familia hace unos años, a Jack le intrigaba la idea de comer flores, se preguntaba cómo sabrían los pétalos que se asoman desde un capullo dorado. Las buscaba en cada restaurante, y cuando una noche por fin las encontró, las pidió para cenar. Para no quedar mal se terminó las tres, aunque estaban rellenas de pasta de anchoas y gruesas hojas de albahaca. Mis padres y yo nos quedamos esperando a que se rindiera y pidiera pizza o espagueti con mantequilla y queso, pero sabíamos que incluso a sus ocho años de edad jamás lo haría.

Mientras pienso qué más escribir, dibujo una vid curvilínea en los bordes de la postal, con algunas flores de calabaza por aquí y por allá para reforzar la idea. Me gustaría tener los colores verdes y amarillos que se necesitan, pero entenderá el mensaje.

Tal vez me siente en una mesa y pida unas después de poner esto en el buzón. Me dijeron que∫ era mejor mandar cartas desde el Vaticano, porque su servicio postal es más rápido al ser un lugar más pequeño, tal vez menos burocrático, aunque eso me parece improbable. Te encantó cuando lo visitamos, y brincabas desde la acera al puente, emocionado de que pudieras estar en dos países tan fácilmente.

Hoy beberé agua de las fuentes, tomaré muchas fotos y subiré una colina para tener la mejor vista de la ciudad. No estoy segura de qué sigue, pero está bien, o eso creo.

Dile a Violet que la quiero. Te extraño.

No pensaba que aún hubiera mujeres que se llamaran Violet. Eso fue lo primero que pensé cuando Jack me contó sobre ella. El nombre me dio sosiego, la visión de una persona silenciosa o convencional, con el cabello peinado con una trenza ajustada y con un mal perfume.

—No es una estirada, solo es británica —me dijo—, sé amable.

Y tenía razón, no era engreída pero sí cautelosa, lo que resultó ser más interesante.

Para alguien desprevenido, Violet es cortés, demuestra interés, se ve relajada a mi lado y da la impresión de tener el equilibrio adecuado entre comodidad y respeto cuando está con mis padres. Sin embargo, ella requiere una mirada más atenta.

En noviembre pasado, Jack corrió su primer maratón. Supuse que mis padres querrían esperarlo en la meta, en un lugar agradable, pero idearon un plan para verlo en tres ocasiones distintas a lo largo de la ruta, en los kilómetros 13, 27 y 40.

Mientras nos movíamos de la segunda parada a la última, el metro se detuvo. Mi papá rara vez se altera, pero en ese momento se agitó. Sus mocasines de suave gamuza golpearon el suelo lleno de suciedad a un ritmo nervioso. Perdíamos valiosos minutos. Jack podría estar rebasándonos y no teníamos manera de saberlo. Mi mamá miró su reloj de pulsera y le tocó el hombro con delicadeza.

—Tenemos el tiempo suficiente. Sigue en Brooklyn y lo alcanzaremos, no te preocupes.

Él insistió en tomar un taxi. Mi papá tomó el asiento del copiloto aún nervioso, revisaba las luces de los semáforos que pasábamos y actualizaba la aplicación de su teléfono para ver qué tan rápido corría Jack. Cuando nos deteníamos por un alto o a causa de un camión que se movía con lentitud, decía «¿No debimos haber tomado Park?» o «¿Cómo puede haber tanto tráfico en esta ciudad? Deberían aprobar alguna ley al respecto».

Yo iba sentada atrás, entre Violet y mi mamá, y lo veía. Pero no era la única. Violet lo observaba con ojo clínico, como si su comportamiento fuera en especial sorprendente para ella.

Nos apoyamos en la barrera que bordeaba el sur del Central Park y gritamos mientras él pasó corriendo. Mis padres se perdieron en una especie de entusiasmo

que no sabía que tenían. Jack terminó en menos de cuatro horas y cumplió su meta.

Más tarde celebramos, todos felices por nuestra cercanía al logro. Fue en un lugar informal con mesas largas, bancos atornillados al piso y jarras de cerveza. Sus amigos hacían bromas, brindaban y se aseguraban de que yo y mi madre tuviéramos un lugar en la mesa. Papá era el centro de atención, contaba historias y molestaba y alentaba a los amigos de Jack cada vez que una mujer atractiva cruzaba la puerta.

Jack estaba orgulloso y feliz, con una cerveza en una mano y agua en la otra. Parecía invencible hasta que se cayó dormido poco después de las ocho, cuando colapsó en la mesa. Besó a Violet en la frente y murmuró algo sobre pedir un taxi para irse a casa, a sabiendas de que alguien se haría cargo de él, alguien que sabría cómo hacerlo.

Ella siempre ha sido prudente, pero he podido entrever algunas señales de cómo se siente en realidad, quién es detrás de todo ese esfuerzo y contención.

La noche en que perdió su trabajo fue una tarde de un viernes de finales de marzo. El aire era ligero y templado, del tipo de clima que te hace abrir las ventanas por primera vez en cinco meses. La gente se sentaba al aire libre en los restaurantes y en los escalones de sus edificios, pero con cautela, como si el cambio fuera muy repentino, muy frágil para confiar por completo en él. El cambio de las estaciones, aunque sea de frío a cálido, de días cortos a largos, siempre juega con mi estado de ánimo. Así que estaba feliz de ver que Jack me llamaba, era una distracción.

—Necesito ayuda —dijo.

A grandes rasgos, me dijo que habían despedido a Violet y que habían salido con unos amigos que estaban tratando de convertir el asunto en una fiesta. Se había liberado de semanas laborales de ochenta horas, de correos electrónicos constantes y de clientes irascibles. Me pidió que fuera, lo que significaba que necesitaba refuerzos, algo que casi nunca pide, por ninguna razón. Y resultó que estaban a tres cuadras de mi departamento.

Violet rara vez bebe, y casi nunca en exceso. No creo haberla visto vestir algo que no fuera a la medida.

Esa noche estaba inclinada sobre la barra del bar, tanto que sus pies no tocaban el suelo. Los bordes de su cabello despuntado se acercaban peligrosamente a los restos de alguna bebida derramada.

Un amigo le decía que en realidad le traería buena suerte haber sido despedida en ese día. La luna nueva estaba en Aries, un cambio que sienta las bases para el renacimiento y los nuevos comienzos. Ese era un momento que, al parecer, ella debía aprovechar.

Violet me saludó con un abrazo flojo y dejó caer sus pesados brazos detrás de mi cuello por un momento. Yo dejé mis manos en sus hombros para que recuperara el equilibrio.

—No sé qué dice la astrología, pero tal vez en verdad es una bendición —dije—. La posibilidad de hacer algo nuevo y menos intenso. Jack me contó lo difícil y estresante que fue para ti. —Ella levantó una ceja con eso—. Tomar un camino

distinto me ayudó. Tanta presión no siempre es necesaria ni saludable, ¿sabes?

—¡Tienes razón! —chilló a un volumen que no la creía capaz—. A la mierda con eso de quedarse en la oficina toda la noche, a la mierda el acoso sexual y a la mierda la manera como la gente siempre me está subestimando.

Choqué mi vaso con el de ella.

—¡Libertad! ¿Cierto?

—Exactamente. —Sus ojos me miraban concentrados y entrecerrados—. Salvo que, de hecho, vivo en el mundo real, donde la gente debe trabajar. No todos podemos dejarnos llevar. Solo algunos tienen ese privilegio.

De lejos, ella se seguía viendo perfecta, pero pude ver que su maquillaje se había incrustado en las esquinas de sus ojos, mirándome con lo que siempre sospeché que estaba allí.

A la mañana siguiente me levanté con un mensaje largo y pesaroso de su parte, en el que me confesaba que no recordaba bien lo que me había dicho, pero sabía que era hiriente. Que no lo merecía, fuera lo que fuera. Pero yo sabía que lo que lamentaba era que se le hubiera caído la máscara por un momento.

Me quedo cerca del radio, escuchando la canción hasta que se desvanece en la siguiente y recordando la risita de Jack. Me pregunto si estará despierto ahora, corriendo por Chelsea Piers, en un auto de camino a una reunión a primera hora de la mañana, o aún dormido con sus cortinas opacas del suelo al techo para borrar cualquier indicio de luz.

Una mujer pasa deprisa, flanqueada por sus dos hijos que quizá son gemelos. La parte más alta de sus cabezas llega a la cadera de su madre, la altura perfecta para tomarla de la mano. Ella lleva unas maletas pequeñas que hacen juego, una en cada hombro, y tal vez llevaba a los chicos al tren o a algún paseo que los alejara del calor. Visten camisas blancas planchadas, shorts azul marino y su cabello café recién peinado brilla.

El de Jack es del mismo color, de ese café intenso color nuez que me habría gustado tener. Recuerdo el poco cabello que tenía en la nuca cuando era pequeño, cómo se rizaba un poco cuando necesitaba un corte, cómo algunas veces lo jalaba de esos pelos cuando me sacaba de quicio o no hacía lo que yo quería, porque sabía que le dolería. No era el tipo de niño que reaccionaba con desproporción, tampoco se enojaba fácilmente, pero eso siempre funcionaba.

La vida continúa sucediendo a mi alrededor, solo que a un ritmo más lento, tal vez hasta letárgico. La gente sigue yendo a trabajar, va de un extremo de la ciudad a otro para comprar comida, ir al doctor, comprar un nuevo foco para reemplazar el que se fundió anoche, mientras tratan de terminar el capítulo de un libro o cortar un diente de ajo. Una anciana maldice a un autobús que cierra su puerta de cristal y se marcha sin ella. Su voz es grave, firme y despiadada.

Aquí nadie me conoce, y por eso ciertas cosas parecen posibles. Como si fuera

capaz de una fortaleza o un desenfreno en este lado del océano que parecería ridículo en casa. Soy alguien más a la espera de que algo nuevo suceda.

Un hombre que va en escúter disminuye la velocidad para detenerse en un alto. Viste un traje completo, con la pierna del pantalón levantada lo suficiente para mostrar que lleva mocasines, sin calcetines. El tendón de su tobillo. Me pregunto si su vida se parece a la impresión que tengo de ella. Un trabajo bien pagado que le exige poco. Amigos que lo respetan y lo adoran. Padres que se enorgullecen de él. Más tarde esta noche, verá, comerá y mirará a la mujer que ama, pero a quien no le importa conocer de verdad.

El Monte Palatino se eleva sobre mi hombro derecho, salpicado con ruinas que ahora tienen la apariencia de cuevas. Los pinos mansos se inclinan hacia un lado o hacia el otro, las ramas se enroscan como si fueran víboras a punto de escabullirse. Veo el río con alivio, la prueba de que he estado caminando en la dirección correcta.

Michael hablaba del tránsito en Italia y de la manera en que los peatones no tienen derecho al tránsito o, de hecho, ningún derecho.

—Es jugarte la vida —me dijo.

Ahora, al cruzar el Lungotevere con una prisa nerviosa, entiendo a qué se refería. Carros, motocicletas y camiones que traquetean al acelerar y zigzaguean entre sí apoyándose en sus cláxones: solo podría describirlo como un caos. Es una palabra que significa algo para mí.

Recuerdo la primera vez que la escuché. Mi madre la leyó en un libro llamado *Mitología* de Edith Hamilton, uno de sus favoritos de cuando era joven. Era el mito de la creación esa noche, la historia de la forma en que nacieron el mundo y la humanidad. Después vendría la historia de Deméter y Perséfone, que le pediría que me contara una y otra vez.

Ella me explicaba cómo fue que los griegos les dieron sentido a sus orígenes, lo que se contaron sobre el inicio del mundo. Memoricé cada palabra con exactitud. He hojeado el libro muchas veces desde entonces, en busca de cada palabra.

> *Mucho antes de que los dioses aparecieran, en un pasado inmemorial, solo existía la confusión amorfa de Caos rodeada por una oscuridad intacta.*

En ese momento la hice que dejara de leer, perpleja por la forma en que sonaba «caos». Por lo general podía deletrear una palabra en la mente, pero esta serie de sílabas eran un acertijo. Era posible que hubiera una «c», tal vez una «o», pero no podía estar segura. Mi madre me la enseñó en la página, y lo que vi no tenía sentido. Era desalentador y al mismo tiempo emocionante saber que el mundo pudiera ser tan absurdo y sorprendente.

Se me olvida qué tipo de estudiante soy, si visual, auditiva o algo

completamente distinto. Cuando mi papá cuenta esta historia, soy lo que él quiere que sea, lo que por extensión es él, y suena muy impresionante. Nunca pierde la oportunidad de decirle a la gente que aprendí a leer cuando tenía cuatro años. Le pregunté a mi mama qué quería decir esa palabra.

—Cuando no hay orden, hay caos —dijo después de tomarse unos minutos para llegar a una respuesta—. Me imagino que es lo que sucede cuando nadie sigue las reglas ni escucha. Es atemorizante ignorar lo que la gente hará.

Según el libro, el Caos engendró a la Noche y también a la Muerte. Cuatro meses después la palabra se convirtió en mi obsesión. Tenía visiones de desastres épicos y teatrales. El aterrizaje de un tornado que levantaba nuestra casa como si fuera de juguete y nos desperdiga por diferentes rincones del mundo. Las montañas mansas y desgastadas que bordeaban el Hudson cobraban vida y aplastaban nuestra ciudad, la tierra se resquebrajada por debajo de ellas, como si fuera la cáscara de un huevo. Dibujaba nubes negras, árboles marchitos y llamas anaranjadas, amarillas y rojas.

Usaba la palabra siempre que podía, encontraba la manera de incorporarla a mis proyectos escolares, dibujos, o a los pequeños monólogos que inventaba para los amigos de mis padres en las cenas que organizaban. La escribí en historias y en muchos poemas, mi medio de expresión favorito de aquella época. Hace poco me liberé al enterarme de que la poesía no tenía que rimar, que algunos de los mejores poemas no lo hacían.

Pegaba lo que escribía en la puerta del refrigerador con cinta adhesiva, porque dañar el acabado de acero inoxidable con imanes nunca fue una opción. Ahí fue donde papá encontró cuatro versos que le encantaron, escritos en mi cuidadosa letra de molde, en una página arrancada de la agenda de mi mamá. Fue el único papel que pude encontrar, apurada por escribir las palabras antes de que desaparecieran de mi mente.

Montaña imperfecta,
fragmentos que relucen en el suelo.
No siempre es bello el amor,
pero el caos lo hace real.

Unas semanas después, mi padre nos puso a mi madre y a mí el demo de una nueva canción antes de la cena. Su guitarra era lenta pero firme. Cantaba el coro con convicción, más de lo habitual. Sabía que sus palabras eran una verdad irrefutable.

Lo «perfecto» no es una montaña,
es un brillo deslumbrante, informe.
Y no está el amor verdadero
en los momentos de ternura,

sino en el caos de la tregua.

Incluso a los siete años identificaba la diferencia entre una grabación burda como esta, y las más pulidas de sus álbumes. También notaba la diferencia, por pequeña que fuera, entre sus palabras y las mías.

Esta canción lo llevó de ser un cantante de *folk* admirado, pero en gran medida desconocido, a ser una leyenda, una estrella de rock, un personaje famoso. La última vez que revisé, más de cien artistas diferentes le habían hecho un *cover*. Tal vez ahora sean más. Además, en las películas y los programas de televisión estaba relacionada con momentos de intensidad y epifanía. De manera generalizada, la letra es considerada una de las más bellas en una obra ya poética y poderosa. Hasta volvió a grabarla cuando cumplió cincuenta años, con la idea de que ambas versiones debían compararse. La original describía el desamor, sí, pero con un trasfondo de esperanza, la ligereza en su melodía era sinónimo de juventud e innumerables segundas oportunidades, en contraste con este arreglo más pausado y profundo, su voz más grave y precisa. Todo más concluyente.

En cada entrevista me atribuye los versos. Algunas veces me da el crédito con seriedad; otras lo describe como una anomalía notable, algo cercano a una casualidad: «De la boca de la bebé», ha dicho más de una vez. Pero me dedica la canción a mí en las notas del álbum o cada vez que la interpreta en vivo. ¿Qué más podría pedir o esperar con sensatez?

En el invierno de mi segundo o tercer año en la universidad, papá fue a visitarme y me llevó a cenar ya tarde y entre semana a uno de los restaurantes franceses que pasaban por lujosos en Providence. Los manteles blancos se veían amarillos bajo la luz tenue. Había velas rodeadas de un poco de agua, y la cera flotaba en vez de pegarse.

El lugar estaba lleno cuando llegamos, pero poco a poco se fue vaciando. Sentía que las paredes estaban cerca. Me sentía desconcertada, gracias a la confianza ganada durante la docena de meses que pasé viviendo sola y a unas cuantas copas del Côtes du Rhône más costoso del menú.

Me dijo que con el paso de los años había escrito más de ochenta y siente versos de la canción y los había convertido en poesía. Que mis palabras continuaban inspirándolo hasta el presente. Hasta me recitó uno en el momento, de memoria:

La «perfección» no es una montaña,
en sus cimas y arroyos es un resplandor deslumbrante e informe.
Jamás prístino,
no tendrá el amor verdadero
momentos de ternura,
ni una escena escrita con primor,
no, mi pequeño amor,

es el caos de la tregua.

Aunque se sobreentendía que podía tomar esto como el cumplido más grande, noté el nerviosismo en su voz cuando lo recitó, a pesar del vino. Me enderecé en la silla y le di la atención que quería y necesitaba, a sabiendas de que la frase «mi pequeño amor» solo la usaba para referirse a mamá.

Ese impulso nunca lo he perdido: el deseo de estar confundida y derrotada por algo. Verme atraída por el esbozo de un concepto o un sentimiento, querer atribuirle una forma o un color, aunque apenas sepa de qué se trata «eso». Y eso fue lo que tomó de mí, más que la elección de palabras o la manera como yo veía el caos en una página. Y ahora mis intentos por entender una parte o todo al respecto se han convertido en una canción de amor. O, más bien, una canción sobre el rechazo al amor.

Hace un año dio un concierto en un pequeño club nocturno en el West Village, uno de los lugares que le dio una oportunidad y tiempo en el escenario cuando era joven y acababa de empezar. Fue un gesto, una especie de regreso a casa. Tal vez era una forma de seguir siendo relevante y humilde, de no olvidar sus raíces. No era una retrospectiva. Nunca se ha hablado de un tour de despedida.

Los boletos eran escandalosamente costosos y se vendieron casi de inmediato. Se revendían en línea por más dinero. Mi madre, Jack y yo teníamos una mesa para nosotros, en la parte de atrás y fuera del paso, lo que siempre preferíamos. A estas alturas, mi papá seguía insistiendo en que lo poníamos nervioso. Dejó *Chaos* para el final, como suele hacerlo. La gente gritó al reconocer los primeros acordes, luego guardaron un silencio reverente para no perderse una sola palabra.

Cuando cantaba mis versos cerraba los ojos con fuerza y concentración. Era como si jamás me hubieran pertenecido.

El nivel del río es bajo. Se puede ver con claridad la línea de agua habitual, marcada con musgo, tierra y tiempo. Alguien sacó unas conchas y las dejó en las plataformas improvisadas para guardar botes. En los caminos pavimentados para contener y guiar la corriente, unos hombres vestidos con sudadera y shorts corren en grupos de dos o tres para aprovechar la frescura del aire de la mañana. Me inclino sobre el barandal para verlos, apoyando la barbilla sobre mis manos entrecruzadas. El sol ya se abre paso por mi cabello y empieza a tocar piel que casi siempre está oculta.

Los vendedores se están instalando en el angosto puente peatonal que conecta la base del Palatino con Trastevere, y colocan monumentos miniatura en cuadrículas muy bien hechas. Un hombre vestido de gladiador espera para posar en las fotos.

El puente desemboca en una *piazza* sucia donde los adolescentes beben al anochecer. Hay botellas vacías de vino de la noche anterior y bancas de piedra manchadas con quemaduras de cigarro. Algunas de las colillas están cubiertas con

lápiz labial y cubren los escalones, llenan las grietas. Subo a pesar del agridulce olor a orina, para leer un grabado que bendice o asigna algo, pero lo que está escrito está demasiado desgastado para que se pueda descifrar.

Los turistas se mueven con lentitud, quieren deambular y al mismo tiempo se les ve renuentes a perderse. Renunciar al control es difícil, incluso cuando insistes en que eso es lo que quieres hacer y para lo que volaste miles de kilómetros.

Después del rompimiento, una vez que desapareció el moretón de mi mano, hice lo que solía hacer, lo que funcionaba después del fin de mis relaciones con el paso de los años.

Me quedé en casa religiosamente durante la semana, y hasta altas horas de la noche dibujaba, pintaba y ponía las impresiones en sobres y cartones del tamaño correspondiente para que no se doblaran. Me puse al corriente con el trabajo rezagado, busqué proyectos y clientes nuevos y contacté a cualquier amistad o conocido que hubiera mostrado interés. Les enviaba correos electrónicos, a veces desvergonzados, en busca de encargos y a veces tiraba muy alto. Hice listas para promover lo ya hecho y busqué aplicaciones para lo que ya tenía.

Los platos sucios se acumularon en el fregadero, los vasos de agua se apilaron uno dentro de otro como matrioskas, signos de que estaba sanando y reconstruyendo el sentimiento de valía que hace poco había desaparecido.

Los fines de semana salía a beber y a comer lo que me gustaba, en busca de lo exquisito, lo costoso y lo sorprendente. Me sentaba en el bar de mi restaurante favorito, miraba los árboles que mudaban sus flores y reverdecían frondosos en el Parque Gramercy, y pedía una copa de treinta y cinco dólares de algo limitado y raro que venía de una botella envejecida y suspendida detrás de un cristal. En un abrir y cerrar de ojos, el barman extraía apenas lo suficiente sin perturbar el valor o el sabor de lo que quedaba. Sin restricciones ni temor por las consecuencias.

Los viernes y sábados me rodeaba de gente: siempre de amigos, a veces de extraños. Mis relaciones de una noche dependían de mi estado de ánimo y de lo afortunada o desafortunada que fuera al conocer a alguien.

Nos besábamos con intensidad y suavidad en el rincón de un bar, nos impresionábamos el uno al otro con nuestra experiencia y seguridad: su pulgar en mis labios, mi mano en su cinturón, luego más abajo. Me alejaba, me miraba en el espejo del baño (aunque estuviera sucio, iluminado a la luz de las velas o cubierto de estampas o grafitis) y me exaltaba por alguien a quien borraría de mi vida unas horas después, mientras él llamaba un taxi. A la mañana o tarde siguiente, cerraba mi puerta a sus espaldas y sentía, con ese clic, que había logrado algo.

Nada de esto contribuye a idear una manera revolucionaria de dejar a alguien en el pasado, pero al menos siempre había sido confiablemente efectivo. Hasta Michael, claro. ¿Qué era tan diferente? ¿Qué había cambiado?

Por un tiempo no pude hablar de él o de lo sucedido con nadie, ni conmigo misma. Era imposible para mí decir que era un estúpido, un mentiroso o un egoísta de mierda. Ni siquiera podía admitir que no merecía que me mintieran. En vez de eso, me obstiné en encontrar una manera de afirmar que lo que dijo u omitió no era

para nada un engaño. Tal vez un malentendido desafortunado y sin malicia.

Sabía que, si sacaba el tema a relucir, aunque fuera de pasada, eso acabaría conmigo como su defensora incondicional, aferrada a que lo sucedido no fue su culpa o que la situación no era tan mala como en realidad lo era. Primero lo disculpé con mis amigas bien intencionadas, listas y deseosas de participar en el ritual femenino y tradicional de aniquilación de un ex, el cual consistía en enlistar todas las formas en que la mujer en cuestión está mejor sin él. Después, una vez que agotaron el tema, hice lo mismo en mi mente.

Seguiré haciéndolo, si no cambio de opinión.

Ya no percibo siquiera el olor a orina y, de todas formas, la sombra ameritó el recorrido.

Quise dejar mi teléfono en el departamento todo el día, pero la vibración de mi bolsa me recuerda que está ahí. No quiero ver ningún tipo de recordatorios o notificaciones relacionados con mi vida o la de alguien más. Me negué a ver correos electrónicos, solicitudes de cualquier tipo, el *feed* lleno de fotos retocadas, las bodas en el extranjero, las vacaciones en las playas de Maine o Grecia, los atuendos elegantes, las cenas de aniversario o los paisajes hermosos.

Esa vibración podía significar muchas cosas. Podía ser un mensaje de él, incapaz de soportar el silencio. Lo busco con la esperanza de voltear la pantalla para encontrar ese cuadro azul, evidencia de una desesperación que puedo prolongar y en la que me puedo regodear, como si fuera una sábana fresca o un baño caliente.

Sin embargo, no es nada importante; en el fondo ya lo sabía.

Fue un trato que hice conmigo misma antes de venir aquí: no comunicarme con nadie de la vida real dentro de los límites de lo razonable. La idea era aferrarme a la soledad, con la esperanza de que me enseñara algo. Que tal vez sin interferencia externa pudiera empezar a ver con más claridad.

En una entrevista le preguntaron a papá sobre nosotros, sobre el hecho de que tuviera dos hijos «notables» en ámbitos que no pertenecían a la música.

—Mi hijo y mi hija son personas hermosas y talentosas, los apoyo en todo lo que hacen y en todo lo que puedo. —Le dio una fumada al cigarro—. Estoy muy orgulloso.

Como el entrevistador había investigado, decidió profundizar:

—Su hijo es considerado un prodigio de Wall Street. Tomó dos millones de dólares de empresas emergentes y los convirtió en tres millones en dos años. —Los labios de mi papá se quiebran en una mueca sonriente y piensa: «Si hubieras escuchado a Jack cantar y tocar la guitarra, estarías hablando de otra cosa».

—Y su hija es una exitosa artista de las redes sociales. —Mi papá se irritó un poco con eso, y en realidad no lo culpo. Habría preferido «una artista exitosa con seguidores en las redes sociales», aunque quizás eso no era tan exacto. Podría haber sido peor y que me hubieran llamado *influencer*.

Una enorme pintura abstracta que hice en la escuela de diseño aún cuelga en el centro de la pared de mis padres, sobre la chimenea. Tonos lavanda, rosas, azules, un manchón verde amarillento y una esquina moteada de gris. Lo terminé una tarde de febrero, ya oscura a las 3:30 p. m. Me senté en el piso de concreto de mi estudio, con una manta sobre los hombros, sujeté las cerdas del pincel hacia atrás y las liberé como si fuera una resortera.

Esa pintura me tomó tres meses, en un momento cuando todo me tomaba ese tiempo. Ahora casi todo lo que hago es rápido, sencillo y eficiente. Tal vez porque viene de la superficie no supone exploración ni mucho trabajo de por medio.

He aprendido que para la gente es muy importante sentir que te conoce, como si pudiéramos ser amigos si se diera la oportunidad. Los detalles correctos utilizados de la manera adecuada.

Y va más allá de la insistencia de Michael de que creara un personaje, que plasmara partes de quien soy en lo que hago. Más allá del sonido de mi risa cuando me grabo describiendo el arte en mis paredes como la docente de un museo o de la imagen de mis dedos sujetando una pluma cuando mi barniz de uñas está descascarado. Y aunque me arriesgara y dibujara o escribiera algo especialmente personal, solo estaría tomando algo mío para hacerlo de ellos. Si las canciones de papá me han enseñado algo es eso: cómo los extraños, gente que no sabe nada de ti, consumen tus ideas, sentimientos y vulnerabilidad, y se los apropian. Sin importar que trates de ser reservado u opaco, las personas entenderán lo suficiente y tomarán lo que quieran.

Siempre me ha encantado tener secretos. Y la fuerza necesaria para guardarlos. ¿Eso es lo que Michael estuvo haciendo? ¿De alguna manera lo disfrutó? ¿Verme la cara de estúpida?

Es sencillo entender por qué Trastevere es el barrio que tanta gente recomienda y considera su favorito. Es como si todo lo que esperamos y deseamos que sea Roma se hubiera embotellado y luego vertido en este lado del río.

Paso por algunos cafés que podrían ser el tipo de lugares que le gustan a mi madre. Modestos, alejados de las calles concurridas, que sugieren que la comida y la bebida se hacen bien, con sencillez. Parece casi posible que me la encontraré, lo que a veces sucede cuando estoy en Nueva York.

Hay un restaurante francés que le encanta, cerca de Union Square. Es algo sucio, pero por completo confiable y contrario a las tendencias. Han hecho la misma comida del mismo modo durante años. Ahí va mi madre por lo que para ella es la comida perfecta: un *omelette* y una copa de vino. Eso pidió una noche cuando yo caminaba a casa y la vi a través del ventanal. Me recargué en la pesada puerta hasta que se abrió y me senté con ella durante una hora. Según recuerdo no hablamos mucho, pero el silencio compartido fue más que suficiente.

Siempre que Michael me contaba de la charcutería, un lugar mágico que descubrió en este barrio, suspiraba profundamente al recordarlo, como si necesitara los pulmones llenos para siquiera intentar describirla.

Este lugar es una *salumeria* de lo mejor, según decía. Hay cada parte de cada tipo de animal que quieras, curado por cualquier número de meses o años. Aceite de oliva suave, especiado, quesos perfectos. Vino proveniente de minúsculos viñedos familiares, varietales que jamás encontrarías en Nueva York por el precio de una bicoca. Botellas apiñadas en estantes estrechos, sus precios escritos deprisa con un marcador de cera. Lo que más le gustaba y recordaba era el *ricotta*, hecho con leche de cabra.

—Las cabras, Emilia —me dijo—. Esta familia las ha criado desde hace siglos.

—Suena increíble —le contesté—. Queso hecho de cabras inmortales. No puedo esperar para probarlo. ¿Las han estudiado?

—¿Qué?

Entonces entendió mi broma tonta y giró los ojos de esa manera inofensiva y reconfortante que tenía. Me encantaba la manera como se tomaba tan en serio a él mismo y a las cosas que estimaba, y me gustaba desentonar cariñosamente con ese entusiasmo.

La tienda no se ve como si fuera gran cosa desde la calle: dos entradas angostas, un pequeño toldo para diferenciar su territorio del atestado restaurante de al lado.

A mi izquierda, un mesero limpia la mesa después de un almuerzo. Al notar unas migajas errantes, le sopla con fuerza al mantel y las dispersa entre el empedrado.

Es casi triste que Michael se esté perdiendo de esto, pero también me cautiva la idea de verlo con todo detalle y jamás contárselo. Es el tipo de cosa que a él le habría llamado la atención, que habría apreciado y lo habría hecho sonreír.

Sigo buscándolo, como al dolor de un miembro fantasma. Pero cada vez que me resisto a escribirle sobre el mesero que les sopla a las migajas de la mesa, de las vigas del departamento o de la mujer que en silencio mira a los transeúntes desde su ventana del tercer piso, sin atender sus macetas de flores, siento un pequeño destello de fuerza. El poder de contenerme, la posibilidad de que él se pregunte qué estoy haciendo e imagine cómo lleno mis días aquí. El silencio es un mensaje que expresa más de lo podría decir. De alguna manera, ocultarle estas cosas significa ser libre.

Si llegué hasta aquí, veamos cuánto más puedo aguantar.

Dentro de la tienda está oscuro, hace calor y casi no hay gente. El ventilador de techo no hace ninguna diferencia, gira con tal lentitud que se pueden ver sus tres aspas. La tarima es gruesa, irregular e inacabada. Sigo los caminos desgatados por los que la gente ha pasado una y otra vez: el rincón trasero, a lo largo de la pared y me detengo por el balde de aceitunas curadas para degustación.

Un hombre y una mujer van de un lado a otro detrás del mostrador mientras responden preguntas, cortan carne y pesan quesos. *Pecorino* de todas las edades, piernas de *prosciutto*, *ricotta* cremoso en tubos de plástico, etiquetas despegadas

desde hace mucho. Quiero diferentes sabores y texturas. El *espresso* hace que sienta el estómago vacío, lo que me permite pedir lo que sea y tanto como quiera.

Pido un *pochino* de un *prosciutto* rosa pálido, un *soppressata* rojo como la sangre, un tipo de salami que nunca antes había visto, tan madurado que se arrugan las finas rebanadas separadas entre sí por un plástico. El hombre, quien sonríe al escucharme hablar italiano, corta un triángulo de *pecorino* espolvoreado con granos de pimienta, y pido más y más, hasta que finalmente me quedo la porción completa. El parmesano más caro, madurado por veinticuatro meses, cuesta una fracción de lo que saldría en Nueva York. Pido una ración generosa, tiene el color de un buen bronceado.

El hombre sirve una cucharada llena de *ricotta* fresco en una hoja de papel encerado, la cual dobla de manera que lo contiene, lo mantiene en equilibrio y no escurre, como si fuera un bote de papel. Lo cierra con un pedazo de cinta adhesiva, un truco de magia, y me dice que lo coma pronto y lo mantenga fresco.

Solo dieciséis euros por todo. Coloca cada cosa en una bolsa con tal cuidado que me conmueve. El plan de Michael era venir aquí el día que nos fuéramos, comprar todo el queso que cupiera en nuestras maletas y pedir que lo empaquetaran al vacío para llevarlo a casa. Veo la máquina selladora en una esquina al lado de una vieja máquina registradora.

Ahora que estoy aquí, con el agrio recordatorio del parmesano en la lengua, no sé si quiero llevar a casa, envolver los quesos sellados en camisetas y declararlos en la aduana con cautela, sin dejar nada fuera de la lista. Después, dejarlos reposar en el refrigerador, racionarlos con cautela, determinar el mejor momento para rallarlos sobre una pasta o desmoronar el resto en una tabla de quesos para los amigos. «Este es el queso de Roma», les diría. Y ellos se desharían en halagos y cerrarían los ojos teatralmente al degustarlo. La sola idea me parece agotadora.

O podría disfrutarlo ahora y hacer lo posible por recordarlo después. No todo se debe preservar ni compartir.

Me abro paso a tropezones para preguntarle al hombre detrás del mostrador en dónde me recomienda comprar pan, con la esperanza de que los lugares autorizados por Michael resulten irrelevantes, pero por supuesto que son los mismos. Para el pan, debo ir a la panadería de la esquina, la que tiene una fila afuera de la puerta. En el caso del vino, hay una buena tienda en el camino, pero deberé esperar a que abra al mediodía. Ya tengo los nombres y las direcciones de ambas, garabateadas en una lista que decidí no descartar. Encerrada en un compartimento de mi maleta, se deslizó entre dos sostenes y un libro de bolsillo que tomé de último minuto mientras esperaba el taxi que me llevaría al aeropuerto JFK. Un momento de debilidad.

Cualquier plan que hicimos para Trastevere siempre incluía el Gianicolo. Lo elegimos por la vista. Michael me dijo que durante el apogeo del Imperio estaba a las afueras de la antigua ciudad, en una época en que el río formaba una sólida barrera natural. Esto lo convierte en uno de los mejores lugares para verlo todo: domos, campanarios y calles desgastadas que lo cortan todo como si fueran

cicatrices.

Las bolsas me pesan en las manos.

Estar así de sola es algo a lo que necesito acostumbrarme, como a nadar en agua fría. Es mejor vadear que brincar. Incluso ahora, al caminar este tramo de la calle, lo bastante vacía para ponerle mucha atención a todas las personas que miro, me siento tan fuerte como expuesta. Me siento confiada en una interacción y me acobardo en la siguiente. Le sonrío y le hago preguntas al hombre de la *salumeria* sobre las cabras de su familia, y diez minutos después me sonrojo ante las miradas aparentemente críticas de dos adolescentes italianas que fuman apoyadas en un costado de la iglesia.

Mi padre entiende la rapidez con que nuestra sensibilidad puede cambiar, así como la conciencia de quiénes somos en un lugar o momento determinado. Ve el valor y su fragilidad. Tal vez por eso es que puede hacer una canción sobre casi todo. ¿Dónde está la contemplación o la soledad en una parvada de palomas que posan para después retomar el vuelo? Él la encuentra.

Al crecer nunca fui tímida, siempre sentí que era más que suficiente para los demás. Mis padres crearon, alimentaron y consideraron sagrada esa confianza mientras tuvieron poder *de facto* sobre la manera como me sentía. Esta necesidad de protegerme es algo relativamente reciente.

Me describían como precoz y atractiva. Siempre firme desde que tuve la edad suficiente para expresar una opinión o mantener la cabeza en alto sin ayuda. Incluso después de que Jack nació, mi rutina e identidad fueron protegidas y preservadas. Aún siento el orgullo y la calidez que emanaban mis padres cuando recitaba algo de memoria, respondía con agilidad o decía una broma de la manera correcta sin dudas ni pena. Hasta cuando tenía dieciséis años y odiaba casi todo de mí misma, era capaz de actuar y ser encantadora.

A veces me pregunto qué efecto provocó eso en mí. Y de quién es la culpa. Debe haber una razón que explique por qué la falsa modestia que fingí de niña se cristalizó en una dudas reales y adultas, por qué la incuestionable admiración de todos se convirtió en elogios en los que busco significados ocultos, desdén o sarcasmo subyacentes. Puede haber ventajas, unas que no veo, otras que no quiero ver. Soy una actriz nata, como mi padre solía decir. Pero una vez más, a él le interesaba que fuera así.

Algo de eso salió con Michael una vez que empecé a sentirme cómoda y revelé más de mí misma. El lado impulsivo y demandante. Las partes de mí que le exigían tiempo y atención. Él me decía siempre sonriente: «No puedes hacerlo todo» y «No puedes tenerlo todo, princesa».

La mayor parte del tiempo no forcé las cosas ni hice demasiadas preguntas. Lo dejé envolverme y después empecé a sentir que me lo había ganado. Su sinceridad cuando me preguntaba mi opinión sobre una historia que había escrito. Su

aprobación discreta y significativa en la forma como me veía, me vestía y hablaba. La forma como se suavizaban sus facciones cuando le enseñaba una de mis pinturas. Creí que todo aquello era indudablemente mío.

En algún momento será necesario dejar de consultar su lista y tomar mis propias decisiones. Sus gustos aún entrañan una serie de misterios: cómo fue que ese restaurante, esa iglesia y esa tienda se cruzaron en su camino y qué hizo que se comprometiera a recordarlos. Sigo tratando de resolverlos en cada parada, como si pudieran darme una respuesta. Me dificultan olvidarlo.

Deposito su postal en un buzón amarillo que me queda de paso. No necesito disminuir el paso ni desviarme, una ligera presión de mis dedos contra la ranura y está hecho. Soy consciente de que sin un sobre como barrera, cualquiera puede leer lo que escribí y espero que así sea.

El calor de aquí hace que se me olvide todo menos las cosas fundamentales y más elementales. El peso de la bolsa en mi hombro, el sudor en el cuero cabelludo, los últimos escalones frente a mí, donde encontraré la siguiente zona de sombra.

Es casi mediodía, las horas más incandescentes. Cualquier persona que sepa lo mínimo sobre estar aquí empezaría a buscar un refugio, o tiene planeada una larga comida en algún lugar con aire acondicionado, o se oculta bajo un toldo o un árbol.

Me siento agradecida cuando veo una fuente. Es un alivio que no se desvanece con la repetición. Corro hacia ellas como si fueran un espejismo, lleno mi botella de agua que siempre está vacía. La etiqueta se está despegando por el frío del agua y el sudor de mi mano. Salpico más en mi cuello, brazos y cara, como si estuviera en el lavabo de mi baño después de escalar una serie de desgastados escalones de piedra, sin pena ni sentido del ridículo.

Mi sudor y el agua que lo reemplaza haría que el maquillaje o cualquier peinado perdiera todo sentido. Esta podría ser la primera vez en años que a propósito me he pasado un día sin poner atención en eso sin sentirme inquieta, como si hubiera olvidado algo.

Es un sentido de protección, más que otra cosa, un patrón del que casi nunca me permito desviaciones: revisarme, evaluarme, valorarme siempre. Y no es que tenga que verme perfecta. Se trata de pequeños detalles que nadie nota. No solo son las ojeras, los granos en la barbilla y el cabello despeinado. Es algo más inefable que sé cuándo lo tengo y cuándo no.

Adonde quiera que voy, si hay un espejo, un escaparate o cualquier cosa que me muestre alguna versión de mi reflejo, tengo que verme en él, por si las dudas. No es una opción. Si no lo hago, o si lo que veo está mal o es vergonzoso, desaparece cualquier ímpetu o comodidad que tenga. Tal vez sea vergüenza, esa rigidez. Es tan poderosa que podría llegar a serlo.

Momentos como el que estoy viviendo ahora, cuando me siento especialmente libre, siempre me hacen pensar en lo opuesto, en lo maleable que puedo ser, en lo

susceptible que soy a lo que me rodea, ya se trate de un lugar, un estado de ánimo o una persona. Lo sencillo que es para mí moverme, vestirme, hablar de una forma distinta y hasta eliminar una palabra de mi vocabulario, por lo que alguien más dice o piensa de ella.

Michael siempre pensó que la palabra «disfrutar» era sucia, pálida y débil. Tres sílabas torpes que solo llenan el espacio. Un asidero para quien lo dice, una persona demasiado temerosa de tener una opinión de verdad. Así que simplemente dejé de disfrutar las cosas. Me encantaba esa obra de teatro, me frustraba esa novela, anhelaba el *risotto* cuando lo pedía, pero al final me decepcionaba.

Aunque el cambio era sutil, sucedía con rapidez. Casi ni tenía que pensarlo. De todas formas, elegir mis palabras no era nada nuevo. Siempre había una distancia entre lo que pensaba y lo que le decía. A veces esa brecha era grande.

Su desdén por la palabra «increíble» y, en especial, su uso excesivo, inspiró una serie de dibujos.

Después de escuchar a una mujer en un *brunch*, se burló de ella durante al menos dos cuadras: «¿Tus *hot cakes* están *increíbles*? ¿En serio? ¿Te impresionan? ¿Te asombran?».

La dibujé de diferentes formas. Mi tipo de chica habitual: ojos algo entornados, boca abierta de par en par, dedos que señalan maravillados la forma de las cejas de una amiga, la manera en que ajustan un par de jeans nuevos, un atardecer, y sí, un plato de *hot cakes*. Imprimí cincuenta de cada una y todas se vendieron en unas horas.

—Me siento usado —dijo después con una sonrisa.

A este paso, estaré subiendo el Gianicolo en la hora más calurosa del día. Entre más me acerco, el encanto obvio de Trastevere empieza a desvanecerse. Los edificios se ven más desgastados, hay más romanos que turistas, no hay ningún *maître* a la caza de clientes ni puertas abiertas en ningún lado, a menos que alguien vaya a entrar o a salir.

Unas macetas pesadas enmarcan una puerta, están pintadas del tono correcto de azul para acentuar el anaranjado del edificio que vigilan. Un gato se acomoda en diagonal, la mitad de su cuerpo al sol, la otra bajo la sombra de una piedra. Permite que una mujer que pasa por ahí le tome una foto. Ella hace el sonido de unos besos secos y le murmura palabras en italiano.

Esperar tanto fue un error. El sol está aún más implacable que hace una hora y solo va a empeorar. Si estuviera con otra persona, alguien a quien tuviera más conciencia del tiempo o más sentido común, esto no habría sucedido. Michael diría que esta es la hora del aficionado.

Una Vespa está parada a la mitad de la calle. El casco del motociclista está apoyado en sus piernas. Él revisa la terraza del café de enfrente cuando divisa a la mujer que busca, la llama por su nombre, echa los brazos y las manos hacia delante, como si fuera a abrazarla o a sacudirla. Él sigue sentado en su motoneta sin revelar la intención de moverse. El cabello de ella es rubio, desordenado y sucio de una forma al parecer intencional. Incluso desde donde estoy parada es evidente que no

trae sostén. El periódico del día, abierto y sin varias secciones cubre su mesa. Una botella de vidrio de Coca-Cola lo mantiene todo en su lugar.

Exasperada, echa la cabeza hacia atrás y se carcajea. El volumen y el ritmo de lo que él dice son de urgencia, pero no queda claro si están felices de verse o a punto de pelear. La mujer se quita los zapatos debajo de la mesa y camina descalza en la calle para reunirse con él. La sonrisa del hombre, la despreocupación de ella, la entrega. Se besan de tal manera que me veo obligada a voltearme.

Mis padres han estado casados por treinta y cinco años. Este hecho es motivo de orgullo. Se les considera una de esas parejas que de alguna forma sobrevivieron el ascenso a la fama, la atención y la locura que la acompañan, y que pasaron al otro lado intactos. Han tenido éxito en donde muchos otros fracasaron. Se cree que mi padre es afortunado, y mi mamá una supermujer.

Siempre la han descrito como una versión de una persona amable y generosa. Alguien atenta, empática, que se interesa y escucha de verdad. Y es cierto, ella se entrega mucho a los demás. Pero hay un límite para toda esa paciencia.

Es temprano en casa. Ella estará bebiendo café, descalza sobre el pasto húmedo, sacando al perro o mirando la ladera en la que se encuentra nuestra casa, donde baja hacia un pequeño arroyo. Como un regalo de Día de las Madres, me apropié de un pedazo de tierra vacío cerca de su cocina y planté varias hierbas. Se me quedó mirando y me advirtió que fuera cuidadosa con el lugar donde plantaba la menta porque crece como la maleza.

Mis padres se conocieron en Grecia, otra civilización antigua. Se pasaron un año juntos en una isla que fue perfecta un tiempo, hasta que se tornó venenosa y arruinó la vida de mucha gente y casi hasta la de ellos.

No me han contado gran cosa, pero está bien documentado en otros lados: en libros, películas y el folclor que caracterizaba aquel tiempo, lugar y a esas personas. Cómo esa isla se convirtió en un oasis para los artistas y quienes querían estar a su alrededor. Cómo mi papá fue ahí para tratar de escribir canciones y conoció a mi mamá en el bar donde ella trabajaba. Cómo todo era baratísimo, desde las hermosas casas cerca de la playa, hasta el ácido que se disolvía en los vasos de agua y en las botellas de vino. Las parejas casadas se intercambiaban entre sí, mientras sus hijos jugaban en la arena húmeda y en las calles vacías ya entrada la noche.

—Me da gusto no haberte tenido ahí —mi papá dijo una vez.

Mi mamá asintió con una mirada de soslayo que aseguraba que nunca existió la más remota posibilidad de que yo creciera en Hidra. Fue una de esas decisiones que mi papá considera que fueron de él, pero no fue así.

Mi madre había estado viviendo en la isla dos años antes de que papá llegara. Huyó de lo que siempre ha llamado un pueblo fantasma en la campiña del sureste de Francia. Trabajaba en los restaurantes locales y en las tabernas de noche, nadaba, navegaba y a veces pintaba en el día.

—No era tan buena artista, pero fui una gran musa.

Ella tenía veintidós años cuando se marcharon juntos. Mi papá tenía las canciones para su primer álbum, y ella lo tenía a él. Es, como a mi papá le encanta decir, un poco de mitología.

No sé mucho de su infancia ni de su vida antes de que conociera a papá, más allá de algunos detalles sueltos de que los que me he enterado con el paso de los años. De vez en cuando abre una ventana. El momento deberá ser el adecuado y entonces puedo preguntarle lo que se me ocurra, y ella me contestará con honestidad y franqueza. Como sobre su niñez en Francia, ¿cómo fue?

—Ahí había muy poco para mí —decía—. Me fui de casa muy pronto.

Es todo lo que comenta cuando alguien pregunta. Tiene gustos y opiniones particulares, que parecen heredadas, cosas que una existencia bohemia con un presente cómodo no pudo borrar. Usar siempre masa Dufour y jitomates San Marzano. Atravesar una aguja en el tallo de un tulipán para hacer que la flor dure varios días más. Lavarse la cara con agua fría, dos veces al día sin falta. La cama debería tenderse en la mañana, cada día, sin excusas. Mantener la casa siempre limpia, como si una persona importante pudiera llegar de manera imprevista. Hay cosas que son hechos, no sugerencias.

Ahora ella pinta más que nunca, en un estudio construido sobre el garaje. Su obra terminada adorna todas las paredes, del suelo al techo, con marcos costosos y personalizados. Hay naturalezas muertas, siempre pequeñas y algunas veces claustrofóbicas. Todo lo hace a la usanza clásica, como si fuera una pintora holandesa.

Sus cuadros son muy oscuros; sus temas, modestos, preciados y sombríos. Como si los iluminara una luz invernal a través de una ventana sucia. En la superficie, las composiciones parecen sencillas y estáticas. Cosas que puede ver, ajustar y que la obsesionan. Se pasa las semanas y los días consumida en los detalles: un ajo pelado, el huevo azul pálido de un pájaro, muchas peonías y dalias (según la temporada del año), una taza de té agrietada, un conejo despellejado y relleno colgado de un garfio con las piernas amarradas. Se atormentó con las patas traseras. Le tomó más de una semana que quedaran bien.

Nunca ha intentado vender o deshacerse de una sola de sus pinturas, ni como regalos ni cuando la gente se lo pide. En cambio, forman parte de una colección cada vez más amplia, que la rodea mientras ella compra más lienzos, mezcla más pintura y trabaja para hacerla más grande.

Pese a todo, yo tengo una: tres limones en un cuenco poco profundo junto a un chalote que se empieza a descarapelar, la luz matinal viene de algún lado. Me lo dio sin razón alguna, hasta donde sé. Fui a visitarla a casa un fin de semana y me dio el pequeño lienzo envuelto en papel café, mientras yo colocaba mi ropa limpia y aún tibia en la cajuela de mi auto.

Colgué los limones en mi cocina, arriba de la pequeña mesa donde me siento a beber café en la mañana y me sirvo un vaso de vino, o tal vez un whisky, por la noche. Algunas veces brindo con ellos con lo que tenga, si el cuarto se siente

especialmente silencioso o vacío.

En este momento creo que me haría feliz doblar la esquina y encontrarla sentada en un café, con los ojos cerrados al sol. Con la misma calma que le he visto cuando escucha a Jack contarle una historia, al espolvorear unas moras con azúcar o al sumergirse en el agua casi sin salpicar. A veces me imagino que podría pasarme el resto de mi vida tratando de entenderla.

La idea me hace marcar su número y romper mi propia regla. No contesta y siento un alivio inmediato. Quién sabe si habría logrado traducirle lo que sentí en ese momento, o si su estado de ánimo hubiera coincidido con el mío. El momento correcto lo es todo, como siempre.

Cuando inevitablemente me marca después, no contesto, le envío un mensaje de texto y finjo estar sorprendida. Le digo que debí haber presionado un botón sin querer, que la llamada fue un error.

Miro el menú de uno de estos restaurantes, abierto discretamente para la comida, y resulta ser un lugar al que ella jamás iría. Sirven estómago, eperlano, cola de res. La comida romana que se basa en las sobras: las vísceras y otras partes del animal desechadas y rechazadas.

Los gustos de mi madre pueden ser particulares e incluso caros, pero en definitiva no son osados.

Sería sencillo decir que soy más valiente que ella. Como de todo, me paro frente a una multitud, viajo a un lugar nuevo sola. Pero ella es atrevida de maneras en que nunca lo he sido ni lo seré. Quedarse y sacrificarse implica un tipo de riesgo de una naturaleza específica.

Parece que la cima de esta colina está por terminar cuatro o cinco veces antes de que por fin lo haga. Cada vez que el sendero serpentea hasta quedar fuera de la vista tengo esa esperanza. Esta es la última vuelta, el último tramo sin sombra y sin pausa. Pero la cumbre me evita, guarda el secreto de su dificultad.

Hay grafitis dispersos a lo largo de la pared que bordea la pendiente, y que separan a este sendero pavimentado de las casas de las tiendas del otro lado, la Roma real de la versión puramente escénica. Veo «*In bocca al lupo*», una frase que siempre me ha encantado, seguida de tres signos de exclamación desiguales.

Hay flores, maleza y pasto que salen de la ranura donde el muro se une con el empedrado. Algunos pudieron crecer y estirarse con creatividad, en busca de más sol o aire.

Mi hombro palpita con el peso de todo lo que voy cargando.Me detengo para tratar de secarme el sudor de la frente que hace que mis pies se sientan resbalosos y se deslicen en mis sandalias.

A tan solo unos pasos de acabar el recorrido se rompe la bolsa de papel que me puse bajo el brazo para proteger el vino, que alguna vez estuvo frío, del calor del sol. La botella se cae al piso, pero por alguna razón no se rompe, sino que rueda

camino abajo. Hace ruido cuando el vidrio choca contra la piedra, pero hasta donde alcanzo a ver sigue entera.

—Vaya, eso es una tragedia.

Volteó para encontrarme a un hombre de pie, como si estuviera enmarcado debajo de la reja abierta que señala la entrada al parque. Se balancea sobre sus talones en la pendiente a sus espaldas y estira las piernas hacia la última parte de la pendiente.

—¿No es increíble? No puedo creer que no se haya roto. —Lo miro directamente a los ojos que al parecer son azules y deseo que se quede, que este no sea un comentario pasajero.

¿Es posible obligar a alguien a que me acompañe sin decirle nada? Se acerca. ¿Hace cuánto tiempo que está parado ahí? No nos encontramos en el camino, lo recordaría. De las tres bolsas que tiré, él recoge la más pesada, la que está llena de *prosciutto*, queso y algunos chocolatitos Baci que nunca puedo resistir. La levanta como si fueran pesas y exagera su peso.

—¿Esperas a alguien?

—No —digo—, supongo que me excedí.

—Eso es fácil, la gente se ha excedido aquí por milenios.

Le digo que no es necesario que haga eso, que puedo sola.

—No hay problema —me dice haciendo un ademán con la mano. El *ricotta* se había caído al piso aún bien envuelto en papel. Pero él lo recoge y cabe perfectamente en la palma de su mano—. ¿Adónde vamos?

—No había avanzado tanto. ¿A cualquier parte? —Una sábana enrollada que encontré en el clóset de blancos del departamento se asoma en mi bolsa—. Me dijeron que este era un buen lugar para hacer un picnic.

—Ah, te lo dijeron.

Su cabello es oscuro, casi negro, a punto de rizarse si fuera un poco más largo. Hasta donde veo no tiene canas. Podría pasar por italiano, y tal vez lo haga, hasta que abre la boca. Tiene un gran bronceado, pestañas largas, espalda amplia y relajada, una boca que se ve segura de sí misma. Barba de dos días. Su voz sugiere una infancia en Brooklyn o tal vez el norte de Jersey. Veo que las arrugas al lado de sus ojos se hacen más profundas cuando entrecierra los ojos por el sol.

Dejó abiertos los botones superiores de su camisa de lino blanco, trae los puños enrollados de manera desigual a la mitad de sus antebrazos. Tiene vello en el pecho, pero no demasiado. Me pregunto si será velludo o no. No trae cadena con santos, talismanes. No hay anillo de boda. Empecé a revisar de manera automática, sin discreción. Casi a cualquier hombre que veo.

Viste unos shorts que los estadounidenses solo usarían en Europa, con el largo a la mitad del muslo, alpargatas bien cuidadas que se han moldeado a sus pies.

—¿Es tu primera vez en Roma? —Mira al frente, hacia la fuerte y no hacia el parque que se extiende a la derecha.

—No. —Y luego, para no verme reticente o desdeñosa, agrego—: pero es la primera vez en mucho tiempo.

Mis piernas se sienten ligeras otra vez, incluso agradecidas, en el suelo plano del mirador. Lo sigo hacia un estanque semicircular y miro cómo el agua azul cloro moja la piedra caliza. Un edificio que se apoya en arcos y columnas emerge de ella, al aire libre. Los pasadizos tallados en mármol muestran el paso de la luz del sol. Ambos nos detenemos a mirar.

—Una vez escuché un concierto coral aquí. La acústica de adentro es casi perfecta. Baja mi bolsa un momento, sumerge los dedos en el agua como lo haría un niño y satisface la necesidad de experimentar el entorno por completo durante unos segundos, como si estuviera solo. El agua corre de la palma de su mano a su muñeca y desaparece en el doblez de su manga.

—Casi demasiado perfecta.

Sacude la mano para secarse, la extiende abierta hacia a mí y aún está fresca cuando la tomo. Su nombre es John.

—¿Vives aquí? —le pregunto, sintiendo de inmediato envidia, sin importar su respuesta.

—Más o menos. Estoy en la Academia Americana. —Mueve su mano en la dirección opuesta—. Subir aquí no es la gran caminata para mí, lo que es bueno.

—¿Y qué haces ahí?

—Soy arquitecto, o era. Eso me ayudó a obtener una beca hace unos años. Regresé el verano pasado por lo que debieron haber sido unos meses, pero parece que no se pueden deshacer de mí.

—No te culpo. Yo seguiría regresando hasta que me cerraran la puerta en la cara.

Él sonríe y se ríe. Sigue aquí, mirándome, y aún sostiene mi comida con la mano. Quiero saber más, pero me contengo.

—Entonces, Emilia —dice mi nombre con cuidado, dejando que las vocales suenen como deben hacerlo. No lo pronuncia mal ni me dice Amelia, como todo el mundo lo hace—. ¿Eres escritora, cineasta?

—Artista, soy artista visual. Dibujo, pinto, ese tipo de cosas —le digo, como si él necesitara que le dijera qué hace un artista visual—. ¿Qué te hizo pensar que me dedico a lo creativo? Podría ser una contadora.

—Supongo que me diste esa impresión. ¿Quién dice que los contadores no pueden ser creativos?

Se hace un silencio que me esfuerzo por no interrumpir.

—Bueno, tu impresión es correcta.

Me pregunto qué me delató, si fue algo en la manera como me paro, la forma en que me visto o porque es obvio que intento descifrarlo.

—A veces acierto. —Hace una pausa—. Creo que te ves como una artista.

—¿Y cómo me veo?

—Como una persona a quien le gusta hacer cosas o pregunta cómo se hacen las cosas.

¿Y cómo se ve eso? Siempre destrozo las cosas, pienso demasiado y vivo insatisfecha.

—¿Y eso significa que te gusta planear cosas o preguntar cómo se planean?

—Prefiero «solucionar problemas». Aunque por ahora soy más un espectador que alguien que hace algo.

—¿Y cómo funciona eso? Ves algo como esto, las curvas, la manera en que el sonido se propaga, ¿y te fijas en la distribución?, ¿ en las razones por las que sigue de pie?

Me siento en la orilla del estanque.

—Supongo que sí. Pero es más que eso, más que tecnicismos. —Se aleja y contempla todo como si lo viera por primera vez—. No creo que alguna vez haya dejado de asombrarme cómo un arco puede soportar peso o cómo un hoyo en un techo puede ser tan ingenioso. Nunca fui cínico. Tal vez porque renuncié.

Da un paso hacia atrás, lejos de mí, de la fuente y del monumento más allá de nosotros, para ver mejor. Con cada paso que da, casi puedo ver los huesos de sus pies a través de las alpargatas y la lona desgastada. Se mueve con firmeza y ligereza, casi sin hacer ruido, los músculos de sus piernas se tensan y se relajan.

¿Cómo se verá y se sentirá uno de sus días? ¿Sin objetivo o liberado? ¿Lleno de aire, luz y posibilidad, siempre una invitación por aceptar o una conversación por tener? ¿O libre y vacío hasta el punto de ser opresivo, siempre con demasiado tiempo que llenar con cada vez menos opciones?

Tal vez es el tipo de persona que se pone algo sencillo y logra que sea vea como de sastre, elegido con cuidado. Como su camisa de lino: se la abotona con rapidez antes de verse con un amigo para beber algo fuera, se arremanga mientras camina y siente cómo un poco de brisa se abre paso hasta su piel. Elegir una vida porque parece idílica, hacerse un lugar en ella, hacerlo parecer sencillo. Aún tiene mi comida en sus manos.

Nos alejamos de la fuente y de la pequeña multitud que la rodea, pasamos por el final del sendero donde lo vi y entramos al parque. Disminuye el paso y me pregunto qué más nota. Tal vez la simetría, la historia que está oculta para casi todos los demás. La gente solo ve una estructura vieja, un mirador agradable, un lugar para descansar. Se mueve con soltura y yo voy un poco más atrás.

—Me imagino que para tu picnic querrás una buena vista, ¿verdad?

—Por favor.

Extiende su brazo como si corriera una cortina o me condujera a la mejor mesa de un restaurante atestado y no por un parque agreste en la parte alta de Roma. Me hace reír.

El sendero pavimentado que seguimos se bifurca, y cada lado rodea una estatura antes de volver a unirse. Los bustos de italianos famosos salpican esta parte del parque, posados en pedestales de diferentes tamaños, hechos de un concreto modesto, con pasto amarillo crecido en cada base. Miran en diferentes direcciones, y apenas desvían la mirada entre sí. Michael notaría las conexiones perdidas e inventaría conversaciones entre ellos ahí mismo, las recitaría con voces artificiales para hacerme reír.

—Esta es mi meta por los siguientes cuatro días —le digo a John mientras lo

sigo entre el sol y la sombra—. Deambular intencionalmente sin rumbo.

—Intencionalmente sin rumbo —repite mis palabras repasando cada sílaba, encantado con el concepto, tal vez por el giro que ha dado este día.

—¿Estás aquí hasta el martes?

Asiento con la cabeza.

—No hay tiempo suficiente.

—Lo sé, no fue mi decisión.

Unos momentos de silencio se empalman. Me pregunto si va a preguntarme de quién fue la decisión.

—¿Y qué planes tienes?

No estoy segura, pero no quiero que él lo sepa, así que digo lo primero que se me ocurre.

—Me gustaría inspirarme.

—Esa es la razón por la que los artistas vienen a lugares como este, ¿no es así?

Podría ser verdad. Lo siento incluso ahora, la sensación vibrante y franca de ser como una esponja. Todo lo que veo tiene el potencial de ser útil, de impulsarme hacia delante de alguna manera.

—Necesito toda la ayuda posible —le digo, como parte de una necesidad profunda e incómoda que burbujea dentro de mí. Decirle mucho y de inmediato. Pensar que es seguro y agradable hacerlo. Tal vez se debe a la forma en que mira. Con ojos que no conozco para nada, cuyas rutinas e inferencias son un misterio. Esta atención larga e ininterrumpida puede significar interés, una fascinación intensa o mero aburrimiento, con la esperanza de que haya sido enviada para ayudarlo a pasar el tiempo. El estrecho camino que hemos seguido conduce a un verdor tan silvestre como es posible, interrumpido solo por algunos senderos pavimentados. Pero se detiene, sujeta mis bolsas con una sola mano y las extiende hacia mí.

—¿Tan pronto se acabó el recorrido? Qué decepción.

Mi tono es ligero pero me sorprende lo mucho que me interesa mantener su interés, la posibilidad de sus preguntas y respuestas.

—Es un poco irrespetuoso, ¿no crees? —El contacto visual que él sostuvo hace unos minutos ahora le cuesta trabajo—. Que me entrometa de esta manera. Suelo buscar a las personas, un hábito desde que vivo aquí. Supongo que ya estoy muy acostumbrado a hacerlo. Subiste aquí en busca de paz y te estoy importunando.

Pienso por un momento en Michael cuando tomó el asiento a mi lado en el tren, y apenas si esperó a que moviera mis cosas para sentarse.

—No es irrespetuoso —contesto—, en serio.

Aún lo duda. Me resulta un poco penoso pedirle que me acompañe tan directamente. Pero eso es lo que quiero. Me trago cualquier deseo de titubear.

—Créeme, si no quisiera tu compañía te lo diría.

—Creo que te tomaré la palabra —dice, sin sonar muy convencido.

Sin embargo, su postura se relaja. Me lleva a una parte donde el pasto es plano, entre las raíces de unos árboles que nos favorecen con su sombra.

Toda Roma parece abrazar esta colina, y el paisaje es tan amplio que no es

posible contemplarlo todo sin girar la cabeza. Él apunta hacia el Vaticano, hacia Villa Adriana, la bajada hacia el Foro Romano y el tranquilo césped de la Academia Americana.

—Solía vivir un poco más allá, pero ahora estoy en Esquilino, en la Roma de verdad, no la de postal.

La sábana que traje es blanca con un estampado de florecitas. Sus dobleces son profundos y no desaparecen, aunque la sacudimos al abrirla. El olor a clóset se queda suspendido en el aire por un momento: años de polvo, restos de detergente, el indicio de un cigarro que se fumó hace mucho. Él toma dos esquinas y yo tomo las otras mientras miro cómo toma la tela para que se estire. Tan pronto como la tendemos sobre el pasto se cubre con pedazos de un pasto puntiagudo que no se despega.

—Parece prehistórico —comento.

—Algo que se usaría para torturar —él propone. Se multiplica cuando tratamos de retirarlo. Él empieza a reír ante la futilidad de nuestros esfuerzos, y también yo.

—Un campo minado —dice, mientras me ve buscar un lugar para sentarme. Me quito mis sandalias y dejo que mis talones descansen en el borde de la sábana, la parte que me han enseñado a doblar cuando hago la cama.

Ambos nos recargamos y contemplamos la vista, respiramos profundo al apreciarla.

—No cambiaría nada —dice—. Es curioso cómo el caos lo hace perfecto. Hermoso.

—Creería que es un poco perverso que la Academia esté aquí. Todos esos artistas, escritores, intelectuales rodeados de todo este lujo, esta belleza que se construyó hace tanto tiempo y sigue aquí. Debe ser desalentador o frustrante.

—Creo que la esperanza está en que sea inspirador, si es que quieres agregarlo.

—Tiene sentido. —Resulta que no tengo gran cosa qué decir sobre el tema.

—¿De dónde vienes?

Es un alivio que me pregunte y no lo adivine. Digo que de Nueva York. Asiente y dice que él también. Estoy convencida de que los verdaderos neoyorkinos no se sorprenden con la novedad de encontrarse en un país extranjero. Me pregunta de dónde específicamente, y mi respuesta lo hace espabilarse un poco.

—¿En qué parte de Gramercy?

—En la calle 22, entre Park y Lex.

Me mudé hace dos años y medio, dejando atrás East Village y mi mancha de humedad viviente. Encontré el lugar un día 25 del mes y empaqué mi vida entera en un estado febril. Una vez que recogí las alfombras del piso, vacié todos mis estantes y saqué los contenedores de suéteres y zapatos de abajo de mi cama, estuve rodeada de polvo. El aire estaba viciado. Dejé el departamento más inmaculado de lo necesario. Empecé a abrir el *ricotta*.

—¿Quieres un poco? Compré suficiente.

—¿Segura? Te juro que por lo común no sigo a mujeres para conseguir comida gratis.

Toma el papel encerado cuando se lo ofrezco y vuelve a recargarse en la sábana sobre los codos, levanta la vista y luego mira a través de los árboles. Parte en dos una rebanada de *prosciutto* y coloca una pieza en su boca.

—Encontraste un buen *ricotta* —dice, pronunciado la C con intensidad y la O con profundidad, a la manera de los italianos. Casi le cuento mi broma sobre las cabras, pero decido no hacerlo. En cambio, digo:

—Fue una de las muchas cosas que me dijeron: en dónde encontrar el buen queso.

—Eso es importante. Te aconsejaron bien.

—Y tengo bien claras mis prioridades.

—Claro. —No me pregunta por qué estoy aquí sola o quién me dijo adónde ir por qué cosas.

—Sé que debes escuchar esto todo el tiempo, pero eres muy afortunado de vivir aquí. Qué envidia. —Sueno algo ridícula, pero de todas formas continúo—. Siempre me pareció algo muy valiente, algo que un adulto de verdad haría. Alguien que tenga su vida en orden.

—No soy tan mayor —dice.

De hecho, es solo unos años mayor que yo.

—Solo necesitas un poco de dinero para empezar y tolerancia a la incertidumbre, para las visas y todas esas tonterías. No es tan difícil. —Toma aire—. Ya pasó un tiempo desde la última vez que me senté aquí a contemplar la ciudad. Siempre de paso, de camino a otra cosa.

Quiero saber qué es esa otra cosa. Es extraño conocer a alguien así, sin las circunstancias que suelen facilitar la conversación. No hay una molestia compartida por lo abarrotado que está un bar, ni historias de amigos mutuos que conduzcan a preguntas más personales y precisas. Más allá de su nombre y a lo que se dedica, no ha surgido la oportunidad de inquirir sobre lo más común. Hay algo de presión por llenar el silencio u obtener algún tipo de respuesta, pero es ligera y hasta placentera.

Sus pies también están descalzos. Uno de sus tobillos está agrietado y parece estar cómodo con lo que piense sobre él.

Una pareja camina cerca de nosotros: una joven con un vestido ajustado y tacones que contrastan con el entorno, al lado de un hombre mucho mayor. El sobrante del cinturón del señor cuelga hacia abajo y se balancea a cada paso que da. Su mano permanece firme y posesiva sobre el trasero de ella.

—Qué horrible debe ser para ella. Me pregunto si la pidió por correspondencia.

Se me salen palabras mucho más venenosas de lo que pretendía, y después sentí el leve escalofrío del arrepentimiento. John se ríe de mí.

—La gente desea todo tipo de cosas de los demás, creo. —Lo tomé un poco desprevenido, pero no perdió el ánimo.

Lo atribuyo a mi falta de práctica. Hace mucho que no estoy con alguien cuya reacción no puedo predecir dentro de los límites de lo razonable. Y ha pasado más tiempo aún sin que alguien despierte mi interés por lo que es.

Una brisa mueve las copas de los árboles y hace un sonido más suave.

—Mi madre llamaría a esto una vida decadente —digo.

—¿De verdad?

Es una frase que le encanta, al punto de que acabó por desgastarla.

—Ella tenía una tía favorita. Bueno, en realidad no eran familia, pero bien pudieron haberlo sido. Se eligieron mutuamente.

—Más fuerte que la sangre.

—Así es. Siempre que le daba a mi mamá algo de dinero por su cumpleaños o Navidad, le decía que no lo guardara ni lo ahorrara, sino que se lo gastara en una vida decadente.

—Todos deberían tener dinero para eso, creo. En especial cuando se es joven.

—De hecho, la vida decadente cambió su destino.

—¿De qué forma?

—Se fue a Grecia y conoció a mi padre.

—Qué romántico.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí.

—Objetivamente, lo es. ¿Tus padres siguen juntos?

—Sí —contesto y agrego con una sonrisa—, para bien o para mal.

John asiente como si comprendiera.

Un padre y su hija adolescente caminan por el sendero frente a nosotros y tapan el paisaje por unos momentos. Ella tiene las piernas largas y los escalones cortos dificultan que haga un buen uso de ellas. Aún no es hermosa, pero tal vez lo será. Se hablan en voz queda. La cabeza del hombre está inclinada y tiene las manos entrelazadas detrás de la espalda. Por algún motivo, la chica se detiene y deja que él camine tres, cuatro, cinco pasos por delante antes de que note su ausencia. Cuando él se voltea, ella levanta las manos y empieza a alejarse de manera atropellada. Se crea un momento de conspiración porque ambos observamos juntos.

—Me da por pensar que podría ver el desarrollo de vidas enteras si me quedara aquí el tiempo suficiente. —El tono de su voz es nostálgico—. Es fascinante ver este tipo de desconexión en tiempo real, o de mala paternidad, angustia adolescente o lo que sea.

—¿En serio? Odio cuando la gente no dice lo que quiere decir. Es muy claro que ella está enojada y él no sabe por qué, o no le importa. ¿Qué tiene de malo decir la verdad? —Me sorprende la dureza de mi tono, lo despectivo que es—. Lo siento, tal vez solo recordé cómo es tener esa edad y sentirme incomprendida. Juro que en realidad no soy tan negativa.

La expresión de su cara no revela nada. Tal vez nota que me agrada la ambigüedad, la emoción que implica, cómo puede convertirse en un juego.

—No, por favor, dime. Quiero saber todo lo que odias.

—¿Todo? No creo que tengamos tanto tiempo.

Busca su bolsa y se pone de pie. Me sobresalto. Aunque él salió de la nada, no me parece posible ni correcto que pueda desaparecer tan fácilmente.

—¿Quieres ir a tomar algo más tarde?

—¿Por qué?

Suena abrupto, pero siento una curiosidad genuina. La confusión que atraviesa su rostro desaparece en un segundo. ¿Miedo tal vez? No puedo imaginar que alguien con su apariencia, con su tipo de vida, tenga miedo al rechazo o que incluso sea capaz de reconocerlo. Pero entonces, de nuevo, cometo el error de antes, estar tan segura de lo que veo en alguien más.

—Me gusta platicar contigo —me dice—. No eres lo que esperaba. —Cada una de sus palabras tiene el mismo grado de interés, incluso de ternura—. Me gustaría que habláramos un poco más.

Me gustaría sentir contra mi pecho el lino de su camisa, fresco con la sombra, tal vez húmedo con un poco de sudor. Me gustaría sentir su cabello entre los dedos, tocar el lugar preciso en donde se encuentra con sus orejas, amenaza con rizarse y cubrirlas.

John no espera mi respuesta.

—¿Te queda bien a las siete?

Nombra un bar con tanta práctica que no puedo descifrar la palabra. Pero sonrío y asiento porque quiero que piense que lo entiendo.

Pierdo mucho tiempo en parecer segura de mí misma. ¿Y para qué? Las conversaciones con mis amigos siempre van acompañadas de distintas referencias e insinuaciones ubicadas estratégicamente para que nos sintamos cómodos. Hay certeza en saber lo que alguien quiere decir cuando comenta que su última relación habría sido una gran obra teatral de Harold Pinter, o que no puede creer que las galerías estén regresando a Tribeca, donde de todas formas las rentas son impagables. Incluso cuando no estoy por completo segura de lo que habla la gente, suelo librar el escollo, pero no aquí.

O tal vez así está destinado a suceder, que él entre y salga de mi vida en un abrir y cerrar de ojos. Podría no ser más que una tentación, algo vistoso, una distracción en mi tarea. Mi necedad o vanidad me están haciendo un favor por primera vez en la vida y se aseguran de que me quede sola y concentrada. Aunque eso signifique plantarlo.

Pero de todas formas hay un impulso, una curiosidad que no puedo explicar ni racionalizar. Sé que las preguntas no respondidas para él y acerca de él no van a desaparecer. No es sino hasta que su espalda se gira y está a tres o cuatro pasos de distancia que finalmente me rindo.

—De hecho… —Puedo sentir el golpe de calor en mi cara mientras le pido aclarar—. ¿Me podrías decir qué hay cerca? Estoy segura de que podré encontrarlo.

Michael se aprovecharía del momento. Advertiría mi vergüenza y la vería como una oportunidad, de alguna manera trataría de llevarla más lejos con una risita o una mirada inquisitiva. «¿Estás segura?», preguntaría. Una de sus formas de

detentar el poder disfrazada de encanto.

Pero John solo asiente. En vez de pedirme mi número telefónico o de teclear la dirección en una aplicación para enseñármela, arranca un pedazo de papel del cuaderno que trae en el bolsillo trasero. Usando la palma de su mano como superficie plana, escribe el nombre del bar y dibuja un pequeño mapa, con la accidentada Piazza Sforza Cesarini como punto de referencia. Su pluma es gruesa, y una palabra se desangra en la siguiente. Su muñeca se mueve en la curva de Lungotevere. Usa un asterisco para señalar el bar.

Una vez que la tinta se seca, doblo el papel exactamente a la mitad, sacudo la mano un poco y me recuesto en la sombra. La distancia entre nosotros aumenta antes de que recoja todo e inicie mi camino cuesta abajo. El que ambos nos presentemos en el lugar acordado es una prueba.

La calle que sigo es paralela al Tíber, después se enrosca lejos de la luz. Las ramas de los sicomoros y sus copas, densas de hojas, caen en cascada hacia el agua. Ahí encuentran refugio, sombra y calma.

En un rincón escueto al lado de una iglesia, dos mujeres discuten. Una de ellas viste una falda hecha jirones y dos sandalias disparejas. Sus pies se ven como si los hubieran tallado para limpiarlos.

—Encontré tu anillo —dice con un acento muy marcado—. Tómalo. —Con las manos ahuecadas sostiene un anillo de oro, aunque lo más seguro es que sea de latón—. ¿No te alegra? Pude habérmelo quedado, venderlo o ponérmelo. Aquí está de regreso.

—No es mío —le dice la otra mujer, con impaciencia y recelo—, no estoy casada. Debe ser de alguien más.

Su acento suena británico, lleva un vestido de verano holgado, tenis de tela y unos lentes de sol colocados en la cabeza con prisa. Su confusión e incertidumbre rayan en el enojo; es incómodo rechazar a una persona que trata de darte algo. Puedo sentirlo e incluso es palpable.

—Es tuyo —insiste la mujer de la falda—. Vi cuando se te cayó. Lo menos que puedes hacer es darme algo por mi buena acción. Su inglés es preciso, como si lo hubiera aprendido de un libro, lo cual no tiene importancia, porque eligió a la presa incorrecta.

Entre más observo, más sentido tiene. Las intenciones de la italiana se van aclarando. El anillo que ella misma tiró y fingió encontrar. El precio que le pide a cualquier persona que por azar pase por ahí. Está alerta y presente de una manera universalmente reconocible, verdadera e incontrovertible. Más que nada, la delata su mirada, desprovista de cualquier cosa más allá de la determinación. La certeza de que eso tiene que funcionar.

Antes de renunciar a mi último trabajo de oficina, cada mañana entre semana tomé el tren local entre Grand Central y Times Square por un año y medio.

Empecé a escuchar y a ver al mismo hombre, que siempre decía lo mismo a lo largo y ancho del vagón. No era un borracho ni un adicto. Nunca había estado en prisión. Tenía una hija que había llegado a la edad en que hacía preguntas sobre todo. ¿Por qué el sol es caliente? ¿Por qué el cielo es azul? En ese punto, sin excepción, él rompía en llanto.

De vez en cuando cambiaban los detalles. Los trayectos entre estaciones siempre duraban dos o tres minutos, y él siempre medía el tiempo como correspondía. Cada mañana parecía tan real que al principio me ponía furiosa. Ver cómo ese tipo de emoción se podía, si no manufacturar, sí duplicar de una manera confiable, en el momento preciso.

Entonces dejé de tomar el transporte y él desapareció de mi vida así como llegó.

—Solo vete —casi le grito a la inglesa.

Eso es lo que debí haberme dicho a mí misma en silencio, pero se lo digo a ella. Forcejeo con el cierre de mi cartera y saco un billete de cinco euros que me sobró en el bar de anoche y está doblado como si fuera un acordeón. Lo pongo en la mano aún medio abierta de la otra mujer, evito verla a los ojos sin importar cómo me miren y me regreso por donde llegué.

Un hombre canta junto con el radio. Puedo escucharlo sobre mi cabeza por su ventana abierta, su voz tiembla, pero se acerca a la melodía. Pienso en la voz de Jack cuando canta. Rara vez la usa, pero es potente y grave, como la de papá.

El invierno pasado, un amigo de la familia estaba presentando su obra más reciente en una galería del centro. Se esperaba que yo y Jack asistiéramos a la inauguración, y así lo hicimos. Los retratos medían más de dos metros, y las facciones de los rostros se veían tan grandes que resultaban casi grotescos.

—Ve el tamaño de esas fosas nasales —me dijo Jack. Nos reímos de que, después de un tiempo, todo se veía extraño, de la forma como las palabras dejan de tener sentido si las pronuncias las suficientes veces—. Ahora temo verme en el espejo —me dice, y después de unos aperitivos, champaña gratis, de sonreír y de felicitar, nos marchamos.

—¿Quieres ir a comer algo? —me preguntó mientras levantaba el cuello de su abrigo—. Me comí todos los miniquesos a la plancha que pude, pero sigo hambriento.

Rara vez actúa como si me necesitara para cualquier cosa, pero esa noche pude sentir que no estaba listo para regresar a casa. Nos escabullimos a una vinoteca de Chelsea, a una cuadra de la galería. Había empezado a nevar y pedimos en exceso, con comodidad. Pan a la parrilla con un poco de ajo y tomate. Una tortilla con muchas papas, salpicada con *romesco*. Pulpo bañado en limón y paprika. Croquetas recién salidas de la freidora que quemaban los dedos. Dos copas se convirtieron en una botella, y luego en otra.

El cumpleaños de papá sería pronto, en febrero, y aunque no cumplía una edad importante, quería algo grande y festivo.

—¿Qué hombre de más de sesenta años organiza su propia fiesta de cumpleaños? —Jack sacudió la cabeza y apuñaló una papa con el tenedor.

—Lo sé, es un poco ridículo. —Me reí con él a sabiendas de que se acercaba a un lugar peligroso e impredecible.

—Su ego no debería sorprenderme, pero a veces lo logra.

—Sería bueno que fueras. Significaría mucho para él.

—¿Verlo hacerse otro homenaje a sí mismo?¿Ver a mamá comer mierda como lo ha hecho durante años? No, gracias.

—Sabes que las cosas no son así en realidad.

—¿Por qué siempre haces esto?

—¿Qué?

—No dejas que las cosas sean lo que son. ¿No es agotador estar siempre en busca de problemas que resolver? —No estaba muy molesto conmigo, pero casi—. Estoy bien con las cosas como son, y tú también deberías estarlo.

—¿En serio te sientes bien con esto? Me cuesta trabajo creerlo.

—En verdad lo estoy. Y no le veo sentido a seguir hablando sobre cosas que de todas formas no se pueden resolver. ¿Eso te parece mejor?

—Creo que debe estar lastimándote, a ustedes dos, dejar que esto empeore. Sé que no es perfecto, pero es nuestro papá. Y no es la misma persona que cuando éramos jóvenes. —Me pregunté si eso era verdad, pero de todas maneras lo dije—. Podrías arrepentirte de no conocerlo mejor, y de que él ignore por completo quién eres.

—Tal vez él sea una persona que no quiero conocer.

Hubo veces en que podía recurrir a la diferencia de edad que había entre nosotros, hablarle en un tono de voz amable, sereno y con tintes de autoridad, y me escuchaba. Le planteaba las cosas de una manera distinta y el asentía como si hubiera cambiado de parecer. Otras veces, como esa noche, me contradecía incluso más.

Me voy de Monti con tiempo de sobra, tal vez demasiado. Cuando paso por el Foro Romano, la luz de la tarde proyecta sombras en los cavernosos cimientos de ladrillo y las columnas que alguna vez sostuvieron templos, y hacen que las yerbas de abajo se vean quemadas.

Me abro paso con lentitud, sin querer llegar temprano y tener que esperarlo. Aunque tal vez en este punto eso quizás sea inevitable. Aun así, me quedo en cualquier lugar siempre que es posible.

Una pareja se recarga sobre el barandal que separa la calle de arriba de las ruinas de abajo. Ambos son altos y rubios, probablemente de alguno de los países escandinavos donde la gente afirma ser la más feliz, año con año. Los veo por casi

cinco minutos y ella no dice casi nada, solo mira toda esa historia y tal vez trata de imaginar cómo solía verse y sentirse. Los tratos que se cerraban en la fría penumbra de la curia. Los arcos que daban la bienvenida a los soldados triunfantes o a los enemigos invasores.

El hombre que está con ella habla sin parar y apenas se detiene para tomar aire. Llena todo el silencio de una forma tan inmediata que estoy segura de que piensa que le está haciendo un favor a la mujer. Al final, ella se voltea hacia la calle, aún sin decir palabra, y empieza a caminar con la certeza de que él la seguirá.

Estar con alguien más adormece los sentidos, como lo haría el alcohol o la falta de sueño. Pienso en mis amigos que no pueden ir a ningún lado sin su pareja, o los que sin dudarlo van de una persona a otra y se involucran en una relación de una manera sencilla y obvia. ¿En algún momento sabrán a lo que están renunciado? Solía tenerles lástima, pero ahora me preocupa que lo que los limita me atrape a mí también. La confianza en otra persona, un tipo de conexión que puedo llegar a desear, pero que nunca voy a necesitar de verdad.

La soledad es dolorosa, ¿pero qué pasaría si también pudiera ser otra cosa? ¿Algo que valiera la pena?

Sin duda Michael me enseñaría otra cara de esta ciudad. Muchas de las mismas calles y puntos de referencia, estoy segura, pero a un ritmo distinto, más rápido e impulsado por su curiosidad y sus caprichos. La cena de anoche habría sido más larga, una celebración dedicada a él, dentro de los confines de una mesa para dos. Alguna historia u observación de su parte hubiera ahogado la canción *Chain of Fools* que sonó en el radio esta mañana. Cuando la botella de vino se me hubiera caído al llegar a la cima de la colina, quizá él la habría recogido.

¿De qué me perdí durante todo el tiempo que estuve con él? ¿Qué evitó que sintiera, pensara y notara?

Visualizo a John recargado en sus codos, a unos centímetros de mí, con la mirada levantada hacia los árboles. Parecía más cómodo escuchando que hablando, aunque es difícil saber si eso es verdad. Una cosa quedó clara, que no le desagrada el silencio ni le rehúye a un momento incómodo si eso alberga la promesa de algo más. Pero ¿mi curiosidad sobre él vale el posible sacrificio?

Cuando estaba en la universidad, papá dio un concierto en el Salón de baile Bowery. Decidí tomar en tren por la noche y llevar algunos amigos a quienes les emocionaría estar tras bambalinas.

El repertorio era conocido, encaminado a alcanzar un buen *crescendo* antes de volver a cantar *Chaos,* cuando una oleada de energía inesperada llenó el aire estancado entre las canciones. Se oyeron unos cuantos susurros y aplausos desperdigados. La gente le daba la espalda al escenario, y volteaba hacia un hombre y una mujer en el centro de la multitud. Él se apoyaba en una rodilla con una sonrisa nerviosa.

Se pronunciaron unas cuantas palabras lejos del micrófono y la banda se dispuso a tocar una conmovedora versión de *Let's Stay Together*, una canción que jamás los había escuchado tocar y que parecían haber preparado para un momento

como este. Papá imitó de la mejor manera que pudo el magnetismo de Al Green, dirigido casi por completo a la mujer recién comprometida. Ella lo miraba cautivada. La concentración del público regresó adonde pertenecía.

Más tarde quedé para tomar algo en el *after party*, que se extendió hasta llenar el bar del edificio Woolworth.

—Este lugar es demasiado juvenil para mí —dijo mi papá al estirarse en un sillón de piel que bordeaba una pared pintada.

—Bueno, eso fue inesperado —dije sentada junto a él—, ¿alguna vez habían hecho una propuesta de matrimonio en un concierto?

—No, hasta donde sé. —Se tronó los nudillos y abrió un paquete de cigarros para una de sus coristas de apoyo.

—Me pareció algo tierno —dijo ella, mientras sostenía el Malboro rojo entre su dedo anular y medio y se daba la media vuelta para buscar la puerta.

—Les doy un año a lo mucho —dijo él, y se recargó una vez que le tomaron la orden, con la certeza de que su bebida llegaría pronto.

Me reí.

—¿Por qué lo dices? No los conoces.

—Es obvio. La manera en que la puso en el ojo del huracán, a la mitad de un concierto. No haces eso a menos de que no estés seguro de la respuesta. —Apoyó el codo en la mesa para hacerle una disección a mi ingenuidad—. Ese «sí» fue obligado, aunque quizás ella aún no se da cuenta.

—Si tú lo dices —respondí.

Estaba demasiado oscuro para que viera mi mirada exasperada.

—Una persona siempre ama más —dijo, volteando a ver al mesero y al whisky que salía de la botella y llenaba su vaso—. Siempre.

La vinoteca es oscura y fresca, como si la hubieran hecho en una cueva y la sostuvieran con botellas vacías. El sol se pondrá hasta dentro de tres horas. Y cuando lo hace, desaparece lentamente y con lujo de color. La temperatura baja un grado y luego otro.

Unas cajas de Peroni bloquean la mitad de la escalera que conduce al baño del sótano. La gente baja apretujándose una y otra vez con el cuerpo de lado y metiendo la panza. Pero nadie dice nada y las cajas nunca se mueven.

Algunas personas se sientan adentro, pero la mayoría está en la calle con sus bebidas. Dos mujeres están sentadas en un viejo baúl que sirve como banco y se toman fotos entre sí. En la *piazza*, que John dibujó como un cuadro asimétrico, dos niñas corren alrededor de una fuente y cada una grita un poco cuando una gota de agua errante cae en su piel. Hay tan poco espacio entre ambas que no es claro quién persigue a quién.

Hice un esfuerzo esta noche, del tipo adecuado. El cabello bien peinado, suficiente maquillaje para verme como si no trajera, y algo de iluminador en mi

nariz y hombros. Invertí mucho trabajo en verme como si no me hubiera arreglado, pero creo que vale la pena. Es un atajo para darme autoconfianza. Quiero que sepa de inmediato que tomó la decisión correcta al reunirse conmigo aquí.

El italiano que se habla a mi alrededor me envuelve con su musicalidad. Considero todos los giros y las vueltas que habría que dar para encontrarme ahora, en un bar sin distintivo alguno, en una calle difícil de encontrar, en una ciudad antigua. Sería difícil si no quisiera que me encontraran. Si no se tratara de la persona que espero.

Llego algo temprano y trato de no mirar la puerta. Tratando de no suponer nada, me anticipo a la manera como podrían salir las cosas. Intento no comparar la forma en que me siento hoy con otras noches, cuando todo parecía alineado, cuando me veía exactamente como siempre me habría gustado verme. Inventaba planes y reclutaba a quien estuviera libre, sin una motivación real más allá de mi deseo de ser vista. Había un ímpetu subyacente, optimismo y sorpresas agradables para que las aprovechara. Y aunque nada importante saliera de ellas, nunca me arrepentí de sentirme feliz por salir al mundo y mostrarme.

A veces sucedía sin un plan, sin que yo supiera nada al respecto. Hace dos o tres inviernos, la noche de la tormenta de nieve que en Nueva York suele caer en marzo, convencí a una amiga que vivía cerca de vernos en un bar de la Tercera Avenida, a medio camino entre nuestros departamentos. Es el tipo de lugar que conserva las luces navideñas todo el año, que dan la luz suficiente para leer un libro en las noches que necesito un descanso de mis cuatro paredes.

Lo que por lo común era una caminata de dos minutos tomó diez. La nieve había estado cayendo desde el comienzo de la tarde y no la habían limpiado. Daba cada paso con cuidado, la calle estaba por completo en silencio. Se veían luces amarillas detrás de ventanas tapadas y cerradas.

La puerta se abrió para mostrar a un hombre tan alto que bloqueaba cualquier vista de la nieve exterior. Traía unos esquís de fondo atados a su espalda. Era un cliente habitual, quizá nos habíamos conocido y olvidado seis o siete veces. Pero nunca lo vi como esa noche. Su mirada tenía un dejo de locura, con muchas endorfinas entre otras cosas más. Se quitó el sombrero que llevaba y lo arrojó a la barra.

—No puedes decir que has vivido hasta que hayas esquiado por el puente Williamsburg en medio de una tormenta —anunció para que lo aclamaran.

Mi cara debió resultarle familiar porque apuró el paso para acorralarme. Mi nuca y un costado de mi cara quedaron húmedos con su sudor cuando me separé de él. ¿Alguna vez noté la fuerza de sus brazos, la cadencia de su voz en cada palabra que decía, o lo azules que eran sus ojos? Aunque duró poco, nos vimos de una manera por completo distinta, trasformada.

La rareza de las noches como aquella, su magia, son los fantasmas que persigo.

El bar es pequeño, con solo cuatro lugares para sentarse. Al otro lado está otra mujer que viaja sola. Me hace preguntas con un aire conspirativo, como si ella y yo formáramos parte de un secreto que nadie podría adivinar.

—¿Has ido al teatro aquí? No es algo que se sugiera para turistas, pero siempre me parece muy entretenido, aunque no entienda casi nada de lo que dicen.

Le digo que he pasado por algunos teatros pero que no había pensado en entrar. Ella es sobrecargo y pasa una o dos noches en Roma con cierta frecuencia. Después de tantos bares, restaurantes y monumentos, necesitaba comenzar a confundir las cosas. Sin embargo, dice que hay un lugar donde venden sushi, en la terraza de un hotel cerca de aquí, que es increíble.

—No lo creerías, pero es verdad. —Empieza a buscarlo en su teléfono para darme el nombre y la dirección—. Y tienen un gran bar, no es un lugar donde te sientas fuera de lugar al ir sola. Le agradezco y miro las fotografías del sashimi y de cocteles color rosa neón.

—¿Cómo supiste de este lugar? —me pregunta.

—Por alguien que conocí esta tarde. Nos encontremos aquí, o en eso quedamos.

Resisto el impulso de mirar la puerta otra vez. Su rostro pierde un poco de luz y levanta una ceja.

—Vaya, qué bien.

—¿Lo es? En realidad, no estoy tan segura.

Trato de mejorar la imagen que ella está construyendo de mí, una viajera solitaria que se enfrenta a la enormidad de lo desconocido, pero ya me considera un caso perdido. No puedo sacudirme la impresión de que he sido intencionalmente cruel. ¿Era realmente necesario? No quiero sentirme mejor que ella. No lo soy. Es muy probable que John ni siquiera venga y, si no lo hace, de cualquier forma no importa. Hago contacto visual con el barman. Parece dispuesto a escuchar.

—*Prendo un calice di quello che mi consiglia lei?* —He practicado esta frase.

Toma una botella del hielo que está debajo del mostrador, la inclina en el aire y deja que se escurran unas gotas por un momento, después la toma del cuello. El líquido es opaco, burbujea cuando lo sirve y es del color de un limón maduro. Tiene un ligero olor a pies, pero su sabor es suave, fresco, un poco ácido y gorgotea en mi paladar. Él conoce a la familia que hace este vino, me cuenta de sus viñas y cómo rodean una ladera. Mi cara debe dar a entender que me está costando trabajo entender porque empieza a hablarme en inglés.

—¿Has visto una cosecha? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—No puedes irte de Italia sin ver una y pisar las uvas con los pies descalzos.

Del otro lado, un hombre está ansioso por saber qué me sirvió el barman, cómo sabe y si me gustó. Está solo, pero en realidad no lo está. La pantalla de su teléfono se ilumina una y otra vez con textos de alguien cuyo nombre guardó con la palabra «Hermosa». Ella le manda un mensaje tras otro y él no puede evitar sonreír cada vez que la barra vibra con lo que dicen sus mensajes.

—Para hacer este vino —el barman elabora—, solo las mujeres pisan las uvas.

Gira la botella en el sentido de las manecillas del reloj para que yo vea la etiqueta: es un dibujo a pluma de las piernas de una mujer, sus manos sin cuerpo

sujetan una larga falda y hay uvas aplastadas entre los dedos de sus pies.

—¿Quizás hacen que el sabor sea más dulce? Puede ser.

Si Michael estuviera aquí, ¿me rodearía con su brazo? ¿Habría pedido sentarse en una de las mesitas o estaría conforme con quedarse de pie en la barra? ¿Les hablaría a estas personas o estaría inmerso en nuestra conversación? ¿Qué anécdota me estaría contando?

El barman abre de un tirón lo que parece ser la puerta de un armario, pintada del mismo azul profundo que las demás, pero que en realidad abre para mostrar el lavavajillas. Es brusco con ella, simultáneamente saca seis vasos limpios que hacen un sonido metálico al colgar de sus dedos, antes de volver a llenar y cerrar la puerta de golpe. En cuanto lo hace puedo escuchar el murmullo de la máquina, un sonido que siempre me ha hecho sentirme segura.

Cuando volteo John está en la entrada. Viste otra camisa de lino, esta vez del rosa más pálido. Su cabello está húmedo por el baño o por la lluvia que acaba de caer afuera, y sonríe con suavidad cuando me ve.

El hombre con el teléfono vibrante se levanta y se mueve hacia un banco pegado a la pared, así que John puede sentarse a mi lado sin tener que pedirlo. El barman que me sirvió lo llama Gianni. Se besan en ambas mejillas.

—Lo lograste —me dice.

—Gracias a tu mapa.

—No hay que avergonzarse por necesitar un poco de guía.

La manera en que me ve es directa, sin lascivia. Una vez más, para saber si una mirada es bienvenida o no, todo depende de los ojos que observan. La calidez de su atención enfocada, cargada de sugestión, es algo en lo que me gustaría flotar un poco más.

—¿Qué tal está eso?

—Bueno. Me encanta todo lo que sepa a limones.

Le da un traguito, sacude un poco la cabeza por la acidez y el burbujeo.

—Eso es todo.

Saco el papel doblado de mi bolsa y lo extiendo en el mostrador. Absorbe una gota de vino o refresco derramado.

—Tu dibujo fue muy útil, para ser honesta. Por lo general, los mapas siempre me confunden.

—¿Qué es un arquitecto sino un experto en planeación urbana?

—Entonces, ¿por qué renunciaste? —No quiero preguntarle algo predecible ni hablar de cosas sin importancia.

—Tal vez me gusta la vida de ocio, que las cosas se muevan con mucha más lentitud. Perder el tiempo con los ancianos, disfrutar de una bebida a media tarde. No es tan malo.

—No te creo.

Me mira fijamente sin distraerse con mi tono de voz.

—Quieres saber qué hago todo el día.

—Supongo que sí, no lo sé. Estoy muy acostumbrada a la gente que no da

detalles, que destaca ciertas cosas para que sus vidas parezcan cómodas, pero muy rara vez dice la verdad.

—Has vivido en Nueva York durante demasiado tiempo.

—Mi vida entera. Creo que eso es mucho tiempo, ¿no?

—No es que esas mentiras no existan en cualquier otro lado, pero son todo un arte en Nueva York. Lo han perfeccionado.

Toma otro sorbo de mi vino mientras espera su bebida.

—No rento una oficina ni nada por el estilo, pero soy consultor de diferentes proyectos aquí y allá. Ofrezco mi opinión y consejo, y algunas veces superviso renovaciones. Cuando llegué, unos amigos y excolegas me recomendaron, y a partir de ahí todo se fue dando. —El barman le da una cerveza en un vaso estrecho y alargado, con la espuma a la altura exacta del borde—. Y ahora solo tomo el trabajo cuando quiero. Lo suficiente para estar a flote. En realidad, no cuesta tanto vivir aquí.

Trato de recordar la última vez que hablé con alguien que no tratara de convencerme de su ambición, de demostrarme lo mucho que importaba lo que hacía. No sé qué contestar.

—Es curiosa la jerarquía de las prioridades de la gente.

—Lo digo con un tono equivalente a encogerme de hombros.

—Ese es uno de los beneficios de mudarse tan lejos. A quién le importa lo que piense la gente, ¿verdad, Nico?

Levanta su vaso en dirección al barman.

—*Certo, amico mio*.

John le contesta con una sarta de sílabas rápidas. Es obvio que le encanta hablar italiano: el gozo de su pronunciación, la velocidad con la que termina una frase y dispara otra. Es emocionante verlo, es alguien a quien le enorgullece lo que hace.

—¿Cuánto tiempo te tomó aprender? No solo lo suficiente para darte a entender, sino aprender de verdad. ¿Cuánto tiempo fue necesario para que las palabras vinieran a ti y las frases se hilvanaran juntas sin tener que pensarlo siquiera?

Lo piensa unos segundos.

—Definitivamente, el entusiasmo es clave. Así que es por ósmosis. Pero el empeño me facilitó las cosas, desde el principio fue un amor sencillo. Cualquier frustración que estuviera ahí por no entender las cosas o por cometer un error no duró mucho.

—Me encantaría aprenderlo, poder expresarme como lo hago en francés. —No me pide que diga algo en francés, como lo hace la mayoría de los hombres cuando les cuento que lo hablo—. Pero tal vez es imposible. Soy demasiado mayor para asimilar algo de una forma tan sencilla.

—¿Qué crees que te atrae de la lengua?

—Su riqueza, tal vez —digo lo primero que me viene a la mente—. Y el hecho de que se presta al drama, como si estuviera hecha para gritarse. Cuando la gente

habla con tal rapidez que parece casi caótica, como si la estuvieran inventando al hablar.

Le da un sorbo a su cerveza.

—Es cierto. Hasta la palabra «moderación» es decadente. ¿Cómo no amar una lengua que hace eso posible?

Dice la palabra otra vez para hacer hincapié, y Nico se espabila y le dice a John que él no sabe nada de moderación. John me presenta.

—Emilia, *che bella*. Como Emilia-Romagna. —Nico señala la etiqueta de la botella de la que acaba de servirme, hecha en esa región. Justo al norte de Lazio, donde estamos—. ¿Tu familia es italiana?

Me río.

—Para nada. Mi madre es francesa y no estoy segura de qué sea mi padre. Una mezcla de inglés, escocés, holandés…

—¿Así que es blanco? —El hombre recargado en la pared nos escucha con disimulo, entre mensajes.

—Mucho. Fui su primera hija, así que se divirtieron al ponerme un nombre. Tal vez jugaban a ser cosmopolitas.

Nico le habla a John en inglés para que yo entienda.

—Pasaron varios días desde la última vez que te vimos —dice al tirar una botella vacía en la basura. La escucho romperse y tal vez quedar hecha pedazos de color verde intenso, como los que he visto debajo de los contenedores de basura y que la gente patea por las aceras. Nico toma una botella nueva, más de lo mismo, sin revisar la etiqueta—. Ya estaba empezando a preocuparme. Pensé que tal vez había encontrado otro lugar para pasar las tardes.

Lanzó una mirada esperanzada hacia mí, pero John no muerde el anzuelo.

—No tenías por qué. Sabes que no puedo alejarme durante tanto tiempo.

Nico me pregunta si estoy disfrutando la visita.

—Es hermoso, pero muy caluroso.

—Sí, definitivamente es el peor momento para venir aquí. —Se ríe.

—Quizás agosto sea peor. —Cuenta que pronto se irá a Puglia para estar cerca del mar con su hija y su familia por lo que resta del verano—. Ahí es perfecto, el ritmo perfecto, el sol, el agua. Todo el mundo quiere vivir como nosotros.

—Podrías incluso decir que es una vida decadente —dice John, casi guiñándome un ojo.

Un hombre en el rincón, con un cigarro detrás de la oreja, da sorbos a lo que podría ser un coctel americano. El agua mineral y el vermú están empezando a separarse. Al parecer pide dos bebidas cada noche, se sienta en la misma mesa y se marcha sin hablarle a nadie. John dice que se llama Agnello, dato que no sabe de primera mano. Lo más que Nico le ha escuchado decir es «buenas noches».

—¿Por qué no habla? —pregunto.

—Nadie lo sabe —contesta Nico—. Tal vez porque él escucha.

—¿Qué es eso? —digo—. ¿Un haiku italiano?

Ambos se ríen. Siento una pequeña oleada de orgullo por mi victoria pequeña,

pero contundente. La lluvia que anunció la llegada de John ya acabó. El agua encharca el empedrado de la calle.

—Cuando era niña —le digo a Jonh una vez que Nico se va a tomar la orden de alguien más—, solía bañarme en la lluvia.

No sé por qué le estoy contando esto. Tal vez no hay más razón que la claridad con la que veo la imagen en mi mente. Un cielo oscuro y mis pequeños pies pateando los charcos. Explico que fue la idea de mi madre: ella vertía el champú en mi cabello, y yo levantaba la cara mientras su ropa se empapaba. La tormenta se convertía en algo que recibir con los brazos abiertos, un lugar para bailar, de lo que no se huye. Cada vez que veo un aguacero como el que acaba de desvanecerse hace unos minutos, aunque esté atrapada en él sin sombrilla o lo mire a través de una ventana, trato de recordar ese sentimiento.

—Eso es adorable —me dice—, un momento hermoso, antes de aprender a juzgar más allá de lo que sentimos y lo mucho que nos libera.

—Un momento breve. Él exhala.

—Desafortunadamente, sí.

El vino sigue cambiando, tiene un color distinto cada vez que me sirven. Primero, un amarillo intenso con burbujas que se transforman en espuma. Después, un violeta tan oscuro que es casi azul.

—¿Es tan fácil como parece? —La mirada de John es tranquila, inquisitiva, genuina.

—¿A qué te refieres?

—Estar tan cómoda sentada aquí, hablando con quien sea y asimilarlo todo. Esa forma de ser tan espontánea que pareces tener. Estoy tratando de adivinar si es real, si es natural para ti o si te cuesta mucho trabajo.

—Nunca me describiría como espontánea. —Hago todo lo posible para ocultar la euforia que siento al haberlo engañado—. Deberías ver lo que hay dentro de mi cabeza. Demasiado esfuerzo.

—Bueno, lo disimulas bien.

—Qué amable de tu parte.

—Estoy seguro de que tu apariencia física te ayuda.

Pienso en el significado de la frase «hacer un cumplido», que describe un intercambio casi comercial. La mirada de John transmite generosidad con un toque de expectativa. Me está dando algo, pero no sé qué quiere a cambio.

Michael me hacía halagos excepcionales, espectaculares: que lo hacía reír como nadie más, que tenía un ojo extraordinario para el detalle, que las relaciones sexuales conmigo eran perfectas. Cada uno era impredecible, sorprendente, como si saliera de la nada, y por ello lo sentía más auténtico. Joyas que guardé y pulí hasta que por darles tanta atención perdieron su valor.

No hay un menú y nunca vemos uno. En vez de eso, unos platitos con comida aparecen cada diez minutos sin explicación: *caponata* que gotea entre las rebanadas de un pan tostado deprisa, dos cucharadas de pasta con ajo y aceite, anchoas sobre papas fritas espolvoreadas con pimienta roja.

Una mujer se anuncia en el umbral y agita el brazo para mostrar su tatuaje nuevo: un rábano justo arriba de su codo. Se ve fresco, hecho hace una o dos horas. Tiene ese tono singular de rojo rosado acentuado por las gotas de sangre. Habla con mucha gente y voltea su brazo envuelto en el mismo tipo de plástico que cubre la carne curada al fondo del bar, para quien quiera verlo. Nico le sirve una copa de un vino color ámbar intenso.

—¿Por qué un rábano? —le pregunta John con una voz suave que no es para burlarse de ella.

—¡Es que amo los vegetales! —lo dice una y otra vez.

Suelta unos grititos cuando por accidente toca el rábano con su otro brazo o con la base de su copa. Cada vez que ella hace contacto visual con su novio, se deshace en carcajadas.

—Hay más detrás de esa historia —digo, acercándome un poco a la oreja de John.

La mujer voltea la cabeza y se alcanza a entrever otro tatuaje, una estrella torcida en su nuca. Su contorno es de un negro intenso, y su cabello casi la oculta por completo. John toca la misma parte de su cabeza, tal vez al sentir una punzada de dolor solidario.

—¿Qué le pasará? —me pregunta—. ¿Se excitará con todos los vegetales o solo con los que tienen raíces?

—Tal vez tiene una alergia mortal a los rábanos y es un recordatorio constante de su mortalidad.

—Eso está muy jodido. No pensé que fueras tan aguafiestas. —Voltea a verla —. Tal vez solo le gustan. Son rosados, bonitos y básicamente no saben a nada.

—A menos que les pongas mantequilla y sal.

—Sí, pero entonces solo saben a mantequilla y sal.

—Eso es lo peor.

Mi mano izquierda descansa sobre el mostrador de la barra, cerca de su vaso, pero no tanto. Él empieza a jugar con el anillo que llevo en el dedo de en medio al mover la piedra de un lado a otro, como si fuera la cosa más natural y menos atrevida que pudiera hacer.

Una canción que papá escribió para mamá suena de fondo. Siento cierta ternura al reconocerla, la repentina aparición de una melodía y una voz que conozco tan bien. Tal vez es un recordatorio sutil de que estoy donde tengo que estar.

John la escucha y tararea una parte del coro. Por lo común diría algo enigmático o lo animaría a hacer preguntas, pero en lugar de eso lo miro. Después de unos momentos, al ver que la aprecia, quiero adjudicármela de una forma en que no suelo hacerlo.

—Mi papá compuso esa canción.

—¿A qué te refieres?

—Es su canción. Él la escribió y la canta, es de él.

Michael era admirador de mi papá, como muchos hombres de su edad. Describió estos versos como cuasipoemas, pero del tipo accesible.

La mirada de John se desvía. Está escuchando y asiente, sin reaccionar gran cosa. Parece que ser la hija de esa persona es un detalle interesante, pero nada más que eso.

Tengo el privilegio de decidir quién llega a saberlo. El nombre artístico de mi papá lleva el apellido de soltera de su madre, así que a primera vista no es obvio quién soy ni quiénes son mis padres. Cuando tomó esa decisión es difícil imaginar si estaba pensando en sus hijos nonatos y en su habilidad de ir por la vida sin ser identificados, pero Jack y yo nos hemos aprovechado de eso.

Mi papá amaba a su madre con devoción, y siempre buscaba la manera de homenajearla. Ella murió cuando yo tenía cuatro años. Una de las cosas que sé de cierto es que ella estaba tan cautivada con mi madre que siempre le dijo a papá que casarse con ella fue la mejor decisión que había hecho en la vida.

Por su trigésimo cumpleaños, le regaló a mi madre el *Oxford English Dictionary*: con un grosor de varios centímetros, cubierto en piel azul marino y el título grabado con laminado de oro. Se encuentra al centro del escritorio de la biblioteca de casa de mis padres, como un tótem.

El centro de cada fiesta que hacen mis padres es esa habitación. Tal vez se debe a la chimenea, a la alfombra gruesa y desgastada o a las paredes rojo sangre que emiten luz y atraen a la gente. Es nuestro hogar, en palabras de mi mamá. Le encanta cómo se ve desde fuera, a través de una ventana.

El Día de Acción de Gracias pasado mis padres ofrecieron un día a puerta abierta, como siempre lo hacen. Abrimos una botella de Beaujolais Nouveau tras otra, lo cual también es una tradición. Me agrada su etiqueta floreada y su sabor dulce y fácil, ligero al paladar. El fuego rugía. Jack lo vigilaba y salía por más madera para alimentarlo.

Mamá hablaba con una persona en la librería, estaba cerca de ella y la escuchaba con atención. En su copa el vino había permanecido en el mismo nivel por más de una hora, su mano se apoyaba en la portada del diccionario, como para equilibrarse.

—Entonces, a la salud de tus padres —dice John con una cerveza llena en la mano—. Por el amor de una buena mujer.

Ahora está citando la canción que mi papá le escribió a mi madre, pero que en realidad no le pertenece a ella. El nombre del título, y que el coro repite sin parar, es Christina, no Christine. Y ahí no hay agradecimiento, amor ni disculpas. Es una despedida.

—No es tan fácil conocerte —me dijo ella una vez—. Podría resultarle difícil a alguien nuevo. Quizá. Algo para pensarse.

A mamá le gusta hacer eso: ocultar verdades incómodas e incluso difíciles y luego revelarlas de a poco. Eso hacía que sus palabras fueran más significativas y de vez en cuando devastadoras.

A veces me pregunto por qué mis padres siguen juntos. Después la idea se desvanece, tan pronto como apareció. La atracción, comodidad o inercia que hay entre los dos siempre tiene altibajos. Aunque es posible que la fuerza gravitacional

que mi mamá siente hacia él nunca se debilite. Tal vez solo cambia la manera en que lo expresa o deja de hacerlo, dependiendo de lo que hizo o dejó de hacer.

Me gustaría saber si la esposa de Michael al menos sabe de mi existencia. ¿Cómo no preguntármelo?

¿Hubo alguna conversación en que Michael habló con una expresión seria y arrepentida? ¿Alguna vez mencionó las palabras «conocí a alguien»? ¿O ella lo descubrió por sí misma? ¿El nombre de Emilia significa algo para ella? ¿Me buscó, exploró mi sitio web, analizó las imágenes de mi obra, concluyó que son comunes y corrientes, y que nunca sería una amenaza para ella?

O tal vez, si es que sabe de mí, le resulto irrelevante, porque ella fue la que tuvo el honor de ser la elegida. Él pudo haberle dicho que yo no le importaba, y tal vez lo dijo en serio. ¿Por qué no le creería? Michael puede ser muy convincente.

Incluso ahora, siempre que una de las canciones de mi padre suena por azar, mi mamá se detiene a escuchar, y suele gesticular las palabras.

—Entonces, si no te hubieras tragado el orgullo y no me hubieras preguntado en dónde estaba este bar, ¿qué estarías haciendo ahorita? Estarías llorando sobre un plato de pasta en algún lado.

—Estoy segura de que estaría comiendo pasta, pero no llorando sobre ella. No te des tanta importancia. —Le sonrío traviesa para suavizar la dureza mis palabras —. Pero sí, me estaría sintiendo muy tonta.

—Me da gusto que hayas decidido preguntarme cómo llegar.

—Prefiero ser independiente, ¿qué te puedo decir?

—Te gusta saber cosas, ser una autoridad en la materia, eso me queda claro.

Entrecierro los ojos y finjo incredulidad.

—No te gusta perder el control ni estar a la merced de alguien más. Quieres que te sigan, no ser una seguidora.

—Dice un hombre que me conoce por el gran total de tres horas.

—Ah, creo que para este momento ya deben ser cuatro.

—¿Y eso es suficiente para saber cómo soy?

—Definitivamente. —Y en verdad lo piensa, guardo un silencio que él llena—. Al menos no eres pasiva, porque eso no lo soporto.

Me recargo un poco y lo evalúo: su tranquilidad, confianza y aceptación de todo lo que lo rodea. La facilidad con que renunció a su vida anterior para empezar aquí desde cero. ¿Y qué dejó atrás? Más allá de lo común, familia, carrera, una relación, amigos, su rutina. ¿Había algo por lo que valiera la pena quedarse, algo en lo que aún piensa? ¿O fue sencillo para él? ¿Y cómo es para él estar aquí y adoptar esta existencia con tanta soltura, sin que sea un ejercicio de pasividad?

Pero eso me lo quedo y decido concentrarme en lo refrescante que es encontrar fallas y defectos en la historia de un hombre sin que mi interés disminuya. Lo pienso un momento y formulo una versión de lo que quizás él quiere escuchar.

—Creo que lo mejor es decir sí o no. Tal vez arrepentirse de decirlo es mejor que no tener opinión alguna.

—¿Y si se trata de un no del que no te puedes retractar?

—O de un sí.

Lo que sea que hay entre nosotros se tensó. Por fortuna, la mujer del tatuaje regresa y le pregunta a John qué cerveza está tomando, porque la que su novio eligió no le gustó y está buscando una recomendación. Ella me ignora por completo. Verlos hablar no me debilita, efecto que sí me provoca el carisma de un hombre, señal inequívoca de mi resistencia a perderlo. Ahora que veo su encanto en acción, siento un conocido escalofrío que le da la razón a mi orgullosa intuición.

Y como John no es nada mío, ¿qué importa? Todo esto, todo el día y la noche entera son un extra, un regalo que nunca busqué. Algo que no me gané y por lo que no tengo que pagar.

Michael siempre era riguroso. Escribía todos sus borradores en papel cuadriculado y cada letra de cada palabra estaba perfectamente confinada.

Había salido con él unos meses cuando fumamos juntos por primera vez. Enrolló un churro muy rápido, con habilidad discreta. En vez de ponerse contemplativo o apacible, empezó a desbordar energía, quería preparar algo de comer, espiar a sus vecinos de enfrente, mostrarme cosas.

En ese momento estaba empezando una novela nueva, que ya terminó o abandonó. Por lo general mencionaba a un personaje, aludía a un momento de la trama, pero evitaba el tema siempre que yo mostraba interés de verdad o le pedía más detalles. Sin embargo, no podía resistirse, me contaba la historia completa, los desafíos que enfrentaba y lo que parecía estar funcionando.

—¿Quieres escuchar un poco?

—Claro.

Pasaba las hojas cuadriculadas, en busca de la escena correcta muy emocionado, despreocupado y sediento de aprobación. Al día siguiente estaba mortificado, temblaba ante el solo recuerdo de haberme leído algo que no estaba pulido y que era imperfecto. Había dejado escapar demasiado de sí mismo.

Cuando pienso en noches como aquella, que pasé en su departamento, la luz es tenue y de color ámbar. La conversación era espinosa, salpicada de chispazos que a veces nos energizaban y otras nos pinchaban. Muchos momentos densos con incertidumbre y esperanza, sin saber jamás adónde iría él.

Las pequeñas cosas que aprendí de él: su apodo de niño (y su impresión de que su madre lo llamara así), su habilidad como arquero cuasiolímpico (antes del accidente automovilístico que afectó su percepción de la profundidad), los años que pasó como barman en el cetro durante los noventa (la gente famosa, la libertad, la invencibilidad que sentía evaporarse en aquel entonces). Nuestras palabras francesas favoritas: la mía era *ivresse*, en gran medida por el aire ilícito y críptico que

tenía cuando la aprendí de niña, y porque significaba mucho más que ebriedad. La suya era *brindille*, por la delicadeza y fragilidad que evocaba. Entretejí todos estos descubrimientos hasta que me convencí de que significaban algo.

Estoy harta de que todo tenga un peso. Cada momento o comentario suyo en mi mente se extiende, abarca demasiado y exige una respuesta.

Miro a John y estudio su cara mientras trata de llamar la atención de Nico y pedirle la cuenta. ¿Qué podría decirme? ¿Qué podría herirme?

Las calles y las plazas siguen atestadas, aún ruidosas con la gente que bebe, ríe y se dirige a lo que sigue. A nuestra izquierda, un hombre que se pintó de blanco se para en un pedestal y finge ser una estatua. Esto no es una rutina nueva: quedarse completamente quieto hasta el momento correcto, para espantar y entusiasmar a los turistas.

John se detiene para ver cómo actúa. Y como era de esperarse, el hombre vuelve a la vida en el momento preciso en que una mujer se inclina a examinar los pliegues de su toga, y ver si son de textil o de piedra. Ella da un pequeño alarido que se disuelve en risa y después tira algunas monedas de un euro a sus pies.

—Un disfraz —dice John, ausente, como cuando por reflejo dices «venado» al ver uno a través de la ventana de un auto.

Nos quedamos unos momentos más, mientras el hombre recupera su postura, se vuelve a quedar quieto y espera a su siguiente víctima.

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunto a John.

Estamos el uno al lado del otro y nuestros brazos por poco se tocan. No puedo negar la suerte ciega de que él esté aquí, queriéndome conocer. Pero esa gratitud está muy cerca de la incertidumbre y hasta de la suspicacia. ¿Qué estaría viendo o haciendo sin él? ¿Qué más es posible?

Se ríe solo y por un momento pone la mano en mi cabello, tal vez animado por la cerveza. Quizás insinúa que no hay mapas que pueda dibujar para esto. Necesitaré averiguarlo por mí misma.

No se lo digo a John, pero su departamento me recuerda al de Gregory Peck en *La princesa que quería vivir*. Pequeño, tal vez funcional, pero que sugiere algo más.

Incluso a los doce años, cuando vi la película antes de mi primer viaje a Roma, ese tipo de hombre y su estilo de vida me interesaban. Demasiado involucrado en su trabajo para preocuparse por el aspecto de su casa. Su vida real, que requería reflexión, esfuerzo y sensibilidad sucedía afuera.

La sobriedad del lugar está bien pensada: una cocina desgastada, cuadernos por todos lados, los periódicos de ayer en una torre ordenada. Tiene un toldo de bambú para cubrir su balcón del sol. Techos altos y me imagino que una buena vista a plena luz del día.

Pienso en mi departamento vacío. Al mirar al librero de John (con novelas de bolsillo amontonadas horizontal y verticalmente, la mayoría en italiano que quizá

pertenezcan al propietario de este lugar), trato de visualizar los tres míos. Dos son amplios y espaciosos, otro estrecho que llega hasta el techo. Desempaqué mis libros al final y lo consideré un premio, la parte del proceso que de hecho podía llegar a disfrutar. Los ordené alfabéticamente primero, pero eso era demasiado restrictivo. Luego, por color, lo que hizo que mi sala se sintiera como una tienda de regalos de algún museo ingenioso. Al final me decidí por yuxtaponer títulos, colores y tamaños que se veían bien en el momento. Me pasé varias horas volviéndome a familiarizar con las tramas y los personajes, en busca de mis notas, signos de interrogación y puntos suspensivos en los márgenes, recordando las librerías donde los compré, el momento del año, mi estado de ánimo. Abrí los libros firmados, releí las dedicatorias y tomé notas sueltas.

Reservé el estante del fondo para las primeras ediciones que mi papá me regalaba en la Navidad de cada año: libros a los que me aferro, exhibo y desempolvo con regularidad pero nunca leo, aunque no estoy segura de por qué. Muchos son clásicos, dependiendo de a quién se le pregunte, y todos dejan ver cierto grado de cuidado. Es un hecho que está tratando de conocerme o al menos de demostrarme que está en el camino correcto, y *El libro de oración común*, *Dublineses*, *Los mandarines* y la trilogía de Ripley de Patricia Goldsmith tienen su propio espacio.

Recuerdo haberme recostado cuando por fin terminé, con la cabeza apoyada sobre un cojín del sofá que se había caído al piso. Creo que el resultado final siempre refleja la manera en que suelo diseñar mi vida, a saber: mucho tiempo y concentración dedicados a verme relajada y despreocupada. Los libros le dan cierta profundidad a lo que de otra forma sería una sala agradable, espaciosa y casi vacía. Aunque, en una noche de viernes como esta, en circunstancias distintas, yo la llenaría de gente.

Para mí funciona contrarrestar los días en que me la paso sola. Mi departamento, en todos los que he vivido, siempre han sido lugares de reunión porque me he esforzado en construirlos así. Mi casa actual se presta a invitar gente, de manera espontánea o no: tiene una cocina integral de buen tamaño (para los estándares de Nueva York), ventanas panorámicas que dejan entrar luz natural o artificial en una sala lo suficientemente amplia para albergar una mesa larga. Tengo un espacio separado para la sala, y mi cama está apartada en el ático. Mantener esa política de puertas abiertas puede ser cansado, y sugerir que soy calculadora, pero también ofrece momentos de una conexión real y entrañable.

Una y otra vez me encanta organizar cenas ambiciosas, rodearme de gente que ama cocinar, comer, beber y que nunca se acobarda ante un desafío: machacar jitomates con la mano y ponerlos en rebanadas de pan asado y con aceite. Freír una ostras y envolverlas en *omelette*. Asar vegetales en un horno mientras me echo un clavado en el armario en busca de una batidora eléctrica. Mi tina llena de hielo para poner botellas de cerveza, vino y un bote de helado que no cabe en el congelador.

Algunos amigos lavan los platos sin que se los pida, otros descansan en el sofá, se recargan en los rincones o se encargan de la música. Traen queso caro, Montepulciano barato, flores de la tienda de la esquina, baklava de Kalustyan

rellena de un jarabe que se pega en los dedos. Casi siempre me quedo dormida en el sofá, con las costuras de un cojín decorativo bajo un costado de mi cara.

Una vez que entramos, John cierra la puerta y va por un vaso de agua para mí.

—Antes de llegar aquí, nunca antes había vivido solo. De la casa de mis padres me fui a la universidad, donde tuve compañeros de cuarto, y después me casé. —Me ve sentir la piel de su sillón y observar a detalle un grabado en la pared—. ¿Se nota?

¿Será posible que siga casado? No lleva un anillo y claramente nadie más vive aquí, pero, como sé por experiencias dolorosas, eso no significa nada. Al verlo caminar hacia mí, tomé la sorprendente decisión de que no me importaría.

—Bueno, solo ahora que me lo dices. Pero no, este lugar no me dice «soltero escalofriante».

—¿Qué dice?

—No sé. Hombre refinado encuentra refugio en la Ciudad Eterna.

Se ríe con eso.

—Refinado. Qué bien que lo apruebas.

—Así es.

—Bueno, parece que tienes buen ojo, así que elegiré sentirme halagado.

—No sé si deberías. Una vez consideré buena idea pintar una serie que registraba una costra en mi rodilla durante el transcurso de una semana. Me había resbalado en una zona donde había hielo, me abrí la pierna pero quedé encantada con la manera en que la herida se afeaba cada vez más mientras sanaba, y desapareció solo unos días después. Fueron cinco óleos, el último fue de la fina cicatriz que quedó. —Él levanta una ceja.

—Una idea interesante. ¿Vendiste alguna?

—Algunas de ellas de hecho sí se vendieron, increíblemente. Pero todo el asunto fue algo agridulce. A mis padres no les gustaron. Bueno, a mi papá no.

Recuerdo haberle enseñado a papá los cuadros cuando los acabé, con los anaranjados y verdes neón que elegí usar y los detalles incómodos. Sintió un asco absoluto.

—¿A qué te refieres? —La voz de John tomaba un tono serio, así que trato de cambiar el tema.

—A nada, en realidad. —Juego con el tirante de mi vestido—. Le dije que, si no podía ver la belleza de la sanación, algo había mal en él.

John me estudia cada vez que respiro. Es obvio.

Hay una fuerza gravitacional que me mantiene aquí y me exige que me acerque. Un impulso que no había sentido desde la última vez que Michael me sujetó a la pared con tan solo su mirada, a sabiendas de que me quedaría, esperaría y me rendiría. No hay nada malo con querer a alguien nuevo. Lo sé.

La forma en que John me mira no es distinta de tener la palma de su mano en mi entrepierna. O eso me imagino.

Le doy un sorbo al agua de un vaso de plástico opaco, del tipo que incluye la renta de un departamento a corto plazo, que nadie extrañará si se rompe, desaparece o se sustituye. Me lo quita de la mano, usa el pulgar para borrar una

mancha de lápiz labial, restos del tiempo que me tomó retocarme y verme a conciencia en el espejo del baño del bar mientras él pagaba la cuenta.

—Veo que te esfuerzas, ¿sabes? —dice con suavidad—. No tienes que hacerlo.

Tal vez es una mentira. Aunque la forma como me muevo, me veo y sueno ha sido menos importante en estas últimas horas.

No insinúa, como los hombres anteriores a él, que solo terminará lastimándome ni que le preocupa que al final salga herida. Estoy tan acostumbrada a que me digan eso que me decepcionan quienes saben que lo tomaré como un desafío y no como una advertencia.

Tomo el vaso y me lo llevo a los labios. Esta agua sabe igual que la de las fuentes: mineral, simple. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo por ser paciente.

Estos momentos me emocionan y me aterran. Densos con valiosa atención y silencio, pausas en las que todo o nada puede suceder.

La forma en que me besa es una sorpresa. Suave, exploratoria. Después que gana valor se vuelve un poco más intensa.

Todo es inmediato; todo lo que él hace es nuevo. Memoricé el aliento de Michael, la presión de sus manos cuando sabía qué era lo que quería. Me pregunto cuánto tiempo me tomará olvidarlo por completo.

Puedo ver que una luz se apaga en una ventana minúscula, envuelta en una hiedra que de noche se ve negra. John se para a mis espaldas, con ambas manos me toma la cintura y se mueve con lentitud por mi silueta.

—Eres tan sensual —dice con la mano bajo mi vestido—, lo irradias.

¿Volteo a verlo? ¿Tomo su otra mano, pongo sus dedos sobre mi clavícula, el contorno de mi cuello, presiono su pulgar en mis labios, apoyo mi cuerpo en su pecho? Ya olvidé lo mucho que me gusta tomar ese tipo de decisiones. El poder que siento es algo vivo que respira.

Se sienta en el amplio sillón de piel, me jala encima de él con una fuerza placentera. Mis piernas quedan a horcajadas sobre las suyas. Siento su erección debajo de mí.

—Necesitas esto —le digo con un susurro entrecortado.

—Lo deseo. —Lo dice tan suave que apenas puedo escucharlo.

Es un alivio no tener que pensar por unos momentos. Ir hacia donde me lleva, dejar que mi cuerpo responda. Él me siente húmeda, palpitante, y siento la intensidad de su respiración en el cuello.

Queda agradecido. Puedo notar que pese a lo que sabe de mí y todo lo que le doy, no es suficiente.

La palabra que busco es «insaciable».

Sábado

En Italia la ópera lo es todo, o eso me han dicho.

La última vez que estuve aquí, en las vacaciones familiares, nos hospedamos en un hotel que estaba en una calle cerrada cerca de la Piazza di Spagna. Ocupamos dos de las ocho habitaciones.

Estábamos rodeados de tiendas de lujo y Mercedes color negro siempre en reposo.

Mamá, papá y Jack se durmieron después de comer, pues adoptaron la costumbre local de tomar una siesta a media tarde. Me senté en el balconcito y vi a dos mujeres discutir durante más de una hora sobre quién tenía la culpa de que la bicicleta de una chocara con el auto de la otra.

Estaba en un lugar tan alto que me perdí de casi todo lo que dijeron, más allá de un grito agudo y ocasional. Aunque hubiera estado cerca no habría entendido.

Intercambiaron gestos con la mano, agitaron la cabeza con dramatismo y se dijeron una serie de lo que debieron haber sido groserías y amenazas. Hubo intentos de reclutar testigos de las tiendas o de los autos estacionados de un lado y otro de la acera. Ambas trataron de intimidarse, fingieron marcharse solo para voltear y precipitarse a la pelea cuando una volvía a provocar a la otra.

Aún recuerdo su compromiso con la actuación. Cada una tenía un guion y se aseguraba de que tuviera la misma cantidad de tiempo en escena. Esta calle, la de John, es igual de silenciosa y apartada, está vacía. Es temprano. El empedrado aún está húmedo por la lluvia que creí escuchar anoche.

Siento que sus dedos se crispan, que su mano se mueve, siente y va conociendo un costado de mi cadera, los huesos irregulares de mi codo. Va tanteando, pero se abre camino hacia el valor y la confianza de hace unas horas.

Michael siempre me despertaba de la misma manera, ponía dos dedos en el punto más anguloso de mi hombro. Lo masajeaba con un movimiento circular, como si tratara de suavizarlo. Empezó después de la primera noche que pasé en su departamento, y después se convirtió en un hábito. Casi no pensé en él ayer y ahora está en todos lados.

Trato de verme desde arriba, en la cama de un extraño, sus piernas que envuelven las mías como si me conociera, como si estuviera resolviendo un problema. Sus sábanas son de lino, como sus playeras. Si me concentro puedo ver las hebras, las costuras que nos envuelven por encima y por debajo. Cómo todo se

entrelaza.

Me deslizo de una forma que espero que no prometa ni desaliente nada. Las plantas de mis pies se sienten nuevas y sensibles en el suelo de azulejo. Hay un espejo al otro lado de la puerta de su baño. Es sorprendente ver mi cuerpo entero devolviéndome la mirada. Los dos espejos, este y el que está arriba del lavabo crean un túnel que muestra mi nuca, mi perfil, perspectivas que nunca tengo. Inhalo y exhalo aire, miro cómo sucede y tomo una decisión deliberada al exhalar. Decir lo que en verdad necesito, siento y deseo, para variar. El tacto de la perilla es frío y cede al mínimo contacto.

Él está mirando la puerta cuando la abro.

—Regresaste —dice.

Entre las sábanas, me muevo para reclamar el lugar en donde estaba acurrucada, dándole la espalda, pero él toma mi hombro y me pone de espaldas. Retoma lo que intentó hacer unos minutos antes, pero esta vez lo permito y lo recibo de buena manera.

Siento su mano deslizarse por mi cuerpo hacia abajo, pero no permito que mis ojos dejen de mirarlo, trazando sus cejas, sus labios y su mandíbula, quiero memorizarlos.

Al principio parece titubear, su tacto permanece en un lugar por algunos momentos antes de continuar. Pero entonces su mano se mueve entre mis piernas con intención, con fuerza y delicadeza a la vez. Es difícil concentrarse y dejo de intentarlo.

—Eres una revelación, ¿lo sabes? —Mueve sus dedos hacia arriba con más y más presión, y todo en mí cede. La liberación y el alivio son tales que rayan en lo doloroso—. Debes saberlo.

Su rostro se relaja por la excitación, al ver lo que me sucede. Su otra mano sujeta mi pierna. La deja ahí hasta que dejo de temblar, y luego sustituye los dedos con la punta de su lengua.

Nota el moretón en la parte interna de mi rodilla, apoya un dedo sobre la piel y presiona un poco.

—¿Sigues casado? —pregunto.

Se ríe.

—No, ya no. ¿Qué te hace pensar que lo estoy?

—Nada en especial, es solo una pregunta.

—Tu mente nunca descansa, ¿o sí? —murmura para sí mismo.

Alcanzo el libro que está en su mesa de cama, *Las memorias de Adriano*. Las reflexiones imaginarias de un emperador, escritas por una francesa, traducidas al inglés, publicadas en la década de 1950, compradas hace una semana o un mes en

una librería anglófona en Roma. No es lo que esperaba.

—¿Por qué elegiste este?

—Qué entrometida.

Sus dedos recorren la extensión de mi columna. Hojeo el libro.

—Es en serio, ¿te gusta?

—¿Estás aburrida?

—No, me interesa.

—Supongo que me ha sorprendido de una manera agradable. Aunque no debería. Aquello que ha hecho felices o infelices a los hombres no ha cambiado en dos mil años. Claro que no. ¿Por qué lo haría?

Soy cuidadosa de no perder la hoja que él dobló de un borde y resisto el impulso de leer sus notas, lo que subrayó.

—Lo que nos hace humanos nunca puede cambiar.

—Qué profundo —dice.

Y sujeta mis manos sobre mi cabeza, ambas muñecas con una mano.

El café es un hervidero de actividad en una calle que, sin él, sería tranquila. Es el lugar habitual de John. Dice que ha venido aquí casi cada mañana que ha pasado en Roma.

Las paredes tienen una fila de pizarrones, el nombre del café está escrito en gruesas letras mayúsculas sombreadas para que se vean tridimensionales. Dos de las L se han desvanecido con el roce de los hombros que pasan. Entre las listas de lo que ofrece el menú y los especiales del día hay soles y lunas crecientes bellamente emparejados, tazas de *espresso* dibujadas lúdicamente, con un vapor que se eleva en olas elásticas. El artista dejó su alias de redes sociales en la esquina inferior derecha, en lugar de una firma. Algunas piezas de gis permanecen en una pequeña repisa, para animar a la gente a que dibuje y se deje recados. Hay algunas flores, corazones y mensajes que no puedo traducir.

Me descubro mirando la máquina de *espresso*, la cual es sorprendentemente brillante. Hasta en el reflejo distorsionado resulta indudable que mi piel se ve sonrojada y llena de vida.

Nos paramos en el mostrador y esperamos mientras un turista británico comente el error de ordenar de pie y después llevar su café y pan a una de las mesas vacías. John sacude la cabeza. Ve a un mesero tratar de explicarle que sentarse en una mesa significa pedir la orden a un mesero, lo que supone un cargo adicional por el servicio. Parece que hay maneras interminables de revelar que eres un forastero.

John saluda al hombre que está detrás del mostrador, quien hace dos *espressos* y los coloca frente a nosotros. El suyo tiene un toque de espuma en la superficie.

—¿Todavía las sigues? —le pregunto—. ¿Todas esas reglas?

—Me parece bien que me las recuerden. —Sonríe—. Solía preocuparme por todo eso, pero al cometer errores vas entendiendo cómo son las cosas. —Lame la

espuma de su labio superior—. Y los italianos suelen dar el beneficio de la duda. No es como en Francia.

Le digo que se vaya a la mierda en francés, lo que agranda su sonrisa.

—De todas formas, debió haber sido agotador al principio, asimilar un lugar nuevo como este. Hacer una nueva vida.

Se encoge de hombros un poco, limpia la superficie del mostrador con su pulgar.

—Supongo que sí. La mayor parte de las veces las cosas funcionaban mientras estuviera abierto a aprender y a meter la pata. Y un día se convierte en otro.

Intento ver las cosas como él lo hace y como debe hacerlo. Conforme con existir, sin tratar de aprovechar hasta la última gota de la belleza o las experiencias que te ofrece un lugar. Dejar que suceda o no. Pero no me puedo resistir.

—¿No quieres más? ¿No hay momentos en que te aburres, te impacientas o quieres enfrentarte a algo nuevo?

—Te creí enamorada de la vida tranquila de aquí. —Mira más allá de mí, afuera de la puerta—. ¿O no se ve igual a plena luz del día?

—No me refiero a eso —digo—. Creo que estoy muy acostumbrada a luchar por las cosas, a sentir que mi vida es un desafío. No confío en lo sencillo.

—Créeme que he tenido que ganarme las cosas.

Tan pronto como llega, John bebe su café de un trago, como los ancianos de ayer. Busca en su cartera monedas de un euro para dejarlas en la barra.

—De hecho, ya debería irme. Tengo cosas que hacer hoy.

¿Eso es todo? Su brusquedad me desconcierta si consideramos que esta misma persona estaba muy concentrada en atraerme hacia él una hora antes. Tal vez no le gusta que lo cuestionen ni lo molesten sobre la forma como pasa los días. Tal vez me pasé de la raya. Reprimo el impulso de contarle las cosas que planeé hacer hoy, las listas que hice, los mapas que consulté. Un itinerario que estaba lista para cambiar.

—¿Te gustaría cenar de verdad esta noche? Puedo pasar por ti más tarde.

Le digo que sí me gustaría. Me contesta con una hora y un lugar de reunión, cerca de donde me hospedo.

—¿Estás segura de que no necesitas indicaciones? Es la última oportunidad de preguntar.

Me río y le digo que puedo arreglármelas.

Mi cuerpo debería sentirse así todo el tiempo: ligero, fluido, seguro de sí mismo, haciendo lo que debe hacer.

Me hace empezar a preguntarme cómo he pasado una semana o incluso algunos días sin estar así. Ciertas partes de mi cuerpo se ven luminosas, como si revivieran con la atención que él les puso. Las diferentes formas en que fue capaz de abrirme, liberándome de un peso excesivo e innecesario.

Esto es peligroso, esta dependencia del tacto y la atención de otra persona, de

alguien quizá tan intercambiable como yo. Y no puedo saber si esta claridad, esta atención que John me ha brindado es real o si es una ilusión por la que me reprenderé después.

Pero también sé que, si tengo en cuenta mi historial, este sentimiento no dura. La intimidad tiene la vida de anaquel de un objeto costoso y temperamental, como las peonías en abril o los jitomates *heirloom* en agosto, tan maduros que están casi podridos. Tal vez no estoy predestinada a tenerla. Asimilé la idea un momento, la consideré clínicamente y después la descarté.

John me pide otro *espresso* y paga la cuenta. Pone sus labios en mi mejilla, se despide del barista con un gesto y se marcha. Respiro el aroma de su jabón antes de que también desaparezca.

Sin embargo, sé cómo se ve la intimidad, ese verdadero entendimiento, e incluso aceptación, que hay entre dos personas. Aunque parezca que no puedo tenerla. Si bien leo novelas y veo películas, cuando yo y mis amigos les echamos un vistazo a parejas tomadas de la mano en la calle, a veces me miran a propósito.

Pudo haber vacilación, como siempre la hay antes de revelar un secreto o poner a prueba un límite. Pero entonces advierten que cuando me dicen algo hay un riesgo mínimo o nulo. Soy una confidente confiable, o los hago sentir que es así. Tal vez es la reverencia que siento por las situaciones que atraviesan. O quizás es solo que no me ven como una amenaza.

Adam, un amigo de la infancia e hijo de un integrante de la banda de mi papá, trabaja como corredor de arte. Bueno, él dirige una galería reconocida y en algún momento buscará labrarse su propio camino, o eso me dice cuando le pregunto si le gustaría ver mi obra nueva.

El verano pasado estaba en Nueva York para presentarse con los artistas y hacer unas visitas a los estudios en representación de su jefe. Me reuní con él en The Campbell para tomar algo, justo cuando la gente empezó a marcharse para tomar su tren. Antes de que pasara mucho tiempo, nos quedamos solos en el bar.

Después de dos whiskies empezó a contarme sobre la chica con la que estaba saliendo, que ambos tenían relaciones sexuales con otras personas, hombres y mujeres, llevaban extraños a la casa, hablaban abiertamente de lo que querían y actuaban en consecuencia.

—No tenía idea de lo distinto que podía ser. —Hizo una pausa sin saber si iba a continuar—. Estas cosas, necesidades, deseos, como quieras llamarles, siempre fueron una parte de mí, solo que supuse que nunca los perseguiría, que jamás podría hacerlo.

—Pero ahora puedes —le dije—. Pensaría que podría dar algo de miedo, ser capaz de en verdad hacer algo que nunca pensaste que podrías hacer.

—Ah, es aterrador —se rio—, pero en el buen sentido. Y además, fue algo que ella me dio. Creo que le estaré agradecido por el resto de mi vida.

No hace mucho visité a Taylor, una amiga mía que se graduó del doctorado, se casó y tuvo a su primer hijo en un año. Mientras yo cruzaba su puerta con protección para niños, y llevaba una sábana para bebé envuelta para regalo, se

disculpó de antemano por lo mucho que iba a hablar. Su cerebro no estaba acostumbrado a tanta inactividad. Le preocupaba que se atrofiara.

—Parir es una locura —me comentó—, pero ya estaba lista, en especial después de que pasaron dos semanas después de la fecha cuando debía dar a luz. Sentí que jamás sucedería.

La noche en que su bebé nació, ella y su esposo habían limpiado la casa y estaban sentados en el sofá viendo *Seinfield.*

—Y por supuesto que en ese momento Luke decidió que quería tener relaciones conmigo por primera vez en tres meses. Dos horas después, estaba en labor de parto con las piernas al aire. Las malditas enfermeras me gritaban que pujara. Una de ellas me dijo que me iba a romper como una hoja de papel.

Me lo contó cuando estábamos sentadas bajo el limonero de su jardín trasero de su casa en Los Ángeles y compartíamos un porro, mientras su hijo dormía en su habitación, pintada de un azul turquesa perfecto.

Michael fue el primer hombre del que en verdad quise más, algo cercano a ese tipo de conexión, dependencia o simbiosis. Pensé que eso era saludable, y tal vez lo habría sido si mi objeto de deseo hubiera sido diferente.

Un mes o dos después de conocerlo, despertamos durante una tormenta en medio de la noche, como las de verano, violentas. Con cada golpe de relámpago, las paredes de su recámara se tornaban de un blanco brillante, y nuestros cuerpos y caras se iluminaban por un segundo o dos. En la oscuridad, me atrajo hacía sí y, con su aliento en mi cuello, empezó a tocarme de la manera correcta. Cuando entró en mí, sentí mucha gratitud y seguridad. Una sensación poderosa que se fue tan rápido como llegó.

Al final de una tarde de septiembre, recostados en el parque mientras el sol empezaba a ponerse de costado, tomó un mechón de mi cabello y lo puso hacia la luz, para ver cómo cambiaba de color.

Hace unos meses, cuando cruzaba la calle hacia su edificio, no miré la luz del semáforo y un mensajero se estrelló conmigo en su bicicleta, dejando la huella de su llanta en la uña de mi pulgar como prueba. Cuando salí cojeando del elevador, Michel me llamó animalito atropellado con ternura y me sobó el pie durante casi una hora.

La calle de afuera está sucia y es cada vez más ruidosa. Giro a la izquierda y todo lo que veo es el Coliseo.

En una ciudad que todo el tiempo te recuerda su antigüedad, el gueto de Roma se ve y se siente aún más inmemorial.

Hay estadísticas grabadas a los lados de los edificios, que recuerdan a los judíos deportados a una muerte casi segura en 1943. O aún más atrás, cuando los papas decidieron que este minúsculo vecindario era el único lugar donde tenían permitido vivir, en la miseria y separados del resto de la ciudad por un muro. No

fue poco el dolor que se infligió en este radio de cuatro cuadras, bajo la mirada de estatuas y templos en ruinas. Pero cuando trato de visualizarlo, de sentir su lucha, el miedo y la pérdida, todo lo que veo son *piazzas* bien conservadas, restaurantes que ponen música pop estadounidense a todo volumen, y calles pintorescas, estrechas, serpenteantes y desmoronadas.

Una pareja curiosea cerca de mí, en una tienda que vende artículos de piel. Según me dice el hijo del dueño, es una curtiduría que ha estado abierta y en manos de su familia por doscientos años. Los huesos de su muñeca están ocultos a medias por un brazalete de color café intenso, desgastado, templado con el calor de su piel, y con vetas por el agua, el jabón y el sudor.

La mujer consulta el precio de una cartera con su esposo, el lóbulo de su oreja se estira con el peso de una arracada pesada. Examino un monedero de piel texturizada en mis manos, resisto el impulso de olerlo y, cuando estoy a punto de irme, me detiene un bloc de buen papel, cubierto de piel color pasto. Está al lado de una taza pintada llena de plumas. No es del tamaño ni del peso que suele gustarme, pero funcionará.

Camino hacia el Pórtico de Octavia y trato de verlo como la entrada que alguna vez fue. Rodeaba un lugar de reunión y protegía templos y librerías, o eso dicen los letreros: una breve explicación escrita en cinco idiomas diferentes, uno al lado del otro. Los pedazos de lo que fue el techo desaparecieron, parece como si los hubieran mordisqueado.

Augusto la construyó para su hermana, en una especie de gesto familiar que en realidad ya no existe. Aunque me gusta imaginar que los papeles que los hermanos y las hermanas desempeñaron para apoyarse mutuamente no han cambiado tanto. Como hermana, si eras una buena estratega o aliada, recibías un pórtico, un teatro o una guerra que se peleaba en tu nombre. En lugar de detentar un poder real.

Jack no me defiende a menudo, pero cuando lo hace es por una buena razón y por convicción.

Noto que un hombre le toma una foto a una de las paredes. Se acerca tanto como puede y sus piernas tensan las cadenas de la cerca. No se concentra en la estructura entera, en una columna que aún está de pie ni en la escultura de la cima, sino en dos bloques de piedra que están juntos, pero que son de colores distintos. Estira brazos hacia delante, enfocando la cámara en esa disparidad, en esta pieza de los cimientos que es diferente de todas las demás. Hay una sonrisa en su cara mientras examina la pantalla. ¿Qué significará para él esta parte separada del resto?

Estoy parada bajo la ventana de un edificio adyacente, diseñado y construido para mimetizarse con las ruinas. Una voz se aleja poco a poco, y me toma unos momentos comprender que habla en inglés. Primero pienso que debe de tratarse del diseñador del espacio que está describiendo, pero la amabilidad forzada con un toque de desesperación me sugiere que es un agente de bienes raíces. Me quedo a escuchar, trato de relacionar el entusiasmo de su voz con lo que está mostrando. Techos abovedados, pisos con un mosaico intrincado, tal vez un fresco desvanecido

que recorre el largo de la pared.

Una voz grave dice algo sobre el ancho de la entrada. Una mujer, que probablemente está a su lado, murmura palabras de acuerdo. El hombre les asegura que no hay de qué preocuparse, que todo puede personalizarse.

¿La expresión correcta es «tabula rasa»? Él debe saber que lo es.

—Este lugar es una oportunidad —les comenta, y reitera que esto o aquello se puede arreglar o ajustar para obtener lo que quieren sin sacrificar ningún detalle histórico—. Nadie más —insiste— tiene el techo de su sala atravesado por los contornos de una columna antigua.

—¿Qué es esto si no una excelente manera de empezar una conversación?

Lo que veo y escucho no le pertenece a nadie más. ¿Acaso otra persona lo notaría o apreciaría en lo más mínimo, y le pondría ese grado de atención a esos detalles en particular? Es posible que estos fragmentos de vida me pasaran inadvertidos de estar aquí con alguien más.

Respiro hondo, y con ello una extraña calma empieza a abrirse paso dentro de mí. Es un sentimiento que siempre deseo, pero rara vez obtengo. Cuando surge, me abandona con mucha facilidad. Esta ligereza, o lo que sea, se siente cómoda, segura para florecer, solo cuando estoy sola. En el momento en que disminuyo la velocidad, me detengo en algún lado o abro la boca para hablar, me arriesgo a perderla. Lo sé por experiencia. Así que me sigo moviendo.

Doy muchas vueltas incorrectas de camino a la Piazza del Popolo. Dos horas de camino y casi estoy donde empecé. Esta pequeña plaza es un alivio, es más como un refugio: tranquila, aislada, protegida. Modesta, con solo dos cafecitos, algunos autos compactos estacionados en sus ángulos, fuera del camino. Su sola característica distintiva es la fuente del centro, rodeada de árboles podados de forma artística y espaciados irregularmente a lo largo del perímetro. Cuatro figuras masculinas, todas montadas en delfines, sostienen un cuenco poco profundo sobre sus cabezas. Las tortugas de bronce descansan más allá de sus dedos, asoleándose.

El fragmento de una imagen regresa a mí, forma parte de un sueño que tuve anoche y ahora recuerdo a medias. Estaba retrasada para algo, un vuelo, una reunión, un concierto, una fecha límite. Estaba a punto de perderlo, pero aún había una oportunidad de lograr lo que sea que fuera. Lo que sentía me ayudaba a moverme con rapidez y confianza. Entonces, mis piernas se quedaron inertes y tuve que ir gateando hacia lo que era tan importante. El peso muerto que arrastraba detrás de mí se sentía muy real, al igual que mi impotencia. Me pregunto si John me escuchó decir algo mientras dormía, si luché con mi parálisis ficticia y aferré mi cuerpo al suyo.

Me siento afuera, pido *prosciutto* y melón, y no me doy cuenta de lo hambrienta que estoy sino hasta que el plato está frente a mí. El costado de mi tenedor rebana la curva de la fruta casi sin ejercer presión. Arranco un pedazo de

carne con los dedos, como John lo hizo ayer, y la envuelvo alrededor de un pedazo de melón. El azúcar y la sal no pueden evitar ser la combinación perfecta.

La tapa de la pluma se desprende con un chasquido placentero. El papel amortigua su punta de fieltro con el grado correcto de flexibilidad. Miro a través del vidrio marmoleado de la mesa y empiezo a hacer un boceto de los dedos de mis pies, que se ven exactamente como los de mi papá: largos, delgados y algo enroscados. Feos a pesar del barniz, frescos gracias al pedicure que me hice el día antes de volar para acá. Agrego sombra donde mis pies se posan sobre las sandalias, dibujo líneas que parecen nadar.

Hay crueldad en la conexión, creo. En el hecho de que ayer y anoche no fueron solo simplemente gratificantes ni una grata sorpresa. O que conocerlo no haya sido una mera coincidencia. Tal vez me está robando mi soledad y me está mostrando lo aislada que estaba, sin que sea su intención. Y mientras trato con todas mis fuerzas de mantener a raya a alguien más. Me pregunto si lo que siento en este momento es soledad o paz.

En otro café a mi izquierda, cruzando la *piazza*, veo a una mujer sentada sola. Podría ser, pero no es, la esposa de Michael. El mismo cabello, largos mechones ondulados que caen en cascada a la mitad de su espalda. Los mismos ángulos en el rostro, el mismo aire de sabiduría espontánea o de infalibilidad.

Sí, la he buscado en todos los lugares habituales, en fotos de estudio, y hasta empecé a escuchar una entrevista que dio y salió al aire en la estación de radio de Berkley, solo para escuchar el tono y el timbre de su voz. No sé qué esperaba ganar al buscar en su rostro y en su voz algún tipo de repuestas para las preguntas que me he hecho.

Un odio abrasador y fulgurante empieza a recorrerme. Viene de todos lados: de la base de mi cuello, de los espacios entre mis costillas, de la piel sensible bajo mis uñas. La única razón es su parecido superficial. La veo estornudar, revisar la pantalla de su teléfono antes de ponerlo bocabajo sobre la mesa y escribir una frase en su cuaderno. Estudio las articulaciones de su hombro, su nariz respingada. Tiene los mismos movimientos fluidos que le asigné a su esposa, la misma forma delicada de tomar un vaso, pasando su muñeca a través de la correa de una bolsa; la misma manera de sujetar una pluma con suavidad al firmar un cheque. Son atributos que siempre supuse que yo tenía, y que de hecho valoraba, antes de saber que ella existía. Pero ella debe tenerlos en cantidades mayores, y hacer uso de ellos con más gracia.

Seguramente siempre es mesurada y está bajo control. Nunca lo decepciona ni lo avergüenza de ningún modo. Incluso lo presiona para que sea una mejor persona. Lo hace esperar.

La mujer sonríe en mi dirección al marcharse y confunde mi concentración en ella como una señal amistosa, hasta de alianza. Después de todo, ambas somos mujeres que viajamos solas.

La primera vez que Michael y yo salimos a comer algo, buscamos un lugar en su vecindario durante casi una hora, pero nada se veía atractivo. Yo no estaba de

humor para la comida tailandesa. Él había cenado una hamburguesa la noche anterior. Al final, ambos descubrimos que lo que en verdad queríamos eran ostras y papas a la francesa. Recuerdo exactamente dónde nos sentamos para comerlas, emocionados de saber con precisión lo que habría de satisfacernos, y de que lo íbamos a conseguir.

Siempre parecía haber una mesa para dos cuando teníamos un mismo antojo los dos. Se convirtió en un truco y, a veces, en un ritual.

¿Cuáles serán los de él y los de su esposa? Deben tener cientos, además de bromas, coqueteos y recuerdos tiernos que ni siquiera me puedo alcanzar a imaginar. Estoy sedienta de detalles, y pensar en ellos me causa repulsión.

El lugar favorito de mi madre en esta ciudad es el interior de Santa María del Popolo. En especial, la capilla que alberga el Caravaggio *La conversión de San Pablo*, cuyo cuerpo tendido yace impotente debajo de su caballo, con las piernas y brazos abiertos, como un hombre listo para recibir, e incluso abrazar, una visión, y levantarse como si fuera otro.

En su primer viaje a Roma, que continuaría al sur y luego al este, y que en algún momento la llevaría a Grecia y a papá, deambulaba y entró en la iglesia, y pasó junto a una monja que estaba tratando de cerrar las puertas. Todo es parte de una historia que a ella le encanta contar.

El día que encontró la iglesia estaba cayendo un aguacero que empezaba a disiparse. Cuando entró, pese a las protestas de la religiosa, el santuario estaba vacío, y unos tenues rayos de luz apenas lograban pasar por la puerta principal. Las pinturas en cada muro eran deprimentes y oscuras. El aire estaba inmóvil, como si todo estuviera ahí solo para ella.

Había una filtración de agua en el techo, y gota tras gota de agua sucia caía en la cubeta color amarillo neón del conserje.

«Tan cerca de todo ese arte precioso, del mármol, de las reliquias. No podía descifrar si significaba que la gente era indiferente a esos objetos espectaculares, o si estaba tan acostumbrada a estar rodeada de ellas que las daba por sentadas. Si han estado ahí tanto tiempo, ¿qué daño les podría hacer un poco de lluvia?».

Siempre que habla de esa tarde y de esas pinturas, divaga. El tono de su voz se torna tan soñador que me exaspera. A veces he insistido al preguntarle qué fue lo que tanto le gustó. Y entonces se vuelve evasiva:

—Ah, no sé si podría explicarlo —diría—. De todas formas, tú eres mucho mejor que yo para poner esas reacciones en palabras.

Por el motivo que sea, siempre se lo guarda para sí misma.

Hoy es un día luminoso, caluroso y soleado, no hay una sola nube que pudiera sugerir que va a llover. El techo abovedado de la iglesia está, hasta donde alcanzo a ver en la oscuridad, intacto. No hay andamios ni señales de deterioro.

Incluso después de darle un tiempo a mis ojos para ajustarse, necesito entrecerrarlos para ver los detalles de los óleos, las paredes y los techos. La luminosidad, cuando gran parte de ella ha sido ocultada, es asombrosa: el resplandor de la piel blanca, los pliegues azul pálido de un velo, un rayo de luz que

debe ser un mensaje divino.

Los turistas se mueven en grupos, cuchicheando por el santuario exterior. Una mujer sigue a un padre para confesarse, lo cual se puede hacer en italiano y en inglés, según un letrero. También se puede en español, pero solo los viernes.

Es difícil no ver el Caravaggio, imponente hasta para los estándares romanos, en una capilla secundaria solo para él. El rostro de Pablo está relajado y receptivo. Solo puedo describir los dobleces de su ropa como voluptuosos, al igual que los músculos de sus antebrazos y la pata levantada de su caballo: perfectamente contraídos, tensos. Es el tipo de detalles que el artista nunca deja de estudiar. En algún momento tenía que saber cómo la desesperación se puede disfrazar de disposición, cómo las palmas extendidas pueden darle la bienvenida a un momento de éxtasis.

Busco similitudes entre este cuadro y los de mi madre. La oscuridad es obvia, pero también hay unos puntos de presión y calidez. La luminosidad sin origen identificable, pero que de alguna forma alumbra. Ya se trate de la metamorfosis religiosa de Caravaggio o de la flor de mi madre que se abre en un vaso, para mí la luz interior es la misma.

Pero solo examino, evalúo la técnica y observo los resultados. La experiencia trascendente que ella experimentó hace años se me escapa. Sigo a la espera de sentir algo más, sentada en el banco hasta que una monja me dice que la iglesia está por cerrar y me vigila hasta que me marcho.

Un chico, de unos ocho o nueve años, llora en los escalones de la iglesia de una forma que se nota fingida. Se detiene y levanta la mirada hacia las caras de sus padres. Después, al ver que no se preocupan lo suficiente, jala aire de manera teatral para avivar su siguiente grito agudo. Me pregunto si al final obtendrá lo que quiere.

Cuando estaba en la escuela, el cuerpo humano me obsesionaba. Durante todo el primer año me pareció que dibujar a la gente, en todas las posturas, era lo único que podía hacer razonablemente bien.

Así que en vez de diversificarme o de intentar un desafío nuevo, me quedé en mi zona de confort. Hasta en mis vacaciones de invierno y primavera me pasé las tardes en la Liga de Estudiantes de Arte en clases de dibujo con modelos, cuestionándome cada decisión que tomaba. Los hombres con las uñas mordidas. La mujer con una larga trenza plateada que llegaba hasta el hueco detrás de sus rodillas. Una modelo que permaneció parada de manos casi diez minutos, y que la gravedad hizo que se doblara de forma incorrecta. ¿Cómo capturar eso? ¿Su cuello en verdad era tan largo o yo quería que lo fuera? ¿Y si exageraba la curvatura de sus dedos o de su columna?

Descubría mis poses en el espejo, siempre en busca de entender lo que la gente quería decir cuando hablaba de composición y espacio, cómo un gesto podía ser significativo y otro mundano.

Tampoco puedo escapar de eso aquí. A medio camino en las escaleras hacia los jardines de Villa Borguese, me encuentro cara a cara con la mujer esculpida que vigila la *piazza* a sus pies. La mano levantada y los dedos doblados de una forma impecable. Desconozco quién es, pero sin duda representa un personaje específico, una diosa o un símbolo particular elegido con cuidado. Estoy segura de que la posición exacta de sus dedos es deliberada para identificarla o para comunicar la bendición que ofrece.

En Roma, casi cada pieza de arte que veo tiene una historia detrás: es un fragmento de mitología, religión, historia o la combinación de estas. Están marcadas con detalles convenidos y característicos para los conocedores. La Virgen María siempre viste de azul. San Pedro lleva un libro y un par de llaves. El Ángel Gabriel toca una trompeta. Esos signos están en todos lados, la apariencia y las posturas que vienen con ellos fueron capturadas por artistas que se apegan a la tradición y por aquellos que se fijan en las desviaciones que es posible lograr.

Las figuras que ahora dibujo, las que duplico una y otra vez para ganar dinero, son caricaturas de mujeres anónimas. Son tipos, no personas. Y no puedo mentir, me gusta esconderme detrás de ellas. Me reconforta la falta de originalidad que me rodea aquí, o al menos la que circunda el cuerpo femenino. Se muestra todo o nada.

Puedo dedicar semanas enteras a pintar algo que en verdad signifique algo para mí, o bocetar algo en una tarde que pagará mi renta y que apenas registraré en mi memoria como algo que solo sea popular. Tal vez eso no difiere de la disyuntiva que enfrentó Caravaggio, entre mostrar la escena tradicional y completa de la conversión de Pablo, como se narra en la Biblia, o concentrarse en otro momento. En el pecador que había sido, de espaldas, listo para la redención.

Tal vez estaba destinada a sentir y pensar de estar forma, por ser la hija de dos artistas. El mundo ha abrazado y legitimado a uno de ellos, y la otra ha permanecido como un secreto hasta para ella misma. Una vez que la gente sabe quién es mi padre, tienden a suponer que la vida que llevo, así como el talento que tengo, son algo congénito. Y en realidad nunca se me ocurrió, cuando era niña, que no sería capaz de crear, sentir y actuar como él lo hacía.

Pero esa certeza no llegó a mi mente por sí sola. Fue colocada ahí. A mi papá siempre le interesó mucho saber y notar en qué cosas yo era mejor, en qué aspectos lo superaba con creces. Cuando invita personas a la casa, les presume mi cuadro sobre la repisa de su chimenea como si fuera una parada en el recorrido de un museo. En ocasiones, cuando estamos sentados en la mesa o en la terraza, y afirmo algo que aprueba, se inclina, asiente y sonríe de una forma casi posesiva. Aunque está lejos de ser incondicional, me reconoce como su hija cuando le conviene, cuando le gusta lo que escucha o lo que ve.

De todas formas, siempre me ha hecho sentir que soy una promesa, capaz de lo que sea. Al haberse casado con la mujer más hermosa, inteligente e indulgente que encontró. ¿Cómo podría ser que su hija, la primogénita, no encarnara lo mejor de ambos?

Mi hermano, y donde todo esto lo deja, siempre ha sido algo complicado. Me

pregunto si sabe lo mucho que hablamos de él y lo analizamos en su ausencia, lo cual se ha convertido en la regla en vez de la excepción.

Mi papá siempre dice que Jack es un líder, y mi mamá y yo ponemos los ojos en blanco, como lo hacemos cuando se pone de cierto humor y empieza a hablar con acertijos y versos. Pero sabemos que es verdad, y que Jack elige luchar con eso al mimetizarse, sonreír con neutralidad y diluirse en el entorno.

Espero el momento de reunirme con John en Vía Baccina y entrecierro los ojos por la luz del sol, que está por ponerse. Me paro cerca de la fuente, como lo acordamos. Llevo un largo vestido de seda que se ajusta y se suelta en los lugares indicados. Es de un verde tan oscuro que es casi negro. Parecía ridículo traerlo. Cinco noches de cenas a solas, aperitivos en mesas para una persona, tal vez una o dos copas introspectivas. No vestirme más que para mí misma. ¿Qué utilidad tendría? Pero lo enrollé con cuidado, lo introduje en mi maleta como suelo hacerlo, lo colgué en el baño para que las arrugas desaparecieran con el vapor de la ducha. El dobladillo roza la parte superior de mis pies, un poco quemada por el sol.

Dejo que mis dedos se apoyen en la cara interior de mis muñecas, que él sujetó con fuerza esta mañana. Incluso ahora, con los pies bien puestos sobre la tierra, soy consciente de los músculos que se estiran a lo largo de mis piernas, de la manera en que se agitaron unas horas antes. De la calidez envolvente, como la que siento después de una larga carrera o de un estiramiento profundo. Como de costumbre, mi cuerpo es un recordatorio que no puedo ignorar.

Me siento algo recelosa por estar parada aquí sin nada que me distraiga, tan necesitada de su llegada. Pero acepto dedicarme a esperarlo y me esfuerzo por actuarlo. Me entrego al acto de mirar cada calle que desemboca en la *piazza*. Dijimos Vía Baccina, cerca de la fuente. Podría llegar de cualquier lado.

No esperaba que llegara en una Vespa. Anoche caminamos veinte minutos para regresar a su departamento, así que supuse que no había otra opción. Es sencillo identificarlo aunque traiga casco. Su postura es muy peculiar, así como el ancho de su espalda, la manera en que se conduce.

Se detiene frente a mí y sacude su cabello cuando se libera del casco. Es obvio que ama su Vespa pero no está tan cómodo en ella. Sus pies están flexionados y se apoyan en el piso de ambos lados, una de sus manos se aferra al freno para conservar el equilibrio.

—Te ves hermosa —me dice, obligándome a reprimir una sonrisa. Sus ojos se fijan en la longitud de mi vestido, y pregunta—: Pero ¿cómo le vamos a hacer?

La última vez que usé este vestido fue en la boda de una amiga en el North Fork de Long Island. Mi acompañante fue Michael. Fuimos a cosechar fresas y a una cata de vinos en la tarde. Él casi no habló en el viñedo, estaba contemplativo o aburrido.

La boda fue extravagante, con una carpa esperpéntica, postes camuflados con

una hiedra floreciente, y un piso construido para parecer de madera. Había velas parpadeantes en cada superficie plana, un bar de primera abierto toda la noche, todo aquello gobernado desde la benevolencia de una coordinadora de bodas muy delgada que llevaba un vestido de flores, zapatos adecuados y un auricular tan pequeño y de un color tan parecido al de su piel que era casi imposible verlo.

Después de la hora del coctel y antes de las palabras de los padres de la novia, una manada de caballos corrió por una colina del campo cercano, sus pezuñas pisaban al unísono para la alborotada sorpresa de todos. Michael se preguntó en voz alta si la escena sería parte de una coreografía.

Apoyé mi cabeza en su hombro mientras él se bamboleaba al ritmo de *Midnight Train to Georgia*, que cantaba en voz queda: «*I'd rather live in his world than be without him in mine*». Estaba segura de que esa frase era cierta para mí en ese momento. ¿Aún lo es?

La gente hablaba de lo costosa que era la banda. El novio los había escuchado en la boda de un amigo en Virginia, y a partir de entonces nunca consideró contratar a nadie más. Había efectos de iluminación, una lista de canciones cuidadosamente elegida y una sección de bocinas como jamás había visto. El maquillaje de la cantante principal permaneció perfecto durante toda la noche, incluso cuando las luces del escenario revelaron que el sudor acumulado en el nacimiento de su cabello le escurría por las sienes.

Tomo el largo del vestido y lo hago un nudo sobre mis rodillas, como lo haría con una mascada. Lo amarro con fuerza. Casi se ve como un detalle deliberado, aunque exagerado, a propósito precisamente ahí. John se reclina en el escúter para verme bien y asiente.

—Eso funcionará. —Me da mi propio casco y me subo con tanta gracia como me es posible.

La sacudida del motor me toma por sorpresa, aunque lo esperaba. En cambio, no me esperaba la conducción cuidadosa de Michael y la manera en que acelera gradualmente.

Cruzamos el Tíber y aceleramos por las calles sinuosas que conducen a la cima del Monte Aventino. Me aferro a él de la forma que siento más natural, si considero que apenas lo conozco hace un día. ¿Qué es pasarse de la raya? ¿Qué significa demasiado cerca? ¿Mis manos en su cintura, en sus caderas o en sus hombros? ¿Mi aliento en su nuca?

Las casas de aquí se construyeron en la pendiente. Están pintadas con tonos de amarillo, anaranjado y café bruñido. Se encuentran detrás de muros altos y puertas cerradas. Solo puedo ver sus techos de teja, las ventanas de los segundos pisos, la buganvilia que florece al trepar. Un silencio más costoso.

John se siente cómodo aquí. La tensión abandona su cuello, y sus hombros y manos se relajan. Se inclina en las vueltas y yo también. Disminuimos la velocidad

hasta detenernos donde el pavimento se nivela, frente a una iglesia austera que parece más una fortaleza. Voltea la cabeza mientras el ruido del motor se desvanece, su voz me parece muy clara después de todo ese ruido y velocidad.

—Pensé que podíamos caminar primero, ¿has estado aquí arriba antes?

Hay una fila de gente a mi izquierda, a la espera de ver a San Pedro por el ojo de la cerradura de la puerta a un jardín. Recuerdo haber hecho eso, esperar y mirar, pero nada de lo que me rodea ahora se siente familiar. ¿En verdad vi la basílica perfectamente centrada por la puerta? ¿O solo lo escuché de otra persona, y vi fotos y me quedé con la imagen? ¿Mis padres nos trajeron a mí y a Jack aquí arriba, se formaron con nosotros y nos convencieron de que valía la pena la caminata y el tiempo? ¿Me inventé ese recuerdo? No estoy segura.

—No creo. Definitivamente no vine aquí.

La reja del patio de la iglesia está cerrada, pero no bajo llave. John la empuja para abrirla lo suficiente y después la cierra detrás de mí. La iglesia oculta el sol que se pone y toda la entrada queda sumida en una oscuridad parcial. Estamos solos, todos los demás están persiguiendo lo que queda de luz y evitan la sombra. En la penumbra de este acceso, de pie al lado de John que estudia las puertas de madera tallada de la iglesia, siento el frío más intenso desde que llegué a Roma.

Adentro, las velas están organizadas en hileras que me recuerdan los asientos de un anfiteatro. Diferentes longitudes por un precio distinto. Algunas de ellas están encendidas, con los pabilos casi terminándose. Considero prender una o dos por alguien que he olvidado, pero no logro pensaren nadie. John se inclina sobre ellas un momento, como si quisiera comprobar cuánto calor emanan. Hay cera en el piso y él la raspa con su zapato con la intención de quitarla.

—Santa Sabina —dice en voz baja aunque somos los únicos aquí, hasta donde puedo ver—, hay una simetría en ella que me gusta.

Sé a qué se refiere, la aliteración del nombre de la iglesia, su nave larga y sencilla, las columnas y los arcos que se reflejan de cada lado y encauzan hacia un altar sobrio. Contenida y expansiva al mismo tiempo.

Lo sigo hasta un hueco cavado en un piso de piedra, el cual está supuestamente protegido por una reja metálica. Bajamos la vista. La luz que suele iluminar el espacio está apagada, y John dice que es el vestigio de un templo dedicado a Juno en los días del Imperio. Mi madre se tomaba su tiempo para describir a Juno cuando me leía la *Mitología*. El trono dorado donde se sentaba, la manera en que protegía a las parturientas, su debilidad por los pavorreales, cómo se entregaba a la venganza. Empezó guerras para castigar a un hombre que dijo que otra diosa era más encantadora; maltrataba a las mujeres que su esposo perseguía. Jamás perdonaba un desaire.

Busco en la oscuridad, pero no puedo ver nada. Me dice que Santa Sabina se construyó en el siglo V. Demasiado atrás para que el cura comisionado de la obra pudiera honrar los vestigios que reemplazaba.

La fuente que resguarda la entrada del jardín exterior de naranjos se ve como una máscara. Es el rostro de un anciano: barba desarreglada, ceño fruncido, boca

abierta que se vacía en lo que parece una tina rebosante. La piedra que rodea su frente se enrosca, como las páginas de un libro que se deja al aire libre.

Una vez que entramos, la grava cruje bajo nuestros pies, un sabueso camina frente a nosotros mordisqueando una naranja que se encontró debajo de un árbol. Su dueño está sentado en una banca cercana con la correa en la mano.

Los pinos piñoneros bordean el camino que corta por la mitad el jardín, como un pasillo que conduce al altar, que es el mirador. Están espaciados de manera simétrica y se inclinan entre sí, naturalmente o no, para ofrecer sombra. El jardín culmina en la terraza de piedra, construida en la cima de la colina: es uno de los mejores lugares para ver la ciudad.

La parte superior de los edificios se ve bañada de un oro que parece derramarse. El atardecer pintó las nubes de un color durazno que atraviesa el cielo.

Una pareja de adolescentes disfruta la luz apoyada en el barandal de piedra que la gente ha descascarado y rayado con iniciales y fechas. Ella no debe tener más de dieciséis años, él se ve algo mayor. Un triste intento de vello facial, una playera negra y ajustada. Pero es ella a quien observo, la forma como se recarga, sus ojos cerrados para permitir que los últimos rayos de sol lleguen a ella, el modo en que aparta su cabeza de los intentos que él hace para tocar su mejilla. A sabiendas de que seguirá insistiendo. El tejido abierto de su falda, la música que hacen su montón de brazaletes.

Hay una idea que me pasa por la mente algunas veces. Quizás es más un lamento, que no tiene sentido. El hecho de que jamás tendré una infancia y unos padres distintos, otra perspectiva. En realidad, jamás veré el mundo de una manera distinta a como lo hago ahora, del modo en que he aprendido y me he enseñado a verlo. Mi mirada, mis instintos, lo que valoro y llama mi atención jamás cambiarán.

Lo veo en los detalles, como en la manuscrita precisa que todos los franceses parecen tener, y que se ve en los menús de los bistrós o en el letrero que explica por qué el parque está cerrado. Los niños deben aprender a escribir así en todas las escuelas francesas, y aunque intentara cambiar mi escritura para copiarla, tal vez nunca aprendería. O la joyería que esta chica usa, el esfuerzo que hizo para equilibrar sus proporciones. Su collar delicado y modesto le permite llevar aretes más ostentosos y largos. Tal vez aún su madre le compra la ropa en uno de los mercados, y es más barata de lo que la joven quisiera. Tal vez ella anhela algo más.

Lo que le importa a esta chica —los regaños de su madre, la indiferencia de su padre, cuánto le gusta su novio porque la deja hacer lo que quiera, el cosquilleo que siente en la garganta cuando ve el último rayo de luz bailar en la superficie del agua— nunca me importará de la misma manera.

Nos movemos a un lado para evitar lo peor de las multitudes y tengo que estirar el cuello para ver el paisaje entero. Hay una quietud aquí que asocio con estar en la playa al final del día. La misma calma, una pausa colectiva con un toque de agotamiento. Un suspiro para reconocer toda la energía que el sol y el mar han tomado de nosotros antes de que empaquemos y nos marchemos. Pies arenosos, pasos cansados, piel y cabello salados.

Como un experimento, tomo este, uno de los momentos que suelo guardar para mí misma, y lo comparto.

—Es algo triste, ¿no crees?, que nunca veremos el mundo como un romano lo hacía, o a la manera de un italiano, un británico o un sueco. O incluso como alguien de Los Ángeles o Arizona. Estamos atrapados en la forma en que nos criaron, en lo que nos han reforzado para notar.

John asiente lentamente mientras mira la ciudad

—Es agridulce para mí. El hecho de que solo podamos ser una cosa. —Está más callado que antes. ¿O así es realmente? ¿Ayer se distanció de su personaje?

—Tal vez por eso intenté aprender italiano por mí misma en un mes y medio, porque sabía que me sentiría así aquí. A veces parece que podría ser muy sencillo adoptar una identidad, con el tiempo y la motivación suficientes. En especial cuando veo que otros extranjeros lo hacen. Tú lo logras con gran facilidad. —Me detengo. Él está escuchando pero mira más allá de mí, hacia la luz que se desvanece con rapidez —. Pero ¿qué hay más allá del lenguaje? Tanto… todas esas pequeñas cosas que ni siquiera notas sobre pertenecer a un lugar. Están selladas, son irreversibles e imposibles de modificar. Puedes cambiar tu vida, pero solo hasta cierto punto.

Él sigue callado.

—Pero volveré —continúo con la esperanza de obtener una respuesta completa de su parte—, veré esta ciudad otra vez.

—Pero no será lo mismo —me dice—, y tampoco tú lo serás.

—Es verdad.

—Es curioso que digas que puedes cambiar tu vida pero solo hasta cierto punto. —Les da la vuelta a mis palabras—. Hay cosas de las que no puedes escapar ni dejar atrás, ¿sabes? Sin importar adónde te vayas o el idioma que hables.

—Claro que no, no quise decir que…

—Hasta cierto punto —repite a manera de invitación.

—Para ti, ¿cuál es ese punto?

Se recarga en los codos, se inclina hacia delante para bajar la mirada al río.

—La muerte de mi hijo.

Hasta el tono de su voz es plano. De inmediato se me hace un nudo en la garganta. Lo primero que siento es sorpresa, aunque eso no tenga sentido. ¿Qué derecho tengo de estar impresionada? No noté peso ni una tristeza profunda, pero ¿por qué lo haría? No tenía referentes ni nada que me alertara.

Muchas preguntas se abren paso para inundarme. ¿Cómo pudo suceder algo así? ¿Fue por una enfermedad o un accidente? ¿Cuánto tiempo vivió? ¿Cómo te afectó esto? Todas se atropellan en mi lengua a la espera de plantearlas, pero me quedo callada. Tal vez pasan tan solo unos segundos, densos y vacíos, que parecen interminables.

—Lo siento mucho. No sé qué decir.

—¿Nunca has perdido a nadie?

Niego con la cabeza.

—A nadie cercano. Ni joven.

—Eres muy afortunada.

—Sí.

Había querido leer la mente antes, pero no de esta manera. Quiero infiltrarme en él, entender qué es exactamente lo que quiere de mí y dárselo. Estoy a punto de hacerle una pregunta, con toda la cautela posible, cuando empieza a contarme cómo su hijo Henry murió a los seis meses de una enfermedad cerebral y congénita muy rara y cruel. Cómo su matrimonio no lo superó. Cómo algo como eso, algo inimaginable, o te une a tu pareja o hace que la vida en común sea imposible. Cómo no les quedó nada para darse.

—Así que eso fue lo que me trajo aquí. No podía quedarme en Nueva York, todo dejó de tener sentido. —Suena exhausto de su propia historia—. No es que lo que hago ahora tenga sentido para nadie en casa.

Caminamos lentamente por el perímetro del jardín. Se siente como si apagaran la luz y pusieran el paisaje a mis espaldas. John baja la mirada hacia la grava que hace a un lado con cada paso que da. Solo es unos años mayor que yo, pero la vida ha sido mucho más amable y mucho más desagradable con él. Encontrar a una persona que piensa que eres lo suficientemente bueno, amable y confiable para alinear tu vida con la suya, quizá para siempre. Sentirte seguro con ese vínculo, aceptado y comprendido, y darte cuenta después de lo frágil que era. Convertirte en padre, con la dicha y el terror que implica. Haber sido colmado de ese amor indescriptible que te consume, y que después te sea arrebatado.

—Lo lamento, sé que esto es demasiado para ti. —Se detiene donde el camino gira hacia la salida, pasando la iglesia. El perro ahora descansa bajo un árbol y sigue masticando su naranja—. Tal vez fue lo que dijiste. O la manera en que lo hiciste.

—Me alegra que hayas sentido que podías decírmelo.

Damos vuelta en la esquina y vemos la Vespa donde la dejamos.

—Puedes pensar que ya aceptaste algo —dice—. Puedes sentirte seguro y tener la certeza de ese sentimiento, de la permanencia. —Habla con tal suavidad que parece que lo que dice es ilícito o peligroso—. Entonces, el suelo debajo de tus pies se mueve sin más. Y de pronto te quedas frío, extraviado. No sé bien de qué otra manera explicarlo.

Trato de visualizar a John en Nueva York. Vive cerca de Union Square y por la mañana camina hacia su oficina inmaculada y ventilada, con una bufanda envuelta alrededor de su cuello tres veces durante el invierno. Quizás una vida social selectiva, cenas con cierta pareja de amigos ciertas noches. Pasa los fines de semana veraniegos en el Este, en una casa que tienen o rentan de mayo a septiembre. Un cuidadoso equilibrio, una vida feliz hasta que dejó de ser así.

—¿Qué te hizo sentir que marcharte y venir aquí era mejor que quedarte?

Lo piensa un momento. Sabe qué decir pero está determinando cómo decirlo.

—Algo tan insensato y trágico puede hacer que la gente se vuelva miserable. Creo que tiene que ver con la arbitrariedad de lo que pasó, como si tu sufrimiento pudiera ser contagioso. —Agita su muñeca y su reloj se desliza cerca de la palma de su mano—. La gente le teme a su propia impotencia, por supuesto. Qué poco

comprendemos.

Me cuenta cómo relacionarse con otros padres dolientes (odia la palabra, pero de todas formas la usa) lo ayudó al principio (porque son los únicos que entienden de verdad), pero después ya no.

—Roma siempre ha sido una ciudad abierta y amable conmigo. Así la recordaba, así que tuvo cierto sentido en ese momento. Tampoco es un mal lugar para desaparecer.

—¿Buscabas la absolución, empezar de cero?

—Esto no es empezar de cero. —Su respuesta es inmediata y me preocupa haber dicho algo ofensivo, pero luego suaviza un poco el tono—. Pero valoro tu optimismo.

Me río aliviada.

—Cuando quieras.

—Eso me gusta de ti.

—¿Qué?

—Cómo ves el mundo y el modo en que hablas de lo que miras. —Está midiendo mi reacción—. Siempre estás pensando, evaluado y tratando de entender las cosas. Eso es obvio, aunque pienses que lo disimulas bien. Por algún motivo me da tranquilidad.

—¿En verdad eso te calma?

Nunca habría pensado que a alguien le tranquilizara la forma en que hago cualquier cosa.

—Sí, es muy raro. —Suena tan sorprendido como yo—. Y creo que podrías ser una optimista, a pesar de ti misma. Quieres serlo.

—¿Una optimista? —Le sonrío y le doy una patadita a las llantas de la Vespa para hacer énfasis—. No estaría tan segura.

Hace unos años, mis padres pasaron otro verano en Hidra. Los acompañé por dos semanas. Jack solo pudo tomarse cuatro días. Nuestro itinerario giraba alrededor del sol: cuándo brillaba lo suficiente para despertarnos, qué tan fuerte resplandecía en qué lado de la isla, en qué terrazas fulguraba durante la comida, en dónde estaba más iluminado al anochecer. Una tarde, para recordar los viejos tiempos, rentamos un bote y navegamos hacia la caleta donde mis padres se conocieron. Jack perfeccionó su voltereta de clavado de costado. Mi madre aún podía zambullirse de cabeza.

Gran parte de las noches salíamos a cenar y pasábamos mucho tiempo en las mesas de distintos restaurantes ordenando comida y vino al por mayor, según nuestro ánimo. Berenjena, papas, pepino bañado aceite, bloques de queso feta servidos en pan pita recién horneado, pollo deshebrado, carne de res y mucho cordero. Todo empapado de jugo de limón y espolvoreado con orégano. El vino llegaba en un desfile interminable de jarras de cobre.

El nerviosismo que suelo sentir cuando Jack y papá están en la mesa al mismo tiempo empezó a desvanecerse. Ambos llevaron sus guitarras y empezaron a tocar juntos en un momento de calma entre el atardecer y el fin de la cena. Los lugareños reconocieron o fingieron reconocer a mis padres, brindaron a su salud, por su amor y por la familia que habían formado.

Aunque nos hospedamos cerca del mar, las noches en esa casa eran calurosas. Dormía a ratos con las finas sábanas enredadas en las piernas, con una almohada encima de la cabeza para aislarme del ruido de la mañana. Dejamos todas las ventanas abiertas, todo el tiempo, para que el aire circulara. A altas horas de la noche, Jack y yo platicábamos a través de la puerta abierta entre nuestras habitaciones, y tal vez fueron las charlas más largas que tuvimos desde nuestra infancia.

—De pronto está muy relajado —dijo Jack.

—Lo sé, es algo sorprendente.

—Hace que sea casi divertido estar con él. —Me tuve que reír con eso—. Pero, en serio, ¿por qué tuvo que envejecer tanto? —Me preguntó Jack, como si yo tuviera la respuesta—. Es natural que suceda, pero me pareció repentino.

—Claro que es así. Casi nunca lo ves. —Quería decirle que no solo era egoísta, sino que también estaba mal. En lugar de eso que me quedé ahí en silencio.

En su última noche, Jack dijo que estaba cansado de salir y que quería quedarse. Así que hicimos todo lo que pudimos para recrear el tipo de comida que mi mamá haría en casa, en su propia cocina. Compramos pescados enteros y los rellenamos con limón, ajo y aceitunas, y los rostizamos en un horno rentado. Yo rebané los pepinos y desmoroné el queso feta con los dedos. Mamá apenas tuvo que tocar los jitomates con el cuchillo porque estaban muy maduros. Hicimos una ensalada de lechuga y otras hierbas locales, aderezo de aceite de oliva, mostaza y pimienta, mezclada con tan solo nuestras manos limpias. Siempre me sorprende lo adaptable que ella puede ser cuando la situación lo requiere.

Papá y Jack brindaron por nosotras e incluso aplaudieron un poco cuando llevamos el platillo a la mesa. Los pescados se veían muy bien, carbonizados de la manera correcta.

Jack atrapó una gota de agua condensada con el dedo antes de que cayera de su copa de vino a la mesa. Estaba a cargo de la música para la cena. Miré el agua quieta al escuchar algún *cover* desconocido de *You Can't Always Get What You Want*. No hice mucho escándalo, con toda la resignación. Mi mama ladeó la cabeza como cuando necesita un momento para considerar algo y concentrarse por completo.

—Eso es algo deprimente, ¿no lo crees, cariño?

—Es cierto —dijo papá—, nunca entenderé tu obsesión con los *covers*, Jack. Una copia rara vez es mejor que el original.

Jack no reaccionó ni dijo nada, lo cual me pareció admirable. En especial cuando era tan sencillo recordarle a papá el hecho de que los *covers* de sus canciones habían estado pagando las cuentas, y algunas, incluso por décadas.

—Siempre que escucho esta canción, la versión original —dije—, recuerdo

haberla escuchado al mirar a través de la ventana del autobús, pasando el parque de Madison Square. Es extraño, sé que la he escuchado cientos de veces, pero de alguna manera esa es la imagen que permanece.

—No puedo creer que tú tomes el autobús —dijo Jack con una mueca.

—Yo, junto con todas las demás viejitas que intentan llegar del punto A al B —le contesté antes de hacerle un gesto obsceno con el dedo.

Mi mamá exhaló con los labios cerrados, a la manera francesa.

—Emilia, no eres viejita, por Dios. Cierra el pico.

Después de cenar, el vino se convirtió en *ouzo*. Papá y yo subimos a la azotea, la cual no era mucho más que una loza de piedra bien barrida que tenía un par de sillas de madera y una maceta con una planta muerta mucho tiempo atrás, víctima del sol. Obviamente no contábamos con el costoso estéreo que él usaba en casa. Así que le enseñé a colocar su teléfono en un vaso de agua vacío para amplificar el sonido: un poco de inventiva que le pareció encantador.

Puso *Out on the Weekend* a buen volumen, y nos dispusimos a cantar para ir a la par y luchar contra la brisa que trataba de acallar nuestras voces, «*The woman I'm thinking of, she loved me all up*».

El cielo se veía increíblemente extenso, negro y salpicado de estrellas. El agua lamía la arena en la pequeña caleta de abajo. Él bailaba alrededor con su bamboleo siempre bajo control y un vaso de un licor opaco en la mano. Recuerdo haber pensado mientras lo miraba: «¿Es él mismo cuando está en el escenario y solo finge cuando está con nosotros?».

Esa noche, aprobé la guitarra, me reí con la armónica de Neil Young, porque sabía que papá quería que lo hiciera. Mamá y Jack estaban lavando los platos de la cena abajo, su conversación amortiguada se escapaba por las ventanas que no podíamos cerrar. Jack le hablaba en francés, en un tono que yo reconocía: ligero, cómodo, casi conspiratorio. De la manera en que le hablas a alguien de tu confianza.

—¿Recuerdas la primera vez que te picó una abeja? —papá me preguntó.

Podía parecer un sinsentido, lo cual no es raro en mis conversaciones con él. Sin embargo, no debo confundirme, él sabe a dónde quiere llegar.

—No, creo que no.

—Tenías cuatro o tal vez cinco años. Corrías por el patio como solías hacerlo, contándote una historia e inventando un mundo que no podíamos ver. —Incluso en la oscuridad podía notar que su mirada se suavizaba—. Ibas con los brazos extendidos como si fueran las alas de un avión, y una abeja te picó justo en la axila. —Hizo un gesto de dolor con el recuerdo.

—Auch, ¿cómo es que no recuerdo eso?

Hizo un gesto con la mano para desestimar mi pregunta con amabilidad.

—¿Quién sabe lo que recordamos de la infancia y por qué? —Lo que importaba era su recuerdo, no mi falta de uno—. Lloraste un poco, por supuesto, pero estabas más estupefacta que cualquier otra cosa, y eso fue precisamente lo que te molestó, mucho más que el dolor. Después de quizá un minuto o dos, ya estabas afuera jugando otra vez, como si nada hubiera pasado.

Entonces, un fragmento de aquella tarde regresó a mí. Y él estaba en lo cierto: fue una sorpresa que me encontrara y me lastimara en un lugar tan vulnerable y sin advertencia alguna. Hubo otros momentos también: mi mamá al sacar aguijón en un delicado segundo y al decirme que las abejas mueren después de picarte, y eso significaba que estaba segura.

—Recuerdo que te vi y pensé «Estará bien, sin importar los obstáculos que la vida le ponga». —Se recargó para tener un panorama más amplio del cielo—. Pensé que eso era excepcionalmente reconfortante. Que, desde los cinco años, pudieras ver más allá de la mierda pasajera y supieras lo que es importante.

—¿En verdad lo crees?

—Sin duda alguna.

La gente se pregunta cómo es ser su hija: estar constantemente en su órbita, entender la complejidad de su estado de ánimo, conocer los significados detrás de las letras, de los títulos de sus canciones, de la elección de su atuendo, saber que me amó desde siempre. Y no está mal que sean curiosos o que supongan que estar vinculada con él es mágico. A veces lo es.

Sí, crecí en una casa que estaba llena de música casi siempre. Había flores frescas, buenas obras de arte e instrumentos costosos en casi todas las habitaciones. Personas de renombre nos visitaban con frecuencia, se unían a nuestras vacaciones o nosotros a las de ellas, mandaban cartas y regalos durante todo el año y eran como nuestros padrinos. Cuando estoy en otros países me siento cómoda, aunque no en casa. Hablo una segunda lengua con fluidez. Mis padres sabían y saben cómo hacer una fiesta excelente. Pero gran parte del glamur y la soltura que solía estar ahí ha cambiado; la energía que la impulsaba pudo haberse atenuado, si no es que desapareció del todo.

Papá está en su mejor momento cuando se siente «despierto, creativo y vivo», según sus palabras. Para algunos músicos, eso significa estar solos para escribir y tocar canciones, lejos del mundo real, de las influencias y de otras personas. Papá siempre quiso lo opuesto, anhelaba y desea la conexión. En especial con la edad, con la manera en que las horas de luz se tornan mucho más preciosas en invierno.

Cuando vivía con ellos, había periodistas de *Rolling Stone*, *Village Voice* o de la sección de arte del *New York Times,* muy pendientes de cada palabra de papá mientras cenábamos. Sus preguntas eran predecibles: pedían detalles sobre el repertorio del festival de Montreal que impulsó su carrera y de cómo fue tocar en la isla de Wight ese verano. Siempre había la misma fascinación por ese inusual músico que había logrado madurar sin dejar de ser creativo y productivo.

Algunas veces le ponían atención a mi madre, pero rara vez a Jack o a mí. Si lo hacían, era una estrategia obvia para demostrarle a mi papá que se interesaban por él más allá de su papel como compositor e intérprete de conciertos legendarios, como una persona integral, un hombre de familia.

Con el tiempo se ha vuelto más sentimental. Lo que significa que ha dejado que más gente se acerque a él.

Las peregrinaciones, como llegamos a llamarlas, empezaron hace diez años.

Tan pronto como el clima se torna cálido, grupos de personas (en su mayoría hombres veinteañeros, pero no siempre) empiezan a reunirse en la ciudad y en algún momento emprenden su camino por los caminos que conducen al bosque y a la puerta de nuestra casa. Siempre se ven nerviosos, algo avergonzados por estar invadiendo su espacio, y llenos de expectativa, como si fueran a ver a un místico o a un predicador. Pero a diferencia de Salinger en su refugio de New Hampshire, papá les daba la bienvenida.

Les hablaba de la diferencia entre la poesía y una canción, del modo en que algo puede tener gracia en la página y en la garganta. Tomaban notas y le pedían consejos: ¿deberían casarse con su amada, regresar con la persona que les hizo daño, perseguir sus sueños de escribir o cantar o ambas cosas?, ¿cómo mantener a raya la depresión, el arrepentimiento y el miedo? Creo que le agradaba mandar a cada grupo por un camino distinto, y hacer uso del poder que le atribuían.

Me he preguntado si alguna vez quiso ser un mejor hombre, más auténtico, más satisfecho. Tal vez eso era lo que estaba intentando.

Jack nunca ha estado bajo el hechizo de mi padre, pero hasta él se ha visto atrapado en su torbellino de carisma, amor o lo que sea. Siempre que esto sucede él se repliega confundido, sintiendo que se traicionó a sí mismo. Me imagino que ese tipo de soledad debe de ser especialmente horrible.

Mis padres en realidad no fueron a Hidra ese verano para mostrarles a sus hijos dónde empezó todo, ni para conmemorar su tiempo en común, aunque eso sea lo que le dicen a la gente, y tal vez hasta se lo dicen a ellos mismos. La verdad es que mi mamá le quiso poner un alto a las peregrinaciones. Decidió dejarles de ofrecer té helado, refugio y sonrisas amables a los discípulos de él. No quiso seguir viéndolos sentados a los pies de papá, haciéndole preguntas y esperando absortos por las respuestas. Esas procesiones fueron algo excepcional y tangible, una presencia que ella podía ver, entender y desterrar sin titubear. Papá, como suele hacerlo ahora, solo se dejó llevar y la siguió adonde ella quiso.

La Vespa de John es de un tono azul marino profundo, y la pintura tiene un toque brillante. Me concentro en el color, y bajo la mirada en vez de ver el tráfico que esquiva. A medida que nos alejamos del centro de la ciudad, y hacia lo que supongo que es una autopista, el paisaje a mi alrededor se ve menos como una capital europea bien conservada y más como un amplio tramo de asfalto que conecta el centro de Manhattan con el norte de Nueva Jersey. La única diferencia es el tipo de letra de las señalizaciones y el tamaño de los autos que nos rebasan. Me aferro a John sin demostrarle que estoy aterrada. Cuando levanto la vista, veo que los árboles que bordean el camino son frondosos, y que toda esa sombra que proyectan es vívida y profunda, de colores azules y verdes que se convierten en púrpura y luego en negro.

Nos detenemos en lo que solo puedo describir como la versión italiana de un

centro comercial. Una serie de escaparates que apenas se alejan de la calle principal, separados del tráfico por una hilera de gruesos arbustos. Hay un letrero iluminado en luz neón que anuncia el restaurante al que supongo que vamos. No hay manera de que este lugar haya estado alguna vez en la lista de Michael.

Cuando me bajo con las piernas aún temblorosas, noto una bandera estampada sobre la luz trasera de la Vespa, una loba con dos figuras arrodilladas debajo de ella,

—¿Eres un fan del Roma? —le pregunto—. Creo que eso es un hecho, ¿no? Por vivir aquí.

Sonríe y se encoge de hombros.

—En realidad, no. Me gustaría decir que sí, pero no.

—¿No lo eres? Pensé que estar obsesionado con el futbol era un requisito para vivir en Europa. —Actúo como si estuviera impresionada para disimular mi asombro por haber llegado entera—. Si quieres tener una vida social, claro.

—Por supuesto que al principio me ayudó ver los partidos, aprenderme los himnos y las canciones e involucrarme un poco. Sin embargo, fingía casi todo el entusiasmo. —Se talla la mugre del costado del zapato—. Para ser honesto, le compré el escúter a un vecino. Aún la siento como si fuera una prenda que me estoy probando.

Podría mentirle y decirle que parece un italiano más, pero sonrío con la idea de su nerviosismo al manejar, y decido no hacerlo.

—Bueno, definitivamente te da un aire de legitimidad.

—Pensé en cubrirla con algo más, con alguna bandera o símbolo que en verdad me importara. Pero no pude pensar en nada mejor, y pintarla me pareció muy aburrido.

—Me gusta.

—A mí también. Cuando estés en Roma, haz como los romanos.

Con eso pongo los ojos en blanco. Y en ese momento, mi molestia fingida con su refrán, su satisfacción por hacerme reír, la velocidad e intensidad de lo que sea que es esto, se siente casi como un milagro.

Giramos hacia la terraza del restaurante atiborrado de familias que terminan de merendar. Su mano estaba colocada con suavidad en el centro de mi espalda guiándome, una señal de la caballerosidad que mi madre le enseñó a Jack para que la diera, y a mí para que la recibiera. Como ponerse de pie cuando una mujer llega o se retira de la mesa. O siempre caminar del lado de la acera que está más próximo al arroyo vial.

La primera impresión es que el lugar no es nada fuera de lo común. Paredes y manteles blancos, techo bajo, sillas de metal negro que podrían encontrarse en cualquier parque empresarial, candeleros que emiten una luz genérica y que deberían sugerir calidez, pero que no lo logran. Cualquier vista que pudiera tener del lugar se ve obstaculizada por unas columnas blancas espaciadas al azar. El único detalle que sugiere personalidad real es la variedad de vasos de agua. Cada uno es de un color profundo y distinto que salpica las mesas con tonos como el morado

berenjena, el verde esmeralda y el amarillo diente de león.

He notado cómo los restaurantes romanos se concentran en la comida, la comodidad y la conexión, y rara vez en el ambiente, como sucede en Nueva York. Esa necesidad de crear un tipo particular de entorno, de obsesionarse con el espacio entre las velas, la altura de una silla o los cuadros en los muros, con la esperanza de que todo comunique sin palabras algo sugerente o universal.

Un hombre que se ve de la edad de mi padre irrumpe por las puertas batientes y grita el nombre de John. Viste un traje completo azul marino y un reloj costoso. Su cabello de color plata es lo suficientemente largo para que se le rice en la nuca. Estrechan las manos y se toman por los hombros.

—Emilia, te presento a mi amigo Tomasso, el dueño del lugar. —John pone su mano en mi espalda, en el mismo lugar neutral—. Tomasso, Emilia.

Tomasso me toma de ambas manos y me da un beso en la mejilla. Su bronceado es de ese tono italiano de terracota, y huele a cigarro recién fumado.

—Qué gusto conocerte.

Las arrugas alrededor de sus ojos me recuerdan a una naranja olvidada en el sol, endurecida, pero aún vibrante.

¿Qué tan seguido vendrá John aquí? La cercanía entre ellos parece acumulada, conseguida con esfuerzo. Aunque no es sencillo hacer suposiciones basándose en el modo en que la gente se saluda y reacciona cuando se ve en esta ciudad. Tal parece que podrías ver a un italiano un par de veces, y que te salude como a un viejo amigo de toda su confianza la tercera vez. Me imagino que ese grado de amabilidad y hospitalidad puede resultar engañoso. ¿Cómo determinas cuando en verdad conoces a alguien? ¿Cuándo dejas de ser un conocido para convertirte en un amigo?

Me pregunto si John sintió esa confusión al mudarse aquí, si al empezar su nueva vida mientras sanaba pensó que estaba progresando y había encontrado un refugio seguro, cuando en realidad no era así.

—Aquí —me dice John con voz grave, mientras Tommaso revisa el salón para encontrar una mesa apropiada—, si un restaurante se ve como si fuera de Nueva York, es una mala señal.

Nos sentamos cerca de la puerta, y desde ahí tenemos una vista del patio, y podemos apreciar la hiedra que va cayendo desde la pérgola que está arriba, y al mismo tiempo tenemos el beneficio del aire acondicionado.

—¿Cómo estás, amigo mío? —John pregunta al sentarse y sentirse como en casa—. ¿Cómo vas?

—Bueno, podría quejarme, pero ya sabes qué dicen. —Puedo escuchar la piel curtida de Tommaso mientras se pasa la mano por el cabello, el principio de una calva. Se para detrás de la silla, se apoya en ella por unos momentos y después se sienta—. Si todo el mundo tirara sus problemas en un hoyo, querría recuperar los míos.

Mientras ellos hablan hojeo la lista de vinos, que es más una enciclopedia organizada por región. Algunas botellas tienen un tache con marcador de fieltro. Otros tienen notas con diferentes tipos de manuscrita, palabras que no entiendo.

Pero no es necesario ver la lista. Apenas había cambiado la página de los blancos a los tinos cuando tres copas de vino, grandes y cortas, fueron colocadas con fuerza sobre el mantel, que amortigua el sonido. Un mesero se para entre John y Tomasso y abre una botella que aún gotea con el agua de la hielera. Es vino blanco hecho en Abruzzo, con una oveja sonriente y dibujada a mano en la etiqueta. Tiene un sabor fuerte y salado que deja un regusto un poco podrido en el fondo de mi garganta.

Al igual que el vino, la comida empieza a aparecer. *Fritti misti* repartido en cuatro platos. Filete de bacalao crujiente y cortado del tamaño de un bocado. Anchoas fritas que casi no se tenían que masticar. Chipirones de piernas enroscadas. Flores de calabaza envueltas en albahaca y rellenas de *ricotta*. Sesos de cordero, cremosos debajo de la corteza. Todo servido en rebosantes conos de papel color azafrán. John rocía jugo del pedazo de limón que sostiene en la mano. La *burrata* está tan fresca que se desparrama e inunda el plato salpicado de jitomates rostizados; el aceite que exudan es de un color anaranjado encendido. La albahaca está finamente picada con tijeras.

En la mesa de al lado, un chico contempla un tablero de ajedrez portátil. Los peones y alfiles tienen imanes en la base, y lo llevaron para mantenerlo ocupado durante la cena. Es el único niño en la mesa, y su contrincante es su padre, quien hace pausas en la conversación que sostiene con quienes parecen ser su esposa, su hermana y su cuñado. Toma un sorbo de agua o de vino, y luego hace un movimiento.

Tommaso está encantado con el hecho de que tanto John como yo seamos de Nueva York o, en el caso de John, que solía serlo. John asiente.

—Creo que en algún momento hasta fuimos vecinos.

—Es verdad. —Muerdo una flor de calabaza que se desbarata en mis dedos—. A unas cuantas cuadras de distancia.

Tommaso me pregunta qué me parece la ciudad, como si fuera un auto que hubiera decidido probar. Una pregunta tan ridícula que me hace reír un poco.

—Es muy relajante estar aquí —contesto—, me siento en paz, feliz.

—Solo alguien de Nueva York podría sentir que este es un lugar relajante. John dice lo mismo. —Tommaso se ríe—. Para encontrar la verdadera paz debes marcharte de la ciudad. Eso es lo que nosotros hacemos.

Me sirvo más vino y me pregunto quiénes han abandonado todos esos enormes palacios que he estado viendo, adónde se marcharon.

—Entonces, ¿adónde te escapas, Tommaso, para encontrar la paz?

Me quita la botella y llena mi copa.

—A mi casa de campo, por supuesto. Mi familia ya lleva un mes allá. Mi esposa, nuestras dos hijas, sus esposos, sus hijos. —Debe ser igual en cada cultura, ese deseo de comunicar la abundancia de la vida y la buena suerte como una especie de carga agradable. Siempre con un dejo de autocrítica—. Estoy haciendo que parezca mucho más grandios de lo que en realidad es. John sabe de qué hablo, mucho más de lo que probablemente alguna vez quiso.

Miro el rostro de John mientras Tommaso habla de la dinámica entre sus hijas y sus esposos, de la energía interminable de los niños: cómo corren por el jardín, construyen fortalezas en sus recámaras, salpican mucha agua de la alberca. John no muestra mayor reacción más allá de una sonrisa neutral mientras se acerca a los calamares y navega por la *burrata* y el jitomate con un pedazo de pan.

¿Debería reaccionar de algún modo? ¿Por qué habría de quedar hecho pedazos cada vez que ve a un niño o que escucha hablar de uno? ¿Por qué suponer que es tan frágil?

—Pero sí, John ha estado ahí muchas veces, ya conoce la casa muy bien —dice Tommaso y encuentra el camino de regreso hacia su idea original—. En forma y fondo, mi casa es muy temperamental. Muy vieja, pero muy hermosa.

—Cómo tú —dice John para molestarlo.

—¿Lo estás ayudando con su casa? —le pregunto.

—Es un lugar muy bonito, justo afuera de Todi, en Umbria. —John describe la alquería de piedra que ha pertenecido a la familia de Tommaso por generaciones. Su techo inclinado al estilo español, ventanas hechas a mano, gruesas vigas de madera que sostienen los techos, moreras que marcan la entrada, olivos que rodean el terreno. Su voz se hace más fuerte, sus ojos se concentran, sus manos se agitan al describir arcos, escaleras, chimeneas y una veranda que él y Tommaso saben que es real y que yo solo puedo imaginar.

—Hubo una adición y luego reparaciones que se convirtieron en más cambios —comenta Tommaso—, pero valió la pena, para que sea perfecta. Es mi lugar favorito. —Pone su mano sobre su corazón, gira la botella vino con la otra—. Y John lo sabe todo. Me está ayudando a que siga siendo así.

—Un poco de trabajo pro bono. —John se inclina para decírmelo.

—¿Pro bono? Me encantaría que fuera así. —Tommaso dice riendo—. Tal vez no hay dinero, pero sí mucha comida y vino. No dejes que te engañe, Emilia, este hombre no es un santo.

—No te preocupes por mí —respondo—, tengo buena intuición para ese tipo de cosas.

Si tan solo supieran a qué grado eso era una broma.

—Emilia es una artista —John le dice a Tommaso.

Siento en mi garganta la necesidad de calificar esa frase de alguna manera. Algunas cosas que me encanta decir: «Bueno, más o menos», «Depende de qué entiendas por artista» o «Solo en algunos rincones de internet». Pero lo dejo pasar esta vez, junto con la pizca de orgullo en la voz de John. Sin duda se siente bien, pero también me hace preguntarme, ¿qué tipo de persona deja entrar a otra en su vida tan fácilmente?

—Entonces tú también debes darnos una obra pro bono. —Tomasso llama a un mesero con una seña. Me da una hoja de papel y algunas de las crayolas que son para los niños—. Trata de hacerme ver respetable, si puedes.

Casi hago un comentario sobre tener que pagar por mi cena, pero en vez de eso estudio la nariz, la barbilla y los lóbulos de las orejas de Tommaso, y le asigno

distintos colores a diferentes partes de su cara.

—Me gustan tus vasos para servir agua —le digo.

Puede sentir que lo miro y levanta una ceja antes de decirle a John que debería buscarse una casa propia.

—El hogar es una idea graciosa —dice John—, cambiante. Entre más envejecemos, terminamos teniendo muchos tipos de casas, con nuestros padres, esposas, hijos.

—Y una vez que te mudas a un nuevo hogar, el anterior desaparece —agrego.

—Si tienes la suerte suficiente para tener todos esos hogares en una sola vida —dice Tommaso.

Miro a John de reojo, ¿esto lo molesta? Trato de cambiar el tema, o al menos de distraernos, tal vez más por mi comodidad que por la de él.

—Me encanta la casa de mis padres, pero quizá solo me gusta mi versión de ella, como me gusta recordarla, con el cielo sonrojado en las mañanas y en las tardes, el humo de la leña tan denso que se puede oler. —La ladera que conduce a la puerta principal debe verse especialmente bella en esta temporada, bañada con el verde amarillento del verano—. No sé si la casa y lo que siento cuando estoy ahí en realidad está a la altura de lo que pienso cuando estoy lejos.

—Tal vez imaginamos lo que pensamos merecer. Vemos lo mejor de nuestros padres y lo que han hecho por nosotros, nos convencemos de que un hogar como ese es posible. —La voz de John se ha tornado algo soñadora—. Te sirve de inspiración, para cuando te instales en tu espacio.

—Y para empezar una nueva vida, como lo ha hecho John, se necesita valor. —Tommaso se inclina hacia adelante y su expresión se vuelve seria—. Huir de la oscuridad e ir hacia la luz. ¿No lo crees?

—Es admirable —digo, colocando mi mano en el brazo de John bajo la mesa. Con la esperanza de que esto sea suficiente para satisfacer a Tommaso, o al menos para despistarlo un rato.

Tommaso finge que quiere conocerme, pero en realidad no desea hacerlo. He aprendido a identificar cuando un hombre en verdad está interesado en lo que digo. Él me muestra una cortesía transparente por deferencia, para cumplir el requisito de su amistad que dicta que cualquier persona que John encuentre lo bastante cautivante como para traerla, debe ser digna de conversación.

La mesa de pronto está llena con tres cuencos hondos, estrechos, profundos y colmados de *bucatini all'amatriciana*, *tonnarelli cacio e pepe* y *rigatoni carbonara*. Unos hombres están de pie a nuestras espaldas, rallando *pecorino* y parmesano; el queso llueve en chorros uniformes y espesos.

—*Ecco a lei come richiesto* —dice el mesero antes de marcharse.

—Sí, esto es algo muy importante que aprendí de Tommaso —explica John con su voz cerca de mi oído—. Esa pasta siempre se debe cocinar *al chiodo.* —Levanta un poco de la pasta humeante cacio e pepe de mi plato—. O sea que debe estar dura como un clavo de hierro, menos cocinada que *al dente*. Se termina de cocinar con el agua de la pasta y el calor que queda. Pruébala.

Tommaso simula tener un martillo que golpea un clavo mientras empezamos a aventurarnos por los platos de pasta frente a nosotros.

—Me pareció que lo justo es que comas bien —dice, guiñando un ojo hacia donde estoy—, después de que evitaste que mi casa se derrumbara.

Enredo el *bucatini* en mi tenedor, el cual brilla con el jitomate, el aceite, la grasa y el queso. Saboreo las especias, la sal y escucho un pequeño crujido. El vino pasó de ser blanco a tinto sin que lo notara. La etiqueta dice Dolcetto di Dogliani.

—Es vino de mesa, de la casa, si lo prefieres —dice Tommaso—, pero aun así es muy bueno.

Solar, maduro y un poco pesado para mi paladar. Después de darle vueltas, aún veo una sombra de color en un costado de la copa.

Todas las mesas de afuera están llenas. Tommaso nos deja para saludar y atender a sus clientes habituales que acaban de llegar, y luego alguien de su equipo lo llama a la cocina. Siento alivio de recuperar este nuevo equilibrio que consiste en sentarme frente a John y tratar de conocerlo.

Tommaso sigue sentando a los nuevos comensales tan cerca de nosotros como es posible, de manera que nos rodea la actividad y la atención. La energía parece irradiar de nuestra pequeña mesa. Al levantar la vista, de pronto puedo ver todas las formas en que el lugar ha cambiado con el anochecer.

Las paredes blancas y las mesas que antes eran comunes y corrientes ahora se ven distinguidas por los platillos, los atuendos y las voces. Los llamativos candelabros de pared iluminan como si fueran lámparas de aceite.

Limpiamos los tazones con pan, que repasamos una y otra vez para saborear una vez más. Nos rehusamos a quede algo.

Tan pronto como esos platos desaparecen, llega el estofado de cola de res con jitomate y apio; el pescado con ajo, pasas y piñones; la espinaca cocinada con aceite de oliva y jugo de limón; las chuletas de cordero que comemos con las manos y mordisqueamos como roedores. El niño del tablero de ajedrez, para distraerse mientras los adultos se terminan el vino, sonríe ante nuestro desorden. John lo saluda con la mano.

—¿Te molestó cuando Tommaso sacó a relucir el tema de la familia? ¿O cuando ves a padres con niños pequeños? —Esto resulta más directo de lo que me habría gustado, pero su franqueza parece invitarme a preguntar. Tal vez está ansioso de que lo haga.

—Algunas veces, pero no quiero dejar de vivir ni tener miedo ante la felicidad de los demás. Eso no podría llamarse vida.

— ¿Hace cuánto tiempo pasó?

—Tres años, y siento como si hubiera sido hace mucho y también como si acabara de pasar. Pero también siento que siempre está conmigo, de alguna forma. Así que, con eso en mente, trato de seguir adelante.

Empuja un pedazo de pescado por el plato, dejando un rastro de aceite.

—Me deshice de muchas cosas que al final nunca me importaron en realidad. Me dije que por el resto de mi vida no haría ni diría nada que no me inspirara

genuinamente, que no me hiciera reaccionar con enojo o temor.

—¿Entonces la casa de campo de Tommaso es una fuente de inspiración?

—Cuando vi el estado en el que se encontraba, me asusté un poco. —Se ríe—. Pero también me encantó. Me fascinó que fuera un desafío. Nunca había hecho algo como eso, reconstruir algo. Estaba bien edificada, pero básicamente se estaba cayendo a pedazos después de varios años de abandono. Así que lo ayudé, negocié con los constructores, los mamposteros y los proveedores de vidrio en un idioma extranjero, y vi cómo el proyecto fue tomando forma. Una casa como aquella es algo en verdad hermoso. Contiene tanto, lo sigue haciendo.

—¿Me podrías decir cómo era tu hijo? —Es lo más sencillo que se me ocurre preguntar, con la esperanza de que no sea doloroso.

Lo piensa unos momentos.

—Era muy pequeño y muy joven, pero se conocía a sí mismo. Estaba muy seguro de lo que le gustaba y de lo que no, desde su comida favorita hasta el libro que quería que le leyéramos en la noche. Tomaba las decisiones de una manera rápida y absoluta. —Ladea el cuchillo para ver su rostro en la plata, luego el mío—. Te robaba el corazón y se lo quedaba.

Se siente como algo perverso y hasta incorrecto, pero examino su cara, saciada, y al parecer feliz, y trato de visualizarla de luto, desencajada, sin el toque de esperanza que tiene ahora. Me imagino que tres años es muy poco tiempo cuando te enfrentas a la tarea de resucitarte, de reconstruir algo tan frágil que podría desmoronarse en cualquier momento. Y tal vez así suceda, una y otra vez. Por fortuna desplaza esa idea de mi mente cuando pone una cucharada de tripa con jitomate y menta en mi plato.

—Me gustaría ser lo bastante aventurera para probarlo, pero no lo soy.

—Vamos, es *trippa alla romana*, ¡un manjar de los dioses! Al menos pruébalo.

Me concentro en el sabor ácido y en la pimienta, y no en la masa misteriosa de la tripa, y trago tan pronto como puedo.

Cuando John se levanta para ir al baño, Tommaso se sienta en su silla para que yo no esté sola ni por un momento. Le paso el retrato terminado y doblado a la mitad, como si estuviéramos negociando un precio. Lo abre, sostiene el papel lejos de su cara y después lo acerca.

—Esto es muy bueno. Veo que eres una buena jueza del carácter de la gente.

—No sé si lo soy, pero me da gusto saber que te agradó.

—No, lo puedo notar. Ves a la gente por lo que es. —Como insiste, le doy por su lado—. Y eres amable al dibujar mi nariz mucho más recta y menos grande de lo que es.

—Todo artista debe saber adular.

—John es un buen hombre —dice de manera abrupta—, es fácil quererlo.

Tal vez malinterpreté a Tommaso al pensar que yo le era indiferente. Tal vez me estaba evaluando.

—Hasta donde he podido ver, estoy de acuerdo contigo.

Y entonces John regresa, tan pronto como se fue. Las copas de vino y los platos

desaparecen y las reemplazan unos jaiboles cortos y bien hechos. Un mesero nos muestra una botella de *amaro*, cuya etiqueta no tiene más que una alcachofa cuidadosamente dibujada. La deja en la mesa.

Bebemos un vaso pequeño tras otro, como si al servirnos un poco cada vez hiciera que fuéramos moderados. Una vez más, pierdo cualquier noción de qué tan temprano o tarde es. Me niego a ver mi teléfono o a que el reloj de John me lo diga.

Él está un poco ebrio. Sus carcajadas por las bromas de Tommaso se han convertido en risitas que no puede o no quiere controlar. Quizá deberíamos tomar el taxi que Tommaso se ofreció a llamar, pero no lo aceptamos. Cuando venimos de regreso, al cruzar el Tíber y acelerar por Testaccio, noto que John está sonriendo, quizá por la manera en que ladea su cabeza, por sus hombros relajados o por otro detalle que no puedo nombrar.

—Tu casa me hace pensar un poco en el estudio de mi madre —le digo a John mientras me siento en el piso y me reclino en su colchón.

Y es verdad. Las vigas expuestas, la inclinación del techo, la manera en que los dibujos de John y sus litografías están colgadas con desenfado, aunque queda claro que están muy bien escogidas. Mi mamá se aseguró de que su estudio inspirara el mismo sentimiento, y transformó el viejo granero de nuestra propiedad en un espacio que resultó perfecto para sus intenciones. Es curiosa la manera en que el dinero puede honrar lo que solía estar ahí, y al mismo tiempo hacerlo irreconocible.

Aunque hay diferencias obvias. El espacio de mi madre fue destruido y reconstruido según su perspectiva, y no montado en partes, como esta guardilla en una zona tranquila y residencial de Roma. Las paredes de mamá están llenas porque aprovecha cada centímetro del espacio, del suelo al techo. Las de John son sobrias, los marcos están separados al azar. Consideró el tamaño y el color, las proporciones de una pintura y su relación con el ángulo de una silla. Dos habitaciones diametralmente opuestas, la atención que despiertan es lo único que las une.

—¿Cómo es tu mamá? —Se acuesta a mi lado, ignorando el sofá y una silla cercana. Pese a que el foco de la cocina está encendido, estamos sentados en la oscuridad. Nuestros ojos se ajustan. Puedo ver los contornos de los techos, cómo otras personas pasan la noche.

—Es tranquila, pero no de una forma pasiva. Tal vez ha recurrido a eso para equilibrar a mi papá. Pero es claro que siempre está pensando, que definitivamente tiene opiniones de todo. Es talentosa, amable, todavía hermosa, una buena amiga, buena escucha. Me imagino que se podría decir que es muy sufrida.

Me río como si fuera una broma.

—¿Ustedes dos se llevan bien?

Me encojo de hombros.

—La mayor parte del tiempo sí. A veces es complicado estar a su altura. Para mí es difícil saber si ella piensa que estoy tomando las decisiones correctas o si vivo

el tipo de vida correcto. —Escucho mis palabras, «el tipo de vida correcto». ¿Qué significa eso para ella? No es lo que eligió, sino lo que aceptó: una vida segura, una vida que es una discusión que al final siempre gana—. También es una artista.

—¿Como tú?

Niego con la cabeza.

—No, mucho más exacta, técnica, privada. Nunca vende ni comparte con nadie lo que pinta.

—¿Crees que quiere hacerlo, o que desearía hacerlo si pudiera?

—No lo sé.

Y en verdad lo ignoro. Nunca la cuestioné, solo me pregunté sus motivos. John no me pide que aclare, solo asiente. Apenas soporto la incomodidad que suelo sentir cuando hablo de mí misma por un buen rato, cuando ha pasado un buen rato desde que la conversación perdió ímpetu.

Miramos por la ventana francesa, más allá del balcón, hacia la pendiente del río y el Vaticano a la distancia. Él bebe sorbos de agua de una botella de vidrio, y escoge una canción en su teléfono que empieza a sonar desde un altavoz, del tipo que está diseñado para que quede oculto a la vista. Cualquier idea que trato de aislar o articular es vaga y fugaz, la cabeza casi me duele por el vino. Estoy esperando a que me toque.

—Me parece sorprendente que tantas cosas sigan de pie. —Michael me mandaría a la mierda por decir algo así, tan sentimental e ingenuo. Además, ¿en verdad me sorprende? Pero John murmura que está de acuerdo.

—Me parece esperanzador. La gente se adapta, claro, pero aquí la historia siempre se preservará, se construirá alrededor de ella, se permitirá que exista —dice—. Porque se considera lo suficientemente antiguo, valioso y bello.

—Cierto, pero ¿quién decide eso? ¿Cómo es que una villa se convierte en un museo público y otra queda recluida y solo puedes verla si conoces a la persona correcta? ¿Una es más valiosa que otra? ¿Cómo es que la gente podría saberlo, si tanto está oculto?

¿Por qué trato de acribillar sus ideas? De patear la superficie de agua mansa, ¿es solo porque está tranquila?

—Como la puerta cerrada del jardín en el monte Aventino —continúo—, con todas esas personas que hacían fila para ver por una cerradura. ¿Por qué no solo dejarlos entrar?

Me sonríe de una forma casi despectiva.

—Porque eso siempre ha sido así. Algunas personas tienen las llaves, otras no saben que existen. No es correcto ni justo. —Se limpia el agua acumulada en la comisura de los labios—. Al tener el padre que tienes deberías tenerlo más claro. Hay privilegios, merecidos o no.

Quiero decirle que sí, pero que con mucha frecuencia debes pagar por ese privilegio. En lugar de eso le hago otra pregunta:

—¿Qué te ha hecho quedarte?

—Estoy conforme con el solo hecho de existir aquí. No es como en casa. —

Echa la cabeza hacia atrás, acunada por el cojín del sofá—. No hay una insistencia en mejorar, en el crecimiento continuo. No lo extraño.

—Entiendo cómo esto podría ayudarte. Hay tanta belleza y fealdad aquí, tanta historia. Tal vez es bueno que sea tan directo.

Es un desafío ignorar la debilidad, el dolor o lo que sea que lo hace decir lo que dice, navegar por esa parte de él que nunca entenderé del todo. Sin embargo, también es estimulante. Se encoge de hombros.

—No trato de ser un hombre pleno. De todas formas, no hay nadie a quien quiera convencer de eso, es una realidad. ¿Por qué mentiría?

—No deberías.

—Pero tal vez es más esperanzador de lo que aparenta. Hay muchas ruinas, pero también hay vida.

John encendió una vela cerca de la ventana. Veo el reflejo de la llama en el vidrio. La esencia, una versión masculina de azahar y jazmín, ya se esparce en el aire. Tal vez estaba encendida cuando se arreglaba para verme, la apagó deprisa mientas tomaba sus llaves y se miró al espejo por última vez.

Tendió la cama después de que me fui esta mañana, y las almohadas recuperaron su forma. Es difícil saber si mi presencia aquí, mi soltura y comodidad cuando estoy con él es real, o si es solo un reflejo de su franqueza, su amabilidad o su dolor. ¿Es posible que una decisión sea deliberada y al mismo tiempo involuntaria?

—Hay una canción de tu padre que me encanta.

—Déjame adivinar. —Tomo el teléfono de su mano, volteo la pantalla para que no pueda ver lo que hago, encuentro el nombre de mi padre y *Chaos* en la lista llamada «Más populares» y pulso *play*.

—¿Soy tan predecible?

—Es la favorita de la gente —admito, y me arriesgo—: y es un poco sentimental, así que entiendo por qué toca fibras sensibles.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta de una manera que no necesita respuesta, y pone la mano sobre su corazón para darme a entender que no se siente aludido.

Es curiosa la forma en que a algunos hombres les gustan que bromeen con ellos y a otros no. O cómo un hombre puede querer ambas cosas, y la manera en que eso cambia con su estado de ánimo o circunstancias.

Por unos momentos trato de escuchar la canción por lo que es, solo música y letra, como si no la hubiera escuchado miles de veces. La voz de mi papá es grave y un poco áspera. Recorre la melodía que conozco muy bien con la cautela que llega con la edad.

—No había escuchado esta versión en un rato. —Mi voz suena lejana—. Por lo general la gente escucha la grabación original.

—¿Qué edad tenía cuando la grabó? Me refiero a la original.

—Creo que treinta y cuatro, o tal vez treinta y cinco.

John se recuesta, tal vez haciendo memoria de cómo era él a esa edad, hace tan solo algunos años. Lo que le importaba en aquel entonces, lo que aún le quedaba vivir. ¿Su hijo seguía vivo? ¿Ya lo esperaba para ese momento? Apoya dos dedos en la curva de mi rodilla, juega con el nudo que le hice a mi vestido, exhalo agradecida y me pregunto cómo hacerle entender que quiero que siga.

—Yo escribí ese estribillo, ¿sabes?

Otro riesgo, uno más grande. Levanta la vista al techo e interroga al aire como si contuviera la canción y la voz de mi padre.

—¿A qué te refieres? Esta canción es de los noventa o antes.

—De 1992, para ser exacta.

—¿Y tú tenías siete años?

—Más o menos, sí.

—¿Cómo pasó eso? —pregunta John, pero no de la manera casual y curiosa con que la gente suele hacerlo.

Las pocas personas que lo saben actúan como si se tratara de un gesto paterno amable e incluso dulce.

Le cuento la versión corta, mientras hago pequeñas concesiones a mi padre, aunque no estoy segura de por qué. Cómo vio y ve mis palabras como una fuente de inspiración, la ternura en su voz cuando me dedica la canción desde el escenario.

—Sé que no se trata de si te molesta o no, sino de cuánto.

—¿Qué te hace estar tan seguro? ¿Cómo podrías saberlo? —De inmediato mi tono se vuelve chillón. Trato de sofocarlo para que vuelva a la normalidad y respiro hondo—. Tal vez considero un honor el hecho de poder contribuir a un legado como ese.

¿Solo estoy poniendo a prueba a John, o una pequeña y casi oculta parte de mí en verdad cree eso? De cualquier modo, las palabras se sienten como vómito, dolorosas e involuntarias.

—Porque no eres un tapete. Me estás contando una historia que no creo que sea cierta. —Me quedo en silencio como respuesta, pero él continúa—: Él sigue siendo parte de tu vida, así que es algo que puedes manejar o has aprendido a hacerlo.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A ese tipo de desconsideración, insensibilidad o ego. Ni siquiera sé cómo llamarlo, para ser honesto. —Casi podía saborear el asco en su voz.

Quiero preguntarle cómo funciona, cómo cree que hago esa aritmética mental, qué estoy dispuesta a tolerar, cuánto puedo tragarme. ¿En qué momento decides que ya no puedes aceptarlo más, aunque lo hayas hecho gran parte de tu vida?

—Que alguien te arrebate tu propia creatividad, algo tan puro, cuando apenas empiezas a entenderlo. ¿Alguna vez se ha disculpado contigo?

Niego con la cabeza e intento estar tranquila en la medida en que él está indignado.

—Dudo que él crea que haya razón para hacerlo.

—Y durante todos estos años él solo sigue cantando tu canción. —No sé si su enojo empático se ha convertido en ternura, en lástima o en ambas. Ignoro el porqué de su reacción. Con la pérdida que ha tenido que vivir, ¿está buscando algo o a alguien a quien salvar?

—Bueno, en realidad no es mi canción. —No lo digo porque crea que es verdad, sino porque escuchar a John llamarla «mi canción» es suficiente para retorcerme de culpa, ocultar mi cara en su pecho o llorar de furia. No me permitiré hacer nada de eso, aunque me siento tentada a hacerlo cada vez que habla—. Solo unas cuantas líneas son mías, el resto es suyo.

Dejo que mis ojos encuentren los de John para verlo evaluar esta nueva información, para que la agregue a la visión de la persona que está tan convencido de ver. ¿Qué es lo que quiere escuchar? ¿Esta mentira es suficiente?

—No me sorprende que digas eso. Apuesto a que él está muy interesado en que creas eso y así ningunearte.

—Por Dios, haces que parezca que ha estado pisoteándome toda la vida.

—¿Y no ha sido así?

—¿Cómo podrías saberlo? —Imagino a mi papá por unos momentos. La inusual sombra que atraviesa su cara cuando se sabe en problemas. Solo la he visto unas cuantas veces, cuando se quedó esperando afuera de la puerta principal porque mi mamá no lo dejaba entrar a casa; esa cena que tuvimos en Providence; los pocos momentos de debilidad que me ha mostrado solo a mí—. Eso es una gran suposición. No sabes nada de él.

—Me imagino que no. Pero creo que eso dice mucho de él. En primer lugar, te ha subestimado y ha dejado que lo resientas todos estos años. Tal vez siento que lo conozco.

Está tan seguro de sí mismo. ¿Será esta la actitud que siempre toma en una pelea? ¿Encontrar la manera obtener ventaja y aferrarse a ella por sobre todas las cosas? ¿Su esposa tenía una táctica opuesta e igualmente efectiva? Me pregunto si ella era la fuerte, quien lo impulsaba a hacer cosas que lo atemorizaban, a sabiendas de que después él se lo agradecería. Si este es un patrón, ¿tengo cabida en él?

—Nada de eso importa —le digo—. No sé por qué lo mencioné.

—¿Por qué lo hiciste?

—No estoy segura —aunque eso difícilmente es verdad—, por favor no me analices. Fue un error.

—¿Por qué te importa lo que yo piense?

Aunque su pregunta tiene sentido, no quiero decirle que su opinión es valiosa. Que, en realidad, sí me importa. Sé lo que sucede cuando le doy a alguien libre acceso a mí, la destrucción subsecuente. Michael y el daño que hizo sería el ejemplo obvio, pero ahora, al escuchar la sorpresa, el enojo y la lástima en la voz de John, me pregunto si mi vida no ha sido un desierto por mucho más tiempo. Cualquier paz o felicidad que he sentido ha sido una endeble capa de pasto y las flores más valientes cubrieron lo que fue estéril todo el tiempo.

—Sé que acabo de conocerte y que estás aquí solo por unos días —John dice con un tono que de pronto se escucha lejano—. ¿Pero acaso no debería importarme? ¿No debería desear tu felicidad? ¿No puedo enojarme por algo horrible que te sucedió?

Por supuesto que no debería importarle. No sabe quién soy, lo que es significativo para mí, lo que me duele y por qué me duele. Pero el hecho de que quiera saberlo me tiene inmóvil en este lugar. Algo más desagradable y defensivo me tiene mirando por la ventana, hacia la ciudad dormida y alejada de él.

—¿No puedes ser un poco más abierta y honesta conmigo? ¿Es muy difícil?

Una camisa que dejó colgando en la silla del escritorio se mece hasta con la más mínima brisa. Odio pensarlo siquiera, pero papá entendería este sentimiento, la atracción y el rechazo. ¿Qué diría si estuviera aquí, observando este «lamentable estado de las cosas», como él diría? Tal vez encontraría a John risible por su falta de ambición, o digno de conmiseración por su pérdida, por la manera en que huyó de ella.

¿Y yo? Debo esperar a que llegue alguien que me merezca y dejar de entregarme por tan poco. ¿Qué le pasó a la niña que podría ver más allá de los engaños de la vida? Lo más probable es que papá me mirara de una forma que esperaría que tradujera a la perfección. Esa cara, capaz de tanto, diría: «Eres lo mejor que he hecho» y «Ni siquiera estás cerca de lo que podrías llegar a ser».

La canción, su canción, mi canción sigue sonando al fondo, burlándose de mí. Es extensa e indulgente. En la versión tardía, mientras el coro gana intensidad con cada repetición, papá incorporó un coro de góspel, para hacer énfasis. Están cantando mis palabras, con una armonía muy bella. Me doy cuenta de que estoy muy callada.

—Si quieres irte, vete. —Hay un tono de conclusión en la voz de John, tal vez de enojo ante mi silencio.

Me volteo y lo veo sentado a la orilla de la cama, con las manos entrelazadas, a la espera de mi decisión. Él está cada vez más seguro de que si me voy, esto, sea lo que sea, se acabó.

Me pregunto si cualquier cosa que haga, por el resto de mi vida, se parecerá en algo a estos cuatro minutos y treinta y siete segundos, y lo que ha llegado a significar para las personas. Si alguna vez llegaré a sentir una pizca de la afirmación que papá debe sentir cuando rasca en su guitarra las primeras cuerdas y escucha los alaridos de amor, aceptación y gratitud, sin importar dónde esté. Ha recibido reconocimiento tantas veces que quizá piensa que se lo merece. No sé qué me delata primero: mis hombros que tiemblan sin control, o la fuerza y el volumen sorprendente de los gritos que salen de mi garganta.

John se me acerca poco a poco, de la manera en que lo haría con un animal asustadizo e impredecible. Mi papá diría: «Mira lo que has hecho. Estás haciendo sentir a este chico que debe cuidar de ti. Buena suerte con eso, apenas puede cuidar de sí mismo».

No lo recuerdo como casi siempre ha sido conmigo: generoso, animado,

amoroso e incluso indulgente. Todo lo que puedo evocar es la pausa que se debió hacer en su mente cuando grabó esta canción y cantó mis palabras. No solo una vez, sino en cuatro momentos distintos. La última vez fue hace tan solo dos años. O tal vez nunca pensó en eso ni en mí.

—Nunca he sido lo suficientemente buena para él —lloro—, sin importar lo que haga.

No puedo dejar de repetirlo. Mi mente y mi lengua de pronto se quedan en blanco, a excepción de esas palabras.

John no me dice que eso no es cierto, ni insiste en que «Está loco si piensa eso», y ni siquiera me susurra que me calme. En vez de eso deja que me recargue en él mientras su mano sube y baja por mi espalda, una y otra vez.

Me toma un buen rato respirar con normalidad, darme cuenta de que me ha llevado a la cama para ver la habitación a mi alrededor y las luces de afuera. Pero ahora casi todo es oscuridad. Es tarde. John se recuesta y me guía, su mano se posa con suavidad en un costado de mi cara, así que lo sigo. Mi cara se apoya en su pecho, primero siento que su corazón late con fuerza y rapidez, después con más lentitud y suavidad.

Domingo

Por la ventana abierta, Roma es cimas y valles. Miro el domo envejecido de una iglesia, lejano, pero lo bastante grande para que vea a detalle las curvas precisas de su techo que bajan hacia la calle. La cima de un campanario se inclina hacia una terraza. Hay unas palmeras bajitas asentadas en macetas esmaltadas, y una de ellas está quemada. Desde donde descanso, envuelta en una fresca y suave sábana de lino, el brazo de John cubre mi cadera, y puedo ver el comedor del departamento de enfrente. Dejaron platos en la mesa. Hay una sola copa de vino, el último trago aún dentro de ella. Una antena parabólica torcida se aferra a la pendiente del techo de tejas. Los pájaros vuelan y aterrizan con libertad. Las finas cortinas de John se llenan y se vacían de aire con igual lentitud.

Su cuerpo imita el mío. Sus piernas caben a la perfección en los ángulos en que se acomodan las mías. Hasta el resquicio donde el puente de su nariz se une con su frente encuentra lugar para descansar en mi nuca. ¿Cómo puede respirar así? Pero así lo hace, con suavidad.

La calle está casi por completo en silencio. La imagino casi vacía, porque puedo escucharla, mas no verla. Cada sonido se magnifica: una carreta que lleva alimentos o ropa traquetea mientras avanza por las piedras. La voz de un hombre se dirige a alguien, para dar los buenos días o comentar sobre el clima. Es igualmente alentadora y enloquecedora, la forma en que casi se entienden.

Él definitivamente no está despierto, ni siquiera se mueve. Su respiración es regular y tranquila, de una manera de solo puede ser genuina. Su rostro no revela nada, ni las cosas exasperantes que dijo y supuso unas horas antes, ni su preocupación subyacente, ni la sorpresa por la forma en que reaccioné. Cómo me derrumbé.

Solo un poco de presión en su hombro o un sonido demasiado fuerte cambiaría todo eso, lo haría cobrar vida y que mis lágrimas, mi negación y mi enojo fueran reales otra vez. Si abriera sus ojos y me mirara, quizás eso sería todo lo que vería. Soy cuidadosa y me muevo con tanta suavidad como me es posible.

Me tomo unos minutos para ver sus libreros, sus macetas que cuelgan de ganchos, y quisiera no tener que estar tan quieta, que pudiera investigar como solía hacerlo cuando Michel estaba en el baño, bajaba por la ropa que estaba en la secadora o recibía nuestra comida a domicilio. Abrir libros y armarios, leer las etiquetas de los vinos y licores, pasar los dedos sobre los marcos de las fotografías

para saber si había polvo.

Me deslizo fuera de su cama, recojo mi ropa, evito el espejo y con ello la oportunidad de ver lo hinchados que están mis ojos, el enrojecimiento de mi cara o la posibilidad de cambiar de parecer. Cierro la puerta sin hacer ruido.

Es muy temprano. Lo sé por instinto, al ver la frescura de la luz sin necesidad de ver qué hora es. Cuando era niña, siempre estaba despierta antes que todos los demás, a veces antes del amanecer. Mi mamá trataba de despertarse conmigo un rato, o de encontrar la manera de hacer que me volviera a dormir, pero tarde o temprano se rendía y me dejaba hacer lo que yo quería. Para el momento en que se despertaba para hacer café o, cuando estaba papá en casa, para cocinarle un huevo, yo ya había deambulado por la casa o por el jardín durante horas. Ese tiempo era muy valioso. Si me sentaba a leer un libro detrás del muro de piedra derruido del patio trasero, nadie podía encontrarme hasta que yo quisiera. Caminaba por habitaciones vacías que tomaban nuevos significados: la mesa de nuestro comedor se veía abandonada y ridícula con nueve sillas a su alrededor. Era sencillo notar si había llovido la noche anterior al mirar el río, podía verse cristalino y vacío, o irregular y turbio por el lodo. En ese entonces esa quietud podía ser una aventura, no de la forma en que ahora me siento solitaria.

Desde entonces, he sido consciente de un tipo de silencio muy profundo, que me informa cuándo estoy más o menos sola en el mundo, aunque sea por una hora o dos antes de que otras personas empiecen a surgir.

Cuando John se despierte, tal vez piense que quiero que me persiga o que estoy fingiendo estar perdida para que me pueda encontrar. Sé que eso no es cierto, pero es difícil no preguntarme cómo reaccionará él, si lo verá como una invitación a buscarme, o si empezará a hacer lo que la gente hace para olvidar a alguien lo más rápido posible.

Siento una liberación innegable al descender por su escalera circular, sin guardar silencio por más tiempo, dejando que mis pies caigan a todo volumen al dar un paso tras otro. Las paredes están hechas de una piedra que aún está fresca, y su curvatura alrededor de las escaleras es como la de un pozo o la de un refugio construido bajo la tierra.

Con cada uno de mis movimientos, el nudo que aún está atado a mi vestido choca contra mi rodilla, un recordatorio de lo que pareció ser una idea ingeniosa anoche. Recuerdo su sonrisa cuando lo amarré y me sentí tan dispuesta a lo que fuera a pasar. Cuando lo desato, la tela se desparrama hacia el piso, sus arrugas se despliegan como si fueran un abanico.

Quizá debería regresar a Vía Clementina y al departamento que casi no he usado. Pero el silencio de aquí es casi hipnótico. La brisa aún es fresca, a pesar del sudor que perla el reverso de mi cuello. Es posible que en Monti haya más ruido y más gente. Puede ser que no vuelva a encontrar esta calma, así que permanezco en

ella y me alejo de cualquier señal de ruido o actividad. De todas formas, no hay nadie a quien pueda preguntarle adónde debo ir. Cada café y tienda que veo está cerrado, a oscuras, o cubierto por una puerta de metal. Mi teléfono está muerto.

Recuerdo que es domingo y me río en la calle vacía. Otra de las proclamas de Michael: «En Italia, nada está abierto los domingos». Un hecho para el que nos íbamos a preparar y hacer algo al respecto. Si se tratara de nosotros dos, aún estaríamos en cama, en lo alto de la calle en Monti, escuchando las campanas de la iglesia. Mi maleta desordenada estaría en el piso al lado de la suya, bien arreglada. Él habría comprado café, lo estaría preparando. Yo estaría oliendo su aroma.

Levanto la mirada para ver el jazmín que baja de una pérgola hacia una ventana y después hacia otra, como si fuera agua que se desliza por las piedras. Las fachadas de los edificios de ambos lados de la acera están tan cerca que la calle se siente más como un pasillo. El perfume lo invade todo. Algunos pétalos se enredan en mi cabello y los dejo ahí.

Hasta las iglesias por las que paso están cerradas. Ya es buena hora para que los creyentes estén despiertos, pero demasiado temprano para que empiecen a reunirse en la primera misa del día.

Hay un pequeño café en la esquina, marcado por una Virgen María inclinada y tallada en piedra sobre la marquesina, vacío, pero definitivamente abierto. Así que al parecer no todo está cerrado los domingos. El hombre del mostrador lee un periódico. Me hace un *café doppio* en silencio y con rapidez. Pongo una moneda de dos euros en la barra, huelo y sorbo el *espresso* mientras él lee y aplasta una mosca que sobrevuela los *cornetti* que organizó en una canasta de paja y vende a un euro cada uno. Nadie entra por la puerta abierta.

Camino por una serie de calles que me sacan de Esquilino, y noto que entre más ensanchan, más pierden su encanto. Después doy vuelta en Vía Barberini, con una fila de bancos y hoteles de lujo, antes de que desaparece en una *piazza* salpicada con palmeras y forma de Y. Tres calles nacen de ahí, pero de pronto estoy muy cansada para investigar sus nombres o los lugares a donde podrían conducirme. En una mañana de domingo, durante la temporada más alta de la ciudad, en una plaza al aire libre, estoy completamente sola. Una larga fila de motocicletas se hornea al sol que ya calienta. No veo sombra en ningún lado.

Sin embargo, puedo escuchar el agua que cae de una fuente al otro lado de la *piazza*. Un autobús de dos pisos, de esos que están diseñados para que los turistas entren y salgan, por poco me atropella cuando cruzo la calle para llegar a ese refugio. A medida que me acerco, la fuente se ve más grande, exuberante y extraña. El hombre del centro, un rey o un dios, a juzgar por el tamaño de su corona, apunta con resolución al agua. El agua sale sin cesar de una fila de leones, todos reclinados y con sus patas delanteras cruzadas. Algunos de ellos se ven feroces, otros confundidos, con las cejas levantadas y miradas conflictivas.

La fuente está frente a una iglesia hecha con esa piedra clara y blanqueada que nunca se calienta, sin importar que la luz del sol caiga directamente o durante mucho tiempo. Podría pasar por un edificio gubernamental, si no fuera por la áspera cruz de hierro que marca el punto más alto del techo, con palabras en latín que envuelven sus ángulos, como si fueran cintas de cotizaciones bursátiles. La fachada es imponente, lo bastante robusta para tener unos nichos, probablemente construidos para albergar estatuas de santos, aunque estos se encuentran vacíos.

Pero cuando la miro de costado puedo notar lo endeble que es, su fragilidad y sinsentido. Me pregunto si ese es el punto, construir algo que se ve muy sólido, pero que no lo es, casi una ilusión óptica. John podría explicar eso, cómo una pieza de piedra tan angosta y detallada puede sostener tanto y durar todo este tiempo.

Subo por los escalones de piedra, que se van estrechando al llegar a la cima, el tipo de enfoque diseñado para comunicar importancia e inspirar devoción. Las puertas están desgastadas y envejecidas, y se ven selladas con pintura. Pero estos últimos días me han enseñado que siempre hay una entrada secundaria, sencilla y escondida. Y esta iglesia no es la excepción.

Antes de pasar por la reja para intentar abrir la puerta, busco el chal que guardé en mi bolsa anoche y que nunca usé. Es lo suficientemente largo para cubrir mis hombros. No estoy segura de si aún es un requisito para entrar a las iglesias, pero así era hace unos años cuando vine con mi familia. En aquel entonces no entendí que fuera una señal de respeto y me quejé por verme obligada a cubrir mis brazos y piernas con el calor que hacía. Mamá fue un paso más allá y se cubrió la cabeza. La fuerza de la costumbre.

La puerta está abierta y logro deslizarme en silencio. Desde la entrada solo puedo ver a una persona, una mujer, tal vez de mi edad o más joven, en un andamio, inclinada sobre un fresco. Viste un overol de trabajo blanco y sujeta un pincel muy delgado. Su concentración, precisión y atuendo le dan un aire oficial, y quizás hasta quirúrgico. No me queda claro si está quitando años de encima o amplificando el detalle de una barba blanca aperlada o del rosa pálido de un sudario. La veo trabajar hasta que el cuello empieza a dolerme.

Papá nunca estuvo de acuerdo con la idea de la restauración. Hace más o menos un año me reuní con él y mamá para cenar ya tarde por la noche, cerca del Film Forum. Acababan de regresar del Ámsterdam, donde ella lo había alcanzado al final de una gira. Recuerdo que esa noche me motivó su estado de ánimo, así como la ligereza y comodidad que había entre ellos. Cómo me gusta imaginar la forma en que interactúan cuando están a solas.

—Fuimos a una de esas cafeterías y tu madre se comió un *brownie*. ¿Puedes creerlo? No lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—Bueno, un pedazo de uno —ella lo corrigió—. Y sabes que hubo un tiempo en mi vida en que eso no habría sido un escándalo. —Me guiñó un ojo y me animé un poco, y disfruté al sentir en mi mano el tallo de mi copa de vino.

Mamá había quedado en especial impresionada por el Rijksmuseum, por *La ronda de noche* de Rembrandt y por la manera en que dejaron una parte del cuadro a

la vista mientras lo restauraban. Fue dos veces durante los tres días que estuvieron ahí, y se obsesionó con los detalles, con la reparación de los daños que la pintura ha padecido a lo largo del tiempo: dos ataques con cuchillo con setenta años de diferencia, una rociada de ácido a mediados de 1990, y que el lienzo tuviera que permanecer enrollado y oculto para que los nazis no lo encontraran en su refugio subterráneo. Se fijó en los distintos métodos que el equipo usaba para perfeccionar los blancos, amarillos y rojos de Rembrandt, y en que construyeron un enorme aparador de vidrio con temperatura controlada para ese cuadro, junto con un dispositivo mecánico con el que los técnicos pueden cubrir el ancho y el largo del lienzo al pulsar un botón. Ella lo comparó con las plataformas móviles que usan los que limpian ventanas al exterior de los rascacielos. Por supuesto que los boletos tenían descuento.

—Fue fascinante. —Abrió los brazos de par en par para mostrarme la dimensión descomunal de la caja de cristal, e ilustró lo que quería decir como siempre lo hacía—. Incluso la llamaron «Operación Vigilancia Nocturna», como si fuera parte de una campaña militar. —Se rio entretenida.

—Creo que entiendo la intención —dijo papá al reventar la yema en la parte de arriba de su filete tártaro—, pero aun así me siento algo estafado. Tener que entrecerrar los ojos para ver solo un fragmento. Algunas veces algo no es mejor que nada.

Sonreí para darle crédito y también para sofocar cualquier tensión que surgiera, antes de que empeorara la situación y se hiciera imposible. Mis padres, la forma en que se comportan entre sí, puede ser difícil de prever. Algunas veces, todo lo que él hace la irrita. Otras, es su público cautivo. Mi padre continuó:

—No confío en eso, ¿cómo restauras algo —hizo la señal de comillas en el aire — sin cambiarlo y menoscabarlo?

—¿Entonces piensas que una pintura se debe abandonar para que se deteriore? —Mi mamá suele dejar pasar estas convicciones extrañamente firmes de mi padre, pero esta la enfureció.

—Han pasado cientos de años. —Su voz tomó un tono profesional y pretencioso—. Estos hombres quizá nunca soñaron con que su trabajo duraría un siglo, por no decir para siempre. ¿No sería mejor que algo despareciera naturalmente, en vez de que lo mantuvieran de pie y le añadieran cosas como a un Frankenstein? —La calma que había al llegar terminó por desaparecer.

—¿Así que en el fondo no crees que tu obra vivirá para siempre? ¿Eso no es importante para ti?

Un silencio petulante de parte de mi padre. Mi madre le sirve agua en su vaso medio vacío.

—Dime qué artista no quiere eso —contestó él.

Todas las iglesias en las que he entrado me han dejado hasta cierto punto

estupefacta por su opulencia y dramatismo, pero esta es un caso aparte. Su interior no solo está hecho por completo de mármol, sino de diferentes tonos y estriaciones, todo esto unido de alguna manera. Hay baño de oro y frescos en cada retablo. El incienso invade el aire, como un recordatorio ahumado del exceso y de un espeso silencio.

No he ido a misa en más de una década, no me he sentado ni puesto de pie ni hincado al unísono, no he tomado la comunión ni he sonreído a extraños en señal de paz. Aunque confío en que recuerdo cómo hacerlo. Algunas respuestas y estribillos se quedan en la memoria, tal vez para siempre.

Mi papá fue criado como católico, y eso es algo que ha tratado de preservar, o al menos intenta no olvidarlo del todo. Dios está en toda su música, de manera explícita o no. Si consideramos cómo es, la idea es un poco risible, aunque la religión y la hipocresía ciertamente van de la mano.

Cuando era niña y él estaba en casa, cada domingo por la mañana nos sentábamos en un banco de iglesia a las nueve de la mañana, o más temprano si era posible, para alcanzar un buen lugar en la iglesia estilo gótico de Hudson, con sus techos abovedados, pintados de azul intenso y moteados de estrellas doradas. Nunca me tomé la molestia de quejarme. No pensaba en excusas para no ir ni dije nada sobre los vestidos que me obligaban a usar. Así de inevitable era la situación. Hasta que la presencia de mi padre dejó de ser un hecho y nuestras rutinas dejaron de ser fijas. Por esa época empecé a pronunciar las palabras en vez de cantarlas.

Es difícil recordar con exactitud cuándo empezó. Mamá decidió no ir un domingo, y eso me facilitó las cosas para que yo pudiera faltar el siguiente. Las mañanas dominicales se convirtieron en un momento de libertad ilícita. Esos vestidos dejaron de quedarme. Cuando él me llamaba desde la carretera, un hotel o de donde fuera, y me preguntaba si había ido a misa, yo mentía. Para el momento en que él regresó a nuestras vidas era demasiado tarde para volver a empezar.

¿Eso explica la razón por la que contemplo las imágenes de la virgen que paso por la calle, sumerjo los dedos en cada cuenco de agua bendita con el que me cruzo o me persigno al salir de las iglesias? Se siente bien ser obediente, pero también hay en mí una especie de convicción que estoy decidida a reconocer pese a todo lo que sé de ciencia, historia y naturaleza humana. Me imagino que debe ser fe.

Doy unos pasos más hacia el altar, giro a la izquierda y de pronto me doy cuenta de la razón por la que el nombre de esta iglesia me resulta conocido, por qué tenía una estrella en el mapa de Michael y está recomendada en las guías.

Un ángel sujeta con delicadeza una flecha de oro entre dos dedos, voltea en un ángulo indirecto a un grado agónico y sonríe con delicadeza, como si estuviera a punto de dar un regalo. Santa Teresa tiene la cabeza inclinada hacia atrás y experimenta el éxtasis que da nombre a la estatua. Sus dos cuerpos se disuelven en pliegues de tela que se convierten en nubes talladas en mármol, tan blanco y perfecto que parece una imposibilidad. La luz natural de una ventana oculta en el domo los ilumina a ambos, que destacan por unos rayos dorados al fondo. Es enloquecedor cuando algo te debe dejar sin aliento y en verdad lo hace.

La mujer sigue en el andamio, y aún protege o realza lo que hay en aquel pedazo de yeso. Me aseguro de que nadie me vea y me siento debajo de la estatua, con los pies recogidos y los tobillos cruzados. Me inclino hacia delante, con la barbilla levantada hacia Teresa y siento cómo se abren mis caderas. Ese dolor placentero sigue ahí, como evidencia de los distintos modos en que he sido descubierta, interrogada y abierta.

Al mirar el rostro de Santa Teresa, el sexo es la conclusión obvia a que la gente llega. Veo eso, pero también muchas otras cosas más: dolor, dulzura, exculpación, renuncia, pérdida de control y liberación de la vergüenza. Tal vez también miedo, quizá ira. Empiezo a temblar con ambos.

La última vez que vi a mis padres, o que hablé con papá, estábamos cenando en su casa a finales de abril. Por un cambio en el clima, de pronto estaba lo suficientemente caluroso para comer afuera. Aún no sabía que Michael estaba casado, que había decidido descartarme. Pronto lo sabría.

A papá le habían hecho una generosa oferta más temprano ese día, por una nueva compilación de sus canciones más populares. Algo que siempre dijo que jamás haría.

—Me pregunto por qué te resistes tanto —le dije—, en realidad, no significa nada ni que tu carrera esté terminada. La gente lanza álbumes de sus grandes éxitos todo el tiempo. Tal vez te ayudaría si lo pensaras como el reflejo de lo que has hecho hasta ahora.

Papá estaba claramente ebrio, lo que ya no sucedía tan seguido. Su mirada se posó en mí con un desagrado y una firmeza que quizá no le había visto nunca.

—Eres como yo —me dijo—, tienes un gran ojo. Ves el mundo a tu manera. —El postre estaba en la mesa: moras envueltas en una masa delgada y horneadas hasta que se inflaron. Jack le puso una cubierta de helado de vainilla. Las azáleas se marchitaban en un florero poco profundo y las velas estaban por extinguirse. Había más vino si queríamos.

Mamá se había ido a la cocina para rellenar su vaso de agua y me imagino que, después de escuchar el tono de voz de papá, decidió quedarse ahí. Después de unos momentos de silencio él continuó:

—Y también eres capaz de mucho más, pero tienes miedo. —Como para él no hay nada peor que el miedo, ese es su peor insulto.

—No, no soy como tú. —Después de unos momentos por fin hablé, con certeza y a sabiendas de que lo lastimaría—.Yo no soy egoísta.

—¿Egoísta? Tal vez lo soy. Pero al menos seguí el camino de mi talento e hice algo con él.

—Tienes razón, papá. Lo hiciste sin que te importara nada más. Ni siquiera te detuvo cuando mamá te hizo vivir en la casa rodante al fondo del estacionamiento porque no soportaba verte. Pero una vez más, todo lo hiciste con estilo, hasta desaparecer.

No sabía de dónde venía mi enojo, pero sabía que él lo deseaba, así que lo complací. También sentía que me aproximaba a un territorio peligroso, como un

animal acostumbrado a sortear los acantilados y los senderos montañosos. Si me caía sería mi culpa. Fui criada y entrenada para maniobrar en situaciones así, a pisar con ligereza y a molestar lo menos posible.

—¿Crees que podrías hacerlo mejor? —Empezó a levantar la voz.

¿Dije algo o solo le devolví la mirada, tratando de demostrarle que, sin importar sus frustraciones, y lo mucho que lo había decepcionado, él había sido mucho peor? Puedo sentirlo incluso ahora: mis uñas enterradas en el fino cojín de la silla. Mamá había elegido con cuidado ese textil que cubría todos los muebles exteriores. Era un lino color crema: lo suficientemente rústico y suave para apoyarse en él, tejido para resistir el sol directo y las tormentas repentinas sin dejar de verse refinado. Aunque solo envolviera una capa de hule espuma barato. Qué poco satisfactorio fue agarrarme de algo que daba tan poco a cambio. Lo que sea que dijera o, más bien, lo que no dije, pudo haberlo cambiado todo, o quizá nada.

Señaló la ventana principal, hacia mi pintura que estaba sobre la chimenea, de la manera en que un abogado lo haría, en una especie de revisión de la evidencia condenatoria.

—Tienes fuerza. ¿Sabes lo excepcional que es eso? —De pronto estaba gritando —. ¿Por qué mierda no la usas?

—Bueno, menos mal que tú sí pudiste sacarle provecho, papá. —La voz de Jack era clara y fuerte. Casi había olvidado que estaba ahí, sentado junto a mí. ¿Le dije, como siempre lo hago, que se detuviera? ¿Que no molestara? Creo que comenté algo como «No le digas nada, está borracho» o «Por favor, no vale la pena» o «Vamos, ya sé cómo termina esto. No importa». Siempre en busca del camino fácil, el que opone menos resistencia.

—¿De qué hablas, Jack? ¿Qué pude hacer con sus pinturitas?

Los labios de papá se torcían al pronunciar esas palabras. Pronunció con más fuerza el diminutivo porque disfrutaba humillarme. Me recargué en el frío hierro forjado de mi silla y no dije nada más.

—No hablo de sus dibujos. —El tono de Jack empezaba a igualar el de papá en su crueldad, y supe lo que seguiría—. No dudaste en robarle a tu propia hija, si eso significaba que a cambio recibirías la canción más importante que supuestamente «escribiste». Todo mientras durante años engañaste a nuestra madre. Si yo tuviera un poder como el tuyo, tampoco lo usaría.

Entonces cerré los ojos. Tal vez se empujaron o hasta se golpearon. O no. Lo recuerdo de ambas formas, dependiendo de qué tan enojada o apenada esté. No estoy segura de qué hizo que me marchara, si fue lo débil que resultaba mi defensa de papá o la confirmación de que mi hermano pensaba lo que yo jamás me permití creer. Al recordarlo ahora es difícil no estremecerme ante su rencor y mi silencio.

Esa noche manejé de regreso a la ciudad, llorando a tal grado que apenas podía ver el reflejo de mis focos delanteros en el muro de contención. Sin embargo, no percibí el doloroso hueco en el estómago que suelo sentir cuando estoy haciendo algo mal o evito tomar decisiones difíciles.

Ahora mi cara está bañada en lágrimas silenciosas. Sin embargo, aún quiero

gritarle a mi padre o a Michael, o quizás a ambos al mismo tiempo: «Nunca me tomaste en serio, ni siquiera tuve esa oportunidad».

No es un nuevo concepto que algo te duela tanto que te reconforte. O lo opuesto, en realidad.

Camino hacia la luz, en una ciudad que ha comenzado a animarse.

Hay un flujo de tránsito constante en la calle principal. La gente está empezando a reunirse en las calles secundarias, pero su ritmo es más lento. Nadie mira hacia donde yo estoy. Un monje se percata de que dejé abierta la reja y la cierra con brusquedad, haciendo un sonido metálico.

Los escalones aún no están calientes. Me siento y descanso la espalda baja en ellos, dejo que el sol empiece a quemar mis muñecas y mis tobillos. Siempre trato de memorizar ese tipo de calor, para recrearlo para mí misma en invierno.

Las campanas de la iglesia empiezan a repiquetear, no desde donde estoy sentada, pero muy cerca. Lo suficiente para que su ritmo y vibración viajen por el aire. Puedo sentir la capa ósea que cubre mi pecho y protege mi corazón. Apoyo los dedos en sus hendiduras, y me tomo un momento para sentir de qué estoy hecha.

La última vez que estuve a solas con mi madre, unas horas antes de esa cena, fuimos a caminar cerca de la casa por una red de senderos con vista al río y a las montañas Castkills en días claros como aquel. La mayoría de los perros corrían con libertad por los caminos, pero como nuestra perra es esclava de su nariz, y solo de ella, la manteníamos cerca, con correa, y ambas nos turnábamos para llevarla. Ella dejaba de olisquear de vez en cuando para asegurarse de que seguíamos ahí.

A veces había mucho de qué hablar en esas caminatas: ponernos al corriente en chismes, consejos que pedir o que dar. Pero gran parte de las ocasiones nos quedábamos en silencio. Cuando nuestra perra decidía echarse a correr, acelerábamos el paso para alcanzarla, nos reíamos de sus aullidos y dejábamos que nos llevara en la dirección que eligiera. De todas formas, mamá sabía adónde conducían los senderos y dónde dar vuelta para llegar a casa.

—Es lindo darle la ilusión de que tiene el control. Quiere ser la alfa, así que la dejamos.

—Me parece que lo aprecia —dije, rascándole la espalda a la perra mientras ella tomaba un trago de la corriente del río.

Caminamos fuera de la arboleda, hacia uno de los campos abiertos que siempre nos hacían detenernos. Según la época del año, ese pedazo de tierra podía estar podado, en barbecho y cubierto de paja y pasto muerto, moteado con las flores moradas de las cebolletas, o transformado en un mar de flores amarillas que ondea con suavidad.

—Por eso me encanta venir aquí —siempre dice mamá—, cada día es distinto.

Ese día se quedó callada por más tiempo del habitual

—Cuando me muera —dijo— quiero que me dejen en un lugar así.

Por lo general mi madre no es sentimental. Y eso hace que momentos como este parezcan una elección suya. No estoy segura de por qué su decisión de ser vulnerable, aunque sea solo por unos momentos, tiene el poder de hacerme sentir tan inquieta, pero así es. No quise mirarla a los ojos y animar ese orden de ideas ni hacer preguntas que pudieran extenderlo. También me preocupaba que me viera llorar.

En mi mente siempre estoy librando una batalla: tratar de conciliar todo el tiempo y la energía que he visto que desperdicia inexplicablemente, y toda su luz, de la que solo he visto destellos

—Esto es importante para mí, y necesito que escuches.

—Hubo un ligero cambio en su tono, uno al que siempre le pongo atención. Una advertencia.

—Te estoy escuchando —digo con la impaciencia que aún me provoca, y que demuestro cuando no soy cuidadosa. Respiro hondo y hago un esfuerzo—. Continúa.

Ella describe el tramo específico de la costa de California donde quiere que se esparzan sus cenizas. Quiere que Jack y yo estemos juntos en un lugar hermoso para despedirnos de ella.

—Ese es el tipo de recuerdo que quiero dejarles —dijo con la voz un poco entrecortada mientras bajábamos la colina, caminábamos sobre las raíces protuberantes de los árboles y pasábamos nuestros dedos sobre hierbas y flores que nos llegaban hasta la cintura—. Es lo que siempre quise y querré, ser así de libre. Estar en paz —dijo de esa manera nostálgica tan suya que siempre me hace querer alejarme de ella.

Pese a todo, había una pequeña parte de mí que se sentía orgullosa de que fuera yo quien recibía esta información y no Jack. Aunque tal vez se debió a que soy la mayor, quien se espera que tome ese tipo de decisiones o respete deseos específicos. O quizá ya le había dicho a él. Elijo creer lo contrario.

—¿Y qué hay de papá?

—Tu padre probablemente quiera un mausoleo, un monumento. —Resopló. La perra jaló a mi madre del brazo. Su cola se movía en forma de ocho—. Debe oler un conejo.

Abrí la boca para defenderlo, pero me paré en seco. Porque tal vez, de nuevo, podría él hacerlo.

Es claro que Campo de Fiori no está cerrado los domingos. Los vendedores del mercado ya están afuera. Sus sombrillas de lona sucia están abiertas y crean corredores de sombra sobre tarimas llenas de fruta, flores, detergente y juguetes sin marca. Mi cabello aún está húmedo por el baño, pero no lo estará mucho tiempo más. Dejé el vestido en la cama y me puse una de las camisas de mi madre, perfectamente desgastada en los codos, con el cuello holgado de la forma correcta.

Uno de los botones de abajo se desprendió por todas las veces que la amarró para presumir su abdomen. Me pongo unos pantalones de mezclilla Levi's viejos y rotos que eran de ella y que convertí en shorts cuando estaba en la universidad. El dobladillo conserva el deshilachado perfecto, sin importar lo mucho que los lave.

La haría feliz saber que estoy vestida con su ropa al caminar por una ciudad que ella ama. Pienso en llamarla otra vez, pero no lo hago.

Me quedo cerca de la orilla de la *piazza*, aferrada al costado de un edificio pintado del color del azafrán. Los restaurantes aún no están abiertos para la comida. En media hora, los jefes de comedor tratarán de persuadir a la gente de que se siente a comer, pero ahora fuman, ajustan los menús y se saludan a gritos. Uno de ellos está apoyado en una de sus rodillas, arrancando hierbas entre las piedras.

Ya prendieron los ventiladores exteriores, que no solo soplan cantidades industriales de aire, sino oleadas de vapor de agua fría. Ajusto mi trayectoria para asegurarme de estar siempre en la mira, pues mi cara queda húmeda y fresca por unos segundos maravillosos antes de que el sudor vuelva a invadirme. Y entonces, lo hago otra vez.

Doy la vuelta en la equina de la *piazza* para evitar la fila anticipada que empieza a formarse afuera de Mamma Mia Gelateria, con su entrada sucia y estrecha marcada por un póster laminado de una mujer que lame una cucharita de plástico para limpiarla.

El camino que tomo empieza y termina en Forno. Aunque no lo reconociera en la lista de Michael, la caligrafía del letrero y la determinación en las caras de las personas que entran y salen del lugar es una señal de que el lugar es clásico por alguna razón, de que lo que hacen, lo hacen bien. Para el momento en que doy la vuelta completa no solo venden *cornetti* y *biscotti*, sino también sándwiches, rebanadas de pizza y barras de pan para la comida.

Un pequeño grupo de turistas espera afuera y hablan lo que parece alemán, mientras su guía ordena por ellos. ¿Por qué tropezarte con la barrera del idioma o tomar una decisión sobre lo que se te antoja si alguien más puede tomarse la molestia y hacer el esfuerzo por ti?

Ella conversa con calma con el hombre detrás del mostrador, su tono es ligero e informal. Debe estar poniéndose al corriente sobre algún chisme, o tal vez se está quejando con ellos sobre el día que ha tenido el grupo. Apuesto a que trae gente aquí cada semana, y es la misma rutina cada vez. Después de unos minutos, ella sale y les ofrece a los alemanes un poco de todo y traduce mientras lo hace. *Pizza rossa*, reluciente con jitomate y aceite de oliva; *pizza bianca*, crujiente con papas y romero; otra horneada con flores de calabaza, anchoas y mozzarella. Todas salen de largas bandejas cortadas en cuadros iguales.

Cuando entro, el pequeño escaparate está lleno de gente que satura el mostrador. No es difícil distinguir a los romanos de los demás. Su confianza es palpable, se abren camino en el mar de turistas con poca o nula resistencia. Dos universitarios se detienen a media orden, hablan inglés entre sí, y un hombre mayor que lleva el sombrero inclinado, se da la vuelta y les roba el turno con una sonrisa.

Uno de los hombres detrás del mostrador estira la palma de su mano y me señala, indicándome que debería hacer lo mismo. Pone algunas aceitunas cocidas en mi mano desnuda. Parecen casi rancias, pero en realidad no lo están. Aún crujen un poco, lo suficiente para preservar el escabeche y poderlas morder. Mastico una y le sonrío en señal de gratitud, pero ahora está impaciente, a la espera de que ordene. Sus ojos me atraviesan y me dicen que si no me apuro perderé su atención. Sé qué me gustaría, pero no estoy segura de si me lo prepararán.

—Nunca debes subestimar —Michael dijo una vez—, la posibilidad de ordenar algo que no está en el menú.

Creo que respondí algo como:

—¿Y qué? Sé lo que quiero.

Las mentiras que solía decirle.

Pero en este momento, en esta panadería calurosa, atestada y deliciosamente caótica, en realidad no sé lo que quiero. Y me tropiezo al pedirlo.

—*Per favore, un pezzo di pizza bianca con prosciutto e fichi?*

Lo piensa unos segundos, después asiente y me da la espalda. Lo veo sujetar el cuchillo dentado y cortar por la mitad un pan fino que emana vapor. Unta mermelada de higo en ambas piezas con descuido, pero de manera uniforme. Pone tres grandes rebanadas de *prosciutto* encima, acomodadas una sobre otra.

El hechizo de mi competencia lingüística, si es que alguna vez existió, se rompe con rapidez una vez que él me da el sándwich y un pedazo de papel que supongo que es un recibo. Me dice que vaya a algún lado y haga algo, pero solo me quedo parada ahí hasta que la guía de turistas, que al parecer regresó por unos segundos, señala a la mujer en la caja registradora y me dice cuánto pagarle, en inglés.

Es impresionante volver con tanta rapidez al lugar adonde estaba hace dos días: pegando palabras, señalando y haciendo señas con la esperanza de darme a entender. Era muy sencillo depender del italiano fluido de John, de sus amistades instantáneas y de su conocimiento del lugar adonde conducía cada calle. Me sentí relajada y capaz por el solo hecho de estar cerca de él, y me sentí como si también dominara el idioma. Gracias a que se cruzó en mi camino, un lugar extraño se convirtió en algo un poco más familiar. Renuncié a la paz y al desafío de estar sola sin objeciones, sin que necesitara pensarlo siquiera.

La pizza bianca está espolvoreada con sal y aceite y sigue caliente en su envoltura de papel encerado. Cruje con cada mordida que le doy. La carne está rebanada tan finamente que se deshace. Las semillas del higo se pegan a mis dientes.

Todo esto está sucediendo, o nada pasa. Depende de lo que decida decirle a la gente. John puede ser él mismo, en toda su particularidad y complejidad, o ser un conductor de Fórmula Uno diez años menor que conocí en una discoteca, o ser un barman que me puso hielo sobre la rodilla. O no ser nadie, y yo me senté a solas con mis pensamientos durante seis días en Roma, en una contemplación recluida. No hubo aventura, distracción o lo que sea que esto ha sido. No miré bajo su careta, no me sorprendí por la profundidad de su dolor, ni me sentí indigna o atemorizada

ante él. Por supuesto que no colapsé, no me entristecí ni hubo un enojo reprimido que pugnaba por salir. Seguí todos mis planes y reservaciones para cenar, y dormí en la habitación que renté cada noche, sola.

Podría regresar a casa y convencer a todos de que estoy revitalizada y cambiada. Nunca más en peligro de cometer el mismo error, de enamorarme de alguien solo porque está ahí, de perderme en otra persona, o cual sea la lección que haya que aprender aquí. Nadie sabrá la verdad más que yo.

El humo del escape de un camión que pasa tiene un olor dulzón, casi medicinal. La noche anterior desfila por mi mente. Qué presuntuoso fue, qué injusta pude haber sido antes de mi derrumbe total y mortificante. ¿Por qué su opinión desinformada parecía importar tanto, o simplemente importar? ¿Por qué logró hacerme sentir como si estuviera traicionando o desterrando a mi padre, al mismo tiempo? Es difícil no visualizar el rostro de John, imaginar lo primero que pensó cuando despertó esta mañana y no me encontró. Preguntarse si estoy bien y agitar la cabeza ante mi necesidad de huir.

El peso del vino, del *amaro,* y de todo lo que me dijo en el jardín de naranjos me nubla un poco la memoria, pero los detalles importantes persisten. Aunque siempre me pregunto, en esos momentos en que pierdo incluso un poco de control, ¿qué me perdí? Y anoche me perdí de mucho. Revelé demasiado. No hay manera de saber qué piensa al respecto, no tengo su número telefónico y él no tiene el mío.

Sin embargo, siempre existe una distancia entre quien realmente somos y lo que permitimos ver a los demás. John me ve, o me veía, como una persona que recorre el mundo con gracia, quien se siente y aparenta estar cómoda. Lo dijo él mismo. Resulta ser que un poco de sofisticación aprendida y un coqueteo bien llevado pueden llegar muy lejos. Pero claramente él pudo intuir la verdad sobre mí anoche, el hecho de que gran parte de los cimientos sobre los que me paro se están derrumbando, y que tal vez siempre ha sido así.

Hace veinte años alguien pensó que sería buena idea seguir a papá con una cámara, durante la que se convertiría en la gira más importante de su vida. No solo se filmaron los conciertos, sino los largos trayectos en autobús y en avión, los ensayos frenéticos, las multitudes que lo seguían a todos lados, lo que sucedió detrás del escenario. Hasta filmaron su rutina de entonces: empezar cada día nadando desnudo en cualquier hotel donde se hospedaba. Les dio acceso completo y sin restricciones

Hicieron lo que en ese momento llamaron un «documental hiperrealista», sin cortes estratégicos ni edición en pos de una narrativa. No hay una historia cohesiva, solo 165 minutos de todo lo que pudieron capturar antes de que se les acabara la cinta, en orden cronológico y sin censura. Algunas personas consideran que es algo revolucionario, incluso arte. En mi familia nunca se habla de ello, y en las pocas ocasiones en que ha salido a relucir nos reímos o ignoramos cualquier detalle.

La película completa es difícil de encontrar, más allá de descargas ilegales de mala resolución y las cintas VHS que circulan por eBay. Pero hay fragmentos por todo el internet, disponibles sin costo y se pueden ver cuantas veces se desee.

Cuando tenía diecinueve o veinte años, me dio curiosidad e investigué un poco, tal vez porque la conexión a internet podría darme las respuestas que mis padres no me darían.

Me desplacé con rapidez por los conciertos en vivo y las entrevistas con reporteros, sorprendida por la cantidad de gente que pasaba gran parte de su tiempo analizando con minuciosidad el repertorio y las alusiones de mi padre, y preguntándose cómo influyó en la música posterior.

Estaba buscando algo diferente cuando hice clic en un video titulado *Sing-along* y lo obtuve. La versión de él en esos tres minutos y cuarenta y tres segundos era por completo nueva para mí: los ojos abiertos de par en par, hambriento y drogado sin lugar a dudas. Está en una habitación estrafalaria detrás del escenario del Royal Albert Hall, en Londres, donde acababa de tocar el segundo de sus dos conciertos totalmente vendidos. Después de buscar las fechas y hacer cuentas, concluí que mamá volaría para encontrarse con él en Madrid una semana después. Nos dejó a Jack y a mí con un amigo de la familia y decidió seguir casada.

La gente está sentada en el piso, en los brazos de los sofás y recargada en la pared. Reconocí a los miembros de su banda de toda la vida (algunos de ellos son mis tíos no oficiales) y al hombre que ha sido su representante desde el principio y que también es padrino de Jack. No pude identificar al menos a quince mujeres, todas ellas menores que yo ahora, a mis treinta y tres años.

Papá se para en el centro de la habitación, llamando la atención como director de orquesta. Por encima de su cabeza sujeta una enorme bandeja que alguna vez tuvo carne delicatesen y queso y ahora no tiene casi nada. Todos cantan *a capella* una canción que nunca había escuchado, mientras él juega a ser buen anfitrión y pasa la charola.

La cámara se mueve a sus espaldas, inspeccionando el lugar e imitando su mirada antes de detenerse en una pelirroja que estaba en un rincón. Parecía estar a la espera de que él la notara, y se permite una sonrisa débil y engreída cuando lo hace.

Cuando él se le acerca, los ojos de ella se quedan fijos en él, no se molesta en bajar la mirada al plato ni en ver lo que hay en él, cuáles son sus opciones. Sus dedos se mueven a ciegas por lo que tiene más cerca: unas rebanadas de cebolla roja cruda. Las desliza en su boca apenas abierta, sin renunciar a la mirada de él. El momento oscuro y breve de conexión entre ellos es palpable, serio, innegable.

A papá siempre le ha encantado la atención. Así que no me sorprende que él se beba la de la mujer, que corresponda a su sonrisa, que estire el brazo para jalarle el cabello antes de tirar la bandeja al piso y girar un poco la cámara para filmar sus propios ojos brillantes por prisa o lo que sea que esté haciendo. Ella responde con una mirada agresiva, casi maliciosa. Sabe que se va a acostar con él después. En una o dos horas. Pero es seguro. En la mente de ella es como si ya lo hubiera hecho. Es

una expresión que solo he visto en hombres. Ella es la excepción.

La pelirroja nunca vuelve a aparecer en la película. No es ella a quien él rodea con el brazo cuando el avión desciende en Berlín. No es una de las chicas recostadas cerca de la alberca en la terraza del hotel en España. Y vaya que la he buscado. Poco después de encontrar los videos cometí el error de enseñárselos a Jack, convencida en mi sabiduría juvenil de que eso era algo que él debía ver, porque tenía derecho a saber. Él tenía quince años en ese entonces.

Lo vi mirar el video y después volverlo a ver. Su cara era inexpresiva, pero de alguna forma también feroz. Nunca levantó la voz y solo me hizo una pregunta desde el principio:

—¿Dónde está mamá?

Pero pronto quedó claro que no estaba ahí, y ese era precisamente el punto. Por supuesto que yo quería que él reaccionara, que expresara la indignación, el dolor y la confusión que yo sentía. En aquel entonces ignoraba que Jack era capaz de hacer más con el silencio que lo que yo podía hacer con el sonido. Cerró mi computadora, se fue a su cuarto y dio un portazo. Para alguien como Jack, que piensa y vive en términos absolutos, esto significó una condena simple y veloz. Lo definió todo, y así ha sido desde entonces. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en un fantasma.

Su relación con papá ha sido cordial, superficial y consistente. Cuando éramos jóvenes lo aceptamos e incluso nos reíamos de ello: de cómo siempre recurría a mamá, hablaba con ella, y parecía preferirla. Cuando yo tenía su edad sucedía lo opuesto. De todas formas, papá siempre estaba de gira. Quizás era de esperarse.

Pero las fallas comenzaron a aparecer a medida que Jack crecía. Evitaba pasar tiempo a solas con papá, y hasta se mantenía al margen en temas de conversación que les interesaban a ambos. Tan pronto como pudo, Jack fue a la universidad a un océano de distancia, se encontró a una novia que convenientemente acapara todo su tiempo libre y está muy dispuesta a hacerlo parte de su familia. Aunque vive en Nueva York, tan cerca de mis padres, dedica su vida al dinero, a los números y tiene ese tipo de inteligencia ágil y mágica que se necesita para ser bueno en ambas cosas. Es un enfoque que papá nunca entenderá ni valorará de verdad, lo que constituye una barrera que se autoperpetúa.

Ninguno de ellos lo reconoce. Nuestro papá es un narcisista, sí, pero me resulta difícil creer que esté tan ciego.

La estrategia de Jack puede parecer extrema, pero nunca ha cambiado. Yo sigo dándome por vencida, regresando y fingiendo olvidar.

En su defensa, puedo decir que papá en realidad nunca intentó ocultar nada de esto. Las claves, si se les pueden llamar así, están entretejidas en sus canciones. La chica con la mirada gélida, su oda a ella acentuada por dos coristas algo operísticas. Vino dálmata que sirve una mano firme, de dedos largos y una muñeca delgada. Un descanso en las costas de Bohemia. Un departamento en Mayfair, vacío excepto por un colchón en el piso, cuántos cuerpos distintos habrán sanado su espíritu.

Recuerdo que fue una epifanía abrupta ver esos videos una y otra vez y entender que les escribía y cantaba esas canciones de amor, sexo, anhelo y desamor a mujeres que no eran mi madre. Simplemente no es posible sentir tanto por una persona. Una sola relación, sin importar lo larga o compleja que sea, no puede inspirar tal cantidad de material. El enojo subyacente que ella seguía acumulando de pronto tuvo mucho más sentido.

De todas formas, y pese a todas esas mujeres durante todos esos años, ninguna la reemplazó. O ella nunca permitió que la sustituyeran. Gracias a una combinación de delicadeza y fuerza bruta lo retuvo. Esa crueldad fue un gen que no recibí.

Me imagino cómo reaccionaría John a todo esto, si decidiera contárselo. Es posible que no lo sorprendieran los detalles. La reputación de mi padre es un hecho conocido para quien sepa aunque sea un poco de su música.

—¿Tú y tu padre han hablado de eso? —preguntaría, evitando tomar una postura tan fuerte como la de anoche—. ¿De ese momento en su vida?

La respuesta es sí y no. Le he preguntado directamente sobre el documental, con la esperanza de que su respuesta al menos sea una mentira efectiva que pueda contarme a mí misma.

—No sé en qué estaba pensando al permitir que esos chicos filmaran todo. Hasta se hicieron pasar por genios de la dirección de cine. En ese entonces era un idiota, como bien lo sabes. —Siempre con insinuaciones, evitando la conversación más seria que podríamos tener, pero nunca tenemos.

Estaba sentado por la chimenea, tomando café de la cafetera italiana que usa cada mañana sin falta. Le encanta que funcione a la perfección cada vez y que haya llegado sin instrucciones. «Nunca compactes el *espresso*. Ese el error que todos comenten». Honestamente, ¿quiénes son esas personas que capturan esa mierda?, ¿y para qué tipo de posteridad?

En cuanto al resto, lo explica a su manera, con su mezcla característica de encanto, evasión, humor y el momento ocasional de remordimiento genuino.

Cuando yo y Jack éramos niños, el regreso de papá era todo un suceso. De pronto aparecía penitente, en carne y hueso. Y después, tan rápido como llegaba, se iba. Es un cliché muy desgastado, pero en ese entonces él era como el sol para mí: poderoso, central, dador de vida, cambiante.

Por la época en que acabé la universidad, papá regresó de una reunión con su sello discográfico en Los Ángeles y se quedó. Desde entonces, ella no lo ha echado ni él se ha ido por iniciativa propia. En el momento preciso en que yo ya no lo necesitaba y en que Jack no quería nada de él.

Hace un año más o menos, advertí que una pintura, una canción o una obra de arte que me encantaba cuando era más joven me parecía plana, aburrida y quizás hasta fea. Lo llamé para contarle, preocupada de que el gusto y el entusiasmo que alguna vez tuve pudiera desaparecer con tanta facilidad.

«Eso no me sorprende para nada», pudo haber dicho. «Tu sentido de lo que es bello y lo que te conmueve es más complejo y formidable, como tú».

Su habilidad para decir algo perfecto de la nada y de improviso sin duda le ha

salvado la vida muchas veces. Si lo decidía, podía convertir en un arma todo: su voz grave, su traje de buen corte y su sonrisa disimulada.

En ocasiones he pensado que esos momentos son como actos de amor: él le ayuda a mi mente a protegerse, y eso hace posible que todavía lo ame.

Algunos autos están estacionados en la esquina de la plaza, según líneas o reglas que se han desvanecido con el tiempo, o que nunca existieron. Aún no puedo descifrar por qué está bien estacionarse en ese ángulo y en ese lugar, y no en aquel ni por cuánto tiempo. Es otra cosa que nos romanos deben saber desde siempre.

—¿No es parte del placer de ir a un lugar diferente? Darse cuenta de lo mucho que ignoramos. El mundo es mucho más grande de lo que sabemos.

Puedo escuchar y ver a Michael con mucha claridad, como si hubiera dado la vuelta en la esquina frente a mí, cruzándose en mi camino. Pero ¿alguna vez admitiría él ese tipo de humildad? Eso es algo que esperaría de John. Todo es cada vez más difuso. Entre más tiempo paso lejos de Michael, en un lugar donde nunca hemos estado juntos, es más difícil predecir sus reacciones, saber lo que amaría, odiaría o le importaría.

No sé, y nunca sabré, qué tanto de su efecto en mí fue una conexión genuina o solo azar. ¿Supo la manera precisa de hablarme? ¿O mis intereses, preferencias y lo que me excita fueron solo parte de un esquema que ideó para que otros hombres se compararan con él?

Entro a una pequeña librería. La mesa de enfrente tiene una torre alta de novelas estadounidenses traducidas al italiano. Ninguna de las novelas de Michael está ahí.

Una pared de la tienda está dedicada a revistas, de esas que son costosas, la gente conserva y deja en sus mesas de café como muestra de su buen gusto. Son gruesas, están hechas con papel de alta calidad y con palabras en negritas, con fuentes audaces y cuidadosamente elegidas. Hay nombres como *Cultured, L'Appartment, Fantastic Man, Womankind, Courier, Foam, Luncheon.*

Conozco casi todas gracias a un puesto de revistas de la Octava Avenida, un lugar que he llegado a memorizar. Ocupa una esquina popular y lo ha hecho por más de treinta años. Tienen en existencia revistas de moda, diseño y cultura de todos los países que las imprimen, acomodadas en ranuras de plástico que cubren las paredes del suelo al techo. Números pasados del *New Yorker*, *Economist* y *Lapham's Quarterly* están apilados en columnas que se inclinan, cerca de las ediciones francesa e italiana de *Vogue,* que crean estrechos pasillos para ir y venir. Las torres hechas con el *Times*, el *Post* y el *Daily News* del día siempre se amontonan en la entrada.

Los dueños piden huevos revueltos de la cafetería de al lado, beben café hasta que cierran a medianoche y contestan el teléfono en árabe. Después de un tiempo

empezaron a reconocerme, y al final se aprendieron mi nombre, lo que buscaba y por qué. Cuando preguntaba por un número atrasado de alguna publicación, o si la nueva *Artforum* ya había salido, quien estuviera detrás del mostrador usaba un puntero láser para mostrarme exactamente lo que buscaba, de inmediato y sin falla.

Poco después se convirtió en un lugar donde cazaba nuevas ideas para los encargos que me hacían, buscaba los hombres de artistas y fotógrafos con los que quería presentarme y trabajar, y hojeaba las ideas de otras personas, con los riesgos y las libertades que se tomaban.

Esta tienda vende una revista que se dedica al consumo más descarado. Cuando conocí a la editora en jefe por primera vez, la describió como una exploración de la relación que la gente establece con los interiores, desde las grandes obras arquitectónicas hasta los detalles íntimos que hacen que un hogar se sienta habitable. Sé que suena ridículo, pero han publicado mi trabajo varias veces.

Verifico que sea el nuevo número, el de julio de este año, y voy al índice para asegurarme de que mi nombre en verdad esté ahí. La tienda en la Octava Avenida es quizás el único lugar de Nueva York donde podría encontrar esto, y de todas formas faltarían semanas para eso.

Me contrataron para producir un portafolio de accesorios de verano: qué comprar para la anfitriona de los Hamptons que tiene absolutamente todo, o para ti, si es que tienes mucho dinero y te quedaste sin ideas sobre cómo gastarlo. En vez de fotografiarlo todo, la editora me encargó dibujar cada artículo. Usé pasteles para todos ellos, un papel café y grueso, del que se ve reciclado y la gente usa para envolver regalos, y un cordel para hacer un moño como toque final. Dar la vuelta a las páginas para ver mi nombre impreso, mis pinceladas o trazos lustrosos y finalizados es algo que me hace sonreír, sin importar lo pretenciosa o comercial que sea la publicación.

La página empieza con un juego de té de Gucci, con un exagerado diseño floral pintado a mano. Las flores eran grandes, de proporciones decadentes y las hice más asimétricas de lo que eran. Dibujé contornos rígidos en negro para equilibrar la curvatura blanca de la porcelana.

Me imagino que la editora me dejó quedármelo como un regalo. Insistí en dibujarlo en mi casa, con mi propia luz, así que tal vez por eso no quisieron pedirme que lo devolviera. Me hace preguntarme lo valiosas que estas cosan en realidad son, sin tantas de ellas se regalan por cuestiones de publicidad, caridad o, en mi caso, por comodidad. Aún se encuentra sobre el armario de mi cocina, y el polvo se acumula en las tazas, y la tierra en los platos y en la boca de la tetera.

Hojeo los otros dibujos: un par de botas de estilo ecuestre, a medio cerrar y con los pliegues hacia afuera, las agujetas, que dibujé finas como telarañas, quedaron colgando; un pesado espejo de cerámica, cuya orilla es de un tono durazno perfecto, moteado de un azul casi blanco. Hice el bosquejo de un charco en su reflejo, solo porque sí.

El último que imprimieron fue por mucho el más difícil de capturar. Una casa de modas francesa que solía adoptar un diseño simple e icónico, dio una de sus

bolsas más famosas a un artista renombrado para que la interpretara como él quisiera. Conservó la misma silueta, pero amplificó todo lo demás hasta que quedó casi irreconocible. La piel estaba teñida de un rosa brillante, con agarraderas rígidas. Me pasé una hora cambiándola de posición, como a una modelo difícil.

Sostengo la copia frente a la mujer de la tienda, que está ocupada reacomodando separadores y plumas a la venta al lado de la caja registradora.

—*Quanto costa?*

Le pregunto y me contesta con rapidez, pero creo que entiendo el número. Le doy lo que espero que sea la cantidad exacta, y lo es. Un milagro. Salgo con la revista bajo el brazo, satisfactoriamente pesada e impráctica.

Hay pericos en las palmeras. Suenan un poco diferente en comparación con los otros pájaros que he escuchado. Después me recargo en la base de la fuente donde he estado sentada, levanto la mirada entre las hojas y veo sus colores.

Una amiga mía me contó una historia sobre el gato que tenía de niña. Cuando crecía en New Hampshire, el gato se pasaba gran parte del tiempo acicalando su pelo largo y blanco y durmiendo bajo el sol. Un día se paseaba por la casa con la boca llena de plumas rojas y azules, los restos del perico del vecino. Siempre fue un cazador. La postal que elijo para esa amiga es bastante común: la fotografía de unas ruinas que se yuxtaponen con un embotellamiento de la Roma actual. Es parecida a otras tres o cuatro que escogí para otras personas, amigos que casi se han convertido en parte de mi familia.

Una para mi compañera de la universidad que me adoptó extraoficialmente en nuestro segundo año, me llevó a fiestas, me prestó ensayos de Elizabeth Hardwick, me enseñó sobre el existencialismo, que las ostras sabían mejor con una salsa caliente, y cuánta cocaína necesitaba para mantenerme despierta durante días, en vez de unas horas. Después le regresé el favor, cuando una noche manejé dos horas y media hasta los Hamptons para rescatarla de un novio a quien le gustaba abofetearla cuando él bebía de más.

Otra para una chica que conocí cuando ella fue una modelo en mi clase de dibujo natural, una bailarina que le gustaba la manera en que sombreaba sus brazos extendidos e insistía en verme pintar. Iba a mi estudio en Queens, cuando aún lo tenía, se sentaba junto al calentador eléctrico en la época más fría del invierno, y recitaba poemas mientras yo trabajaba. Compartíamos termos de té con leche e íbamos por *hot toddies* al bar más cercano en cuanto el sol se ponía.

A todos les dije que les escribiría. Sus postales siguen en blanco, tal vez dobladas o manchadas en el fondo de mi bolsa.

Las escaleras de la Plaza de España se ven exactamente como las recuerdo, se despliegan desde la iglesia y su obelisco hasta la poco profunda Fontana della

Barcaccia que está abajo.

Hay dos niños adentro de sus bordes de poca altura, que están considerando la posibilidad de entrar en ella y se alientan entre sí. La *piazza* que nos rodea está pavimentada con una piedra aplanada por los pasos de la gente durante siglos. La buganvilia está a la espera de desbordar las macetas que la contienen. Las lámparas acaban de encenderse con un destello.

En busca de pasta, doy la vuelta en una calle secundaria, afeada con los anuncios tan brillantes que promocionan bebidas y tiramisús gratis incluidos con la cena.

—No dejes que la ubicación o la apariencia del lugar te desanimen —me dijo una amiga antes de que yo saliera de Nueva York—. Vale mucho la pena.

Ella dijo que el chef hace tres tipos de pasta distintos todos los días, según lo que está fresco en el mercado o lo que lo inspira en el momento. Puedes ordenar una o dos, o un poco de las tres. Todas las opciones están expuestas detrás de un cristal, en bandejas calientes de metal como una línea de ensamblaje o la cafetería de una escuela. Todo es para llevar, a solo diez euros, y según ella fue la mejor pasta que comió en Roma.

No solo el escaparate está completamente a oscuras, sino que la puerta metálica está cerrada. Un candado conecta un cadena gruesa y oxidada por las manijas para empujar y jalar la puerta, en caso de que todas las luces apagadas no fueran un mensaje lo suficientemente claro. Michael me diría:

—Te lo dije. ¿Recuerdas lo que te comenté de los domingos?

Pero esta noche no hay ninguna otra decepción que manejar más que la mía.

Para este momento tengo tanta hambre que no me importa desperdiciar una cena en Roma con una rebanada de pizza. Todo lo que cuenta es encontrar una, y pronto.

Me cuesta trabajo no meterme en la primera pizzería que veo, una cuyas ventanas están cubiertas de fotografías laminadas de jitomates y chefs con sombreros blancos que con cariño sostienen botellas de aceite de oliva. Pero me resisto hasta que encuentro una que, siendo objetiva, no se ve como una trampa para turistas, aunque se encuentra entre dos tiendas de souvenirs donde suena música tecno. Como hay una fila, elijo creer que es una buena señal. Una vez que llega mi turno, el hombre del mostrador hace girar su espátula con dos dedos y espera a que diga algo.

Empiezo con «*Io vorrei*», pero la palabra champiñón de pronto se convierte en un misterio total para mí. En vez de titubear y tratar de explicarme, empiezo a señalar tres pedazos de pizza con una sonrisa apenada. Él las calienta en el horno y las empaca en una caja. Debería buscar un lugar para sentarme y comer, pero no puedo esperar. Saco una de las rebanadas gruesas y cuadradas, equilibro su peso entre los dedos y le doy una enorme mordida mientras camino. El aceite de una alcachofa, horneada sobre una capa de mozzarella, y algunas láminas de hinojo y

hojuelas de chile se deslizan por mi barbilla.

El estruendo de Campo di Fiori de noche es notable, así que me encamino hacia Vía dei Farnesi. Mis ojos se ajustan un poco a la oscuridad, las únicas luces apenas iluminan los números de los edificios o les dan un toque dramático a las ventanas que tienen macetas con flores. Sé que estoy caminando hacia el departamento, lejos de la multitud, pero aun así me extraña que la gente con la que me topo vaya en la dirección opuesta. Nadie parece notar mi desorden, ni la satisfacción que me da.

Monti aún es ruidoso, aunque ya es tarde. Puedo escuchar las risas y la conversación alegre en la *piazza* que está a unas calles. Camino por Vía Urbana y casi me tropiezo dos veces, gracias a la pendiente cuesta abajo y el peso de mis piernas, pesadas con el calor y los kilómetros de subidas y escaleras de piedra. Estoy lo suficientemente cerca del departamento para encontrar el camino sin consultar nada más que mi memoria. A mi derecha, el jazz en vivo sale de un bar diminuto, con sus puertas de cristal abiertas de par en par. Suena una versión lenta y paciente de *All of Me*, o de alguna otra canción estándar que suena como esa: la trompeta clara, la batería tan constante y acotada que es casi imperceptible. Una estructura sutil le da cuerpo y cohesión al resto de la canción. Pero el lugar está muy lleno, las luces son demasiado brillantes. No es un lugar para ocultarse, y eso es lo quiero y busco.

Aunque suene extraño, lo encuentro en la concurrida *piazza*, me siento en el borde de la fuente, donde me siento apartada de la gente, pero no tanto como para hacerme notar. Incluso cuido el tiempo que miro en cierta dirección; veo la conversación en una mesa y después pongo los ojos en otra. Luego hacia una mujer que pasea a su perro una vez más por la esquina, antes de que ambos se vayan a dormir. Sus sandalias la siguen con rapidez, las hebillas que chocan contra su talón a cada paso que da no están abrochadas. Es extraño aprender a estar sola otra vez, el silencio repentino es bienvenido.

Sin embargo, una calma como esta puede ser fácil de resquebrajar. Es más probable que recuerde el cambio en la cara de John, cómo pareció tener práctica para consolar y calmar a cualquier persona, no solo a mí, y tal vez a sí mismo más que nadie. La forma en que, dos semanas antes de que volara para acá, el portero me entregó un sobre que guardaba una postal de papel suave y color crema que decía, con los garabatos inconfundibles de mi padre: «Entre más envejeces, más necesitas que te perdonen».

Casi salto cuando un hombre sentado a unos metros de distancia me ofrece una cerveza Peroni fría y húmeda de la hielera que tiene entre los pies. Sonríe, asiente a mi «*grazie*» y regresa a su conversación sin voltear a verme otra vez. Fue un gesto simple que no pedía nada a cambio.

Una brisa ligera remueve el cabello de mi nuca cuando doy el primer trago. Es el aire más fresco que he sentido en el día.

Lunes

Esperaría encontrar una cabaña como esta —pintoresca, de poca altura y construida con una piedra cálida y rosa— en la campiña italiana, o hasta en el sur de Francia. Pero está justo al lado de la *piazza* en Monti, cubierta con una hiedra rebelde, apenas recortada alrededor de las ventanas y las puertas. Puedo ver sus nuevos brotes verdes que avanzan a hurtadillas.

He estado aquí una hora, tal vez dos. Moví mi silla endeble hacia atrás, alineada con una esquina del lugar para tener una mejor vista de la calle. Me doy treinta segundos para bocetar a cada persona que pasa. La mitad de mi cuaderno está lleno de ellas, de estos remedos de gente. Brazos y bolsas que se columpian, pasos cautelosos, camisas fajadas, lentes de sol demasiado grandes, labios fruncidos.

La mañana se hizo tarde, mi *espresso* se convirtió en un *spritz*. Apoyo mi teléfono a un costado de mi bebida y filmo los trazos de mi pluma, el paso de las hojas.

La Vía del Pozzuolo se vacía por unos minutos, así que empiezo a dibujar a la mesera: su camisa y sus pantalones negros, su mandil oscuro ceñido al cuerpo para acentuar su cintura; cada mechón de cabello identificado y sujetado con un broche. Giro el papel de una forma y luego de otra para captar bien la sombra del anillo que lleva en la nariz. Quiero que no quede tan claro si tiene uno o no, que dependa de la manera en que voltee y atrape la luz ese pedazo de plata. Para mí se ve ambiguo.

—Disculpa —pregunta de pronto a mis espaldas—, ¿soy yo?

Espero que no le moleste que la haya dibujado sin su permiso, pero parece interesada y quizás hasta halagada. Le digo que sí, y después, en el italiano más fluido que soy capaz de articular:

—*Vorresti tenerlo?*

Ella asiente emocionada, pero quiere practicar su inglés.

—¿Puedes firmarlo?

Hace el gesto de garabatear con una pluma. Lleno la esquina inferior izquierda con mi nombre sinuoso y, después de pensarlo un momento, mis redes sociales, dándoles a ambas la misma importancia. En el caso de que me quiera volver a encontrar.

Veo las siglas spqr en todos lados, con tanta frecuencia que he dejado de notarlas: en

monedas, tapas de alcantarillas, tatuadas en el brazo de alguien que pasa. En la loba también. Está esculpida en fuentes, en estatuas y monumentos, en guardia de los dos futuros fundadores de la ciudad. Siempre están levantando los brazos hacia ella, queriéndola agarrar para obtener más atención, comida y vida.

Sé, sin quererlo admitirlo del todo, que estoy emprendiendo el camino de regreso a Esquilino, obedeciendo a una sutil pero firme fuerza gravitacional. Las fachadas decadentes y la hiedra colgante se entremezclan entre edificios en diferentes fases de deterioro. Algunos de sus techos se están derrumbando, sus contornos contrastan mucho con el cielo.

Un café puso algunas mesas en una calle que de otra forma estaría vacía. Veo que John está sentado afuera leyendo *Memorias de Adriano* y bebe lo que parece un vermú con soda. Es difícil saber si está solo o a solas. Me pregunto cuánto tiempo puedo quedarme aquí parada antes de que me vea. Mis pies palpitan con gratitud ante la posibilidad de descansar, las suelas de mis sandalias de piel están desgastadas y empiezan a deformarse por el sudor. El borde de mi falda larga, fina y de color rojo tomate, toca mi tobillo. Pero él me ve primero.

—¿Aún no te hartas de Esquilino?

Me grita al otro lado de la calle. Su voz hace eco. Me acerco lo suficiente para contestar sin levantar la voz.

—Supongo que no.

Hace un gesto para que me siente.

—Si quieres.

Sí quiero. Deja su libro y me mira.

—Nunca te pregunté por qué decidiste vivir aquí, en este vecindario.

—Toda la historia parece incidental por aquí. Las cosas no tienen tanto peso —dice, recargado en la silla, levantando la vista hacia el edificio color durazno tostado por el sol a nuestras espaldas—. Me gusta eso. La Porta Maggiore, el acueducto que pasa por el mercado en la Piazza Vittorio. Algunas cosas permanecen, otras desaparecen con una rapidez impresionante. —Le da un trago a su bebida—. Desenterraron más ruinas hace poco, a casi dos kilómetros de aquí, lo que solía ser una fuente antigua. La encontraron por azar cuando ampliaban una estación del metro, lo cual no tiene mucho sentido.

Si él no va a hablar de ello, entonces yo lo haré.

—Lamento que me hayas visto así la otra noche, y haberme ido en la mañana sin decir nada, en especial cuando fuiste tan amable. Lo siento.

—No es necesario que te disculpes. Me excedí. No debí suponer cosas, como me lo dijiste. Después de todo, en realidad no nos conocemos. —Sonríe.

—No sé si eso es totalmente cierto. —Él me está dando una salida, pero no quiero aprovecharla—. La relación con mi padre… bueno, es compleja, y no la entiendo por completo. Está lejos de ser perfecta, me queda claro. Pero hay ciertas

cosas que no puedo cambiar o hasta ahora no he podido.

—Lo entiendo.

—Pero debí haberlo manejarlo mejor. Algo en mí solo… no sé, se rompió.

Él agita su cabeza.

—Es algo bueno sentir con intensidad.

Un alivio auténtico me invade, la relajación de un músculo que no sabía que estaba tensando tanto. Quiero darle algo a cambio.

—Conocerte, pasar el tiempo contigo, todo eso, es significativo para mí. En verdad. Aunque solo hayan sido unos días, importa.

—Me da gusto escuchar eso.

Creo que está evitando sonreír. Tiene la mirada puesta en sus manos.

—Lamento no haber podido decírtelo la otra noche. Has sido muy honesto conmigo.

—No sientas que tienes corresponder, esa no fue mi intención.

—Lo sé. Solo te estoy explicando mis razones. No eres el único a quien le afecta.

El mesero trae un tazón de aceitunas verdes deshuesadas y bañadas en aceite. Dejo que una se deshaga en la boca.

—Se suponía que iba a venir aquí con alguien más. Todo este viaje fue planeado para otra persona.

—Claro, recuerdo los itinerarios.

—Creo que eso ha sido un poco difícil para mí.

—¿Dejarlo ir?

—Más bien me refiero a lo sencillo que ha sido soltarlo.

—¿Lo extrañas?

—No. —Mentir sobre esto es tan fácil como no decir nada—. Bueno, tal vez un poco. Pero no tanto, o no como creí que lo haría.

—¿Qué traes ahí? —pregunta John señalando la revista que compré ayer, su portada extragrande que se asoma afuera de mi bolsa. Enciende un cigarro enrollado que en realidad es un churro. Le explico que la encontré en la librería y la abro en las páginas donde aparecen mis dibujos. Él traza con los dedos las líneas y las sombras que hice, tal vez tratando de descifrarlas.

—Qué bonitas.

—Los encargos como este son muy bien pagados. Aunque supongo que eso significa que estoy traicionando mis principios un poco.

—No, no es eso. Creo que estás construyendo algo.

Tratar de halagar a Michael siempre era un ejercicio inútil. Siempre que le decía que me había encantado uno de sus ensayos, o que algo que había visto o escuchado me recordaba una frase de uno de sus cuentos, parecía avergonzado de una manera casi tierna, pero en realidad nunca lo estaba. No me creo haber sido capaz de hacerlo sentir eso. Yo era buena en algunas cosas, pero en otras no.

Algunos meses después de conocernos fui a una lectura que dio en un pequeño bar de Brooklyn, con las paredes pintadas de color verde alga con una

esponja. Me senté en una mesa en el fondo, y lo miré pararse atrás de un podio. Recuerdo lo emocionada que estaba cuando pensé que me había mirado directamente a los ojos durante un pasaje que trataba sobre caminar por las calles de Hamra mientras la noche se convertía en día.

—¿Me estabas buscando mientras leías esta noche? —le pregunté sentada más tarde en su azotea, con Tribeca elevada a nuestro alrededor.

—No —dijo con cierta amabilidad—, no buscaba a nadie.

Un grupo de adolescentes se reúnen alrededor de una fuente que marca el inicio de la *piazza* al final de la calle.

La canción *Message in a Bottle* reverbera desde la puerta abierta de algún restaurante, o alguno de los niños la eligió para ponerla en un altavoz o en un teléfono. Se escucha más fuerte cuando caminamos hacia ellos.

Cuando escribes una canción puedes decir simplemente que se siente como el verano, rasguear la guitarra de manera correcta y la gente te creerá. En el caso de un poema o de una pintura, tienes que convencerla.

El sonido de la risa sale de una heladería pequeña y abarrotada. La gente espera afuera y los niños brincan con expectación.

—¿Quieres uno? —me pregunta John.

—Al verla de pronto se me antojó mucho.

Consideramos una larga fila de sabores, todos ellos en forma de remolinos para verse lo más apetecible posible. Cada uno tiene su propio decorado que debe ser explicativo más allá del lenguaje: hojas de menta, chispas de chocolate, cubos de caramelo.

John elige *limone*. La mujer sirve un poco del bote con lo que parece ser una espátula. Evita las rodajas del limón de la superficie.

—Ese es el que quería —le digo, fingiendo sentirme despojada—. ¿Ahora qué haré?

Llama la atención de la mujer y le pide otro vaso, creo, pero habla con una velocidad y una serie de gestos que no puedo traducir. Ella escarba en un contenedor de helado color verde neón, espolvoreado con pistaches que se salen de su cáscara.

Una vez que termina de darle forma al helado, toma una botella de aceite de oliva guardada debajo del aparador y empieza a verterlo. Se acumula en la cima y después empieza a escurrirse a los lados.

No hay un límite para todas las cosas nuevas y diferentes que puedes obtener si sabes a quién pedírselas de la forma correcta.

—Tu papá tiene algo de poeta —dice John mientras cruzamos la plaza, su cara está algo fruncida por el sabor agridulce del limón.

—¿A qué te refieres?

—Estaba escuchando su álbum más reciente esta mañana.

—¿*Mirror Twin*? —Escribió esas canciones por la época en que me fui a la universidad, cuando estaba convencido de que mi madre estaba a punto de dejarlo.

—Sí. Hay una frase que me gustó mucho: «Algunas veces necesitas que

alguien te recuerde que estás lleno de luz».

Alguien dejó unas velas en los tres escalones desgastados que conducen a la puerta de su edificio. No las vi el sábado y hacen que la entrada se vea como si fuera una especie de lugar sagrado.

John ya trae las llaves en la mano. Antes de subir el primer escalón, mira hacia atrás para asegurarse de que sigo a sus espaldas.

Saca un encendedor de su bolsillo trasero y enciende una flama en cada una. Hay la suficiente oscuridad para que veamos las sombras que proyectan.

Sus vecinos hacen café en la terraza. Puedo escuchar fragmentos aislados de su conversación, oler el *espresso* amargo y espeso, que siempre huele mejor de lo que sabe. Por lo demás, el aire es denso y completamente silencioso.

El sol comienza a ponerse, de una forma muy distinta a las dos noches anteriores. Ahora estamos envueltos en color en vez de observarlo a la distancia. Los rosas, los anaranjados y los morados ganan intensidad con cada minuto que pasa. Me apoyo en la barrita que separa la cocina del resto del departamento y le doy sorbos al vaso que tiene lo que resta de mi helado deshecho. Veo que John me mira desde el balcón.

—¿Te tocarías para mí, por favor? —me pregunta.

—¿Aquí y ahora?

—Sí.

Empiezo a desabotonarme la camisa de mi madre.

—Quiero saber cómo te ves cuando te dejas llevar.

Casi hago una broma: decirle que me encantaría saber cómo me veo, pues no creo haberme visto nunca. Pero me concentro en entregarme a lo que sé que se siente bien, lo que en verdad me libera, hasta que de pie, desnuda, con el cabello suelto sobre la piel de mis hombros y con las piernas entreabiertas frente la ventana, deja de parecer un deber.

A veces es difícil convencerme de que merezco algo. En este momento es la decisión más sencilla, casi un hecho.

Cuando abro los ojos, él está arrodillado en el piso frente a mí.

—Mierda, eso es tan hermoso.

Levanta los ojos y me mira con la expresión más simple: de reverencia.

Me permito desaparecer felizmente.

Mi olor está en todos lados: en sus manos y su cara, en la sábana que me envuelve, en el aire que nos rodea, no hay brisa alguna que lo obligue a desplazarse.

—Me da gusto que hayas decidido venir de todas formas, cuando tu plan

original —hace una pausa— se vino abajo.

—Yo también.

—Y lamento que te haya lastimado, quienquiera que sea. No mereces que te mientan y te desechen así.

—Tal vez eso fue lo que más me enojó. El presentimiento de que era inevitable, que solo pasaba el rato conmigo. Y luego ver que se confirmara.

—Honestamente, me parece que solo era un imbécil.

—Sé que no debería tomármelo tan personal, pero es difícil no pensar que significa algo más, algo que no fui o que pude ser.

—Por supuesto que te lo ibas a tomar personal. Es personal. —Lo dice de tal forma que en verdad le creo—. Pero eres tan adorable. Yo trataría de no preocuparme mucho por eso.

«Tan adorable». No quiero olvidar nunca esas dos palabras, su poder cuando se dicen juntas, por él, a mí, en este preciso momento.

Justo ahora noto una plantita de sábila en su balcón. Está en el piso, en una maceta común de terracota, colocada en un rincón donde no le da la luz, pero parece desarrollarse sin problemas. Me pregunto si ya estaba ahí o si tal vez John la compró en un impulso por cuidar algo. Una nueva hoja verde se enrosca en el centro y se abre camino hacia arriba y afuera.

Veo la camisa que se puso el viernes, colgada de un fino gancho de metal, lino blanco y brillante que aún huele un poco a sudor, y me la pongo.

Decide hacer la cena. Lo miro agregar anchoas a la mantequilla hervida a fuego lento. Las revuelve hasta que desaparecen y después agrega pimienta negra. Escucho al molinillo dar vueltas rápidas y satisfactorias.

Estoy aprendiendo a conocer este departamento, cómo se conecta una sección con otra, el énfasis en el balcón y en la vista. El picaporte flojo en el mueble que está encima de la estufa, la pintura que se desvanece en el interruptor de la luz del baño, por tantas manos que lo han tocado de la misma forma.

¿Qué pasaría si me quedara aquí con John por interminables noches, en vez de solo tres? ¿Nos turnaríamos para hacer la comida? ¿Me traería el café por la mañana o siempre iríamos a la cafetería por *espresso*? ¿Lo despertaría con sexo cada día? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que despareciera la emoción? ¿Sería rápido para desafiarme, y se alejaría cuando se lo recriminara? ¿Estaría siempre temerosa de criticarlo, y mi tristeza por lo que le pasó se marchitaría y se convertiría en lástima? Y, una vez que se diera cuenta, ¿lo usaría como una excusa para rechazarme? ¿Me acogió tan fácilmente esta vez porque admití que me equivoqué?

Los tomates que corta son dulces como un postre y cálidos por haber permanecido en un bol colocado en el alféizar. Lo corta en rebanadas gruesas, las espolvorea con sal. Tomo una y la muerdo como si fuera una manzana, una mordida hambrienta tras otra. Pero primero cuido de arremangarme su camisa. Un poco de

jugo empieza a escurrir por mi brazo, pero lo detengo justo a tiempo.

Hay un pequeño desfile que pasa por el vecindario. Un flujo regular de gente, casi toda mayor, algunos con niños, caminan a su ritmo. Cantan, tocan panderos, se detienen a decir «*buona sera*» y «*buona notte*» cuando pasan por donde sus amigos están sentados cenando.

A medida que se hace más ruidosa, nos asomamos por la ventana y miramos a la calle. Uno de los hombres, al parecer el cabecilla, lleva una guitarra.

—¿Para qué será todo eso? ¿O es algo que sucede aquí solo porque sí?

John sacude la cabeza.

—No estoy seguro. Recuerdo que pasó algo similar hace unos dos meses. Era una especie de conmemoración del cumpleaños o una celebración para el hombre que inventó el vodevil. Al parecer era italiano. O tal vez es una procesión común. —Me da un beso suave y rápido, y después se voltea para terminar de lavar un plato. El grifo está abierto.

Después de sacudirse las manos para secarlas, toca la pantalla de su teléfono varias veces y la canción *Hungry Heart* empieza a sonar con fuerza. Pongo los ojos en blanco ante el ataque inmediato de los tambores, el piano frenético y la intensidad del saxofón.

—Oh, Dios. ¿Bruce Springsteen? ¿Es en serio?

—¿Qué? No puede ser que no te guste Bruce. —Quita mi mano cuando trato de ponerle pausa—. De todas formas, es una canción que siempre me pone feliz.

Es obvio que su enorme sonrisa es auténtica. Veo cómo invade su cara y no desvío la mirada a la primera oportunidad, como suelo hacer cuando veo una felicidad tan honesta y sin complicaciones. En cambio, estudio las líneas que han dejado en su rostro sus sonrisas pasadas y me hace preguntarme qué significa dejar atrás tu vida.

—Un poco más avanzado el verano, hay una procesión mucho más grande. Marchan con una estatua de la Virgen María por las calles durante gran parte del día. La gente canta y arroja monedas cuando pasa.

—Suena bien.

—Sí. Termina en una *piazza* cerca de aquí y se convierte en una fiesta. Hay rebanadas de sandía y vino local para todos.

—¿Por qué sandía?

—Me imagino que porque es de temporada —toma un trago de vino— y barata.

Una gota de agua condensada cae de su copa a mi hombro. Viaja por mi espalda mientras miro por la ventana, tratando de encontrar el final de la procesión. Apoya su barbilla en mi cabeza y descansa en ella. Puedo oler el ajo en su piel. El entusiasta órgano eléctrico de la E Street Band se desvanece al fondo.

—A veces creo que quizá decidí quedarme aquí para poder pudrirme con

estilo.

—No para pudrirte, para deteriorarte tal vez.

—Tienes razón. Deterioro suena mejor, es mucho más digno.

Su cuerpo absorbe la cadencia de mi risa. El canto, la plática y los pasos debajo de nosotros se combinan para crear un tipo especial de zumbido, tan constante que por poco dejo de escucharlo.

—Claro que estoy listo para morir, pero también estoy listo para vivir.

En la calle, una niña pequeña golpea un sartén con una cuchara de madera una y otra vez. Chilla de gusto con el sonido y el hecho de que no solo le permitan, sino que la animen a ser tan escandalosa

—¿Eso tiene sentido? —me pregunta.

Martes

Me pregunto si alguna vez conoceré Roma como conozco Nueva York. No como si fuera mi hogar, lo que Nueva York siempre será para mí, pero tal vez como otro tipo de refugio. Sus detalles podrían convertirse en algo familiar, así como conozco el momento correcto de caminar cerca de Balthazar para oler el pan horneado y los escalones del metro que están bien vigilados por un hombre que toca la guitarra por las noches. Todos los recuerdos, las sensaciones y las mentiras que me he dicho para sentirme segura y contenida en un lugar inherentemente peligroso y solitario.

Me despierto lentamente y sola. John no está en la cama, ni en la cocina, ni en el baño ni en el balcón. Su departamento es pequeño, así que no hay tantos lugares donde buscar. Es posible que se haya ido por el desayuno, que haya salido a tomar una llamada o que sintiera la necesidad de estirar las piernas por alguna razón.

¿O pudo haberme abandonado aquí a propósito? ¿Volteó a verme esta mañana y sintió dudas, y no la paz y la satisfacción que intuí en él? Con cada minuto vacío que paso parada y desnuda en su sala, sin señales de él por ningún lado, la idea se convierte en algo más probable. Tal vez la comodidad de anoche y el dejo de alegría que sentí no significaron lo que creí.

Tal vez ahora se dirige al *espresso bar* o algún otro lugar que frecuenta y del que nunca he escuchado, preguntándose cuánto tiempo deberá dejar pasar antes de que me vaya. Tal vez se imaginó que sería más fácil dejarme y ya, cortar de tajo la tregua que fueron estos días. Es algo que sabe cómo hacer.

Pero veo que me dejó una nota en la cocina, un pedazo de papel debajo de un limón que estaba en el tazón del mostrador.

Abajo.

Café.

¿Quieres venir y tomarte uno?

Un renglón debajo del otro, como un poema.

Encuentro la ropa que usé ayer, abro mi bolsa para tomar mi nuevo cuaderno de bocetos y unas monedas que se cayeron al fondo. Me doy el tiempo para revisar mi teléfono. Mamá llamó dos veces y me mandó un mensaje: «Que tengas un buen regreso. ¿A qué hora sale tu avión?».

Siempre que Jack y yo viajamos, necesita los detalles. Creo que la tranquiliza

saber cuándo volamos por los aires y cuándo estamos de regreso en su tierra. Aunque sea solo la logística y nada más.

La respuesta a su pregunta es «pronto». Muy pronto, y cada vez más. En especial porque la maleta que imaginé empacar sin contratiempos está en un departamento diferente, que al menos está a media hora de aquí, y mi ropa está tirada por todo el piso. Pero le no respondo.

¿Qué haría ella en esta situación, con las opciones y la información que tengo? Ella solía amar la aventura, estoy segura de eso. Tal vez aún le encante la idea. También sé que ha sopesado lo que significa quedarse donde está, con todas las comodidades e indignidades, y decidió que el riesgo no valía la pena.

La última noche que pasé en Hudson, ella y yo hablamos sobre diplomacia. Un famoso diplomático acababa de morir. Había intervenido en cada conflicto de Estados Unidos desde Vietnam y contribuyó a transformar la política exterior mientras reducía la intensidad de las guerras y los conflictos en todo el mundo. También había sido un esposo de pesadilla y un padre terrible, y finalmente murió en su escritorio de un infarto.

Los obituarios y las páginas de opinión que hablaban de su legado estaban por todos lados, así como una biografía oportuna y empática. Mamá compró el libro, pero no estoy segura de que alguna vez lo haya leído. Veo una copia en el librero de John.

Era tarde. Me senté en el borde de la cama de mis padres y les preguntaba de qué servía el talento, el tacto, la sutileza y la preservación de la paz si para ejercerlos tenía que abandonar a su familia y su salud. Mi madre se apoyó en una almohada y se encogió de hombros.

—Es triste, sí, pero no todo el mundo está hecho para ser un esposo y un padre perfectos. Él estaba predestinado a hacer otras cosas importantes. Además, estoy segura de que la gente de Bosnia está agradecida con él.

Papá se estaba cepillando los dientes, llenando un vaso con agua, y buscaba el libro del que había leído unas páginas antes de quedarse dormido. No creí que estuviera escuchando, pero se detuvo, nos miró a ambas y dijo:

—Ustedes son buenas e intransigentes en la misma medida. Eso les da fuerza. Estoy agradecido por ello. Ustedes también deberían estarlo.

John lee, yo bosquejo el desayuno de las personas que están sentadas al lado. Dos *cornetti* de color café intenso, cortados en pedazos. Uno está untado con una densa capa de Nutella y el otro se desborda de crema. Tres *espressos*, uno con espuma encima, otro con *zabaglione*. Jugo de naranja, recién exprimido y espeso por la pulpa. John saca uno de las servilletas pequeñas y delgadas del dispensador que está entre nosotros.

—Nunca he entendido estas. —Aplasta una con la mano—. Ni siquiera es que no sirvan, sino que son un obstáculo. Creo que de hecho deberían ser de plástico.

—Y de todas formas ahí están, en cada mesa.

Mi vuelo es a las 5:35 p. m. Cuando el mesero pone el *espresso* frente a mí, son las 10:42 a. m. Fiumicino está al menos a media hora en taxi. Pasar por seguridad y aduana tomará otra hora. Todo lo que traje conmigo, menos la ropa que traigo puesta, está en el departamento de Monti. Nada está empacado. Necesito darme más tiempo para eso, más movimiento y energía, conceptos que siento muy lejanos mientras estoy sentada aquí.

Pero es posible. John se queda solo en este lado de la calle, mi maleta ya está llena cuando la jalo por el umbral y escucho el obstinado clic que hace la puerta, como se supone que debe hacerlo. Corro por la terminal con algunos minutos de sobra, me puedo tardar apenas lo justo, tengo demasiada prisa para pensar en cualquier otra cosa. Aún tengo tiempo para que todo se acomode, pero no mucho.

John lo sabe y no dice nada. Me pregunto cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que tomó un avión de regreso a Nueva York, que tan definitivamente ha huido de lo que solía ser su vida. ¿Cuándo fue la última vez que vio a sus viejos amigos, que compartió una comida con sus padres, que visitó el lugar donde su hijo está enterrado? ¿Alguna vez se permite considerar lo que pudo haber sido?

Lo veo dibujar una línea en el margen de la página que acaba de terminar de leer. Es un nuevo libro de bolsillo que no quiere doblar, pero su pulgar lo abre del lomo, lo aplana. Su otra mano sujeta la pluma.

La marca destaca un párrafo a la mitad de la página, frente a una fotografía que muestra una estatua de Antínoo, el amante de Adriano, deificado después de morir joven. Su cara es perfecta, pero inquietante; los ojos están esculpidos con tal suavidad que parece como si se los hubieran extraído. Su cabello rizado se ve como serpientes.

—Me gusta esto —dice John y empieza a leer para mí—: «La tradición popular no se equivoca al considerar el amor siempre como una fuerza iniciática, uno de los puntos de encuentro entre lo secreto y lo sagrado».

—No lo sé. Es bello, pero un poco simplista, ¿no lo crees?

—Deberías escuchar a Adriano, podría enseñarte un par de cosas.

—Otro hombre del que debo aprender. Fantástico.

Hace una mueca y se termina su cappuccino inclinando la taza.

—Me imagino que estás harta de eso, ¿no?

—Creo que tuve más que suficiente.

—*Allora* —dice sorprendiéndome para bien con un cambio en su voz que puede lograr en un instante—. *Ti andrebbe un altro caffè?*

—*Sì, certo*.

Se levanta y se voltea hacia la puerta abierta del café. Veo las suelas desgastadas de sus alpargatas en el suelo de azulejo, sus brazos recargados sobre la barra metálica mientras pide más café para los dos y charla con quien lo hace.

Saco una servilleta del dispensador y empiezo a dibujarme como una emperatriz, el tipo de gobernante que Roma nunca tuvo. Me inspiré en el Adriano de la portada: túnica vaporosa, mirada de acero, toga con el obligatorio hombro

descubierto, un dedo que apunta con decisión al horizonte. La servilleta no quiere cooperar con mi pluma y presiono con más fuerza. Agrego mi cabello obstinadamente lacio, una ceja más levantada que la otra, pies feos, una suave sonrisa. La meto dentro del libro, en la página donde se quedó, y espero a que regrese y la encuentre.

Agradecimientos

A Susan Golomb, por reconocer a Roscioli y cambiar mi vida, por creer en esta historia y su escritora.

A Karen Kosztolnyik, por su agudo y atento ojo editorial, por haber traído este libro al mundo con amor. Gracias de todo corazón a Kamrum Nesa y a Rachael Kelly.

A Kimberly Burns, por ser la magia tras bambalinas y por darme el mejor discurso motivacional para mayores de edad.

A Paul Beatty, Charles Bock, David Ebershoff, Sigrid Nunez y Elissa Schappell, por compartir conmigo su brillantez, sabiduría y fe.

A Brian Ford, por escucharme siempre, por ayudarme a encontrar mi voz y usarla.

A Adrienne Brodeur y a Lisa Taddeo, por apoyarme a mí y a esta novela.

A Katya Kazbek y Madelaine Lucas, por sus reflexiones, su motivación, sus negronis y por leerme con tanta inteligencia y cuidado. Son hermosas escritoras y amigas.

A Kate Thorman, por leerme una y otra vez. Gracias por leer la nota dentro de cada nota, y por estar a una llamada de distancia.

A Alexander Maksik, a quien siempre le gustó mi historia.

Para Ian Walsh y Melissa D'Agenese Walsh, por darle una hermosa vida a *Chaos* y por abordar cada texto relacionado con Bruce Springsteen y Leonard Cohen con entusiasmo. Y a Mimi Giacco Walsh por sugerir que escuchara ambas versiones de *Both Sides Now*.

A Cynthia y Nelson Farris, por creer en mí desde el principio y por la vida decadente.

Para Jenessa Abrams, Ali Biss, Maeve Conneighton, Bridget Goodwin, Tony Rotunno, Sarah y Mike Siebold, y Hadley Smith, por su amistad sincera, su apoyo incondicional y mucha diversión. Soy muy afortunada de tenerlos.

A Lea Carpenter, por ver algo en mí incluso cuando yo no podía. Me siento agradecida por llamarte mi confidente y mi amiga querida. Para Alex y Nick Giacco, por traer a mi vida su amabilidad, sentido del humor y alegría. No la imagino sin ustedes.

Y a mis padres, Christine y Alex Giacco, por darme un mundo lleno de libros y posibilidades, por siempre proteger y estimular mi creatividad. Y por llevarme a

Italia. Con todo mi amor y gratitud.

Acerca del autor

FRANCESCA GIACCO estudió en el Barnard College y se graduó del programa MFA de la Universidad de Columbia. Vive en Nueva York. *Seis días en Roma* es su primera novela.

Título original: *Six days in Rome*

© 2022, Francesca Giacco

Traducción: Alejandra Tapia Estrada

Diseño de portada: Genoveva Saavedra / Acidita
Imágenes de portada: JoyCrew (chica) / © Shutterstock.
artsterdam (tenedor); ElenaMedvedeva (rama de olivo); Ilyast (moto);
Barks_japan (coliseo) / © iStockphoto.

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial ESPASA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: febrero de 2023
ISBN: 978-607-07-9718-7

Primera edición en formato epub: febrero de 2023
ISBN: 978-607-07-9772-9

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

El editor no es responsable de los sitios web (y de su contenido) que no sean de su propiedad.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE